

Letras de hombres, mujeres, jóvenes y niños de nuestro mundo rural







Edición, Diseño y Producción: Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro FUCOA del Ministerio de Agricultura.

Diseño Gráfico y Diagramación: Unidad de Diseño FUCOA.

Corrección de textos: Óscar Aedo I.

Derechos Reservados: Inscripción Nº 167167 del Registro de Propiedad Intelectual. ISBN: 978-956-7215-32-4

Santiago de Chile /2007/ FUCOA Impresión: Printer.

	PRESENTACIÓN	9
	PRIMERA PARTE	
	PREMIOS NACIONALES	
	HISTORIAS CAMPESINAS (adultos)	11
	Primer lugar	
	El regreso de la Francisca Mamani, Claudio Huerta Valenzuela,	
	Región de Arica y Parinacota	13
	Segundo lugar	
	El Pate Buey, Alfredo Enrique Silva M.,	
	Región del Maule	16
	Tercer lugar	
	Cacique Pascual Cautín Ipaicho, Senén Durán Gutiérrez,	
	Región de Tarapacá	19
Índice	ME LO CONTÓ MI ABUELITO (jóvenes)	24
	Primer lugar	
	Mapu-Torro contra Winka Torro, <i>Magdiel Tafat Rivas Lepilaf</i> ,	
	Región de La Araucanía	25
	Segundo lugar	
	El joven pobre y la sapa, <i>Isabel Chamaca Huanta</i> ,	
	Región de Tarapacá	27
	Tercer lugar	
	El sunco, Karina Nicol Miranda Barría,	
	Región de Aysén del Gral. Carlos Ibáñez del Campo	29
	POESIAS DEL MUNDO RURAL	32
	Primer lugar	
	Entre la provincia, Rodrigo Ignacio Veliz Lobos,	
	Región del Lib. Bdo. O'Higgins	33
	Segundo lugar	
	El fogón de los avistamientos, Nelson Torres Muñoz,	
	Región de Los Lagos.	35

Tercer lugar	
Descripción de un bote mientras se navega, Francisco Rojas Troncoso,	
Región Metropolitana	<i>39</i>
PREMIOS ESPECIALES "MUJER RURAL"	
Primer lugar	
Historia de la mortal peste de la viruela,	
Erminda del Carmen Mansilla Alvarado, Región de Los Lagos	41
Mención Honrosa	
Vida e historia de mi abuela,	
María Angélica Figueroa Araya, Región de Valparaíso	44
PUEBLOS ORIGINARIOS, HISTORIAS CAMPESINAS	
Primer lugar	
La caverna, Dionisio Leocadio Prado Huaiquil,	
Región de La Araucanía	49
Mención Honrosa	
¡Ussuanko ket-ma spek as kooch!, Rosa Gómez Miranda,	
Región de Aysén del Gral. Carlos Ibáñez del Campo	54
Es la historia de Manuel, <i>Hilda Manquepillán Hernández</i> ,	
Región de Los Ríos	59
PUEBLOS ORIGINARIOS, ME LO CONTÓ MI ABUELITO	
El Sentir de una Piche Ke Domo, Margarita del Carmen Neculpi Porma,	
Región del Biobío	61
El León que se convierte en un Viejo Barboso, Cristhian Yhamil García Canavir,	
Región de Tarapacá	67
SEGUNDA PARTE	
PREMIOS REGIONALES	
HISTORIAS CAMPESINAS	69
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA Primar lugar / La paguaña viguñita. Marcas Paril Humina Alamaga	70
Primer lugar / La pequeña vicuñita, Marcos Raúl Humire Alanoca	
Segundo lugar / El conjuro de Azapa, Alfrodín Segundo Turra Corrales	1)
REGIÓN DE TARAPACÁ	
Primer lugar / Relato de un Sueño, Iuan Esteban Muñoz Silva	79

Segundo lugar / Cacharpaya Ingrata, Luis Marín Romero Menacho	84
REGIÓN DE ANTOFAGASTA	
Primer lugar / Eterno sentimiento, Juan Diego Candia Ortiz	86
Segundo lugar / Rebeca, la niña del campo, Silvana Ferreira Arenas	89
REGIÓN DE ATACAMA	
Primer lugar / El canto del chañar, Roberto Alejandro Ortiz Salazar	91
Segundo lugar / Mi tierra prostituta, Claudia Andrea Latorre Zepeda	93
REGIÓN DE COQUIMBO	
Primer lugar / El cóndor nunca perdió tanto tiempo como cuando	96
quiso enseñarle a la tenca, <i>Cristian Isse Navarro</i>	
Segundo lugar / Bajo la lluvia, Carlos Eduardo Marín Tello	100
Tercer lugar / Y vestía manta de castilla, María Eloísa Pérez Krumenacker	103
Mención honrosa / La bandera de La Pampilla, Pablina Galleguillos Pizarro	107
Mención honrosa / La lugareña y sencilla Carmencita, Sandra Pamela Castillo Wilson	109
REGIÓN DE VALPARAÍSO	
Primer lugar / La beca, Sergio Iván Saade Cifuentes	113
Segundo lugar / Tierra de hoja, Cristóbal Antonio Gaete Araya	
REGIÓN METROPOLITANA	
Primer lugar/ La sandía, Dante Arturo Poblete Alvarado	118
Segundo lugar / El Rosao, Vicente Llancaleo Huaiquinao	
Tercer lugar / Potreros amarillos, Gabriela Díaz Rojas	
Mención honrosa / Las orejas de la bruja, Rigoberto José Toledo Esquibel	127
REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS	
Primer lugar / El catea el águila, Hugo Andrés González González	130
Segundo lugar / La última tarde, Leonardo Enrique Albornoz Peña	
REGIÓN DEL MAULE	
Primer lugar / Lautaro defiende el río Mataquito,	
Berlín Danubio Correa Hernández	136
Segundo lugar / La huaca, Samuel Valenzuela Rojas	
Tercer lugar / Las llaves de oro, Mario Andrés Díaz Molina	
REGIÓN DEL BIOBÍO	
Primer lugar /I a voz de la experiencia. Carlos Christian Flores Adriazola	143

Segundo lugar / Viaje a la cordillera, Juan Luis Molina Zapata	
Tercer lugar / El pumita y el sapito, Osvaldo Omar Saavedra Burgos	. 155
REGIÓN DE LA ARAUCANÍA	
Primer lugar / Arriba en el volcán, Orlando Riveros Dávila	. 157
Segundo lugar / El achaque, Luis Nitrihual Valdebenito	
Tercer lugar / Veranada, Alex Jarpa Riveros	163
REGIÓN DE LOS RÍOS	
Primer lugar / Mande no más, Patrón, Luis Artemio Yáñez Higuera	167
Segundo lugar / Julio y su amigo El Manzano, Marcos Gabriel Oporto Hermosilla	182
Tercer lugar / 1960, Jorge Armando Ponce Muñoz	. 185
REGIÓN DE LOS LAGOS	
Primer lugar / La huacha, Frida Valeria Aburto Henríquez	188
Segundo lugar / Mi niñez en Isla Tac, Gloria Elisabeth Cárcamo Asencio	
Tercer lugar / El funeral de mi vecino, Daniela Constanza Manieu Espinoza	. 194
REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO	
Primer lugar / Mala seña, Julián Patricio Vásquez Villarroel	196
Segundo lugar / Casa de quila, Evaristo César Riffo Gallardo	
Tercer lugar / Mal de cuna, Alejandro Montiel Gallardo	. 206
REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA	
Primer lugar / Dos caballos, Juan Pablo Miranda	210
Segundo lugar / Secretos del sur, Pluvia Mercedes Miqui Espinoza	. 215
Tercer lugar / Sueños de la pampa austral, Julia Ester Roehrs Mata	. 219
PREMIOS REGIONALES	
ME LO CONTÓ MI ABUELITO	
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA	
Primer lugar / El día en que cayeron los puentes, José Antonio Bravo Zepeda	. 224
Segundo lugar / La mujer que sufre por su hijo, Nicky Nichol Stefanie Soto Soto	226
Tercer lugar / El burro y el gallo, Alexander Brando Yante Chambe	
REGIÓN DE TARAPACÁ	
Primer lugar / La banda diabla, Viviana Elisana García Challapa	. 230
Segundo lugar / La esperanza de Añita, Jaelly Santana Mamani	

REGIÓN DE ANTOFAGASTA	
Primer lugar / ¡La Flor que cura!, David Juan Colamar Colamar	
REGIÓN DE ATACAMA	
Primer lugar / Tres gotas de sangre, Deborah Laskarit Zepeda Alfaro	238
Segundo lugar / La figura sobre la flauta, Paola Francisca Bembow Espinoza	
Tercer lugar / El sauce y el mago, Vicente David O'Ryan Campos	
Mención honrosa / El viejo zorro del carrizo, Paulina Rachel Cea Ibarbe	
REGIÓN DE COQUIMBO	
Primer lugar / La piedra grande, Fabián Fernando Olivares Ramos	247
Marjorie Estefanía Araya P.	249
Tercer lugar / La historia de Nala, Felipe Antonio Pereira Galleguillos	251
REGIÓN DE VALPARAÍSO	
Primer lugar / El anzuelo mágico y el perete'i y mamoe uri-uri	
y mamoe tea –tea (grillo), Eduardo León Tuki Escobar.	254
Segundo lugar / Los "Amiguis" de Cachencho, Agustín Alejandro Campusano Ubilla	256
Tercer lugar / Me lo contó mi abuelito, Diego Antonio Alvarado Bravo	260
REGIÓN METROPOLITANA	
Primer lugar / La fertilidad de las tierras, Cinthia Ivette Nina Flores	262
Segundo lugar / Presentimientos en un socavón: cómo cae un amigo,	
Alejandra Cecilia Astorga Brevis	264
Tercer lugar / El Claíja, Iván Antonio Aravena Escobar.	267
REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS	
Primer lugar / El amor sobre todo, Danae América Aceituno Catalán	268
Segundo lugar / Chilenito, Diego Ignacio Vásquez López	
Tercer lugar / La triste muerte de Pedro Pablo, Braulio Marcel González Donoso 2	
REGIÓN DEL MAULE	
Primer lugar / El Pacto, Carlos Antonio Cavieres Cancino	276
Segundo lugar / Historia de un circo, Dafna Alexandra Urbina Morales	279
Tercer lugar / La gatita Zaparquinda, Pamela Consuelo Soto Soto	
Mención honrosa / El cerro Pan de Azúcar y la cueva de la bruja,	
Felipe Andrés González Quintana.	282

REGIÓN DEL BIOBÍO
Primer lugar / El abuelo Rubén, Luis Fernando Ramírez Araya
Segundo lugar / Gramillín, Felipe Ignacio Zapata Gómez
Tercer lugar / Las trancas de Maricura, Catiray del Rocío Henríquez Garrido290
Mención honrosa / La barranca de los apestados, Daniel Andrés Rojas Vallejos 291
Mención honrosa / El tesoro, Oscar Antonio Pilcante Sepúlveda
REGIÓN DE LA ARAUCANÍA
Primer lugar / Una mamá bruja en el sector de Hualapulli,
Marcela Neculhueque Coñoepán
Segundo lugar / El caballo de la luna menguante, Erwin Miller Traima Cayuñir 294
Tercer lugar / El tesoro del cacique Nawuelpangui, Gemita Nahuelpán Alco
Mención honrosa / El casamiento del Tué-Tué, Marilyn Curihual Curimil
REGIÓN DE LOS RÍOS
Primer lugar / La leyenda del niño que llora en la Turbina,
Mirko Gerson Bastidas Sánchez
Segundo lugar / La historia de mis abuelos, Marcela del Pilar Aguilera Oyarzún 299
Tercer lugar / El hombre casi feliz, María José Montecinos Rosas
REGIÓN DE LOS LAGOS
Primer lugar / La laguna misteriosa, Víctor Alejandro Díaz Miranda
Tercer lugar / Las luminarias de San Miguel, <i>Pedro Ignacio Hernández Ojeda</i> 307
Mención honrosa / El gallo intruso, Francisco Javier Mayorga Cárdenas
Mención honrosa / El gano initiuso, <i>Paratesto factor Priagorga Caractus</i>
•
REGIÓN AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO
Primer lugar / Desolación ancestral, Joel Victoriano Briones Pardo
Segundo lugar / Primer avión, Priscila Solange Muñoz Verdugo
Tercer lugar / Avión misterioso, Angélica Antrillao Poblete
REGIÓN DE MAGALLANES Y ANTÁRTICA CHILENA
Primer lugar / El cazador de bestias, Mariano David Chodil Cayún
Segundo lugar / Cuando Dios bajó por primera vez a la Tierra,
Orlando Fabio Oria Maureira317
Tercer lugar / El abuelo Manuel, Esteban Ricardo Benítez Ruiz
Mención honrosa / La aventura, Nicolás Alfonso Delgado Villegas

PRESENTACIÓN

FUCOA, como Fundación de derecho privado, vinculada al Ministerio de Agricultura, tiene como misión "aportar al desarrollo integral y moderno del agro chileno, con la entrega de información técnico-productiva, a través de la capacitación, generación de espacios de diálogo, participación y comunicación entre los actores del mundo rural, así como el apoyo y la valorización de sus tradiciones y quehacer cultural".

Desde esta perspectiva, los Concursos de Historias y Cuentos y de Poesía del Mundo Rural buscan relevar el sentido más profundo de quienes vivan o hayan vivido en el campo: sus raíces históricas y culturales, su cosmovisión, su entorno ambiental. Se pretende que las personas que viven en el campo tengan una forma de rescatar sus tradiciones, sus leyendas, sus mitos, sus experiencias de vida y, a la vez, que aquellas que viven en la ciudad sepan que del mundo del agro no solamente emergen productos, sino también ideas, religiosidad, fiestas y tradiciones, relatadas a través de sus propios actores, quienes interactúan en un espacio geográfico y en un espacio cultural.

La presente antología recoge los trabajos ganadores de la 6° versión del Concurso de Poesía Rural y de la 15° del Concurso de Historias y Cuentos del Mundo Rural, en la categoría "Historias Campesinas" (adultos) y "Me lo Contó mi Abuelito" (jóvenes y niños).

Desde hace varios años, esta iniciativa es realizada por FUCOA en conjunto con el Ministerio de Educación; sin embargo, este año, se unió el Ministerio de Planificación, a través de su Programa Orígenes de la CONADI, para reconocer y distinguir a aquellos participantes que representaran de mejor forma, a través de su escritura, las raíces y tradiciones de su etnia. Por esto, esta antología también incluye los trabajos merecedores del premio especial "Pueblo Originarios" para las categorías "Historias Campesinas" y "Me lo contó mi abuelito".

Igualmente, en esta ocasión, por primera vez se entregó el premio especial "Mujer Rural", destinado a quien mejor plasmó en las letras de manera profunda y emotiva, pero también amena, una experiencia de vida de una mujer de nuestro mundo rural; historia que también presentamos en este libro.

Estos concursos han logrado un reconocimiento por parte de otras entidades que se relacionan con la cultura y la educación. El Departamento de Patrimonio Oral de la Biblioteca Nacional conserva el total de los originales desde sus inicios, es decir, desde hace 15 años. Estos trabajos han representado una oportunidad para que investigadores y estudiantes universitarios puedan rescatar lo que las personas del mundo rural nos han relatado a través de sus cuentos.

FUCOA, Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, en conjunto con el Ministerio de Educación y el de Planificación, agradecemos a todos quienes se hicieron parte de esta iniciativa y los dejamos invitados para el próximo año a que escriban sus experiencias e historias, pues leyéndolas viajamos por sus sueños y territorios y volvemos a reconocernos en el otro.

Liliana Barria Iroumé Vicepresidenta Ejecutiva de FUCOA

Chema la Levenda que en el interior de Ovalle vivi fanilia campesina. Dentro de esta fanilia habra una bese chacha clanada Hilane, sus ojos exan como si dos guras fulles car ele sobre ellos, sy piel color canela, especia, velo lado consider the 19 michaely Tenth solamente 14 amos de aleptrax linones, Hisary my reality in para jegranice ojos rojos la nikal set preory of porose en Ovalle hay nichos jakos Lakos, se preocupo cuando escucho un "Ta", nino hacia lados, no habra nadie, solamente aquella ave rara, corrib ha llegax a los linones, sacó la mayor cantidad de este fruto. se sent a observada, ustedes preguntarant of or que no se a co a su casal faccie en esos Tiempos de 19 40 los kijos obedectan no

PRIMERA PARTE PREMIOS NACIONALES

uno an obsuelo que levia una flor acorrelal la nor de cuento an obsuelo que levia una flor acorrelal la nor de cuento como visa caña vivude. Via abalenta so mana ace poco ella habia revigade donde se encontrabules que observaba era grango, Como ella estaba con su ma sucar la caña, cuanda esta von la caña una voz la la la que mis hermanos me acarren aquil. El minula de cinco veces y la caña sa sa sa para la como mas habita.

Que allí, en el espejo del tiempo, les cubriría la pampa, el viento, la nieve.

Chenta la legenda que en el interior de Dialle vivra de la fanilia campesina. Dentro de esta fanilia habita una les sus l chacha llamada Hilanr, sus ojos exan cono si dos goras habitano cardo sobre ellos, su piel color canela, esbelta, pelo 100000 como la noche, la nuchacha renta solamente 14 mos ne con Un de a le dijekon que fuera a constit immedi l'une mon fre, pero en et trayecto un pajare negro de visito, persegura. Hilan no se predujo przywe en Porte la janos nanos, se predigio chando escucho un The , will he lados no habra na sie, scianiene aquella are rada etegan a los linones, sacó la mayon cartidad de este se sentica observada, usreoles preguntantini della a su casa? Porque en esos riempos de 18 40 los hos estas Historias Campesinas

PREMIOS NACIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

PRIMER LUGAR

Claudio Huerta Valenzuela 48 Años Capacitador Agroecológico Arica, Región de Arica y Parinacota

EL REGRESO DE LA FRANCISCA MAMANI

Hoy por la mañana dicen que volverá la Francisca, comadre, ;cuál?... la Fran-cisca Mamani? ;Cuál? ¿...esa, la Pancha de los Zupantes? ... Dicen que regresa después de siete años... siete...sí. Dicen que estuvo en la cárcel por tráfico durante siete años...; y dónde?... Sí, po', en la cárcel de Arica, po'... Ahorita no más sus hijitas están muy felices de que regrese... son muchos años de ausencia, ¿verdad?... Sí, po', muchos años... Dicen que la tomaron presa por esa cuestión de tráfico, po'... Ah... por tráfico... Dicen que fue en el terminal rodoviario parece, pero otros dicen que fue en la aduana de Cuya, allá en Camarones, comadrita... Ah, sí, po'. De eso, hace siete años... parece que ayer no más andaba con sus criaturas, subiendo a las pasturas de Guallatire... Así no más, pues, ...sus hijitas ahora están creciditas y dicen que dos de ellas ya están casadas, po'. Sí, po', la Pancha tiene cinco hijas y un hijito fallecido, pues... Dicen que el chiquito nació con un problema en la sangre... Sí, po', nació enfermo, po, de eso que le llaman leucemia... Tal vez por eso su padre las abandonó...Dicen, comadre, que es una enfermedad para morirse... Dicen que el marido de la Pancha... que se fue a Puno a trabajar en las labranzas de papitas... Ella no tenía dinero para operarlo, por eso se metió en eso del tráfico..., pero dijo que haría lo imposible aunque en eso se le fuera la vida para salvar a su hijito... Así no pues, eso pasó, pues... dijo el paramédico que para que salvara a su hijo había que cambiarle la médula po'... ¿La médula, comadre? ... ;Qué es eso? No sé, eso dijeron los de la ronda médica... Aaaah, sí, pues, ellos no más saben qué es la médula... Sí, po'. Dicen que un día la Francisca subió al monte y atravesó la pampa de Surire para cruzar la frontera, subió al monte y atravesó la pampa de Surire para cruzar la frontera hasta el lado boliviano. Aaahh... así no, pues... Sí, po', si no ese chiquito se le moría no más, pue'... Cruzó los montes justo en el tiempo de mayor cantidad de nieve... Ella nunca bajó a los valles de Arica..., pero conocía como la palma de su mano toda las lomas y los salares de este lado de la puna... Así no, pue'... Con unas hojitas coquita y un poco de agüita ella podía caminar durante horas, pero nunca

tanto como para cruzar la frontera con su hijito... Así no más, pue'... Siempre cargando a su hijito enfermo... Sí, po', no podía sostenerse con sus dos patitas, pues parecía un becerro recién nacido, como los guarisos, pues... ¿Y su hombre no hizo nada?... Na' po', si se fue a trabajar a las tierras del norte, po'... Pero dicen que un guardia de la frontera le pegó un tiro en medio de la pampa... por querer cruzar a la mala, pue'... Así no ma', pue', el Tata lo castigó por mal hombre, pues... Sí, po', después se lo comieron los pumas del monte po'... La Francisca lo lloró como unos meses... después quemó su ropa pues como la tradición manda, pue'... Pero dicen que la Pancha caminó durante cuatro días y tres noches para llegar hasta los cerros del Tacora para encontrar sus huesos, no sé si los encontró... dicen que luego su hijito se agravó, entonces la Pancha, desesperada, se fue para la Cochabamba, en busca de trabajo para hacer dinero para operar a su hijito.

... Allá en las Cochabambas le hicieron un encargo de tráfico dicen, esa de llevar un encargo como burrera dice... que la Pancha no pudo negarse con tal de salvarle la vida a su hijito..., dicen que era lo único que podía hacer para obtener algo de dinero... Sí, pue', así no más, pue'... Así es la vida por aquí, pue'... dicen que cruzó a la mala por detrás del cerro Piedra Negra, hasta traspasar las nieves de septiembre, esas nieves que queman, hasta llegar al otro lado de las tierras húmedas de CalaLope... Pero la Pancha era mujer de valor, pues, comadre, y todito por su hijito, pue'... Sí, po', ese lugar está maldito, ese lugar se come a los pastores y también al ganado, comadrita... Su padre, don Evaristo, le enseñó desde chiquita a cruzar las alturas, tal como el padre de su padre le enseñó a él y el abuelo de su abuelo cruzaron desde siempre a la caza del guanaco... Así no más, pue' comadre, así es la vida por aquí pues... Dicen que de regreso de las Cochabambas, ya traía su encarguito, pues... bajando durante días por el lado de Portezuelo, casi a punto de desmayar de cansancio ... así se subió a la micro la paloma, pues ... para llegar hasta Arica... la Pancha no conocía esa ciudad tan grande, pues... dicen que ahí la gente anda con zapatos todo el día, comadre... y que todos tienen máquinas para moverse entre las calles, comadre... así no más pues, comadrita, así es la vida en la ciudad de Arica, pues. …dicen también que el alférez del pueblo es un señor que le dicen alcalde o gobernador, parece... y que las casas están una encima de otras... será por el poco espacio que hay, comadrita... Así no más, pue'... será por el poco espacio, pues'... pero la Pancha casi sin hablar el español se las arregló para llevar a su niño atado a su espalda, el pobrecito resistía todo el viaje... dicen que la Pancha parecía un animalito asustado pues, como una vizcacha Saracsaya pues ... dicen que después de unos días de estar donde su prima, se embarcó en un gran bus, esos de Tur Bus, comadrita, grande, nuevecito y limpiecito, así no más pues, comadre, los buses son grandes y limpiecitos, comadrita... la Pancha asustada y todo ya no podía retroceder... ahora era todo o nada, pues comadre..., ya el destino estaba echado, comadre... todo por su hijito, pues... yo también habría hecho lo mismo pues, comadrita... cuando uno pare no puede botar a los hijos pues' el Tatita Dios no lo permite...si no castiga, comadre...si no castiga... dicen que

cuando llegaron a Cuya, parece, un policía subió con unos perros que la olieron por todas partes, comadrita... entonces subieron como cuatro carabineros y a la fuerza quisieron quitarle el encargo, la Pancha empezó a patearlos para que no dañaran a su hijito y entre tanto forcejeó, el perro mordió a su niño... entonces la Pancha se tiró sobre ellos desesperada y enloquecida por los perros y los hombres que la agarraban con violencia, cuando su hijito ya no respiraba la Pancha rompió a llorar... mientras los hombres le levantaban las polleras, buscando su encargo de contrabando... sólo hallaron un paquete con maca... y en el informe, el transcriptor escribió coca..., sería para justificar la muerte del niño, digo yo, pues... así no más, pue' comadre, esas cosas son de las ciudades no más, comadre... por eso le dieron siete años de condena, comadrita, siete años. En esos siete nunca dijo palabra... siempre guardó silencio... no se defendió nunca... nunca, comadrita... Ahorita vuelve, después de haber llorado tanto... Un juez le dio la libertad de sobreseimiento. Así no más pues, comadre, esas son cosas de las ciudades, comadrita, así no más pues ... Mírela, ahí está, bajando parece un animalito asustadizo como una vizcacha Saracsaya... mire, comadrita... mire este diario de Arica, dice que una pastora de Surire mató a su guagüita, comadre... Sí, po', este diario es de ahorita no má' po', de agosto 2007... pero ese diario es de la ciudad, pues comadre, así son las cosas en la ciudad... dice aquí que está presa, comadre..., sí pue' así no ma', pue'...

PREMIOS NACIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

SEGUNDO LUGAR

Alfredo Enrique Silva M. Mecánico Constitución, Región del Maule

EL PATE BUEY

De los brazos del estío caía nuevamente la tarde, todo comenzaba a cambiar de colores, cuando la luz en su carro de oro, transmontando los cerros, corría hacia otro confín.

En lontananza, el mudo horizonte se vestía de niebla y de cobre, las aves nocturnas comenzaban a ensayar su canto y a llamar la noche.

El rancho que en el día parecía derramar su desnudez, en medio de la campiña, bien entrada la tarde cuando el crepúsculo vagaroso olía a polvo de estrellas, al suspiro de las flores, al pan caliente cuando sale del horno, éste cobraba vida, pues todos se recogían de sus labores.

Como siempre, mi tío Juanito Mentiras era el primero en llegar, luego lo hacían mi padre con mis dos hermanos mayores.

Mi tío Juanito, por costumbre, siempre encendía una fogata bajo una pequeña enramada que estaba en frente del rancho, allí la conversa duraba hasta altas horas de la noche.

Juanito Mentiras, como su apodo lo dice, era el que entretenía la noche con sus anécdotas y cuentos que, en su imaginación, no cabían. Una noche, estando todos alrededor del fuego y saboreando un rico mate con una tortilla de rescoldo, Juanito, por un momento, quedó pensando, luego exclamó: hace tiempo que no sé nada de mi compadre Pate Buey, creo que voy a tener que ir a visitarlo uno de estos días. Luego, guardó silencio. Entonces yo le pregunté ¿por qué a su compadre le dicen el Pate Buey? Ah, eso fue por una anécdota que nos sucedió hace algunos años, cuando trabajábamos en la pesca, respondió. ¿Y por qué no la cuenta? Para entretenernos la noche, le dije.

Y...; por qué no!, respondió, esbozando una sonrisa.

Una cierta tarde, creo que fue en el mes de mayo, con mi compadre Crisóstomo y otro amigo nos pusimos de acuerdo para ir a pescar, y entre los tres cargamos el bote con las redes y todo lo necesario para hacer una buena pesca; luego, en forma rauda nos dirigimos al lugar ya predestinado.

El río venía un poco turbio por la lluvia del día anterior y hacía un poco de frío. Cuando llegamos al lugar indicado, una a una comenzamos a calar las redes para las lisas. Mi compadre Crisóstomo con el otro amigo hacían esta maniobra y yo iba guiando el bote con los remos.

Cuando terminamos de calar todas las redes para las lisas, nos quedaba sólo una red, pero ésta era para los pejerreyes. En ese momento, el río comenzó a llenarse de una niebla espesa y la red debíamos calarla en el lado sur del río, en un lugar que le llaman La Puntilla. Así que entre los tres tomamos la decisión y mi compadre Crisóstomo poniéndose en los remos y con gran energía dirigió el bote al lugar que ya antes les he mencionado. El río era un poco ancho en ese lugar, la niebla se hizo más espesa, un silencio que parecía envolvernos la mente y nos hacía casi perder la orientación, porque, en realidad, no se veía absolutamente nada y la noche también ya se había dejado caer con su manto de sombras sobre nosotros. Después de remar por un largo rato, pensando que nos habíamos dormido en medio de la niebla, una gran muralla de matorrales y piedras detuvo bruscamente nuestro andar y por causa del fuerte empellón saltamos hacia delante, dentro del bote. Luego, comenzamos a increparnos unos a otros por no habernos dado cuenta de que íbamos a varar. Pasamos el mal rato y con un remo echamos el bote hacia adentro y comenzamos de nuevo a navegar, pero esta vez, bien pegados a los matorrales para no perdernos en medio de la niebla. Cuando llegamos a La Puntilla, yo y el otro amigo armamos la red. La niebla en ese momento estaba tan espesa que no se veían ni las manos y mi compadre Crisóstomo bajó a tierra para amarrar la red, en medio de la bruma y la oscuridad creyó ver un tronco y tomando el cordel le dio dos vueltas a éste y haciendo un nudo marino, exclamó: ¡estamos listos muchachos! Y guiándonos por el cordel de la red se subió nuevamente al bote.

Lentamente fuimos calando la red hasta soltar el boyante de fondeo. En cuanto terminamos de calar la red, emprendimos el regreso a casa y siempre remando pegados a los matorrales, pero era tan difícil la navegación que decidimos amarrar el bote a unos hualles y volver por tierra hasta nuestros hogares. Caminamos por largo rato por el sendero que va al costado de la línea férrea hasta que la luz del puente del dique nos acercó hasta nuestras casas.

La mañana del nuevo día nos reunió nuevamente en el lugar que ya habíamos acordado, desde allí, en una grata conversa, nos dirigimos hasta el lugar donde habíamos amarrado el bote a las raíces de los hualles.

La mañana estaba clara y el sol con su débil luz pintaba la ribera con un cierto tono de melancolía.

El verde reidor de la cuenca parecía ocultarse bajo el follaje entumecido. El río con un cierto aire de misticismo intentaba cubrir su rostro con una leve gasa flotante y el puelche cordillerano ya hacía sentir la impronta fría y dura de su aliento.

Cuando estuvimos en el bote, con un pequeño tarro le achicamos el agua que tenía en la popa, inmediatamente poniéndome yo en los remos dirigí el bote hasta el lugar donde estaban las redes de las lisas. Una vez llegado el primer boyante echamos la red arriba del bote y así una a una fuimos recogiendo todas las redes y la pesca fue muy buena y abundante.

Después de haber recogido todas las redes para las lisas, nos dirigimos nuevamente hacia el lado sur del río, hasta La Puntilla, donde teníamos la red de los pejerreyes. Cuando llegamos al lugar, donde creíamos que habíamos dejado la red, grande fue nuestra sorpresa porque allí no había red alguna. Entonces decidimos bajar los tres del bote y comenzamos a buscar alguna huella. No caminamos mucho, cuando nos dimos cuenta de que los pastos de la orilla estaban muy mojados y agachados, porque por allí parecía que habían arrastrado algo. Era una huella muy notoria y visible, esa debía de haberla dejado alguien que arrastró la red, así que, armándonos de unos palos, salimos en busca del ladrón. La huella iba en dirección hacia el potrero. Sobre los pastos aún brillaban las lágrimas de rocío que habían caído de las tristezas de la noche.

En medio del inmenso potrero, las verdes galegas, abrazadas a los junquillos, respiraban el aliento perfumado del poleo y ante nuestros ojos sólo podíamos ver un piño de animales, pastando a su albedrío. Yo estaba decidido a recuperar mi red, así que tomé la decisión y me fui unos metros más delante de mis compañeros y, mirando la huella, me di cuenta que ya no había dudas, el ladrón había cruzado el potrero arrastrando la red. Yo seguí caminando decididamente y cada vez la huella me llevaba más cerca de los animales y cuando ya estuve a una distancia prudente de ellos, observándolos con detenimiento, comprendí la situación y mirando hacia atrás a mis compañeros no pude aguantar más la risa y les hablé: "Muchachos, aquí no hay ningún ladrón. Mi compadre Crisóstomo, por la oscuridad, no se fijó bien y en vez de amarrar la red en un tronco la amarró a la pata del buey que está pastando unos metros más adelante. Luego que mis compañeros estuvieron a mi lado y mirando la red que estaba amarrada a la pata del buey los tres soltamos la risa. Entonces, le dije a mi compadre Crisóstomo: "Bueno, compadre, como usted amarró la red a la pata del buey; usted mismo ahora la desamarra. Así que mi compadre Crisóstomo, tomando la punta de la red y enrollándola, se dirigió hacia el otro extremo de ésta y cuando estuvo cerca del buey, con un cuchillo cortó el cordel y volvió hacia donde estábamos esperándolo.

Luego los tres volvimos donde habíamos dejado el bote y mientras caminábamos nos miramos y nos matábamos de la risa.

Bueno, así fue esta historia, muchachos. Yo recuperé mi red y mi compadre Crisóstomo se ganó el apodo de "el Pate Buey".

PREMIOS NACIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

TERCER LUGAR

Senén Ignacio Durán Gutiérrez 75 Años Iquique, Región de Tarapacá

CACIQUE PASCUAL CAUTÍN IPAICHO

Cuentan los antiguos, que allá por los años de 1870 gobernaba el fértil Valle de Mamiña y sus quebradas adyacentes: Quipisca, Palca y Macaya, el cacique aymara don Pascual Cautín Ipaicho, hombre sabio, correcto, serio y bondadoso, quien gobernaba su amplio señorío con una mano de hierro y otra mano de seda. Exigiendo y premiando a la gente bajo su mando, logró que de las quebradas agrícolas salieran las más abundantes producciones de alfalfa, frutas, flores, locotos y hortalizas que servían para abastecer el comercio y consumo en las oficinas salitreras del Departamento Litoral de Tarapacá. La sede de su cacicazgo era el pueblo, ya famoso por sus aguas termales medicinales, Mamiña. También cuentan los antiguos que la mayoría de las mujeres de los pueblos eran esposas del cacique. A cada una de sus consortes le había mandado construir una casa en Mamiña, donde vivían con los numerosos hijos e hijas que tenía en ellas, por tanto casi todo el poblado era de Pascual, donde su mirada feliz reposaba sobre sus esposas y prole, mientras el perfume de los madurados frutales llenaba los valles.

En sus venas ardía la sangre de la Araucanía, heredada de su padre Juan Cautín Ipaicho dado a luz en las riberas del río Cautín, en el corazón del indomable Arauco; su alma guardaba la noble estirpe de los Incas de cuya ascendencia era su madre limeña, Linia Caqueo. En su poncho y vestuario destacaban los nobles signos de su autoridad. El mayestático sillón que ocupaba para ejercer sus actos administrativos de cacique era un antiguo mueble hecho en madera de cardón (cactus), mostraba en su profusos tallados de diseños ideográficos, toda la trayectoria de su gloriosa dinastía, que enorgullecía a los mamiñanos y lugareños de los valles próximos.

Como recordador de la historia, le señalaba a su pueblo, mientras fijaba la mirada en el paisaje de esa tierra firme, morena y generosa, disfrutando la perfección de la naturaleza, esa creación que no conoce la lógica: "Nuestra tierra fue avasallada con armas empuñadas por manos vulgares, armadu-

ras guiadas por cerebros faltos de imaginación y altos ideales. Conquistadores baratos que echaron las primeras letras de una historia fanfarrona de imperios sin emperadores y de herejes locales que respetan la "Pacha Mama" y manejaban la astronomía; se erigieron censores de una cultura que fueron incapaces de entender; ignoraron su arquitectura; su expresión artística rupestre, textil y alfarera; su filosofía metafísica naturalista; su política de proveer felicidad al gobernado. Ellos, los que se declaraban civilizados, solo saquearon, nada crearon, todo lo destruyeron"; "Al final de la vorágine, solo quedó el sincretismo de la paz en la cruz cristiana sobre el calvario de cada pueblo y un nuevo idioma impuesto desde ultramar".

Los caudalosos manantiales de Ipla, Watapa, El Tambo y Jamajuga proveían la sangre de la tierra que fertilizaba los lujosos cultivos aterrazados en el paradisíaco valle de Mamiña, en las paredes de la quebrada, regulares cavernas en alturas servían de graneros familiares y bodegas de implementos agrícolas.

En el jardín de los renacidos, los fallecidos antes del evangelismo fueron entregados al regazo a la Pacha Mama (Madre Tierra), en las cimas más altas para que sean ellos los últimos en ver la luz del sol en cada atardecer del espléndido valle.

Después de la evangelización, en el templo iluminado de pinturas murales envejecidas, los vecinos del lugar imploraban y rogaban al Dios de los cristianos; el cementerio de bautizados rodea el templo. Este panteón, pleno de vegetación y flores, que se comporta como un jardín, está delimitado por un muro perimetral de breve altura. Mientras en "Cotosaya", en la pared sur del valle, junto a los hornos para cocer la cerámica, se inmolan llamas y corderillos en el andino ritual de la Wilancha, (sacrificio protocolar) expresión de las "costumbres" (religión andina) que ignoran la brecha histórica de quinientos años.

Por locuras que enciende el amor por una misma Tawaku (muchacha en edad de tomar esposo), cierta vez, dos fornidos mocetones, ciegos de rabia, se trenzaron en fratricida lucha en los recintos del pucará de C'ara (recinto defensivo), despeñándose uno de ellos quedando con serias heridas. El que salió ileso se dio a la fuga. El Cacique Pascual envió a dos de sus hombres a buscarlo, dándoles dos brazadas de cuerda trenzada en lana de llama. Lo encontraron en los sembríos de la Pampa de Iluga; lo redujeron y atado de manos con él llegaron ante su Cacique que dictó sentencia.

1879 fue año de conflictos con los hijos de Arauco. En noviembre de ese período los soldados del país del sur (Chile) ya habían conquistado la zona de Tarapacá y sus tierras de cultivos de desierto. Los temores que engendra la guerra habían hecho presa de los oriundos de los valles comarcanos.

El periodismo sensacionalista, que felizmente va en vías de extinción, informaba la calidad de la soldadesca chilena al describirlos como: "delincuentes sin Dios ni ley, que no respetan ancianos, niños, hombres ni mujeres, todos caen bajo el corvo criminal". Esto, mientras hordas de soldados peruanos en retirada saqueaban a su paso templos, pueblos, corrales y cultivos. Mamiña no fue la excepción.

El capitán chileno Rafael Zorraindo fue designado en patrullaje para el área geográfica de Quipisca, Parca, Iquiuca, Mamiña y Macaya, con la misión de ubicar y batir fuerzas enemigas aisladas. El 29 de diciembre de 1879, sale del campamento militar de Bearnés acompañado del capitán Marcos Latham; del teniente Belisario Amor; los alférez Agustín Almarza y Diego Millar, 66 cazadores y dos baquianos, con provisiones para seis días, en 11 mulas.

El Cacique Pascual Cautín se aprestó en Mamiña para esperar y recibir al oficial chileno y su gente el que, por cálculos de tiempo y distancias, debería arribar en dos días más, para lo cual dispuso las siguientes precauciones:

- a. El día indicado toda la población, hombres, mujeres, niños y ancianos del pueblo irían a ocultarse en la cumbre del "Cerro de la Cruz", situado en la banda sur de la quebrada. Podrían regresar al pueblo a una señal del tañido de campanas del añoso templo.
- b. Si a la puesta de sol de ese día no había sonido de ese bronce por todos conocido, era indicio de que el Cacique ya no existía, por tanto eran gente libre y debían ponerse a salvo como mejor les pareciese.
- c. Diez elegidos mocetones mamiñanos se quedarían junto al jefe Cautín, para ejecutar las misiones que fuere menester.
- d. Sus ayudantes prepararon las vestiduras, insignias y símbolos de autoridad para ocasiones especiales:
- -Poncho con bordado que indican su investidura
- -Thujjuro (bastón con contera y pomo de plata)
- -Guerrera de paño
- -Chullo de cuatro colores (gorro ceremonial)
- -Wipala del Coyasuyo (bandera regional)

- -Uzutas de cuero de guanaco (calzado)
- -Escudo con la efigie de sus antepasados
- -Chuspa tejida en lana de llama (bolsa pequeña)

e.En el centro de la plaza se instaló el trono del Cacique, bajo un palio de hierbas del monte y flores de la tierra.

Las tropas chilenas llegaron al mediodía del 31 de diciembre de 1879 al tranquilo centro agrícola. Los soldados chilenos dejaron pastar sus cabalgaduras en los jardines que rodean el templo. El Cacique recibió y saludó al teniente chileno en la plaza ceremonial de Mamiña:

-"Guerrero chileno, si vienes en son de paz, eres bienvenido a estas tierras de gente de trabajo".

Contestó Zorraindo:

-"Mi tarea es buscar y batirme con soldados enemigos".

Agregó el Cacique:

- -Aquí no hay gente de guerra, solo viven hijos de la Pacha Mama, que la adoran y embellecen cultivándola.
- -Entonces, dijo el teniente, si no hay con quién combatir, me quedo en paz y mañana continúo mi patrullaje militar.

El Cacique, al ver la caballada pisoteando el pasto circundante, refrenando su indignación, exigió en forma serena que las bestias fuesen retiradas de los jardines que rodean el templo, porque en esa venerada tierra descansan sus ancestros y los de todos los mamiñanos.

Sacados los animales, fueron llevados al potrero indicado (donde actualmente está la cancha de fútbol). Ordenó el Cacique a sus muchachos traer agua fresca para los chilenos y que se enciendan fuegos para que éstos preparen sus alimentos. El oficial chileno invitó al Señor de Mamiña a compartir su "rancho de campaña", lo que fue aceptado por éste y dijo:

-Pero primero tengo algo que hacer.

Ascendió al campanario e hizo vibrar las campanas. El repicar llenó el valle, los cerros devolvieron el eco con la buena noticia. No hay guerra.

Todos los mamiñanos bajaron corriendo del cerro, llegando a la plaza plenos de felicidad abrazaron a los chilenos porque había paz, porque eran hermanos.

El 3 de enero de 1880, regresa al campamento de Tarapacá la expedición del capitán Rafael Zorraindo. En el parte que pasa, hace notar la conveniencia de que el actual Cacique de Mamiña, por sus cualidades de gobernante local, continúe en el cargo. El ministro de Guerra en Campaña, Rafael Sotomayor Baeza, opina lo mismo, lo que se informa a La Moneda. Desde Santiago, llega el despacho confirmando en el cargo de Cacique de Mamiña a Pascual Cautín Ipaicho. Por esta circunstancia, en la historia de Mamiña pasa a ser el último cacique peruano y primer cacique chileno.

Siguió mandando con el mismo celo y dedicación, rodeado del cariño y respeto de sus gobernados, todos ellos agricultores de desierto en el maravilloso valle de Mamiña.

Su cuerpo descansa en el estrecho lecho del sepulcro abierto en el centro del sagrado suelo del interior del templo de Mamiña.



PREMIOS NACIONALES ME LO CONTÓ MI ABUELITO

PRIMER LUGAR

Magdiel Tafat Rivas Lepilaf 12 Años 6° Básico, Lautaro, Región de La Araucanía

MAPU-TORRO CONTRA WINKA TORRO

El humo del fogón y los tristes recuerdos del pasado hacían llorar a Juana Coñopán cada vez que narraba a sus nietos lo sucedido a su amada familia, mientras tejía "pontros y makuñ" (frazadas y mantas) en su telar de madera.

Era ella muy niña, cuando de pronto su gente se vio invadida por el winka y allí perdió a su padre, tíos y vecinos.

Una machi tuvo una visión de sueño, contaba la anciana Juana, donde pudo ver claramente el enfrentamiento del "mapu-torro" y el "winka-torro" (toro mapuche y toro español) en el campo de batalla. Después de pelear por largo rato, ambos estaban cansados y bufaban furiosos y, a pesar de su braveza, el mapa-torro perdía su fuerza, hasta que de pronto el winka-torro le quebró las astas y la machi vio caer herido al mapa-torro y manchar de sangre el suelo de Pitraco.

La machi despertó sudando, agitada y temblando. Se levantó muy temprano y pidió, por favor, a los "wentrus" (hombres) que no fueran a enfrentar a los españoles, porque la batalla, esta vez, estaba perdida. Sin embargo, los obstinados hombres no le hicieron caso, sino que se reunieron formando un grupo numeroso de adultos y jóvenes con lanzas, piedras especiales para ser lanzadas y mucha fiereza, gritando a coro el grito de guerra.

Juana Coñopán vio a su padre y a su tío meter su mano en un tiesto de greda que contenía "murke" (harina tostada) y comérsela seca, como señal de valentía y fiereza y salir corriendo, dispuestos a defender su tierra.

Aquel día, se cumplió lo anunciado por la machi al pie de la letra. Los españoles, mucho mejor armados, acabaron con los mapuches. Y toda la tarde, hasta ponerse el sol, la gente de Pitraco acarreó a los muertos que quedaron tendidos en el suelo, en caballos y en carretas.

Esa mañana fue la última vez que Juana Coñopán vio a su padre y a su tío y ni siquiera pudo despedirlos con un beso o un abrazo, sino que los tuvo que llorar hasta el día que le tocó dejar esta vida, pero contó la historia con lágrimas a mi querida abuelita Eufemia Ñonque, quien creció escuchando esas tristes y reales historias que le tocó vivir a su abuela Juana, cuando aún era una niña y a muchas otras muchachas inocentes e inofensivas, hace mucho, mucho tiempo.

PREMIOS NACIONALES ME LO CONTÓ MI ABUELITO

SEGUNDO LUGAR

Isabel Chamaca Huanca 13 Años 7º Básico, Escuela Colchane E-50 Colchane, Región de Tarapacá

EL JOVEN POBRE Y LA SAPA

Jamach Kada era un apuesto y gallardo joven aymara que vivía en la Cordillera de los Andes, en el altiplano chileno. Era tan, tan pobre, que se cubría con plumas de aves para protegerse del gélido clima altiplánico; además, recolectaba huevos del bofedal, cazaba aves y animales de estas grandes alturas para no morirse de hambre.

En estos menesteres andaba un día, cuando Jamach se encontró con una hermosa joven de piel morena, de pelo color azabache hasta la cintura, ojos almendrados y que tenía el porte y la prestancia de una princesa. El waina, al ver a la niña, se enamoró inmediatamente de ella y como él no era nada de mal parecido, la imilla le correspondió su amor.

Pasado un tiempo, Thuska (el nombre de la joven y en aymara significa perfume) le dijo al joven: "ya es tiempo de que conozcas a mi familia".

Sin pensarlo, lo tomó de la mano, llevándolo a la orilla de una vertiente. Ahí le dijo, ¡cierra los ojos! Cuando le pidió que los abriera, se encontraban en medio del bofedal, junto a la familia de la niña, en una larga conversación, concertaron el matrimonio.

Una vez casados, la imilla le dijo al joven que hiciera un corral de llamos alrededor de la vertiente, pasándole un saco con lana para que tapara todos los hoyos que quedaran, comentándole que al otro día el corral amanecería con una hermosa y gran tropa.

Jamach obedeció y al otro día se levantó incrédulo a ver el corral. Sus ojos no podían creer que ante él estaba la tropa de llamos más linda y gorda que nunca antes había visto.

Ambos vivían felices, hasta que Thuska envió a Jamach a Copta. En ese pueblo, el joven debería hacer un trueque, cambiar higos, otros tipos de frutas y verduras por llamos.

La joven antes que su esposo saliera de viaje, amarró al cuello de uno de los llamos una campanilla diciéndole: "este llamo siempre debe ir primero, será el delantero y es muy especial, por lo que debes cuidarlo".

El viaje de Jamach era muy largo, debido a esto el llamo delantero se cansó de tanto caminar, por lo que el joven prosiguió su viaje, dejándolo en el camino.

Su esposa, calculando que el joven estaba por volver, ansiosa lo esperaba con la mesa puesta, incluso con chova (vino y alcohol) y una vistilla con coca, al percibir que su marido regresaba, salió corriendo a darle la bienvenida. En la puerta de la casa se percató de que el llamo delantero no venía.

Thuska se indignó cuando el joven le contó lo que había sucedido, diciéndole que por no haberle hecho caso, le quitaría todos los bienes, dejándolo tan pobre como cuando lo encontró en el bofedal.

Después de estas palabras, se formó un remolino en la vertiente, al mismo tiempo, las alpacas, llamos taquirañas, iquiñas y todo lo que poseían fue cayendo arrastrados hasta él. Cuando nada quedaba, Thuska se convirtió en sapa, saltando al río y desapareciendo para siempre.

Jamach aún se sienta a llorar en el bofedal por su amada.

PREMIOS NACIONALES ME LO CONTÓ MI ABUELITO

TERCER LUGAR

Karina Nicol Miranda Barría 11 Años 6° Básico, Escuela Luis Bravo Bravo Caleta Tortel, Región de Aysén del Gral. Carlos Ibáñez del Campo

EL SUNCO

Esta historia es la de un hombre que llegó no sé de dónde. Un día apareció en Tortel en una chalupa, lo cual causó mucha impresión en la gente de mi comuna, porque era una persona inválida (sunco), que para remar se ataba el remo a su mano. También este hombre de enorme sacrificio, era muy trabajador, navegó por los canales Michel, el canal Plaza y el canal Troya. Él era una persona muy extraña, ya que tenía pocos conocidos con los cuales trataba, entre ellos sólo contaba con un gran amigo que era don Roberto Becerra Valdés, pionero de esta zona, y que, en aquellos años poblaba la Isla Francisco en el canal Baker y el poblador, Vicente Ayán, que poblaba la Isla Vargas.

El Sunco Herrera, como lo apodaban, era una persona muy desconfiada, le gustaba vivir solo y tenía un compañero inseparable que era su perro y su rifle, con el cual obtenía su alimento diario. También se cuenta que a esta persona le gustaba explorar y recorrer lugares. Su primer lugar donde estuvo habitando fue Punta Laura, donde hasta el día de hoy se encuentran indicios de su estadía, pero luego avanzó hacia el sur, hacia Puerto Brown, donde también realizó trabajos y estuvo poblado. Aquí construyó una casa y un cerco de gran magnitud.

También se cuenta que su gran hazaña era que se abastecía de animales ariscos que habían en algún lugar; él tenía su propia ruta, la cual guardó en secreto. Hasta el día de hoy, buscan esos animales, sin resultado alguno. Quizás el ímpetu de su gran sueño de algún día llegar a Puerto Edén lo llevó a recorrer los canales con gran esfuerzo y sacrificio, lo que lo llevó a intentar irse a Puerto Edén dos veces.

Con su primer viaje logró llegar bastante lejos, pero sufrió un accidente, se le fue su bote, quedando aislado varios meses con su fiel amigo, su perro, hasta que un buque de la Armada lo avistó y

avisó a la Capitanía de Puerto de Caleta Tortel, ya que no fueron capaces de rescatarlo, porque él tenía su arma, que la usó contra los marinos, ya que él no está su sano juicio, por lo que vinieron a buscar a una persona que lo conociera para poder rescatarlo. Entonces, don Roberto Becerra y otros pobladores acompañaron al buque para poderlo rescatar. El sunco Herrera al ver a estos pobladores, sólo reconoció a su amigo don Roberto, por lo cual éste tuvo que ir solo para convencerlo de subir al buque.

Una vez embarcado, lo revisaron y lo atendieron, pero siempre en presencia de su amigo, ya que sólo en él confiaba y al llegar a Tortel se quedó en casa de don Roberto, pero pocos días después, al sentirse recuperado, volvió a surcar los mares, en busca de cumplir su gran sueño, sin saber que el destino le tendría preparado un triste final, ya que le informaron mal la ruta y él navegó hacia otro lugar donde, se supone, que se le fue el bote o se le hizo pedazos con el temporal.

Tiempo después fue encontrado su cuerpo, junto a su rifle, en una Isla por unos pescadores de Puerto Edén.

(Esta historia es verdadera, me la contó mi abuelito José B.Z. (Tata) y también mi papá, Víctor M.H.)





fanilia campesina. Dentro de esta fanilia habita en la la companya de la companya della companya de la companya Un do a Le dijekon que fuera a consak annes I remo me fue, pero en el trajecto un pajaro negro de ajos ejas la sulta. persegura. Hilanr no se preocupo, porque en Outlie has jakos rakos, se predupo crando escullo un "Ti", milo homo castos, no habra madie, solament aquella ave rara, esta clegar a los lineres, sacó la many carridad de este par se sentra observada, usredes pre transiti e Por our El arado mespecisendos riempos 10 40 cos los descentos Poesías del Mundo Rural gallineros con patos y el cuarto para guardar la cosecha del verano.

PREMIOS NACIONALES POESÍA DEL MUNDO RURAL

PRIMER LUGAR

Rodrigo Ignacio Véliz Lobos. 27 Años Rancagua, Región del Libertador Bdo. O'Higgins

ENTRE LA PROVINCIA

"Ha marcado el surco donde nacerán las últimas semillas que se pueden cargar en la memoria".

T

No entraré más al huerto de la abuela.

Ella espera que sus lágrimas hagan florecer el recuerdo de quienes no hemos conocido.

Π

El arado me recuerda la infancia en la quinta, entre sembrados de maíz, gallineros con patos y el cuarto para guardar la cosecha del verano.

Me fui de viaje, cuando volví no estaban los de antes. sólo el arado sobre la alfalfa esperando nuevas voces.

III

Quizás las gotas
golpean las tejas
para cobijarse
de la lluvia del invierno
que nos tiene acomplejados.
Quizás las gotas
recuerdan mi infancia,
quizás las gotas sean
infancias que caen desde el cielo
y sólo golpean los techos
para revivir algunos recuerdos.

III

Un cazador cruza el pueblo, es un fantasma que trae la última caza de nostalgia que encontró arrumbada entre adobes sostenidos al tiempo.

PREMIOS NACIONALES POESÍA DEL MUNDO RURAL

SEGUNDO LUGAR

Nelson Antonio Torres Muñoz 50 Años Castro, Chiloé, Región de Los Lagos.

EL FOGÓN DE LOS AVISTAMIENTOS

"Vemos lo que fuimos, aquello que siempre ha venido con nosotros, desde el comienzo, cuando fuimos seres míticos...". (Nelson Torres, tomado de Mircea Eliade)

La noche cae sobre el pasto como una frazada de lana negra.

Cadejos erizados de luz de estrellas que parecen reventar cuando la escarcha ocupa el horizonte congelado.

El río Cude se detiene entre las sombras y la espuma que cuelgan de la Vía Láctea.

Se llenan de medusas las copas de los árboles.

Crujen los arrayanes y se oyen cantos nunca antes escuchados: las arrastra un viento azul como los ojos de los cristianos luego de avistar un entierro.

П

El fuego entra como un chorro de sangre y la cocina a fogón se enciende

como una ciudad mágica y volátil. Arriba, en el collín, flamean las hojas de cedrón y menta: crujen la ruda y el ajenjo; el ajo tira su puñal contra el silencio.

III

De la ceniza se levanta un cielo de estrellas que desaparecen entre las aspas de las llamas delirantes: una miga dulce y tierna cuenta la historia de las espigas que brotaron a las primeras lluvias azules.

IV

No silbarás, no barrerás, no derramarás la sal ni dejarás basura en una esquina del fogón: un filamento oculto, una corriente, un viento negro enciende -como un tendido eléctrico- las alarmas de los brujos.

Sus luces cruzan desde Curaco a Dalcahue, los mensajeros

– vírgenes mujeres transfiguradas en aves que vomitan sus tripas

para aligerarse- portan las señales

que el cristiano arrojara al profundo pozo de la noche.

V

Una tijera en cruz y el revisorio de los brujos chisporrotea y deja que emitir sus nítidas imágenes; una cabeza de ajo y el macuñ se vuelve plomo y el "rey sobre la tierra" cae preso de su propia telaraña.

VI

Gira el mate entre las llamas y el aroma a laurel recién bendito.

Un relámpago rasga como una sábana el coágulo de sombra que pende del techo de junquillos. Cuelgan en racimos las historias de los avistamientos, el aquelarre ocupa este silencio, lleno de misterio hirviente. VII

Cuatro uñas filudas como vidrios, una garra de animal, cuatro surcos rojos, sangrantes, en la espalda de un cristiano.

Maldita la noche y sus escondrijos, manto de penumbra que oculta al malhechor volátil.

> Una corriente de aire revuelve la ceniza, a las doce, entre las llamas del laurel, debería aparecer el rostro del culpable.

VIII

Una potente luz, como si un viento agitara una linterna, cruza el dormitorio de los huéspedes.

La señal de la cruz, un rezo, una oración a San Gabriel y rueda por el suelo esa pelota de luz transfigurada en perro negro.

Es un cachorro manso y temeroso; con ojos, con orejas, con postura similares al vecino Juan Tureuna.

IX

Gira y gira el mate en el fogón de las maravillas.

Un arco iris negro cruza el horizonte pletórico de algas y moluscos.

Un promontorio de piedras ponzoñosas crece sobre el ataúd de un infante que no alcanzó el bautismo.

Ese lugar quedó maldito, estéril: sitio de agonía de la luz y muerte.

Χ

Un cuchillo puede romper en cuajos la baba purulenta de la noche.

El filo con fulgores de la luna herida, haciendo una cruz y hundiendo el puñal en la mitad de esa cruz que ha dejado abiertas las tripas de la terrible soledad y el miedo. Puñal y cruz para atrapar al brujo.

ΧI

Plácido, entre flores despertó don Juan Barrientos. Uno que sabe el arte le tiró su aliento subyugante. Soñó con piel y senos de muchachas quinceañeras. Soñó que rugía mirando una luna azul que goteaba prendas femeninas.

Se aligeró la piel en ese sueño y voló hacia el fin de todo: donde se desteñía el color de mundo.

Suaves manos, dulces contornos, finísimas caderas le llevaron de la mano a esa tumba y el rocío —con sus agujas lentas y su angustiale hizo despertar en pleno cementerio.

XII

Ajo, para espantar el susto. Para engrosar la sangre y para que el amor se vuelva como un potro que patea el aire y relincha.

El miedo borbotea entre las hebras de pasto. Nunca se vio una estrella fugaz en estos cielos que la noche descascara.

Otro mate y de la ceniza salta un chorro de chispas, pájaros de cabeza humana cruzan raudos el fogón y quedan suspendidos en el aire, brillando y muriendo.

Ajo para espantar el susto a la modernidad.

PREMIOS NACIONALES POESÍA DEL MUNDO RURAL

TERCER LUGAR

Francisco Rojas Troncoso 28 Años La Cisterna, Región Metropolitana

DESCRIPCIÓN DE UN BOTE MIENTRAS SE NAVEGA

Una cocina celeste Estufa a leña En una cabina sentado en la banca azul del bote

Una cocinilla a gas

Dos cucharas metálicas que brillan

Hacha, leña, botella plástica con agua de vertiente, gancho ericero

Plomos, gualetas, máscara de buceo, jarro matero, tetera

Bolsa de azúcar, kilo de sal, paquete de tallarines amarrado a un clavo en el cielo del techo

Manguera de oxígeno, neumático, bichero, sacos pelilleros

Las olas golpean la proa Salpicones de agua entran por las rendijas de tablas sin estopa

El agua se saca con el abombador

La quilla es la espina dorsal de la máquina Las cuadernas son las costillas Cuenta la legenda que en el interior de Ovalle mora de la familia campesina. Dentro de esta familia habi a ma l'ella de chacha llamada Hilant, sus ojos eran cono si dos geras l'ella cardo sobre ellos, su piel tolor canela, eshelta, pel una cardo cono la moche, la nuchacha tenta solonegre 14 oras un cue

Line de la Lijekon que fuera a consak in esta linea de presenta de la presegura. Hitans no se presegura, porque en Orialie for la presegura de la presegura de la presegura de la linea de la presegura de la ser presegura de la

de barro, muy asustada los alimento y comenzó a ir a verlos para ver si segulan vivos,

ya viendo que éstos estables establico tranquila.

Mujer Rural

PREMIO ESPECIAL / MUJER RURAL HISTORIAS CAMPESINAS

PRIMER LUGAR

Erminda del Carmen Mansilla Alvarado 59 Años Trabajadora Agrícola Achao, Chiloé, Región de Los Lagos

HISTORIA DE LA MORTAL PESTE DE LA VIRUELA

Esto fue real, vivido por mi bisabuela a partir del año 1890, en la isla de Llingua, provincia de Chiloé.

Ella se llamaba Mercedes Mansilla y fue madre soltera muy jovencita. Vivía con su mamá y sus siete hermanos; su padre andaba de viaje trabajando en Punta Arenas. Cuando volvió a casa, llegó infectado con la mortal peste de la viruela y contagió a toda su familia.

De esta enfermedad casi todos morían, si no la sabían curar. Ya se empezaron a enfermar y a salirle unas inmensas ronchas en todo el cuerpo, acompañado de mucha fiebre. Así murieron sus padres y sus hermanos, salvándose sólo ella y su pequeña hijita, a quien ella cuidó con mucha dedicación, ya que cuando le empezaron a salir las ronchas, la abrigaba muy bien y le daba de tomar puras cosas de calor, especialmente el café de trigo quemado y otras yerbas que daban calor, de tal manera que las ronchas no se metieran para dentro y pudieran sanarse encima hasta que pasaran los tres primeros días, porque después de eso pasaba el peligro de muerte. Ella fue la última que se enfermó y ya sabía cómo cuidarse, así que no demoró mucho en sanarse. Una vez que se sanaban, tenían que estar 40 días sin salir de su casa para no contagiar a más personas.

Cuando la gente supo lo que pasaba en la casa de mi bisabuela, nadie quería visitarlos ni estar cerca de ellos, ni siquiera su propia familia. Tampoco le permitieron enterrar a sus muertos en el cementerio común, así es que mi pobre bisabuela tuvo que conducir a sus muertos a una puntilla de tierra que se llama Chequetén, que quedaba muy lejos, donde no vivía nadie, para lo cual, primero,

iba a hacer la fosa, volvía a darle pecho a su bebé y, luego, colocaba a su muerto en una carreta enyugaba sus bueyes y esperaba poder cruzar hasta la islita y enterrarlos allí. Y como no tenía quién le ayudara, ella amarraba a los muertos con un cabo y lo metía a la fosa. Así enterró uno a uno a todos los muertos de su familia.

Pasaron los años y mi bisabuela contrajo matrimonio con Juan Victorino Mansilla y tuvieron cinco hijos más. Cuando supieron que la peste de la viruela estaba por la costa, ella le decía a su familia que no tuvieran miedo, porque ella los iba a cuidar, ya que la persona que se salvaba nunca más se enfermaba, porque la peste daba una sola vez.

Un día que tocaban a su puerta, se encontró con un caballero desconocido pidiéndole de rodillas que le fuera a salvar a su familia que se estaba muriendo de la peste de la viruela. Su familia no había aceptado por temor al contagio, pero ella decidió ir no más; y así se embarcó en una chalupa velera para llegar hasta la costa que ahora pertenece a la comuna de Dalcahue. Cuando estaba cerca de la casa, lo primero que vio fueron atados de comida y ropas que la gente dejaba colgados en los árboles para que después ellos los fueran a buscar y así pudieran cambiarse y alimentarse, los que aún podían comer.

Al entrar a la casa, había cuatro personas muertas en la puerta y cuando ella preguntó si había alguna persona viva, una voz débil de un niño respondió que él estaba vivo y cuando lo miró estaba al medio de sus padres, su mamá recién había muerto. El niñito se quejaba de tener mucha sed y decía que antes que muriera su papá, éste le daba sus orines de beber, porque no tenían agua y no podían ir a buscar, porque no podían caminar. Ella le dijo: mijito, yo te voy a sanar, no tengas miedo. Y así empezó a darle puras cosas de calor, lo abrigó bien y le pidió que no se destapara, aunque tuviera mucho calor.

Para evitar los contagios, ella fue muy cuidadosa. Enterró los cadáveres bien alejado de las casa para lo cual le dejaban bueyes enyugados con una carreta para que ella, con un cabo, lo amarrara y lo llevara a una fosa que ella misma había hecho y dejara sus muertos allí bien enterrados; luego debía lavarse desde los pies hasta la cabeza y quemar toda la ropa que llevaba puesta para cambiarse con ropa limpia que le dejaban atado en los árboles cercanos. Recién ahí podía volver a la casa que sólo compartía con el niño que estaba cuidando.

En total, tuvo que enterrar ocho muertos ella sola, porque los que estaban sanos no se atrevían ni siquiera a llegar cerca, sólo aportaban con comida y ropa para mi bisabuela y el niñito que cuidaba y que estaba pasado los tres días de peligro.

Cuando el niñito estaba casi sano, ella lo abrigó muy bien y lo cambió a otra casa que le habían arreglado para que pasara la cuarentena; y ella volvió a la casa para quemar todo lo que había estado en contacto con la peste, hasta la misma casa donde habían estado.

Así, mi bisabuela estuvo en la costa hasta que no quedaba rastro de la enfermedad. El caballero que fue a buscarlo era tío del niñito que habían salvado y muy agradecido volvió a dejar a mi bisabuela a Llingua y ella estuvo encerrada en su casa más de un mes, porque nadie quería verla, ya que creían que podía traer la peste de nuevo a la Isla.

Y esta fue la historia relatada por mi mamá de 82 años, que aún vive y que a 0ella le contó su abuela Mercedes.

Esta historia es inédita, nunca antes contada.

PREMIO ESPECIAL / MUJER RURAL HISTORIAS CAMPESINAS

MENCIÓN HONROSA

María Angélica Figueroa Araya 55 Años Dueña de Casa Olmué, Región de Valparaíso

VIDA E HISTORIA DE MI ABUELA

Era de mañana y se encontraba con su madre y hermana mayor, sin comprender mucho en sus cortos tres años, apenas podía dilucidar lo que acontecía; mamá hablaba incoherencias, había perdido la razón; entonces, las vecinas rápidamente acudieron en su ayuda, por un lado, su hermana lloraba y la abrazaba, diciéndole: "jamás nos separaremos".... Pero no tardó en llegar la carreta, que la trasladaría a Limache y desde allí en tren a Valparaíso. Así fue como se la llevaron, sin saber adónde. Los vecinos decidieron colaborar y comenzaron a decidir qué hacer con las pequeñas niñas.

Con los años,... atando cabos, se comenzó a dar cuenta cuál había sido la situación que llevó a su madre a perder la razón. Su padre era un italiano que se había fijado en su madre, de esta relación nació Filomena, una hermosa niña rubia, ojos verdes, lo cual fue muy bien visto por su padre. Dos años más tarde, nacería Rosario, su padre al verla, sorprendido, comenzó a vociferar que esa niña no era de él, porque (Rosario) era de pelo oscuro, tez blanca y ojos claros. Su madre, al escuchar tan enorme y estúpida aseveración, se trastornó, por lo que fue internada en el psiquiátrico.

Los vecinos decidieron verles un hogar para las niñas, fue así como una familia se llevó a la mayor rumbo al norte y Rosario fue dada a un matrimonio sin hijos, las hermanas se abrazaban y la mayor prometía que cuando fuese más grande ella la buscaría y jamás se separarían.

El matrimonio de las Cruces que llegó a buscarla iba a caballo y fue llevada engañada con una muñeca de trapo que era prestada, la Sra. Sofía, prometía cuidarla con esmero como si fuese su verdadera madre. Llegaron de noche al hogar, era una casa de adobe con un comedor y dormitorio, la cocina se encontraba afuera, le dieron leche caliente de vaca y tortilla y todos se fueron a acostar. Eran cerca de las 07:00 de la mañana y fue despertada para desayunar, desde ese momento, se dio cuenta de que, además, debía hacer las labores de casa, ayudar a dar comida a las gallinas, a los chanchos,

comida a los perros y así, sucesivamente, sus tareas domésticas fueron aumentando una a una, día a día, cuando contaba con 7 años. Su madre adoptiva era muy buena para las fiestas, gustaba de los rodeos y trillas, ella tocaba la guitarra, el arpa y cantaba en todas partes a las que era invitada. Si éstas se llevaban a cabo cerca de Rosario, la llevaban, de lo contrario, era dejada en casa sola para que continuara con sus labores: hacer pan, comida para los perros y cocinarse para ella, a sus cortos años, solo atinaba a cocer papas para alimentarse, comía sola y su única compañía eran los perros que la miraban y ella les lanzaba papas calientes, los cuales corrían a agarrarlas, se quemaban y esta situación le entretenía mucho, causándole risa.

Un día empezó a llover, ella sola se preocupaba de las gallinas y de los perros, así pasaban los días y la lluvia no cesaba, de repente se acordó que no había alimentado a los chanchos, fue corriendo a verlos, éstos se encontraban hambrientos y entumecidos en medio de un charco de barro, muy asustada los alimentó y comenzó a ir a verlos para ver si seguían vivos, ya viendo que éstos estaban mejor, respiró tranquila.

Doña Sofía llegó de sus juegos y la llamó para averiguar si todo estaba en orden, por supuesto, y como siempre, así fue. Luego, le comentó que los vecinos le habían dicho que ya estaba en edad de enviarla al colegio y que la matricularía en el colegio del sector, el que quedaba a dos kilómetros de donde ellos vivían, pensó que sería un largo camino que tendría que andar, pero también se dio cuenta en lo bueno que sería, podría conocer a más niñas de su edad y podría descansar un poco de las labores de casa.

El primer día de clases, fue levantada más temprano de lo normal, no se escapó de tener que alimentar a las gallinas, perros y chanchos, luego un cuaderno, un lápiz y goma, y de allí a caminar rumbo al colegio. Por el camino, los niños iban saliendo de las casas y cada vez el grupo iba creciendo, al llegar vio al profesor que se dirigía a los niños, preguntando quiénes iban por primera vez y así fueron siendo separados a diferentes niveles. Contenta ante tantas cosas nuevas, lo único que pensaba era en su próximo día de clases, así transcurrieron los días; en ese tiempo, había clases todo el día, se entraba a las 08:30 hrs. y se salía a las 18:00 hrs.

Llegaba a casa después de dos horas de caminar, al llegar a casa, Doña Sofía estaba muy enojada, porque llegaba muy tarde, entonces decidió que iría día por medio, porque era cansador para ella las labores de la casa, fue así como las condiciones las ponía ella. Primero, fue día por medio, después cada dos días, luego solo cuando se le antojaba. En ese momento, ella decidió que aprovecharía al máximo lo que le enseñaban hasta lograr aprender a leer. A medida que fue creciendo, se devoraba revistas y diarios que llegaban a sus manos. Doña Sofía, para compensar el hecho de no enviarla al colegio, empezó a enseñarle a tocar la guitarra y el arpa, pero la intención era llevarla a las trillas y rodeos, así Rosario fue aprendiendo a medida que crecía.

Un día, a Doña Sofía se le ocurrió irse al norte para colocar una cocinería en las salitreras, para esto tenían que viajar en barco desde Valparaíso hacia el norte, tendrían que viajar 15 días. Lo decidió y así lo hizo, el viaje fue caótico, mareos, náuseas, no poder alimentarse; llegar a tierra firme fue un alivio. Luego, arrendaría unas piezas, una para dormitorio y otra para la cocinería y ventas de lo que allí se prepararía. Las labores de Rosario serían barrer y lavar platos. Como a las 16:00 hrs. le quedaba un ratito libre, el cual aprovechaba visitando a una vecina de la pieza del lado que era costurera, hacía camisas, pantalones y todo aquello que se le ordenara y en estas horas invitaba a Rosario a acompañarla y le enseñaba a cocer, cortar, pegar botones, bastas. Rosario aprovechaba al máximo todo cuanto se le enseñaba, ella en premio, le regaló una muñeca, la primera muñeca que era de ella y empezó haciéndole ropa, esto le servía para practicar.

En esta zona, se sintió un fuerte temblor y los trabajadores y la población entera se asustó mucho, días después se enteraron del terremoto de 1906; las noticias llegaban con mucho retraso.

Rosario observaba el entorno que lo rodeaba, vio que trabajaban muchos chicos, los cuales no se mezclaban con el resto, que eran los chilenos, eran muy mal mirados y éstos, a su vez, se reunían a comer bajo una carpa donde se alimentaban a la hora del almuerzo. Lo que le llamaba la atención de estas personas era que al mirarlas, sonreían. Para estas personas, era una vida muy sufrida, se les pagaba menos y todos se alejaban de ellos, la comida era diferente y no compartían ni siquiera los baños. En esos tiempos, las pagas eran a través de fichas y la compañía era dueña de pulperías, no existía el dinero, solo fichas a canjear por alimentos y éstas apenas alcanzaban, el dinero era escaso. Doña Sofía, en vista de esta situación, decidió volver a la Quebrada de Alvarado, donde tenía para llegar a Valparaíso y de allí a Limache. En Limache, tuvieron que esperar la llegada de las personas que bajaban en las tropas de mulas, caballos y carretas.

A estas alturas, ya contaba con 12 años, llegando se reunieron con familiares y se contaron las novedades. Ya instalados, empezaron a ver cómo generar dinero, fue así como empezaron a lavar ropa ajena; por supuesto, Rosario era la encargada de ir a buscar la ropa, de lavarla, plancharla, almidonarla. El planchado era con plancha de carbón, tenía que tener mucho cuidado de no quemar la ropa, si no, ya sabía lo que le esperaba, era castigada con mucho rigor.

En tanto, ocurrían las trillas y rodeos, celebraciones de santos. A estas alturas, a Rosario se la encargaba tocar la guitarra o el arpa y las llegadas eran tardísimas, por supuesto de madrugada. Fue en una celebración de San Juan, cuando conoció a Manuel, un joven muy buen mozo que tocaba guitarra y cantaba a lo divino, tenía una hermosa voz. Rosario, a estas alturas, era una hermosa niña de 13 años, blanca con hermosas facciones, ojos claros. A Manuel, le llamó mucho la atención la hermosura de esta jovencita, fue así como empezaron las miradas entre estos dos jóvenes, aunque

había una diferencia de edad notable, eso no fue impedimento para que se enamoraran, fue amor a primera vista. Doña Sofía, para ese tiempo, había enviudado dos veces. Al ver a Manuel, se sintió atraída por este joven, que era unos años menor que ella, no vio impedimento, ... pero al darse cuenta de que este joven se había fijado en Rosario, Doña Sofía entró en cólera y la empezó a castigar por cualquier motivo, con o sin razón. No le quitaba los ojos de encima para impedir que se hablaran o tuvieran algún contacto. Fue así como empezó un ir y venir de cartas y solo miradas que trataban de decir con ellas todo lo que sentían.

Las misivas llegaban de manos de amigos: mientras entretenían a Doña Sofía, el otro le entregaba el encargo que ella esperaba con ansias, estaba pronto a cumplir 14 años y esto cambiaba la situación. Manuel le había prometido casarse con ella, pero tendrían que estudiar muy bien la manera de hacerlo.

Fue así como decidieron escaparse, fue de noche, se le avisó que tuviera su poca ropa lista, porque Manuel pasaría a buscarla. A la señal de un silbido tendría que salir. Era ya muy tarde cuando sintió que venía, salió al encuentro... lo vio.... y le fue a abrazar. Llevaba dos caballos, uno para ella y el otro para él, fue así como el par de enamorados emprendieron la marcha hacia Santiago, donde vivía la madre de Manuel, fue un largo viaje, muy largo y, a la vez, rápido, ante el temor de ser descubiertos, ya pasando Til Til, respiraron tranquilos. La llegada a Santiago fue como a las 10:00 de la mañana.

En casa de Manuel, la madre les señaló que tendrían que casarse, fue así como fue a hablar con el cura y le explicó la situación. Una vecina hizo las veces de su madre, indicando que no la tenía. En estas condiciones, se casaron, el día 26 de noviembre de 1912 en la iglesia San Lázaro, para así compartir todo el resto de sus vidas, hasta que la muerte los separase.

Más tarde, de este matrimonio nacieron diecisiete hijos, de los cuales cuatro murieron por "tifus" y los otros 13 llegaron a adultos y se casaron.

Ella pudo conocer nietos, bisnietos y tataranietos, tras un feliz pasar y gozo absoluto del logro familiar obtenido, su esposo fallece en el año 1955 y, luego, ella en 1980, a la edad de 99 años, siendo éstos... los mejores y más hermosos años vividos. Qué mejor y mayor gloriosa despedida, que encontrarse acompañada de hijos, muchos nietos y hasta de sus bisnietos y tataranietos al momento de fallecer.

Para ti... queridísima Abuela...; Que Dios te Bendiga!

... Tu familia

Chenta la lejenda que en el interior de Ovalle inversión de familia campesina. Dentro de esta familia habi a una lecunia chacha llamada Hilant, sus ojos eran cono si dos gotas hibrarios car do sobre ellos, su piet tolor camela, espectro, per remanento cono la noche, la nuchacha tensa soluntate l'himos una como cono la noche, la nuchacha tensa soluntate l'himos una como cono la noche, la nuchacha tensa soluntate l'himos una como cono cono ca noche, la nuchacha tensa a constar comenca l'himos una composito en est tranjecto un pajaro negro de 1983 logos la nuchacha preseguira. Hilant no se preocupó, porque en Ovalle has masos largos rando escucho un "Til", mato hace solutados, no habra madie, solamente aquella ave rara, esca llegar a los linones, sacó la nayor cantidad de este familia de sente fam

Pueblos Originarios

Yaikekan lloró sobre la pila de cadáveres, mientras la sangre cubría de rojo toda la estepa y corría hasta el este y el oeste, al norte y al sur y se arrastraba hasta inundar las cuevas de los piches y borraba las pinturas dejadas en los aleros de los cerros, seguía y seguía...

PREMIO ESPECIAL / PUEBLOS ORIGINARIOS HISTORIAS CAMPESINAS

PRIMER LUGAR

Dionisio Leocadio Prado Huaiquil 46 Años Agricultor y Dirigente Comunal Mapuche Collipulli, Región de La Araucanía

LA CAVERNA

Ese día fuimos todos los de mi casa a ver a mi abuelita. Normalmente, nos visitamos. En ocasiones, ella viene a nuestra casa, que pese a estar en el campo, es como si no lo fuera, pues desde que llegó la luz eléctrica, mis padres han comprado todo tipo de entretenciones: televisor, equipo de sonido, equipo de video, etc., con los cuales pasamos gran parte del día viendo películas o escuchando música, cada uno de acuerdo con sus gustos y, aunque uno no quiera, igual se sumerge en los programas y, normalmente, no nos hablamos. Porque cuando uno quiere decir algo y están concentrados en lo suyo, dicen "no interrumpas" y, como se entiende que nadie quiere ser interrumpido, entonces optamos por no hablar, salvo cuando es necesario hacerlo. Pero en casa de mi abuelita todo es diferente. Allá es como si el tiempo se hubiese detenido un par de años. Porque aunque igual tiene algunas cosas modernas, como un televisor pequeño, una radio antigua, que sirve para las noticias y para escuchar música mexicana, pero casi no la usan.

Uno sabe que esto es así, entonces todo está bien y, además, como es tanto el quehacer que hay dentro y fuera de la casa: forrajear los animales, ver la huerta, recoger los huevos, picar leña, ver el riego, en fin, prácticamente, es imposible sentarse un rato largo a escuchar música o ver televisión. Después que llega a casa, uno rápidamente se adecua al sistema y, una vez que eso pasa, entonces todo transcurre normal.

Ese día se nos hizo tarde y decidimos quedarnos. Ya entrando la noche pasamos a la cocina, que está un par de metros separada de la casa. Ahí está todo, unos tablones con cuero de oveja y el respaldo no es más que el muro interior de la cocina. La olla de fierro colgada de un alambre, con una corredera, que se utiliza para acercarla o alejarla del fuego. La tetera permanece siempre cerca de las brasas para cualquier necesidad. Después de cenar y de conversar sobre cualquier tema, poco

a poco nos fuimos adentrando sobre hechos del pasado. Mi abuelita es una mujer muy entrada en años, por lo cual tiene vivencias de tiempos ya idos. Es difícil decir cuántos de estos acontecimientos del pasado ella nos ha relatado, pero son muchos. Es cierto que cuesta llegar a crear el ambiente para que ella esté dispuesta a hablar, porque no le gusta ser interrumpida. Eso lo sabemos y nos quedamos todos tranquilos escuchando, podría decir, que con lo entretenido y el talento que ella tiene para el relato, que uno sin proponérselo, se queda quieto y escucha y solo pregunta cuando la ocasión así lo amerita.

Mi papá preguntó sobre el porqué del nombre del lugar: "Lolcura". Ella respondió, Lolcura quiere decir piedra ahuecada en mapudungún o podría traducirse como hoyo en la pared, en definitiva, caverna. Y por qué le colocaron así, preguntó mi hermano. Porque aquí había una caverna, respondió y ésta tiene su historia y esta historia tiene que ver conmigo, contigo y con todos los mapuches de este sector. Entonces, se acomodó un poco en su "asiento", con sus manos, se ordenó su pelo, dio una mirada a su alrededor, como buscando algo, luego de un suspiro se adentró en el tema. Según los kuiviqueché (gente antigua), cuando nuestro pueblo defendía su territorio, ocurrieron muchos combates en toda la región del Malleco y, en general, en todo el territorio mapuche. Pero en este sector, normalmente, se defendía la línea del río Renaico. Y cuando la situación se hacía insostenible, los combatientes emprendían la retirada, cruzando el río, corriendo en distintas direcciones y cada uno en un momento determinado se dirigía a la caverna, cuya entrada estaba perfectamente disimulada, razón por la cual, el enemigo nunca la encontraba.

Una vez dentro, los guerreros mapuche se agrupaban y continuaban su regreso, cada uno en sus cabalgaduras. Esta caverna, según se cuenta, comienza en nuestra comunidad y sale al otro lado del cerro Huelehuico. Ellos sabían que una vez dentro, estaban seguros, por lo que revisaban a sus heridos y si la situación era complicada, entonces la atención debía hacerse en el mismo lugar. En ocasiones, el guerrero maltrecho debía permanecer dentro y traer al lahuentuchefe (componedor de huesos) para la atención. Esto porque cada vez eran menos los guerreros que quedaban, de manera que debían recuperarlo lo más pronto posible, pues la lucha venía llevándose a cabo desde muchos años y no se vislumbraba ninguna esperanza de que esto terminara. En otras oportunidades, cuando no había contratiempo, se continuaba la travesía a todo galope hasta llegar al otro lado.

En el umbral de la caverna se tomaban las precauciones del caso para no dejar huella de la salida, por lo que, al igual que al ingresar, cada uno seguía un sendero distinto para asegurar que el enemigo no tuviera opción de encontrar este escondite secreto. El guerrero debe ser sabio, afirmaba ella, por lo que no debía hacer ningún comentario sobre este secreto. Por esta razón, solo ellos conocían la existencia de esta caverna y así permaneció por largos años.

Cada día que pasaba era una nueva historia y los combates se hacían más frecuentes y los defensores del territorio eran cada día más jóvenes, algunos aún llevaban consigo los rasgos de niños, pero eran muy valientes y estaban dispuestos a dejar la vida por defender la tierra.

El mapuche no se rinde jamás, afirmaba con orgullo y hacía mención a algunos parientes nuestros, que partieron comisionados en algún refuerzo para apoyar a los hermanos que estaban en grandes dificultades y no regresaron nunca más.

De vez en cuando, ella hacía un alto en su conversación, tomaba una buena proporción de aire y continuaba.

En una de esas tantas ocasiones, se produjo un sangriento episodio, en un lugar cercano a la comunidad. Ese día, hicieron su aparición los pichike gorra (gorra chica= militares) y cada uno traía consigo un tralka (carabina). El ataque de los militares fue de sorpresa, pero aún así, el kulkul sonó fuerte y los encargados de la defensa enfrentaron la situación.

Ese día los niños, las mujeres y los ancianos fueron testigos de una de las jornadas más sangrientas de aquellos tiempos. Los cuerpos de los jóvenes mapuche quedaron desparramados por los potreros, los niños y las mujeres escaparon hacia los cerros; los militares quemaron sus casas, rodearon el ganado y se lo llevaron. El Longo (cabeza, jefe) al darse cuenta de que la superioridad de los invasores, principalmente en el armamento era incontrarrestable, consideró que era un verdadero suicidio continuar presentando batalla, por lo que ordenó la retirada. Él tenía la esperanza de que al salvar a los pocos que quedaban, podrían rearmarse como tantas otras veces y continuar la batalla.

No dudó, entonces, en la estrategia, enfiló con su caballo y a galope tendido cruzó el campo de batalla. Su kulkul bramó como un animal herido, llamando a la retirada. Sus hombres comprendieron el sonido del cuerno y obedecieron de inmediato, entendiendo de lo que se trataba y cada uno se dirigió hacia la caverna por senderos distintos como antes lo hacían, pero eran seguidos muy de cerca por el enemigo. Comenzaron a girar en grandes círculos, evitando entrar al refugio, pero sus caballos estaban muy agotados y, además, débiles, pues los continuos enfrentamientos que tenían con el ejército y también con los "chilenos", que se estaban instalando por todos lados, no dejaban que sus animales estuviesen descansados y bien alimentados. No así los del enemigo, que en cada excursión al territorio mapuche, venían bien montados y, cada vez, mejor equipados, entonces la defensa era cada día más difícil. Por esta razón, el líder entró a la caverna, lo mismo hicieron los demás. Uno de los perseguidores se percató de esto y gritó: "están entrando a una cueva", y todos se dirigieron a ella. Ambos bandos estaban al interior de la caverna. Los mapuche, al ser conoce-

dores del camino, les era más fácil correr en la oscuridad, por lo que sacaron ventaja de esto. Para el ejército, sin embargo, fue penosa la persecución, pero la idea de terminar con el foco de resistencia del lugar hizo que su líder confiara en la destreza de sus jinetes y en el poderío del armamento que llevaban, por lo que ordenó continuar con la persecución hasta el final.

Ya recorrido un buen tramo, el Longo ordenó detener la marcha y, en absoluto silencio, escuchó a lo lejos el ruido de los cascos de los caballos enemigos, comprendió entonces que habían entrado a la caverna y que el secreto de ésta ya no era tal. De inmediato, trazó un plan. Recordó que en ese lugar las rocas se estaban soltando y, probablemente, si se ayudaba un poco podrían derrumbarse. Se dirigió a los suyos y les explicó la situación, ellos comprendieron y con gran atención y respeto escucharon las instrucciones. Nos vamos a separar en dos grupos, exclamó, el primero quedará al mando de Damián, que era aún un chiquillo, pero había demostrado ser un valiente muchacho. Ustedes esperarán inmóviles a un costado de la caverna, hasta que ellos pasen, cuando eso ocurra, entonces desprenderán las rocas sueltas de la pared hasta provocar un derrumbe, ellos al verse acorralados, empezarán a disparar y eso ayudará. Nosotros haremos lo mismo en un tramo más adelante.

Dicho esto, emprendió el galope con los suyos, se detuvo en un sector húmedo y pedregoso e, inmediatamente, soltaron las rocas, provocando una lluvia de pequeños roqueríos que fueron amontonándose, obstaculizando el paso. Al llegar los perseguidores al lugar, se dieron cuenta de la trampa que se les había tendido y lo fácil que habían caído en ella. Inmediatamente, se ordenó la media vuelta y se encontraron con la misma situación al otro extremo. Los mapuche estaban empeñados en seguir cerrando el paso, provocando más derrumbe, acompañado de un griterío ensordecedor. Cerrada ambas salidas, en plena oscuridad y escuchando solo gritos, no pudieron soportar el acecho de la muerte y, en un arrebato de descontrol, comenzaron a disparar sus armas. Esto fue fatal, pues el estruendo terminó por soltar el resto de rocas, quedando todos aplastados para siempre al interior de la caverna. Ante esta situación, los mapuche alistaron sus caballos y a galope tendido abandonaron la gruta, saliendo al exterior para, luego, regresar a sus hogares, encontrándose con un panorama desolador, sólo había ruinas. La mayoría de las casas quemadas, sin ganado, y los niños que deambulaban como sonámbulos por lo que antes era su lugar de habitación.

El Longo reunió a sus guerreros y les comentó que la caverna ya nunca más les serviría de escapatoria, pues había sido descubierta y que, aunque sus descubridores no vivían para contarlo, ellos mismos se habían encargado de destruirla. Por lo que eso significaba, una gran catástrofe, entendiendo que Ngenechen (Dios), le había dado ese refugio, ellos ahora lo habían perdido.

Como tantas otras veces, el Pueblo se volvió a levantar. Eso quedó en secreto, lo cierto es que pasado el tiempo, los ánimos se aquietaron y hoy solo queda la entrada de la caverna, como mudo testigo de todo lo que allí ocurrió. Entonces, ¿la caverna existe?, preguntó curioso mi hermano. Por supuesto, respondió ella y está a solo un kilómetro de aquí y la historia, también afirmó, enfática, luego dijo "Tantas cosas que pasaron, mi Dios", nos dio una mirada a todos y permaneció en silencio por un largo rato.

Al otro día, antes de retornar a nuestra casa, nos colocamos de acuerdo con mi hermano y fuimos a ver la caverna para constatar si en realidad estaba o eran solo historias. Íbamos callados, pero impacientes. En realidad, no sabíamos qué pensar. Al llegar al lugar indicado, nuestra sorpresa fue mayúscula, quedamos mudos de la impresión. Ahí estaba la caverna, tal como la describió ella. Nos sentamos un buen rato sin hablarnos. Creo que cada cual, por un momento, viajó por el sendero imaginario del pensamiento y vivió algunas escenas de lo que allí pasó. Eso, al menos, me pasó a mí.

PREMIO ESPECIAL / PUEBLOS ORIGINARIOS HISTORIAS CAMPESINAS

MENCIÓN HONROSA

Rosa Gómez Miranda 61 Años Profesora Educación Básica Cochrane, Región de Aysén del Gral. Carlos Ibáñez del Campo

USSUANKO KET-MA SPEK AS KOOCH! ¡NUESTRO PADRE QUE ESTÁS EN EL CIELO!

Yaikekan sintió cómo el calor del sol entraba hasta el kau atravesando los cueros de guanaco. Un poco somnoliento estiró los brazos con fuerza, haciendo que su muñeca chocara en uno de los delgados palos que servían de soporte a la vivienda; se dibujó en su rostro un signo de dolor y reprimiendo el grito echó hacia atrás la oljho, que su mujer Kospi había cosido con tendones de guanaco.

Lograr cazar tantos zorrinos no había sido tarea sencilla, había dedicado muchas horas a la confección de puntas de flecha de obsidiana y preparación de las shome para poder llevar a cabo la cacería. Uno a uno había estaqueado los cueros, luego de sacarles toda la grasa y sangre con raspadores y raederas, hasta obtener la cantidad precisa para la capa que ahora les cubría del frío.

A su lado Kospi aún dormía, la miró con ternura; era hermosa. Su nombre significaba pétalo de flor en el idioma tehuelche y pertenecía a una familia vecina. Mucho había tenido que caminar para casarse con ella, luego de pagar varias pieles y animales. Junto a otros grupos ahora recorrían las extensas pampas cubiertas de coirones en busca del sustento diario.

El día que la conoció supo que se convertiría en su mujer. Cuando fue acompañado de sus padres a pedirla en matrimonio, era tal su alegría que no le importó la negativa a su petición; era además sabido que ese rechazo sólo se hacía por seguir la tradición, desde los tiempos en que Elal, dios mítico de la raza, había pedido la mano de Teluj, el Lucero del amanecer, hija del Sol y de la Luna y éstos se la habían negado en reiteradas ocasiones.

Acudieron a su memoria los recuerdos de cuando se celebró el curritún que los unió como esposos. Ellos se sentaron en matras de vistosos dibujos y colores, siempre mirando hacia el este, mientras alrededor se extendían los cueros curtidos con alimentos y regalos. ¡Qué emoción, cuando la pareja de los ancianos se ubicaron al frente, en completo silencio! ¡La unión sería bendecida y ya nada malo podría sucederles!

Parientes y amigos le acompañaban. El sol pintaba de amarillo todo el paisaje de la pampa y la brisa del este traía canciones de amor.

La fiesta fue creciendo, todos comían y bebían. Él y Kospi se sirvieron piuque yegua, es decir, el corazón asado de un animal, acto que tiene el valor simbólico de unión. Ahora ambos se habían convertido en un solo corazón.

La vida junto a su mujer había sido buena, nunca un disgusto, nunca un reproche, ni siquiera cuando el guachacay le hacía comportarse de manera indebida.

Aquel día Yaikaken pensaba salir a cazar a un lugar diferente, ya que los guanacos se habían alejado en busca de mejores pastos y los patos y avutardas habían emprendido el vuelo hacia lagunas con mayor alimento.

Había escuchado hablar de un lugar cercano al mar, donde había mucha agua que no se podía beber, pues era salada. Yaikaken siempre había vivido en las pampas. Conocía todas las rutas, cada lugar donde se ocultaba el agua entre las rocas; cada alero donde cobijarse del frío y de la nieve; los sectores donde la obsidiana se prodigaba generosa para confeccionar sus armas; el lugar donde se encontraban los arbustos con los frutos que les servirían para paliar el hambre en el largo camino.

Mientras marchaba, cantaba imitando al viento que se metía en las madrigueras del tuco tuco, también lo hacía cuando desgastaba la roca para darle forma a las boleadoras o cuando extasiado miraba la danza ondulante de los coirones. En verdad siempre cantaba, pues su corazón estaba alegre.

La curiosidad se había apoderado de él desde que le hablaron del mar, esa gran masa de agua salada que podía llenar todas las lagunas de la pampa; el lugar donde habitaba Goos, la ballena, tan grande como diez guanacos juntos y que tiraba chorros de vapor desde sus entrañas.

Aunque el pescado no estaba considerado en su dieta alimenticia, llevaría muchos de ellos al kau. Con suerte tal vez encontraría una ballena varada y podría comprobar si la carne era tan buena como la de guanaco o ñandú.

Se colocó su manto de guanaco con la piel hacia adentro para protegerse del frío, buscó arco, flecha y boleadoras y dando una mirada a su mujer y sus hijos aún dormidos, salió del toldo.

No estaba lejos del mar, una jornada o dos le harían cumplir sus sueños. Nadie sabía que esta vez su meta no era la pampa y el guanaco. Quería estar solo para gozar con plena libertad cada una de las sensaciones que le provocaría el descubrimiento. Quería sentir el placer de ser el único dueño de la inmensidad del agua, extender su vista hacia el horizonte sin que nada extraño se interpusiera, buscar muchos peces y volver al hogar. Entonces sus hijos escucharían extasiados sus aventuras y él les prometería llevarlos a conocer el mar.

Yaikekan siguió caminando siempre al oeste, hasta que el sol comenzó a ocultarse tras los cerros. Hacía poco había cazado una mara y el hambre apremiaba. Decidió tomar un descanso hasta el día siguiente.

Soñó que recorría la pampa en busca de caza, había muchos guanacos y ñandúes al alcance de su shome; presa de una furia desconocida mataba y mataba animales, los amontonaba en una enorme pila que se iba elevando hacia el cielo; ñandúes y guanacos le suplicaban por su vida, pero él no descansaba, había perdido la razón. Sintió de pronto sobre su cuerpo el peso de una gigantesca ola, que lo desnudaba, que laceraba su piel. Escuchó la voz de Kooch, el que siempre había existido, el creador de la tierra, el mar, las nubes, el sol y la luna... Era una voz de reproche, de enojo por el daño causado...

Yaikekan lloró sobre la pila de cadáveres, mientras la sangre cubría de rojo toda la estepa y corría hasta el este y el oeste, al norte y al sur y se arrastraba hasta inundar las cuevas de los piches y borraba las pinturas dejadas en los aleros de los cerros, seguía y seguía, no tardaría en llegar hasta el campamento donde había dejado a su familia, entonces gritó pidiendo clemencia. Fue su grito tan potente que llegó a Elal.

La angustia le oprimía el pecho, casi no podía respirar, pidió ayuda, rogó, lloró y Elal tuvo compasión, intercedió ante Kooch y la sangre dejó de correr a cambio de la vida de Yaikekan.

Después de eso se sumergió en un profundo sopor, sintió que se elevaba hasta la cima de una colina donde su cuerpo era sepultado y cubierto de piedras, siguiendo el rito tehuelche colocaban a su lado las armas y adornos. Su cabeza estaba orientada hacia la cordillera. Su nombre no sería vuelto a pronunciar hasta pasados tres años.

Cuando despertó, el sol comenzaba a asomar tras la lejana cordillera, miró alrededor buscando los

cadáveres del sueño y aliviado pudo comprobar que ya no estaban, todo había sido una pesadilla. Comenzó a caminar sintiendo una inexplicable congoja. A lo lejos podía ver el mar. En verdad era enorme, sin embargo las colinas circundantes le impedían una buena visibilidad, apuró el paso hasta casi correr. Las espinas de calafate se metían entre los cueros que envolvían sus pies, pero el ansia de llegar mitigaba todo dolor.

Unos roqueríos le impidieron el paso, tendría que dar un gran rodeo antes de llegar a la playa. Decidió descansar, por lo que se tendió sobre el suelo, hasta caer en un sueño dulce y tranquilo.

Cuando despertó se sentía alegre y en paz. Comenzó su caminata hasta el mar, lleno de ilusiones, aún no lograba ver la totalidad del paisaje, pero sabía que el mar estaba cerca esperándolo.

Cuando por fin alcanzó la costa, un espectáculo escalofriante se presento ante sus ojos. Un gigante enorme de madera se acercaba hasta él, de su vientre salían voces aparentemente humanas, que emitían ruidos guturales. Asustado por lo que veía tuvo sin embargo, valentía para observar un momento al extraño animal, sobre su lomo se movían seres similares a onas y tehuelches, pero más pequeños y con el rostro ¡cubierto de pelos!

¡Gualicho! ¡Gualicho!

Era sin duda el espíritu del mal el que vivía en aquel lugar, por eso Kooch se lo advirtió en un sueño

¡Ussuanko Ket- ma spek as Kooch!

¡Nuestro Padre que estás en el Cielo!

Dejando botados arco y flechas se alejó corriendo, sin mirar atrás, sin tomar un descanso, con los sentidos embotados. Debía buscar el refugio de su toldo, llegar hasta la pampa que no escondía misterios, que era suya. Ya no le interesaba el mar, ni las ballenas, ni los peces, ni las olas recorriendo su cuerpo...

Ussuanko Ket- ma Spek as Kooch!

¡Nuestro Padre que estás en el Cielo!

Era el 31 de marzo de 1520

En la bahía de San Julián la expedición de Hernando de Magallanes arribaba a las costas...

Seudónimo: KERBA

VOCABULARIO

Ussuanko Ket-ma spek as Koch = Nuestro Padre que estás en el Cielo

Yaikekan = nombre propio que significa casa del fuego

Oljho = capa de zorrino

Shome = boleadora de dos bolas

Mara = liebre patagónica

Kau = casa, toldo tsoneka

Guachacay = licor hecho con fruto de calafate

Elal = nombre propio del héroe de los tsonekas

Tsoneka = nombre verdadero de los llamados tehuelches, aonikenk o chonkes

Gualicho = ser que representa la personificación de todas las causas que producen los males y desgracias. Embrujo o hechizo realizado a través de la magia negra o similar.

PREMIO ESPECIAL / PUEBLOS ORIGINARIOS HISTORIAS CAMPESINAS

MENCIÓN HONROSA

Hilda Manquepillán Hernández 39 Años Agricultora Panguipulli, Región de Los Ríos

ES LA HISTORIA DE MANUEL

En un lugar llamado Canco, se usaba mucho la hechicería (la magia negra), donde la hechicera era una mujer llamada Rosaura. Ella no tenía marido, pero le gustaba mucho un hombre que era separado que se llamaba Manuel. Él tenía cinco hijas que le había dejado la que fue su señora, y él estaba enamorado de una profesora que se llamaba Esmerilda, ella era muy bonita además joven y le tenía lástima y un profundo cariño especial a Manuel, ya que él tenía que trabajar y hacerse cargo de sus hijas, él siempre decía que ella estaba enamorada de él, porque siempre se preocupaba de las niñas de que coman a la hora y que nada les falte siempre que él llegaba del trabajo, ella se encontraba con las niñas, un día, Rosaura supo que Manuel había dicho que él se estaba enamorando de la profesora y no lo soportó, ya que ella decía que él sería el que estaría con ella, fue tanta la rabia que sintió que decidió hacerle la magia negra a la profesora. Como ella también tenía tres hijos, decidió mandar al niño del medio con un encarguito para la profesora un día martes que la profesora se encontraba dándole desayuno a sus alumnos, Rosaura decidió mandar a su hijo Francisco a la escuela con un frasco de mote especial para la profesora, entonces llegó a la escuela y le dice hola señorita Esmerilda; hola Francisco llegas tarde a la escuela, sí, pero es que mi mami me mandó a dejarle este frasquito de mote que hizo sólo para usted y me dijo que se lo coma lo antes posible ya que se puede echar a perder y me dijo que le pida permiso para bajar al pueblo con ella, ya Francisco pero dile que muchas gracias que me lo comeré apenas terminen los niños el desayuno y dile que mañana te mande más temprano al colegio, ya señorita chao Francisco, chao señorita y terminaron el desayuno los niños y ella fue a la cocina a comer el frasco de mote, mientras que Rosaura se encargaba de que la magia resultara como lo había planeado con toda la maldad que más podía llamar a Delsabú una y otra vez: "Ven que te tengo que estar contigo", como en tanto la señorita Esmerilda se empezó a sentir mal y fue a llamar a sus alumnos para seguir las clases, tocó la campana al estar con los niños cayó al suelo, como que se desmayó, los niños la miraban

cómo ella se retorcía de dolor y vómitos, de la boca le salían lombrices, sus compañeras y colegas no sabían cómo le había pasado eso sólo que las profesoras habían dicho que nunca había comido nada igual tan rico y tan extraño, su colega se llamaba Olga, unas de las niñas de Manuel le fue a avisar que la señora Esmerilda estaba vomitando lombrices, ella no podía creer de donde salieron esos bichos, se preguntaban tal vez tiene la solitaria, una hija de Manuel le dijo qué vamos hacer señorita, ella le dijo qué vamos hacer señorita y respondiéndole le dijo busca a los más grandes para tratar de sacarla de aquí. La niña les dijo a sus compañeros que hicieran una camilla para que no sufra mucho y la llevaron a las monjitas que les dijo que la señora estaba poseída por una hechicera y que no podían hacer nada por ella que no pidan ayuda, ya que nadie se la dará es imposible de sanarla, así que fueron al hospital del pueblo donde la vio un médico de turno que la mandó a otro hospital, mientras ya en la tarde los niños se fueron a sus casas, las cinco niñas llegaron a la casa muy triste, al llegar Manuel la niña más grande le dice: Hola papito, Manuel le pregunta y tú nunca me dices así que bicho te picó, ella le dice nada me picó, lo que pasa es que estoy muy triste por la señorita Esmerilda, él le pregunta que le pasa que no está como los otros días y ella responde: Qué va estar bien, si la llevaron al hospital muy mal le dice la niña, nos dio desayuno como siempre y después se sintió mal, Manuel le dice: Pero tú no notaste nada extraño que le haya caído mal, la niña respondió: Yo sólo vi que Francisco le dio mote, él le dice cuál Francisco, ella le dice el hijo de la señora Rosaura, y él se fue a buscar a la señorita Olga para decirle que es lo que le pasó a su amada, la encontró en la sala de espera del hospital llorando, hola Olga déjame decirte que esta bien Manuel, qué bueno que no la dejaste sola, ¿Qué tiene Olga?, le preguntó, y ella le dijo: Yo vi que se comió un mote y luego solo vomitó lombrices, fue la Rosaura, la mandó al hospital y la va a mandar al cajón, él al ver a la Esmerilda no lo podía creer su columna se empezó a deformar saliendo una cabeza de culebra, más tiempo pasaba más grande era al llegar al cerebro murió la profesora Esmerilda, Manuel se encuentra solo y se empezó a trastornar anduvo cuatro días que no sabía quién era, sólo veía a su amada hasta que llegó a una cantina conocida, la señora que atendió lo conocía y le preguntó: ¿Qué te pasa, Manuel? Y él le contestó: Mataron a mi amor, por qué yo no le hice caso a Rosaura, ella fue pero nunca yo voy a estar con ella, lo Juro, podrá morirse y nunca me tendrá, yo sólo soy de mi Esmerilda hasta mi muerte, difariaba, empezó con fiebre, la cantinera para que él no se muriera lo santiguó para que no se lo lleve el mal, a él la hechicera nunca más vio a Manuel, él se fue de Canco para siempre con sus cinco hijas, Manuel le guarda amor por siempre a su amada Esmerilda.

Se espera que la hechicera no lo alcance con su maldad, porque él nunca será para ella, ojalá nunca se encuentre Rosaura con Manuel.

PREMIO ESPECIAL / PUEBLOS ORIGINARIOS ME LO CONTÓ MI ABUELITO

PRIMER LUGAR

Margarita del Carmen Neculpi Porma 16 Años 2º Medio, Liceo Técnico Profesional B-54, Dr. Rigoberto Iglesias Bastías Lebu, Región del Bío Bío

EL SENTIR DE UNA PICHE KE DOMO

Soy una pichi ke domo. A mis 17 años, tengo mucha experiencia sobre los machitunes, nguillatunes y el juego del palín. Con mi familia, hemos salido a las típicas fiestas de los mapuches. Les contaré que Pangueco es un bello campo que se encuentra, más o menos a unos veinte kilómetros a la costa de Cañete, Provincia de Arauco. Nací y viví mi infancia en tierras araucanas. Tierras de Caupolicán y Paicaví. Actualmente, vivo en Las Rosas (Lebu) por motivo de trabajo de mi padre.

Siempre he pensado que lo más valioso en la vida es una linda amistad, lo digo, porque cada vez que hay fiestas en Pangueco, los peñis (hermanos de raza) nos invitan y, eso, seguro, es señal de que nos recuerdan con cariño y de que somos una sola familia.

Mi tía es machi, ella trabaja con los kuriches. Mi padre, tíos y primos le ayudan, son los guardias de la machi, son los que mandan cada fiesta.

En estas celebraciones, los kuriches son los que divierten cuando hacen los nguillatun, reúnen carne, sopaipilla en un canasto o bolso. Me da tanta alegría y risa, cuando vienen a mi mente esas inolvidables anécdotas. Es como si estuviera viendo a los kuriches arrancando y yo tras ellos para quitarle algún alimento que contenía la bolsa. En estas peripecias, los kuriches se caen y ahí uno tiene que aprovechar de sacar algo, pero ellos se defienden con su cuchillo de palo.

Estos hombres mapuches siempre andan con cuchillo y caballito de palo, que arreglan bien para que quede igual a un kawellu (caballo) y se amarran un pañuelo en la frente con una matita chica de canelo.

Sin duda, el nguillatun es la gran ceremonia de mi pueblo. Rogativa que reúne a grandes grupos de personas o familias durante una noche y un día para pedir a Ngnechen (Dios) que favorezca las actividades del pueblo mapuche.

En el nguillatun, la rogativa más grande se antes de que raye el sol, empieza a las 5 y termina a las 8 de la mañana; se matan corderos y se recibe la sangre. Me recuerdo que esto me daba mucha pena, pues no me gusta ver sufrir a nadie y un corderito es una personita animal. Yo los quiero mucho.

En la rogativa, se pide que venga un kume wetripantu (un buen año nuevo), se ruega por los sembrados, por las personas para que no se enfermen, por los animales, aves, etc. Es la parte que a mí más me gusta; aun en las noches, solita, en el internado de mi escuela o ahora, en la pensión, es una tradición rogar por mi familia, amigos, profesores, tíos y animalitos de mi casa y del mundo.

Les sigo relatando sobre la ceremonia. Cada persona se arrodilla frente al canelo, pidiendo a Ngnechen por la salud para que la cosecha sea abundante. Si hay sequía, se pide para que llueva, colocando en el canelo tres banderas: la bandera mapuche (solicitar armonía para la familia), la blanca (para que venga el año bueno) y la negra (para pedir que llueva) y también, alrededor de la gran fiesta se corre kawellu (caballo), cada uno con su bandera. Hay un momento en que llegan frente a la machi, ella va con sus kuriches. El kuriche mayor toma la rienda del kawellu (caballo), el otro lleva un cantarito con sangre, la machi le coloca sangre al kawellu (caballo) en la frente con una hoja de canelo le hace una cruz, hace oler la sangre en la nariz del kawellu (caballo) y la machi, cuando termina, se vuelve al rewue.

Cada familia, en su ramada, comparte y la machi con los kuriches tocan los instrumentos para los que deseen acompañarlos a bailar alrededor del rewue. Añoro eso días de alegría, de convivencia, de danzar al compás de la trutruca de mi abuelo. En la tarde, termina el nguillatun en el instante que se entra el sol.

Ustedes no saben lo bello y trascendente que ha sido para mí presenciar cómo se va este amigo resplandeciente, deslizándose poco a poco en el horizonte y perderse en el infinito. ¿Qué es lo bello? Estarán pensando. Saber con certeza suprema, que él está brillando, dando vida y aclarando tantas ideas en otras partes de mi inmensa y querida tierra.

Desde aquí, la perspectiva del sol es diferente, es distante, es hipocresía, es artificial. Me duele el alma cuando veo que la arquitectura material y humana está tapando a mi amigo, su luz es sutil, se ha ido apagando con tanto consumismo y globalización ¡Cómo no recordar esa sabia expresión de mi abuelo cuando venía a visitarnos!

- Margarita, no mires a través de los vidrios la hermosura de tu tierra.
- ¿Por qué abuelo? Afuera hace mucho frío y aquí está el fogón.

Entonces, mi sabio abuelo me tomaba de la mano, la apretaba y caminábamos en el campo, libremente, mirando siempre hacia delante. Me sonreía, no hablaba, yo tampoco preguntaba. Repito, no hablábamos. Miento, nos comunicábamos.

Al llegar a la casita, me decía: "Hija, no mires los vidrios, porque verás lejanías; mira la tierra. Ella te dará el verdadero calor, tu tierra, tus raíces, y en ellas verás abundancias, manos limpias, llenas de zumos de nuestra propia raza".

Disculpen mis divagaciones, lo importante es que les siga relatando mis vivencias. Ya les he dicho que me encantaba salir a las fiestas y todavía lo hago, claro, solamente, en los meses de vacaciones, porque no me queda tiempo por mis estudios.

En las ocasiones que salgo con mis padres a acompañar a mi tía (machi) me siento muy feliz. Cuando hablan en mapudungun uno como que siente en el corazón lo que dicen, aunque no es mucho lo que entiendo, pero como que el espíritu hace entender lo que hablan. Las palabras que entiendo y las palabras más usadas en mapudungun son:

Mari, Mari, peñi: buenas tardes, hermano; amuchimay, peñi: hasta luego, hermano; iney pingey mi: ¿cómo te llamas?; pewkayal: hasta pronto; tunten tripantu nieymi: ¿cuántos años tienes?; chamiaeldoy duamkeymi: ¿qué comida te gusta más?; küpange: venga aquí; rume kumey tami küpan: qué bueno que hayas venido; tañi ruka: mi casa; chi wentrú: el hombre; kutrankülen: estoy enfermo; kupalnge ko: trae agua; anüge: tome asiento; chaltu: gracias. Hay otras palabras que mi padre me nombra, pero no me dice lo que significan, tengo que mirarlo e ingeniarme para saber lo que me expresa, yo siento lo que me dice. Hay palabras que pronuncio y sé su traducción, porque él, todas las tardes de verano, después del trabajo me las enseña o me dice lo mismo que me ha dicho antes, cuando me pide un alimento para servirse o me manda a buscar cualquier cosa en mapudungun.

Acá, en el colegio en Lebu, converso con personas y me preguntan sobre las palabras que yo sé para que se las enseñe. Por ejemplo, a mi profesora de Lenguaje y a mis compañeras de secretariado, les he enseñado los números en mapundungun. Les cuesta pronunciar estas diez palabras. Sorprendente. ¿Cómo me costará a mí entender todo su idioma, su visión de mundo?

Es una utopía, pero me gustaría que así como se enseña el inglés u otro idioma en los liceos y escuelas,

también se incorporara nuestro mapundungun en forma sistemática en la educación chilena y no en forma aislada, como un proyectito. Eso no. El mapundungun es una lengua importante para el mapuche y hay personas interesadas en ella. Toda persona tiene derecho a que se les respete su cultura. Hay muchas enseñanzas del mapuche. La sociedad chilena está enraizada en mi cultura mapuche. Mejor, ese tema, dejémoslo de lado.

Otro hecho que recuerdo. Hace como siete años, fuimos a Elicura a sortear a un abuelito que se había perdido. Según dicen: lo mataron. La familia quería saber si estaba vivo o muerto, porque habían andado en hartas partes y como no podían ubicarlo, decidieron ir a buscar a la machi para que les dijera la verdad. Mi tía machi fue a la casa donde vivía el abuelito, hizo su ceremonia y le dijo a la familia que el anciano estaba muerto, lo habían tirado a un río y que tenían que esperar veinte días. Tiempo en el cual el cuerpo iba a flotar en las aguas de aquel río. Cuando escuché esto, se me quedó grabado. Contaba cada día que pasaba. Llegó el día veinte. ¡Que sabias son las machis! Y, además, diría yo, humildes, reservadas y certeras.

Tendría como unos seis o siete años, cuando llegó una invitación de Cayucupil a la comunidad de Pangueco para un juego de chueca o palín.

El juego consiste en la apariencia de una ordenada batalla, entre dos numerosos equipos que pueden alcanzar hasta 30 personas por lado, la cancha de juego es una franja de terreno plano de unos 200 metros de largo. La pelota es hecha de madera y las chuecas son confeccionadas también de ramas de árboles duros. De preferencia boldo o luma, que se curva en la punta para poder golpear la bola. En el agujero central, llamado inapcha, se coloca la bola al darse el inicio de la partida; los jugadores se ordenan en filas una frente a otra, de manera que cada uno tenga un contrincante enfrente.

Cuando los árbitros inician el juego, los jugadores sacan la bola del hoyo con las chuecas y tratan de impulsarla hasta su propia mitad del campo. Allí, intervienen todos los jugadores y la victoria consiste en conducirla hasta el término de la propia valla. Esta detallada descripción, es tan distinta a vivirla. Pensaba que es diferente ver las cosas desde afuera, todo tan hechito, tan distante, lejano. El juego del palín es moverse, pisar la tierra, caerse en ella, olerla, impregnarse de su color, es tocar las raíces, es luchar por la tierra, es expulsar los obstáculos, es unirse en un pedazo de mi tierra.

Estos juegos originales y genuinos de mi cultura, actualmente, se han perdido y cuando se realizan, por un evento oficial o turístico, se mira desde la vitrina, "para mostrar nuestras raíces", dice la prensa, la televisión cuadrada. ¡Qué falsedad! No se dan cuenta de que nuestra cultura, nuestra tierra se están quedando baldía, en ruinas. Estamos sobreviviendo, claro, hay que insertarse en lo

macro, en términos de las ciencias económicas.

Estaba reflexionando que esta idea anterior involucra a los objetos coloridos, consistentes y sólidos, confeccionados a mano con fuerza de amor y entrega de la tierra que simbolizan toda la cosmovisión mapuche. Me refiero a los preciosos tejidos de lana pura, a nuestros instrumentos musicales que se encuentran colgados en muchas casas y en museos. Quiero pensar que es para resaltar y recordar todos los días la gallardía, la sabiduría de mi querido pueblo mapuche. Es para recordar y darle gracias a mi abuelito.

Los instrumentos musicales que más conocí, porque mi abuelito y padre tocaban y yo bailaba a sus sones desde que era una piche ke domo, ya sea en mi casa o en las fiestas son: la trutruca, que la tocan los Ñankan, asistentes de la machi para amenizar encuentros sociales y ceremonias. Consta de dos partes principales: el cuerpo y la bocina. El cuerpo está formado por un coligüe ahuecado con un corte oblicuo en un extremo. El otro es de bronce, antiguamente era base de calabazas. El sonido de la trutruca es para mí un deleite, es contactarse con el terruño, con el fondo de la tierra, las raíces: con mi sangre araucana, con mi raza. La kaskawilla cuando suena da escasas variaciones tonales. Al extremo se le fija un cacho de vacuno. El sonido que produce es grave.

La pifilca, instrumento de viento, construido de madera, cerámica o piedra. Consta de un solo orificio, es utilizado en las ceremonias sagradas y sociales.

Cultrun: mide, aproximadamente, entre 35 a 40 cm. de diámetro a una altura de 12 a 15 cm., a la cual se adhiere un parche de cuero de vacuno o de kawellu (caballo) que se trenza mediante un tejido adosado a la caja. Se agregan dentro del instrumento piedrecitas redondas, semillas o monedas de plata para darle mayor sonoridad. En la superficie del cultrun está representada la visión del mundo mapuche. Sus divisiones significan: lo celestial = Wenu Mapu; lo terrestre= Naq Mapu y lo inferior= Munche Mapu. Anhelo llegar al Wenu Mapu y encontrarme con mi abuelito.

El Nolkin: instrumento de viento construido de arbusto, actualmente es hecho de cañería de cobre. Su figura es similar a la trutruca con la salvedad de que en uno de sus extremos lleva un cuero de un animal nuevo u hoja de ñocha. Su particular sonido surge en la aspiración del aire. En cambio, el Trompe tiene forma de llave de acero con un alambre en el aire. Su parte exterior forma la pieza y la central es la lengüeta, la que va doblada hacia arriba para poder tocarla. Actualmente, en la fiesta no se ve mucho el trompe.

Todos estos instrumentos y muchos más, son sagrados para nosotros. Sería tan bonito y significa-

tivo para mí, como adolescente, escuchar estos sonidos en todas las fiestas sociales de Chile para las Fiestas Patrias, en las disco, en las emisoras. Y ¿Por qué no?

También, les voy a narrar una experiencia muy personal e íntima que fue la muerte de mi abuelito. El velatorio fue algo que no había visto nunca. Después que lo sepultaron, le pregunté a mi mamá por que hacían todo eso. Me contó que eso es una tradición de los mapuches. Dos noches lo velaron en su casa. La gente preparaba comida para los acompañantes, el típico plato que lleva: mote, sopaipilla, carne cocida, merquén y una botella de vino. Cada acompañante viene con su familia y más tarde, antes de ir a sepultarlo, se le entrega una olla de comida que contiene una botella de vino y un plato con sopaipilla para que se sirvan y le hacen una pequeña despedida, tiene que hacerla una persona mayor, esa persona recuerda todo lo que hizo la persona en su vida. Mi abuelito era muy respetado por su familia y todos sus vecinos. En mi cultura, se tiene un especial respeto y se les reconoce sus consejos y sugerencias. Mis compañeras de liceo y de todo el país serían tan felices si tomaran en cuenta a sus mayores.

Mi abuelito tenía mucha sabiduría. Crió a su familia en una verdadera ruca (casa de paja), construida por sus propias manos: manos sabias.

No les he explicado la razón de su muerte. Mi abuelito se dirigía a su ruca, era de noche y andaba en kawellu (caballo), se perdió, se fue a un lago que estaba pantanoso y lejos de su casa. Al otro día, sus hijos lo echaron de menos. Salieron a buscarlo. Lo encontraron bajo el agua. Andaba con una manta de lana pura de oveja, dicen que cuando ésta se moja se pone pesada, por este motivo, no pudo salir y murió ahogado.

Siento que mi abuelito no ha muerto. Vive a través de sus ejemplares y sabias enseñanzas que dejó a todos sus descendientes. Está conmigo cada vez que camino por el campo, siento su mano amiga, firme. Vive en cada pedazo de tierra de Chile. Vive en cada mujer, hombre y niño mapuche. Vive en cada palabra del mapudungun. Vive en mis padres y hermanos. Vive en el aire que hay tras esta ventana de mi pieza. Vive en esta sincera, sencilla y sentida narración. Vive y vivirá en mis hijos y en los hijos de mis hijos.

Chaltu (gracias)

PREMIO ESPECIAL / PUEBLOS ORIGINARIOS ME LO CONTÓ MI ABUELITO

MENCIÓN HONROSA

Cristhian Yhamil García Canaviri 7 Años 2° Básico, Escuela Básica Fronteriza E-50 "Colchane" Colchane, Región de Tarapacá

EL LEÓN QUE SE CONVIERTE EN VIEJO BARBOSO

Había una vez un hombre que viajaba con unos llamos que cargaban cosas, luego llegó a un lugar desierto donde se quedó a pasar la noche y cuando amaneció iba a seguir el viaje, pero de pronto se dio cuenta que habían muerto sus llamos; habían sido muertos por el león.

El hombre, muy furioso, empezó a seguir el rastro del león, luego se encuentra con un viejo barboso, masticando hoja de coca. Llorando, el hombre le preguntó al viejito barboso si había visto pasar a un león.

El viejito barboso respondió que no había visto nada.

Luego, le dice que no debe preocuparse, que él le regalará unos llamos para que siga con el viaje y el hombre se alegra.

El león se había convertido en un viejo pixchando corteza de queñua.

El viejo barboso (el león) le dice que vaya a esa loma y encontrará unos llamos amarrados con soga.

El hombre se dirige a la loma, se encuentra con unos llamos que el viejo barboso había amarrado, unos guanacos con serpiente y el viejo barboso le dice que cuando desate a los llamos le deje la soga en el mismo lugar y así el hombre continúa su viaje.

SEGUNDA PARTE PREMIOS REGIONALES

in the la chuclite que pustorente sus juntes en la chuclite que le la junte for a carrechella for de la creente como una cuma chande, y la abadista se la ace poco ella habia indicado donde se encontraba que observaba era grando. Como ella estaba con la sacar la caña, cuando estaba con la que mis hermanos inscato racon aquil. El minolla cinco veces y la caña.

Que allí, en el espejo del tiempo, les cubriría la pampa, el viento, la nieve

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

PRIMER LUGAR REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

Marcos Raúl Humire Alanoca 49 Años Obrero Agrícola Arica

LA PEQUEÑA VICUÑITA

Al caer la noche, un pequeño hombre aymara relata la historia que ocurrió no hace mucho tiempo en un poblado de nuestro altiplano. Cuenta la historia, dice el hombre, de un pequeño niño aymara, que se perdió en los fríos nevados del volcán Tacora y los gélidos bofedales de nuestra provincia de Parinacota. Relata el hombre, baja la atenta mirada de un grupo de estudiantes que venían de la ciudad a conocer el Altiplano. Cuenta, dice el hombre, que una joven aymara pastaba junto a su pequeño hijo el rebaño de llamas y alpacas. Después de un arduo día de pastoreo, volvía junto a su hijo a su humilde hogar, el que estaba construido de adobe y paja brava, que son materia prima para construir los hogares de la gente aymara para así capear el frío de la noche. Dice, la gente —continúa el hombre—, que el pequeño aymara, cansado de tanto caminar, se fue quedando rezagado de su madre y del ganado, ante lo cual la joven mujer no se percató de su ausencia, ya que estaba pendiente de las crías pequeñas de las llamas y alpacas paridas.

El hombre aymara que relata esta historia cuenta que una pequeña vicuñita, que era muy amiga del niño, con la cual jugaba, corría y saltaba, al no ver al amigo por varios días se preocupó y comenzó a preguntar a los demás animales si no habían visto a su pequeño amigo aymara. En su larga búsqueda, la pequeña vicuñita caminó y caminó día y noche y a cualquier caminante que se encontraba solía hacerle la siguiente pregunta:

- Querido hermano, querida hermana, no has visto por ahí a mi pequeño amigo aymara.

En su larga búsqueda, la pequeña vicuñita se topó con una vizcacha y un quirquincho y les hizo la misma pregunta: ¿no han visto por ahí a mi pequeño amigo aymara?

Sorprendidos, los animales le respondían, "¿pequeño aymara?"

- Sí, contestaba la pequeña vicuñita. Aquel que solía jugar conmigo, aquel que tenía su carita partida por el frío de la noche y quemada su piel por el ardiente sol de la tarde, aquel con el que nos contábamos nuestras historias de vida, aquel que compartía su pan conmigo.
- No, hermana vicuñita, contestaban.

Caminando y caminando, muchos días con sus noches, la pequeña vicuñita continuó su incansable búsqueda. En eso estaba, cuando se encontró con un rebaño de llamas y alpacas y acercándose a ellas les preguntó:

- Hermana llamita, hermana alpaca, ¿no han visto por ahí a mi pequeño amigo aymara?
- ¿De qué pequeño aymara me preguntas, hermana vicuñita...?
- Aquel que solía jugar conmigo, aquel que tenía su carita partida por el frío de la noche y quemada su piel por el ardiente sol de la tarde, aquel con el que nos contábamos nuestras historias de vida, aquel que compartía su pan conmigo..
- No, pequeña vicuñita, no lo hemos visto -le contestaban los animales.

Miró, la vicuñita hacia el cielo, como mirando el clima que se iba a venir y divisó en lo alto un hermoso y gigante cóndor que con su enorme cresta y hermoso cuello blanco llamó la atención de la pequeña vicuñita.

Gritando, la pequeña vicuñita llamó al cóndor y éste acudió a su llamado. Al llegar a su lado, preguntó la pequeña vicuñita:

- Hermano cóndor, tú, que desde las alturas todo lo ves y lo observas, ¿no has visto por ahí a mi pequeño amigo aymara?
- ¿Cuál pequeño aymara, hermana vicuñita? --le responde el cóndor.
- Aquel que solía jugar conmigo, aquel que tenía su carita partida por el frío de la noche y quemada su piel por el ardiente sol de la tarde, aquel con el que nos contábamos nuestras historias de vida, aquel que compartía su pan conmigo.

- No, contestó el cóndor, no lo he visto, hermana vicuñita.

Cansada de tanto caminar, la pequeña vicuñita pensó, le pregunté a mi hermana vizcacha, a mi hermano quirquincho, a mis hermanas llama y alpaca, al hermano cóndor que desde las alturas todo lo ve, y nadie ha visto nada.

Entonces, la pequeña vicuñita se dijo a sí misma:

"Ya sé, le preguntaré a mi madre tierra Pachamama y a mi padre sol Tata Inti, ya que ellos son los que nos cuidan y protegen en el andar de nuestras vidas".

Y pregunta la pequeña vicuñita: "Madre Pachamama y padre Tata Inti, ustedes que nos cuidan y protegen en el andar de nuestras vidas, que todo lo saben y están en todos los rincones: ¿no han visto por ahí a mi pequeño amigo aymara?".

La Pachamama y el Tata Inti que conversaban sobre sus hijos, los animales, habitantes del frío altiplano, quedaron sorprendidos al escuchar la voz de la más pequeña de sus hijas y le preguntaron a la pequeña vicuñita:

- ¿Qué quieres, pequeña vicuñita? Tú que eres la más pequeña de nuestras hijas, andas preocupada buscando a tu amigo el humano, el pequeño aymara.
- Sí, Pachamama, sí Tata Inti, ando buscando a mi amigo, el pequeño aymara, que se ha perdido.

La Pachamama, como madre, le responde:

- No, pequeña vicuñita, ni yo ni tu Tata Inti lo hemos visto.
- Madre Pachamama, padre Tata Inti, si ustedes que son nuestros padres no lo saben ¿a quién podré acudir para que me responda?
- Hay alguien más grande que nosotros, creador del cielo y la tierra, y que tan sólo en seis días creó el mundo más bello que haya existido y que al séptimo día descansó, aquel que nos enseñó que nos amáramos los unos a los otros.
- ¿Quién es ese alguien? preguntó la pequeña vicuñita.

- Ese alguien es Dios, pequeña vicuñita, pero solo los de buen corazón pueden verlo y conversar con él.
- Pues iré donde él, dijo la pequeña vicuñita, y le preguntaré por mi pequeño amigo aymara.
- Él está en el cielo, pequeña vicuñita –le contestó la "Pachamama".

La pequeña vicuñita, mirando hacia el cielo dice:

– Señor Dios, Tú que hiciste los cielos y la tierra en seis días y al séptimo descansaste, ¿no has visto por ahí a mi pequeño amigo aymara?

Dios que desde el comienzo, había seguido a la pequeña vicuñita en la búsqueda de su pequeño amigo aymara, conmovido por el amor que un animal pequeño sentía por un ser humano, le contestó:

- Pequeña hija, por el amor que has tenido por alguien que no es de tu especie y por todo el amor que pusiste en tu incansable búsqueda en muchos días con sus noches y desafiaste el penetrante frío de la noche y el ardiente sol del día, sólo por eso te voy a contestar. Sí, lo he visto.
- ¿Dónde pregunta la pequeña vicuñita–. Dónde, que quiero ir con, quiero jugar con él, reír con él y compartir el pan con él.
- Pues bien, dice el Hacedor, él se encuentra jugando con otro niño pequeño igual que él, ríe feliz, salta feliz y comparte su pan feliz con él. Y desde no muy lejos una mujer en cuya cabeza prende una corona, lo observa atentamente.
- Dónde, dónde, que quiero ir a jugar con ellos. Dice contenta la pequeña vicuñita.
- No, le dice el Hacedor, tú no puedes ir donde ellos están, ése no es lugar para ti aún, porque tienes que volver con tus padres que están preocupados buscándote.
- No, no, le dice la pequeña vicuñita, yo quiero ir con mi pequeño amigo aymara y su nuevo compañero para conocerlo y jugar con él.
- ¿Estás segura que quieres ir? –pregunta el Hacedor.

- Sí, sí, contesta la pequeña vicuñita, quiero ir.
- Y qué de tus padres, se quedarán solos y te llorarán.
- No, dice la pequeña vicuñita, mis padres pronto tendrán un hermano pequeño y le pondrán más atención a él que a mí.
- ¿Estás segura? -pregunta nuevamente el Hacedor.
- Sí, sí, contesta la pequeña vicuñita, quiero ir con mi pequeño amigo aymara y su nuevo amiguito y poder jugar en ese lugar que llaman Edén.
- Porque has amado mucho al pequeño aymara, que es hombre, que no es hecho a tu semejanza, por eso y sólo por eso, que es mucho, tú estarás jugando hoy con ellos en el Paraíso.

Subió la pequeña vicuñita a reunirse con el pequeño aymara y su nuevo amiguito y comenzaron a jugar los tres muy contentos bajo la atenta mirada de una mujer en cuya cabeza prende una corona.

Ahí, la pequeña vicuñita y su amigo, el pequeño aymara, y su nuevo amiguito jugarían eternamente.

Al día siguiente, la pequeña vicuñita, que estaba siendo buscada por sus padres y demás animales del altiplano, es encontrada muerta bajo un arbusto que cubría su fina piel. Su cabecita, donde un prominente mechón de bella lana sobresalía ante sus orejitas y una especie de Estrella de David en su frente dibujada, daba a entender que era ella, la pequeña vicuñita. Ahí quedó su cuerpo, pero su alma estaba arriba, en el Paraíso, jugando con el pequeño aymara y su nuevo amigo, bajo la atenta mirada de una mujer en cuya cabeza prende una corona.

En recuerdo de Eloy Blas, el pequeño aymara que se perdió en el altiplano de Parinacota y cuyo cuerpo no ha sido encontrado aún. Al momento de escribir estas letras, su cuerpo no había sido habido.

SEGUNDO LUGAR REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

Alfrodín Segundo Turra Corrales 47 Años Médico Veterinario Arica

EL CONJURO DE AZAPA

Me desperté sobresaltada por el tic tac del reloj que sonaba en la penumbra; eran como las cuatro de la mañana. La temperatura en Azapa era agradable, pero un escalofrío recorrió mi espalda, la compañía de mis pequeños hermanitos me calmó. Al verlos, una sensación extraña de paz y desasosiego me invadió. Tan inocentes, tan quietos, tan desvalidos, me di cuenta que comenzaba una difícil y ardua tarea, ser madre tan pequeña. Los abracé con todas mis fuerzas, como queriendo hacerlos parte de mí.

A mis pequeños seis años, nunca había sentido tanto temor. El lugar era extraño, me di cuenta que no estaba en mi pieza, todo era diferente, el techo, las cortinas. Abrí y cerré mis ojos varias veces,... recordé que estaba en la casa de mi madrina Maiga.

Rápidamente las imágenes se apoderaron de mi mente, se me crisparon los pelos y un grito ahogado se aferró a mi garganta, al pensar lo sucedido en casa de mamá: ...un auto negro, grande y muy brillante, parecido a una carroza fúnebre, se estacionó frente a la casa. La abuela Jacinta, mi madrina y mi mamá, formaban un trío expectante, silenciosas y con actitudes de estar realizando algo prohibido a los ojos de otras personas.

La puerta trasera se abrió lentamente, apareció un señor alto, calvo, de hombros anchos, que me impresionó fuertemente. Las manos y la cara de piel muy oscura, jamás había visto ese tono de piel. Vestía de terno impecable, oscuro, con un andar elegante. Sus zapatos de charol brillaban con el sol del mediodía. Una voz profunda, fría, que me llegó a helar la sangre, salió de sus gruesos labios, en un idioma extraño que jamás había escuchado.

No debía estar espiando detrás de la cortina, mi madre nos había enviado antes adentro de la casa, ya que las visitas estaban por llegar. Todo esto, en un absoluto misterio, lo que movió mi curiosidad,....jamás debía haber espiado.

Mi madrina tenía la piel clara al lado de ese señor, a pesar de ser afrodescendiente, con su pelo motudo, ensortijado, me recordaba las esclavas de las películas. Menudita y muy movediza.

Entraron rápidamente a la casa, a través del pasillo se dirigieron hacia el patio. Hablaban en voz baja, como un murmullo que no entendí.

Mi madre volvió una vez más a decirnos que no debíamos salir por ningún motivo al patio de la casa, ya que nos sorprendió mirando inquisitivamente por la cortina, quedándose con nosotros durante un buen rato.

La casa de campo, enclavada en una parcela –para mi gigantesca– entre infinitas plantas, árboles frutales, era un lugar apacible y hermoso, pero en esta oportunidad me parecía diferente, llena de sensaciones y sentimientos encontrados. A mis cortos años, presentía una atmósfera extraña.

No puedo olvidar a mi tío Segundo, tengo su imagen viva en mi mente. Él tenía diferentes personalidades, era una persona agradable, pero actuaba de manera extraña, como si divagara por otras realidades. Siempre me causó temor, a veces nos asustaba, porque reaccionaba alterándose y arrojaba cosas. Varias veces se extravió de la casa, desaparecía y aparecía como un vagabundo.

Problemas de amor lo dejaron así. Más exacto, que le hicieron un mal. Así decía mi abuela.

He tratado de reconstruir parte de ese pasado, que aún me persigue en las noches de verano, como si hubiera una explicación lógica a todos los acontecimientos acaecidos ese trágico día.

La esposa de mi tío tenía un amante, y decidió deshacerse de Segundo, abandonarlo, y eligió una forma extraña: fumarlo, tomarlo, ¡qué se yo! En Azapa dicen hacerle un "trabajito", con lo cual lo dejó en ese estado de enajenación mental.

La familia sufrió mucho, según lo que me contó mi abuela tiempo después, y buscaron la forma de poder recuperar a mi tío Segundo y hacerle la contra al mal. ¡Craso error!

Un dato –común en ese tiempo– de un individuo brasileño que se dedicaba a un tipo especial de conjuro, llegó hasta los oídos de la abuela. No sé cómo se realizaron los contactos, sólo sé que apareció en su auto negro, brillando al sol del mediodía en el valle.

Los hechos sucedieron rápidamente, del extraño visitante no supe más. Aparentemente, hizo su trabajo y desapareció misteriosamente tal cual llegó.

En casa siguió la rutina normal, mi tío seguía igual o peor. Hasta que sucedió lo inesperado, con el correr de los días, mi madre comenzó con extraños síntomas, desconociendo primero a mi abuela, luego a nosotros y con una conducta inestable emocionalmente.

El conjuro comenzó a dar su efecto, ¡pero no en quien debía!

Mamá salió al patio antes de que terminara el ritual, a buscar agua. Según ella, no creía en estas cosas, pero había que hacerle caso a la abuela, así que nos insistió que no nos moviéramos.

Bueno, mi madre sin querer, terminó interrumpiendo la nefasta escena. Desde ese entonces, se volvió loca, se trastornó, no se sabe qué vio. El conjuro que era para la esposa de mi tío se desvió, fue tan potente que ya no volvió a ser la misma. Aparentemente nadie debía ver la contra del mal.

Se suponía que debían estar sólo tres personas. Mi tío, la abuela y el personaje encomendado de hacer el conjuro, quienes en su maligno ritual esparcieron sus fuerzas ocultas a quien no debían.

Con el tiempo, mi madre siguió empeorando y decidieron llevársela a Antofagasta, para ser internada en el siquiátrico. Mi padre la acompañó en todo momento y a nosotros nos envió a casa de mi madrina Maiga. Así los cuatro hermanos dormíamos en una pieza. Como la mayor de los hermanos, debía cuidar de ellos.

Mi madre al cabo de los años –dos si mal no recuerdo– volvió a casa. Más recuperada, de mejor semblante, aunque debió concurrir periódicamente a la ciudad de Antofagasta.

Pasado un tiempo, volvimos a casa, a tratar de recuperar nuestra antigua vida.

Al pasar los años, mi tío Segundo falleció. Me enteré por terceras personas, dicen que encontraron su cuerpo flotando en las cálidas aguas de la playa de Arica. Esto me trajo a la mente lo que acabo de relatar. Mi tío, dentro de su locura, tal vez buscó una solución en el mar que no fue posible en el Valle, tratando de escapar de sus fantasmas.

Todos los hijos de mi abuela, es decir, todos mis tíos fallecieron trágicamente, atropellados, asesinados, por alguna razón que no alcanzo a comprender. Se desencadenaron así los hechos y no creo que haya sido exclusivamente una infeliz coincidencia

La abuela vivió durante muchos años, más allá de Segundo, y mis otros tíos, pagando su probable culpa, de creer en esas fuerzas extrañas, interrogándose continuamente por qué recurrió a esos conjuros, aun siendo una mujer profundamente católica, pero su desesperación por su hijo pudo más, en un afán de buscar soluciones eficaces.

Año a año fue decayendo su salud, jamás permitió que ingresaran a su pieza, que se mantenía cerrada al ojo curioso, y de la cual emanaba un característico olor a té de hojas.

Mi madre jamás pudo recordar nada de lo sucedido aquel día. Incluso, muchos pasajes de nuestra vida desaparecieron de su mente, como si quisiera olvidar todo lo relacionado con ese acontecimiento, o tal vez provocado intencionalmente por el conjuro.

Qué sería aquello, pero para mí que "El patas de cabra" debe haber metido su cola entre medio.

En Azapa aún se recuerdan estos hechos, y todavía se realizan los temidos conjuros, el "Macumba".

Ahora que soy una persona adulta –por mi edad digo–, estos recuerdos vuelven a mi mente y aún sigo sin entender muchas cosas, a excepción del idioma que hablaba aquel extraño visitante, que con el correr de los años supe que era portugués.

Si lo ven, tengan cuidado, es alto, moreno, de voz fría y ronca, calvo y viste muy elegante.

PRIMER LUGAR REGIÓN DE TARAPACÁ

Juan Esteban Muñoz Silva 69 Años Iquique

RELATO DE UN SUEÑO

Trabajaba una mañana plantando nuevas variedades de árboles en mi chacra, ubicada en el sector Las Ánimas, cuando el cansancio me venció. Recostándome en la arena, puse la cabeza en el borde de una era y me quedé profundamente dormido, como si alguien así lo deseara. De esa manera sucedió. En mi dormir, apareció en un plácido sueño, un viejo piqueño de quien había escuchado hablar, por lo que al tenerlo junto a mí no me pareció extraño ni tuve miedo de él. Su nombre cuando moró en esta vida fue el de Mariano.

Don Mariano me contó de su vida como agricultor en una chacra, de la cual había sido su dueño en su vida terrenal, cuando ésta tenía mayor extensión, de cómo había plantado los mangos, naranjos, pomelos, guayabos, paltos, las matas de laurel para cocinar, de cedrón, de las diferentes flores y hortalizas que había sembrado. Después de un largo hablar sobre su experiencia agrícola y parte de la historia de Pica, terminó haciéndome un pedido y de lo que recuerdo lo relato a través de estas palabras.

Comenzó contándome que en los antiguos tiempos en que un kuraka era amo de los territorios del valle de Pica y sus alrededores, se le abastecía de pescados y mariscos frescos que sus hombres traían a trote de postas, pero también por los caravaneros de llamos que transportaban mucho alimento para las respectivas poblaciones, en especial, charqui de pescados y mariscos, como resultado de los trueques que se hacía con los changos. También se le abastecía de frutas exóticas, plumas de vistosos pájaros y otros productos traídos de más allá de las altas cumbres cubiertas de nieve, hasta donde se llevaban, igualmente, los apetecidos alimentos de la costa.

Continuó relatándome que eran tiempos en que los nativos tenían su cajca, una gran choza donde se reunían para sus ceremonias, la que llegó a ser conocida posteriormente con la llegada de los

hispanos por su uso y costumbre, como el parabién, lugar de celebración de San Andrés, patrono del pueblo.

Así fue como apareció el hispano, vestido con ropaje diferente, de petos, cascos metálicos y largos cuchillos de hierro, cabalgando por las gélidas planicies altiplánicas sobre un animal que no se conocía y sometiendo a los originarios que vivían en estas tierras. Estos hombres, a su vez, eran acompañados por otros que usaban largos atuendos y que portaban la imagen de un hombre vestido sólo por un cobertor y clavado a un madero con forma de cruz, cuyo nombre dieron a conocer como Jesucristo, el Hijo de Dios, hecho hombre.

Don Mariano, continuando su relato, me contó que cuatro de ellos se asentaron cumpliendo las órdenes de don Diego de Almagro para asegurar las tierras que aquí ocupaban y dar inicio al cultivo de arenales y así asegurar las vituallas de los que pasaban a la conquista de otros territorios existentes más al sur, los cuales retornarían posteriormente por las mismas huellas dejadas en su pasar. Uno de los que aquí permanecieron por orden de don Diego fue un valenciano, que en su alforja había traído una imagen del apóstol San Andrés, patrono de su lejana tierra, Valencia.

Eran tiempos de abundancia de aguas en las distintas cochas de cálidas vertientes, las que fueron ampliadas posteriormente, al cavarse los socavones que ordenaron ejecutar los hispanos para aumentar aún más el caudal de las aguas, con lo cual se regaban nuevas incorporaciones de tierras para su cultivo, ya no sólo se cosechaban árboles autóctonos que realizaban los nativos, sino también que se empezó a sembrar y a plantar para cosechar las nuevas variedades agrícolas.

Entre el sopor del dormir que tenía, seguí escuchando las palabras de don Mariano, que más parecían una conversación del mundo real que el de momentos oníricos. Junto a los pacayes, granados, membrillos, peras de pascua, continuó relatándome, se incorporaron los naranjos tipo Comuna que se trajeron de Valencia, junto al arábico limón sutil, las parras hispanas para hacer los vinos de mesa y de misa; flores, las cuales empezaron a reinar en nuestras chacras. Posteriormente, se trajeron matas de mango, guayabos, paltos, mandarinos, lúcumos y tantos otros, ya que, como tú sabes, me dijo, es tan generosa esta tierra, que lo que tú plantes se te dará, siempre que el agua no le falte, ya que el sol está siempre presente.

El buen beber nunca nos faltó, además de los jugos naturales de nuestras frutas, se preparó el aguardiente de uva, también de granada; el buen vino, otras mezclas frutales con el aguardiente, las mistelas, las chichas de algarrobo, de maíz, de quinos y de piña.

Tuvimos, cuando otras banderas se izaron por estos lares, una costumbre reñida con toda moral

del hombre, la de las familias que tenían para su utilidad personal, no sólo aquellos oriundos de estas tierras, que eran entregados como parte de una encomienda, sino que posteriormente, los de ascendencia africana, que eran comprados por kilo, como parte de otro tipo de odiosa costumbre esclavista que existió legalmente hasta prácticamente fines del siglo 19. Son los que ahora se conocen como "los romaneados", porque eran pesados para su adquisición en un artificio de pesa, denominado romana.

Como te lo he relatado anteriormente, continuó hablando Don Mariano, San Andrés fue venerado por nuestros ancestros, el cual lo habían recibido entre las herencias comunitarias de los primeros españoles para que intercediera ante Dios en su asentamiento en estas tierras y nosotros continuamos dicha veneración, para lo cual no sólo celebrábamos a nuestro Santo Patrono el día 30 de noviembre de cada año, sino también todos los 30 de cada mes, sin incluir, por supuesto, el febrero mocho.

Sin embargo, la celebración de Semana Santa sumía al pueblo en un silencioso vivir. Las mujeres vestían durantes los actos litúrgicos, vestidos oscuros complementados con un mantón de Manila, aquellas de clara ascendencia española y todas, a su vez, cubrían su cabeza con velos. Los hombres usábamos negras túnicas y un capuchón, hasta no hace mucho tiempo, para portar las imágenes sacras de San José, la Virgen María y, en especial, el dorado féretro de Jesús, el cual era descendido de la Cruz del Altar Mayor para dar paso a la procesión de las estaciones del Vía Crucis por los polvorientos arenales de las calles del pueblo, acompañado por la comunidad y a la luz de las velas que cada uno de ellos llevaba en un continuo rezar, todo era de una solemnidad absoluta por la costumbre hispana que habíamos heredado.

Debo contarte, continuó expresándome, durante el tiempo de las salitreras, cuando el estilo georgiano de nuestras casas se enseñoreó en nuestras calles, éstas fueron construidas con pino oregón y cañas cortadas en luna de cuarto menguante para no que apolillaran, las cuales se entrelazaban y se amarraban con cueros de llamos y se cubrían con caliza.

Eran tiempos en que los hijos de los mayores terratenientes y mineros eran enviados a estudiar a Europa y, a su vuelta, en las tertulias de los anocheceres de semipenumbras, se escuchaban no sólo hablar con el acento propio de nuestras raíces, sino también conversaciones en francés, inglés y algo de italiano.

Cuantas banderas de diferentes generaciones pasaron desde entonces, muchas, tantas como las mezclas de nuestras sangres que se fundieron, no sólo con la de los originarios de estas tierras, sino también con la de los allegados de latitudes lejanas y cercanas, los que han formado la prosapia de nuestra tierra.

Cómo no hablarte, siguió contándome, de las carretas arrastradas por poderosas mulas argentinas y cuyas ruedas debían ser envueltas con sacos vacíos de cáñamo o de yute, para poder cruzar sin enterrarse en los arenales del Tamarugal, desde la Estación de Pintados hasta nuestro pueblo, durante toda una noche, trayendo la mercadería que requeríamos para subsistir y de vuelta sacar los productos de nuestra tierra para abastecer las oficinas salitreras y los lejanos puertos de Tocopilla, Antofagasta e Iquique, utilizando el ferrocarril.

Y que conste, no sólo se enterraban las carretas ya mencionadas al cruzar el Tamarugal, sino que esto también ocurría en nuestras calles, cuando una carreta tirada por burros quedaba muchas veces semienterrada en los arenales. Lo mismo ocurría con los vehículos que llegaron posteriormente. ¡Cómo no recordar a esos viejos folleques, enterrados hasta las pisaderas! y no te hablo de muchos años atrás, me recalcó.

De la luz artificial, nos alumbrábamos con chonchones de aceite o de carburo, velas y a mitad del siglo pasado, recién la energía eléctrica a ciertas horas, la cual era producida por un viejo motor a petróleo. De la televisión, ni soñarla, sólo un teatro donde se representaban obras de autores clásicos y alguna película muda, al principio.

En el cocinar, sólo utilizábamos los desechos de los árboles que cultivábamos, también de espino, de tamarugos, ¡qué delicia de comidas se preparaban con la leña, los ricos tamales envueltos en hojas de achira, las cazuelas de gallina de corral, los picantes de conejo o de aves, los cuyes fritos y para qué decir las empanadas de charqui, de carne, de cebollas y queso, hechas en los hornos de barro y otros sabores culinarios que aún llevo en mi boca en esta vida espiritual! Ahora, por lo que he observado en mis silenciosas visitas de tanto en tanto donde yo vivía, se está cocinando con cocina a gas y vaya el precio que se paga, sabiendo cómo se quema la leña para que no estorbe en las chacras. Sin embargo, comprendo que el humo no es bienvenido en el tipo de casa que ahora se construye.

Nunca nos faltó la música, el piano, el violín, la bandolina, la guitarra, junto a los bronces y otros instrumentos americanos, según fuera la celebración, amenizaban tanto las fiestas familiares como las que realizaba la comunidad. Algunos sones o bailes que fueron parte de las convivencias, estaban el vals, el pasodoble, la polca, la elegía, la adivinanza, la mazurca, la adoración, la serenata, la zamacueca, el cabe, la marinera, la danza tarapaqueña, las de raíces afroamericano, como en candombe, el landó, el tondero; los de aires andinos como el tinkus, cacharpalla, huayco, tardeada, carnavalito, diablada, trote, taquirari; otra como la cueca, y sin querer extenderme más, ya que he dejado sin nombrar muchos de éstos, debo, sin embargo, destacar el último, porque sé que aún lo bailan con la gracia de los viejos tiempos, me refiero con esto a nuestro querido cachimbo.

No puedo dejar de contarte, continuó expresándome, de los tiempos en que nuestra comunidad socializaba en las cochas Resbaladero, Las Ánimas, Miraflores, Cóncova y otras, lo que permitía la mantención de costumbres relacionadas con los baños y las aguas termales, como también el lavado de la ropa de casa, ¡qué recuerdos tengo aún atesorados y vividos en mi querida tierra!

De mis amores, son mi tesoro, de ellos como caballero que soy, son de recuerdo personal, por lo cual de ellas no puedo contarte nada, sólo puedo decirte que amé y fui amado.

Después de este relato que escuché en mis sueños, en este dormir inesperado, y cuando ya daba señales de despertarme, Don Mariano me pidió que transmitiera un último deseo, éste era que las costumbres piqueñas se preservaran y se cuidara el rico patrimonio dejado como herencia para que la modernidad de las nuevas costumbres no hiciera olvidarlas, por el contrario, si así no fuera, me recalcó con un fuerte énfasis de su voz, sería como no haber tenido descendencia.

Al despertar con modorra de mi inesperado dormir, tuve la sensación de haber vivido más que soñado realmente este encuentro con un viejo pequeño que se acercó a mí a través de un sueño, el cual relato a quienes tengan oportunidad de leer este escrito, el que atesoraré el resto de mi vida.

SEGUNDO LUGAR REGIÓN DE TARAPACÁ

Luis Martín Romero Menacho 42 Años Trabajador Autodidacta Iquique

CACHARPAYA INGRATA

Esta es la historia de Antonio, un codpeño joven y alegre que esperaba con ansias la llegada del carnaval para poder bailar, cantar y jugar chaya en estos carnavales, más aún cuando siempre llegaban muchachas bonitas de la ciudad al pueblo de Codpa.

Fue así que el primer día, Antonio vio bajarse del bus a una jovencita muy hermosa. Antonio, muy atento, la ayudó a bajar sus cosas, le preguntó su nombre: Josefina se llamaba. De inmediato se hicieron amigos. Él la invitó esa noche a buscar a Ño Carnavalón al cerro. Ahí, junto a otros muchachos, chantaron con pintatani a los pies del carnaval que está sentado en una piedra en la ladera frente al pueblo. Bailaron y cantaron carnaval alegre; Antonio le enseñó a bailar El Membrillazo. Así pues, bajaron por las calles, cantando y jugando chaya por el pueblo.

Al otro día, Ño Carnavalón amaneció sentado en la puerta de la casa donde alojaba Josefina, allí como dice la tradición lo vistió con ropas nuevas, ya que las que tenía estaban quemadas por el sol después de un año de estar sentado, cuidando al pueblo desde el cerro. Lo adornó con frutas frescas, le devolvió nuevamente la vida.

Antonio y Josefina ya, al segundo día, estaban pololeando. Día a día, cantaban y bailaban El Membrillazo. Fueron siete días de amor y de fantasía, pero llegó el último día del Carnaval, Cacharpaya. Ella volvería a la ciudad y él se quedaría en el pueblo. Lloraron y se juraron amor eterno.

Después de haber despedido a Ño Carnavalón, después de la Cacharpaya, Antonio le dice a Josefina poco antes de subirse al bus:

– Josefina, Josefina, no tengo nada para darte ahora que te vas, sólo este trozo de luna para que ilumine siempre nuestro amor en la distancia; este puñado de agua que recogí del río para que cuando tengas sed de amor bebas de él y esta flor, hermosa y bella como tú, para que la plantes en tu jardín. No importa que no la riegues, porque jamás se secará, así como mi amor por ti nunca, nunca morirá.

Así pues, ella volvió a la ciudad y él se quedó en el pueblo de Codpa, triste, muy triste.

Antonio siguió su vida normal en el valle y en esos días en que le tocaba regar su chacrita, en noche de luna llena, seguro se emborrachaba con pintatani, recordando a su amada Josefina.

Así llegó el año siguiente. Antonio esperaba sentado en la plaza del pueblo por si llegaba Josefina, pero ella no llegó. Ese carnaval, el pintatani fue el consuelo en que Antonio ahogara su tristeza.

Así pues, pasaron años y años y Antonio seguía fiel a Josefina y como siempre la esperó año tras año.

Después de mucho tiempo, llegó al pueblo una abuelita, preguntando por Antonio y un lugareño le dice: "abuelita, él ya nos dejó. Murió de tanto tomar pintatani por un amor que nunca olvidó y allí en el cementerio, en esa tumba que está al final, sola y abandonada, descansa Antonio". La abuelita lloró toda la tarde junto a la tumba y desde ese día a los pies de la tumba de Antonio hay un tremendo rosal, que aunque nadie lo riega, siempre está fresco y florido y, en las noches, la tumba es iluminada por ese trozo de luna que Josefina le devolvió.

Pintatani Alegre

PRIMER LUGAR REGIÓN DE ANTOFAGASTA

Juan Diego Candia Ortiz 30 Años Calama

ETERNO SENTIMIENTO

La casa 34 de la calle Caracoles en San Pedro pertenece a la señora Colque, conocida pobladora a quien visité por primera vez —dentro de mi rutina como asistente social— el verano de 1989. En los alrededores se rumoreaba que su esposo era un ogro, que jamás salía, que sólo observaba a la gente desde la ventana. Se decía también que la casa era un asco, que el hedor que emanaba era insoportable, como si mantuvieran tripas de animales bajo la alfombra. Las señoras no paraban de lamentar la situación de la señora Colque, a quien veían como una mujer sometida, dominada por el huraño de su esposo, que desde que jubiló no la sacaba ni siquiera a comprar a la esquina.

El matrimonio de los Colque había atravesado por duras situaciones; por ejemplo, en 1985 perdieron a su único hijo, quien jugaba en la parte trasera del patio, aledaña a los campos. Cierta noche, cuando el pueblo estaba en fiesta, una camioneta conducida por unos ebrios pobladores atravesó los muros de adobe y arrolló al pequeño. Desde ahí que la mujer nunca pudo recuperar la cordura; su mirada siempre estaba perdida, dicen que cuando se le hablaba parecía estar observando algo inexistente tras de ti, en verdad daba escalofríos.

Era mi última visita y el sol propagaba un calor tan intenso, que mi cabeza parecía estallar en cualquier momento. No quería entrar a tan extraña y estigmatizada casa, pero por lo menos me serviría para pedir un refrescante vaso de agua. Lo del hedor era cierto, apenas pisé la entrada pude percibir el desagradable olor. La señora Colque me hizo entrar amablemente, y cuando me dispuse a pedir el agua me ofreció un rico vaso de jugo. Me senté y comencé a sacar mis papeles. A lo lejos se escuchaba el crujir de una silla mecedora, era el esposo de la señora Colque quien me daba la espalda y se mecía con una parsimonia que daba nervios. Seguí con mi asunto hasta que la señora se acercó con el vaso de jugo en sus manos.

- Creo que le hace falta -dijo con una sonrisa histriónica
- No sabe cuánto lo deseaba -respondí tratando de entrar en confianza para estar más cómodo.
- Mi esposo hoy cumple un año –me dijo entrelazando sus dedos, como si fuera una niña nerviosa a punto de abrir un regalo.
- Qué bien -dije yo, asimilando lo que me había dicho.
- ¿Un año de qué? -pregunté.
- De transición, de haberse transformado en el hombre que siempre quise, ahora mis sentimientos con él son eternos.

Traté de descifrar lo que quería decir, pero nada tenía sentido. En verdad, la pobre señora cada vez estaba más loca, en tanto que su esposo no cesaba de mecerse en la silla.

– Bueno, lo dejo por un momento, tengo que vigilar la carne que se está cociendo, si gusta le puedo invitar a almorzar.

Cuando dijo eso por fin pude ver que su mirada se enfocó en mí.

- No, gracias, están esperándome en casa.
- Usted se lo pierde.

Dicho eso, se fue a la cocina, y yo seguí llenando los tediosos formularios cuando de pronto escuché un ruido seco, como si algo se hubiese caído. Miré al pasillo y pude distinguir un objeto bajo la mecedora, me armé de valor y poco a poco me acerqué a don Ramiro. Mi corazón se sobresaltó al ver que aquello bajo la silla parecía ser una mano con los dedos erguidos. Aún así, la silla continuaba meciéndose.

– Caballero ¿se encuentra bien? –pregunté a medida que me acercaba, pero no tuve respuesta alguna. Mis dudas se disiparon cuando horrorizado me percaté de que no estaba equivocado, una mano yacía bajo la mecedora, pero lo peor vino cuando quedé frente a frente con el cuerpo inerte de don Ramiro, al parecer estaba disecado ya que no se divisaban signos de putrefacción – ¡Otra vez

la mano! ¡Se la he pegado una y otra vez, pero no hay caso! –espetó a mis espaldas la señora Colque, quien no mostraba señal alguna de preocupación por haber descubierto tamaña barbaridad.

- Señora, ¡su esposo está muerto! –exclamé aterrorizado.
- Sí ¿no es amoroso?, como le dije antes, ¡hoy cumple un año!

SEGUNDO LUGAR REGIÓN DE ANTOFAGASTA

Silvana Ferreira Arenas 50 Años Trabajadora Mejillones

REBECA, LA NIÑA DEL CAMPO

Te contaré la historia de una niña que vivía en el campo, muy apartada de la ciudad. A su alrededor había unos pueblos chicos a los cuales se iba al colegio y a hacer las compras.

Rebeca vivía muy modestamente, se dedicaba a ayudar a su padre a cuidar los animales y también cuidaba el campo. Ella tenía dos hermanos, el menor había nacido con problemas de salud y su madre se sacrificaba mucho por él, ya que no tenían hospital cerca, cada vez que se enfermaba se iba al pueblo más cercano y estaban días lejos de su casa, buscando sanar a su hijo.

Su padre era un hombre muy trabajador que todo lo que hacía era para su familia, un hombre bueno de corazón y lo que más anhelaba en la vida era sacar adelante a sus hijos, especialmente, al más pequeño que tenía la gran tristeza de haber nacido con problema de salud.

Rebeca se daba cuenta del sacrificio de sus padres y un día ella decide estudiar; sería difícil, pero ella lo iba a hacer por su familia. Como el colegio quedaba lejos, ella se fue a un fundo cercano a pedir prestado un caballo para poder trasladarse, a cambio, ella se ofrecía para trabajar el resto del tiempo que le quedaba libre de sus estudios. Los patrones aceptaron su proposición y así, Rebeca pudo ir a estudiar. Ella quería ser maestra rural y le puso todo su empeño en aprender y así empezó a pasar el tiempo y ella empezó a crecer, se convirtió en una hermosa adolescente, pero un día su sueño se vio paralizado por un accidente que sufrió con el caballo que le habían prestado, se rompió la espalda y estuvo mucho tiempo sin caminar. No podía ir a la escuela y ella sufría mucho, ya que lo que más deseaba era salir adelante para poder ayudar a su hermano y a todas las personas del campo que no sabían leer ni escribir. Estaba destruida, pero en algún momento, su hermanito le

dijo: "hermanita querida, no te preocupes, yo voy a estar bien, Dios está conmigo y contigo, también y Él nos dará la fuerza para salir adelante, ya los verás". Se abrazaron y lloraron largamente, ella siguió rehabilitándose en su hogar hasta que logró volver a caminar. No así su hermanito, que falleció sin lograr poder recuperarse. Su tristeza fue muy grande, ya no tenía consuelo; sus padres trataron de animarla a seguir estudiando. Un día, decidió dedicar su vida a enseñar a los demás, empezó a recorrer el campo, ayudando a los niños que no tenían la posibilidad de estudiar en el pueblo, se hizo muy conocida por sus labores humanitarias.

Un día llegaron los patrones del fundo a su hogar y le llevaban de regalo muchos libros de educación y la invitaron a la ciudad para que se especializara y estudiara para profesora y, así, ella podría dar clases en escuelas. Rebeca pensó que estaba soñando y sus padres, muy emocionados, le dijeron: "Anda, hija. Es tu oportunidad de lograr tus sueños".

Se fue a estudiar y logró, en muy poco tiempo, terminar sus estudios, llegando a ser la mejor de todos.

Cuando llegó a su pueblo, todos la esperaban muy ansiosos. Sus padres, muy orgullosos de ella, la abrazaron y se la llevaron a su hogar. Grande fue su sorpresa, al ver a las personas del fundo allí, esperándola. Pasó lo siguiente, ellos le dijeron: "Hija, nos sentimos muy orgullos de ti, es por eso que te queremos hacer un regalo. Te vamos a regalar el fundo para que allí construyas una escuela, en la que podrás ayudar a todos los niños del campo y no se tengan que estar trasladando muy lejos...

La emoción fue tan grande, que ella dijo: gracias, hermanito. Yo sé que donde tú estés, algo tienes que ver con este milagro. Te prometo que esta escuelita llevará tu nombre y todos seremos muy felices. Gracias, señores, por este regalo; les prometo que nos fallaré.

No, gracias a ti, que nos enseñaste lo que era el amor y la solidaridad; esa enseñanza es lo más hermoso que nos has podido entregar.

PRIMER LUGAR REGIÓN DE ATACAMA

Roberto Alejandro Ortiz Salazar 30 Años Trabajador Copiapó

EL CANTO DEL CHAÑAR

Beltrán estaba echado hacia atrás, con su cigarrillo a varas en los labios, el mote con huesillo con arrrope de miel a sus pies, la lluvia delgada empañando apenas el vapor del campo con esa armadura establecida en aromas, color y pereza que protegía a la tarde, como ese vino sabio que protege al hombre extramuros.

Él sigue pensando bajo los aleros de la residencia. De pronto el sorpresivo relincho de una yegua baya le propicia improvisar en la mente el parlamento que hubo tenido con ella.

Luego de la comida hubo olvidado su libro en la mesa, la cañita de vino aún estaba ahí.

Beltrán entra al lugar con la emoción fijada de recuperar el texto del cual le faltaban algunas páginas por leer. Se trata de la escena en que Antoine Roquentin un día sábado se cita con su eterna querida. En ese sitio Beltrán deja el separador de páginas.

Fuera de digresiones, se raspa la puerta al piso, arrastrando consigo unas piedrecillas que pululan en los callejones, las puertas y botas de los habitantes del desierto y campo de Atacama. El estrepitoso sonoro de campanillas, tubillos de bronce contra sí y el vidrio hizo girar sobre sí a la hembra fuerina que tomaba notas de mucho y fotografías del rústico salón.

Se saludan con misteriosa sonrisa y amable. Don Rigobrino fabricaba con lentitud una especie de casucha o camastro de leña y papel. Preparando la ignición inevitable del fuego en la gran estufa de cobre; tal vez, muy temprano, pero esa gloriosa llovizna exigía la ceremonia

de fuego, de mate, de picarones con chancaca, cáscara de naranja, canela y caldo, como los promocionaba con orgullo la patrona del lugar.

Beltrán decide quedarse en la venta, se sienta a la mesa, abre la obra y empieza a leer, con una profunda lentitud: "Lo que sé es que nunca más encontraré nada ni nadie que me inspire pasión. Tú sabes que ponerse a querer a alguien es una hazaña. Se necesita una energía. Una generosidad, una ceguera". Así se explayaba Anny explicando al protagonista. De algún manera sentíase interpretado, con su sombra a la lectura. Parecía catar cada palabra, cada frase cada tarde. No es que Beltrán sea un taciturno leyendo esa novela y queriendo olvidar y alejarla de sí para siempre.

Además esa tarde inalterable, lloviznosa e inusual en el desierto más árido del planeta ¿no ameritaba un mínimo esfuerzo artístico, para atiborrar una simple prosa destinada a una fantástica y fugaz visita?

De tardes así regias de invierno, de conatos de lluvia, de fuego, de retrospecciones literarias, existencialismo de arrabal y ñeque de espíritu trenzado fuerte en el campo, en el desierto, en la vida, sucede, saca un cuaderno y una pluma de su morral de cuero.

La mujer urbanamente se acercaba a la mesa con un acento extranjero. El buen Beltrán no pasaba los treinta y seis de años de edad, pero su pelo un tanto cano, algo ajada la piel por el sol y de ojos silenciosamente soñadores, de quien tiene entre los dedos la sutileza de dedicar la creación a lo que quiera. Responde con alegre parsimonia a la dama. Aunque sin entender a lo que ella se refiere, la invita a sentarse a la mesa.

Ella se expresa con un castellano entrecortado y cándido, por una modulación aparatosa y elemental, en cambio a él le escuchaba lento. Fuerte y claro. Era corresponsal de una revista extranjera, periodista turística y fotógrafa. Él le invita a una caña de vino copiapino, casi una experiencia. Desde el primer trago, la delgada piel pálida de la fémina, fácilmente se sonroja con la deliciosa bebida, podando con ello la articulación de las frases y nexos lingüísticos suyos. De una o de otra forma se entendían, además que la expresión de los ojos debería ser universal.

Casi hasta inicio de primavera se repetía la escena. Ella despertaba sola y desnuda, junto a una gran chimenea de piedra encendida, en un sofá cama, él salía temprano para alimentar los animales en el campo. La comunicación de los dos araba con ardor, humedad y delicia. La francesa fotografiaba todo, la biblioteca, la casa y la hacienda del abuelo difunto de Beltrán. Otras veces de a caballo recorrían juntos los rincones del lugar; Piedra colgada, su vieja iglesia, San Pedro, cerros y arenales.

Beltrán se levanta, traga el mote con arrope de miel, ensilla al yegua, y se dirige a La venta.

SEGUNDO LUGAR REGIÓN DE ATACAMA

Claudia Andrea Latorre Zepeda 27 Años Trabajadora Copiapó

MI TIERRA PROSTITUTA

"Perú es un mendigo sentado en una silla de oro y nosotros somos...".

Mi delirio ha fregado mis neuronas, florecemos todos como mendigos con oro, tratando de vender historia, vendiendo disfraces, vendiendo montajes, pero todo se mejora con la pulcra delicadeza de la naturaleza.

Tengo frío, pareciera que el invierno se hubiera adelantado en Perú ¿o nosotros en Chile nos dilatamos en el tiempo?

Viajo en el bus más barato, rodeada de nativas y un arpa en la cabeza, con olor a pedos y náuseas en mi estómago, no hay baño porque está clausurado. Estoy que me cago, desvelo 12 horas en este bus, se me adhiere el hielo en mi nariz, hay un pequeño que se llama Elvis, desea vomitar, es la altura, la puna... el olor, la incomodidad con la que van acostados en el pasillo del bus. ¿Esto aún sucederá en Chile? Llegamos de madrugada a Puno, me adormezco, me desvanezco, me duermo y sueño. Al día siguiente, viajamos por las islas flotantes, en donde las indígenas venden sus telares, se supone que ellas mismas elaboran la artesanía, pero todo ese admirable delirio se destruye cuando noto que en las tiendas artesanales los telares están hechos en serie, comprendo que las máquinas heredaron las costumbres artesanales, noto que me han engañado, comienzo a dudar de todo ese discurso barato que me vende el guía (y yo estaba dispuesta a vivir ahí, en armonía, donde aún creía que el pasado no había sido violado por el presente).

Me disculpan si hablo mal de otro país, pero temo que esto suceda en el mío, quizás es así en todas

partes, ya no puedo ser esa chilena maniática exploradora que comparte con los indígenas y les toma foto (cobran 1 sol por ser fotografiados), ya no puedo soñar y ser esa extranjera que viaja y escribe su libro acerca de un hermoso Perú que conserva con respeto sus raíces, ya no puedo soñar, ni siquiera puedo mencionar que estuve en una verdadera isla flotante con indígenas que viven ahí, tampoco puedo mencionar que viví con los nativos de este país, estoy negada a poder contar con entusiasmo lo lindo que es vivir en la naturaleza y las creencias enérgicas, no tengo el derecho de decir que las raíces incas aun son fuertes, ¿cómo un pueblo tan avanzado pudo ignorar su futuro masivo y fructífero?, ¿eso mismo nos pasó a nosotros?, ¡QUÉ MIEDO! O qué preocupante... Ahora vamos por el valle sagrado con destino a Machu Picchu. En la micro sube una indígena que va con las compras a su hogar, el chofer le grita, ¡la apura!, no la ayuda a subir, y la observa con desprecio, le cobra el dinero y le grita que se siente. Ella obediente, manejable, muy sumisa, olvida su sangre inca y no dice nada, se sienta y mira su templo por la autopista, su rostro cansado, debe tener no más de 30 años, pero parece de 40, siempre es así, siempre... suele ser así. Pienso, mientras vislumbro sus tristes pensamientos, la inconciencia del chofer, yo estoy aquí y muchos turistas más estamos aquí por esa indígena, pienso nuevamente... sino fuera por ella, muchos turistas no visitaríamos su país, y muchos turistas dejarían de subir a su micro, y mucho dinero dejaría de caer en sus bolsillos, si no estuviera esa indígena su país perdería historia, perdería costumbre, perdería mucho más que todo eso.

Pasamos por Pisac, misa en quechua, indígenas encerrados en ese perfecto templo español, pinturas alegres en las paredes, no así en Cusco, donde la miseria inca, la misericordia indígena, el perdón al pecado, el castigo divino pintado con oro demostraban el sometimiento español hace miles de años. Salgo de la iglesia y observo ese perfecto valle que rodea aquel pueblo sagrado, campos sembrados por maíz, una feria típica lo acompaña, olores a cocimientos, artesanía en serie, objetos antiguos, amuletos y más comida. Continúo el recorrido por el valle, durmiendo en distintos poblados, donde el peruano es distinto por la geografía, su carácter y simpatía cambia rotundamente, lo mismo sucede en Chile, con el huaso nortino y el huaso sureño.

Viajo hasta llegar a aguas calientes, comienza mi ascenso a una tierra mística y llena de energías. La ciudad de Machu Picchu se hace presente en todo su esplendor, observo el Huainapicchu, empiezo a subir por rocas húmedas cubiertas por maleza, unos turistas tras de mi rocían el paisaje con un spray mata insectos, hacen comentarios con acento gringo: "eh... estus insectus que pican eh..(¡¡¡¡¡¡shiitttt shiiitttt!!!!, sonido de spray), ¿pero tú sientes la energía que hay aquí?". El que lo acompaña responde: "Yes!!! I' CAN FEEL!!!, pero no deberían estar estos insectos aquí", sus comentarios son tan ridículos como mi traducción gringa en este texto. Tengo sed, me animo a comprar en un negocio en la ciudad de Machu Picchu, (adivinen ...sorpresa.... el agua sale \$5 soles, equivalente a \$1.000 chilenos, una botella mini de 250 cc.) "¡qué diablos, che! ¿el agua también es

sagrada?" (dice un argentino que está escuchando la conversación que yo sostenía con la vendedora del agua), en fin... eso también sucede en lugares donde el turismo se hace presente... solamente lo recuerdo. Llego a la cima del Huainaipicchu, gringos, chinos, coreanos, chilenos, argentinos, peruanos, todos estamos en el mismo lugar, pero comiendo cosas distintas, unas alemanas comen zanahoria, yo como pan con paté, el chino se alimenta con algo raro y el peruano, con algo parecido a las palomitas de maíz... un guardia está en la cima previniendo que algún chiflado se crea águila y se lance a volar o a un turista osado que quiera llegar más allá que el resto para tomarse la mejor fotografía y mostrársela a sus amigos. Pienso... que él debería contarnos la historia a todos los que llegamos a la cúspide, pero no, solo pienso. El turismo es tan bueno, pero a veces quienes lo manejan lo vuelven un tanto nocivo, las culturas antiguas ya casi no existen, hay pueblos que viven de la utopía y han tenido que ponerse un cinturón de castidad para no ser violados por quienes desean explotar por dinero sus valles, sus culturas, su gente y, lo más importante, sus creencias, que es por esto que vivimos, por creer, yo creo en que un día podremos vivir tranquilos, sin ambiciones, sin deseos más que estar con nuestras familias, felices y serenos, ¡díganme ilusoria!, pero eso me hace crecer y ser mejor persona en un cosmos de millones de sujetos.

PRIMER LUGAR REGIÓN DE COQUIMBO

Cristian Geisse Navarro 30 Años Profesor Vicuña

EL CÓNDOR NUNCA PERDIÓ TANTO TIEMPO COMO CUANDO QUISO ENSEÑARLE A LA TENCA

El cóndor nunca perdió tanto tiempo como cuando quiso enseñarle a la tenca. Eso yo lo escuché tantísimas veces antes de entender qué diablos era lo que esas palabras significaban. Ahora que ya estoy viejo, sé perfectamente qué era lo que la Raquel me quería explicar hablándome así. Y para que ustedes también lo entiendan, tengo que empezar contando que soy brujo. Sí, créanlo, paisitas. Yo soy de la temida raza de aquellos a los que llaman brujos y que tanto miedo dan a los niños que nos oyen cantar mientras aleteamos bajo la luna llena. Y está bien que sientan miedo, porque si volamos, es porque llevamos un pellejo de chiquillo a modo de poncho. O porque nos hemos embadurnado con la grasa caliente de un carnero de dos cabezas. Y es que hay tanto truco que algunos escuchan decir, pero que nadie —o casi nadie- sabe si es de a de veras o si es cuento de vieja. Pero el brujo sabe que es cierto casi todo aquello que la gente oye decir sobre penaduras, pactos, aparecidos, entierros y asuntos de esa laya. Hoy en día, ya nadie cree mucho en todas estas cosas, más bien se ríen a mandíbula batiente y prefieren hacerle caso a todas esas patrañas que enseñan las escuelas o los masones o la tele o la radio. Supersticiones, dicen; folclor, dicen; cuentos, mentiras, embustes, dicen. Allá ellos: niegan cosas que son tan ciertas como que estoy yo mismo acá, sentado debajo de una higuera con una gallina negra en los brazos.

Siendo yo apenas un niño me enteré de sopetón que toditas esas historias eran verdaderas. Vivía yo en un caserío que llevaba por nombre Nuevo Infiernillo, porque al antiguo Infiernillo se lo había

hecho desaparecer un brujo celoso y enamorado. Porque, créanme paisitas, cosas así son fáciles de hacer para el que sabe. Y los brujos saben. Como les decía: yo vivía en un rancho todo pobreza ahí en Nuevo Infiernillo. La vieja Raquel me había recogido de la mitad de una quebrada donde fui a parar, porque mi madre nunca me quiso. O eso es lo que la Raquel me contó. La Raquel era mujer sola. Y tan fea era la señora que la gente decía que tenía tratos con el diablo. Lo más seguro es que nadie pudiera jamás probar que tamaña calumnia era verdad. Pero era verdad.

Conmigo era un pan de Dios. Y me crió a lo campo: mitad varillazos y coscorrones, mitad arrumacos y engañitos. Nunca me faltó leche en la mañana, porotos al almuerzo, churrasca a la once, charquicán a la comida. Nunca me faltó tampoco el dulce de membrillo, la mermelada de damasco, la granada chorreándome por los brazos. No pasaba frío en las noches y siempre tuve chomba para la helada y poncho para la lluvia. Todo porque la Raquel me quería como su hijo. O su nieto, que es aún mejor. Aunque ahora tengo muchas más cosas por las que agradecerle, esperen un poco y ya sabrán.

Lo que más me gustaba de ella, siendo yo apenas un niño, era que fuese tan re buenaza para contar todo tipo de penaduras y casos. Yo me quedaba con ojos de tucúquere escuchando las historias de El Cuero, ese monstruo fiero que se había chupado al finado Lagos cuando a la mitad de la cordillera se acercó a tomar agua en la Laguna Amarilla. O la de la Coca Mula, esa bestia con cara de mujer y cuerpo de burro que caminaba bajo la luna llena en la Vega de las Ñipas. O la de La Llorona, un ánima en pena que se paseaba por las calles de los pueblos en la noche, buscando a sus tres hijos que se le habían ahogado uno tras de otro, mientras ella lavaba a orillas del Estero Izquierdo.

Un día se me ocurrió preguntarle, ya algo más grande, si todo aquello era de verdad cierto. Ella me miró con una mirada que no sé cómo decir, pero que tenía algo de maña y algo de burla. Sorbió el mate, escupió al fuego y en vez de responderme nada, me dijo: "ya es hora de que sepa algo que me tiene muy curiosa contigo, chiquillo de moledera". Fue esa tarde cuando se me abrieron de verdad los ojos y empecé a ver todas esas cosas que la más de la gente solo puede escuchar decir. Se metió al rancho, me trajo una chomba y me pasó un paquetito amarrado con pita negra. Me dijo "llévaselo a don Severino, niño. Dile que vas de parte mía y que es cosa urgente. Si te dice que te esperes, vuelve a golpearle la puerta hasta que salga. No te olvides de usar estas mismas palabras: que es cosa urgente". "¿Pero tan tarde quiere que vaya, misía Raquel?" Yo le preguntaba eso, porque en realidad me daba un miedo rematado partir a esa hora al rancho de don Severino, que quedaba más allá de Los Guanacos. Y no era lo lejos que quedaba lo que me pareciera mal, sino lo brujo que la gente decía que don Severino era. "¿No te estoy diciendo, chiquillo? Partiste no más. Y háceme todo lo que te dije que hicieras."

Partí para allá, cuando el sol ya se iba perdiendo en la cordillera. Con el alma en un hilo iba, pero haciendo de tripas corazón, porque la Raquel me había enseñado a obedecerle en lo que fuera, tan diablaza era ella. Llegué al destartalado rancho del viejo aquel, cuando el sol ya se había escondido y cuando las velas hacían bailar la luz adentro de la casa tan vieja en la que vivía. Tuve que tragarme el susto para golpearle fuerte, con fuerza de hombre grande, la puerta seca que parecía se iba a caer con cada golpe. Al principio, no se escuchaba nada, cosa que me puso contento, porque ni les digo el miedo que yo sentía y las ganas que tenía de que no hubiera nadie. Pero golpeé de nuevo, todavía más fuerte, porque como les decía, bien enseñado a obedecerle me tenía la señora. Grité "Don Severino, le traigo un recado de Misía Raquel" y escuché entonces ruidos allá adentro. Y nuevamente silencio. Tuve que golpear de nuevo, más fuerte y más fuerte, ahora de miedo y no por obedecer. "Don Severino, dice Misía Raquel *que es cosa urgente*". Entonces escuché su voz de pájaro viejo "¡Y qué mierda quiere esa vieja chuchona, dile que estoy ocupado!". Se me pararon todos los pelos del cuerpo porque presentía que cosa linda no iba a ver en lo que seguía. "Vengo a entregarle un encargo que ella me dijo es cosa urgente, don Severino" "Por la cresta máquina, espérate niño". Y sentí entonces ruidos de golpes y de cosas que se caían cerca, cada vez más cerca. Se abrió la puerta y al principio no quise creer lo que mis ojos veían: a la luz triste de las velas, pude ver, créanme paisitas, al viejo ese con la cara dada vuelta para el lado de la espalda, todo el cuerpo brillando y embetunado con una grasa espesa, a poto pelado, mirándome con ojos de diablo y el culo para el mismo lado de la cara, mientras me decía "Pásame para acá, niño del diablo y ándate antes de que me arrepienta". Pálido como un fantasma, le pasé el encargo y como me quedara como un palo ahí al frente suyo, me gritó "¡Y dile todo lo que viste, porque para eso te mandó la vieja esa! ¡Partiste, mierda!" Con lo que salí corriendo hecho un basilisco, a la mitad de lo oscuro, saltando piedras y asombrado de no sacarme la recresta con eso de no ver nada a la mitad de la negrura. Llegué a la casa resoplando al rato, pero sudando helado, mudo y sin saber qué decir. La vieja Raquel estaba ahí afuera, con el mate entre las manos, frente al fuego. Como me viera con unos ojos tan abiertos que lechuza parecía, me dijo casi riendo: "¿Cómo te fue, niño? ¿Qué cosa fue lo que viste que vienes blanco como ánima en pena? ¡Dime, niño, no te quedes callado!". Y cuando yo le conté la cosa esa tan rara que yo había visto allá en el rancho de don Severino, se le fue un poco la risa y dijo: "Así es que puedes ver". Escupió al fuego y entonces le escuché por vez primera "Qué bueno fíjate, qué bueno. El cóndor nunca perdió tanto tiempo como cuando quiso enseñarle a la tenca. Yo ya pensaba que me estaba gastando contigo por las puras". Fue ahí cuando supe que yo iba a hacerme brujo por las malas o por las buenas. "Mira muchacho, eso que viste era lo mesmito que yo quería que vieras" y se río con los pocos dientes que le quedaban. "Don Severino iba a salir a volar, porque más rato sale la luna llena. Se había embetunado con una receta que yo también me sé y se había sacado la cabeza para partir a volar con las orejas bien crecidas" Yo la escuchaba con la boca abierta y los pelos de punta." Como tú lo pillaste en los preparativos, recién desatornillada del cuello, se la tuvo que poner a la rápida y salir a abrirte así, con la cabeza mal puesta." Soltó una risa tan fuerte

que hizo que los pájaros volaran de los árboles. Después me preguntó "¿te gustaría salir a volar una noche de éstas", y como yo asintiera, lleno de miedo pero también de gusto y gana, volvió a soltar la risa para decirme "pues de buena te salvaste, niño, ahora no más te queda aprender bien las cosas que te puedo enseñar". Y tan bien me enseñó la buena Raquel, que ahora bien sé que si en vez de asentir, me hubieran echado a llorar negándome a todo eso, ahora no podría estar acá contándole lo que les cuento.

Decirles todo lo que aprendí desde entonces hasta ahora sería cosa de nunca acabar, aunque tal vez ya se dé el tiempo para que lo haga. Pero hoy sí que no puedo. Y por una muy buena razón, ¿y es que acaso alguno de ustedes sabe qué hacer con una gallina negra, toda negra, patas negras, pico negro, plumas negras, a las doce en punto de la noche de San Juan? Pues aquel que lo sepa, comprenderá por qué no puedo ahora terminar de contarles mis historias. Les anuncio eso sí que me queda por caminar mucho esta tarde, hasta un lugar donde no se escuche el canto del gallo, trazar tres círculos en la tierra, uno dentro del otro, y justo a media noche ponerme a gritar con todas mis fuerzas: "¡¡¡Vendo esta gallina negra!!! ¡¡¡¡Vendo esta gallina negra!!! ¡¡¡¡Vendo esta gallina negra!!!".

A ver si después de que pase lo que sé que va a pasar, pueden reconocerme.

SEGUNDO LUGAR REGIÓN DE COQUIMBO

Carlos Eduardo Marín Tello 39 Años Profesor Ovalle

BAJO LA LLUVIA

Ese día, la lluvia había trasformado la única calle del pueblo en un verdadero río. Por aquellos años no había llegado aún la electricidad ni mucho menos el asfalto, lo que hacía que cada invierno el pueblo quedara aislado, teniendo que esperar a que el tiempo mejorara un poco para que un helicóptero fuera a dejar las provisiones necesarias para que todos pudiesen soportar una semana más de lluvias continuas. Con cada día de aguacero parecía que los cerros que rodeaban Las Sossas empequeñecían: la única calle del pueblo parecía un torrente de chocolate cargado, desbocado de furia con ramas, troncos, piedras y uno que otro animal que se alejaba de su corral.

Ese día, Lucho Jerez (en un certificado de nacimiento perdido en el tiempo aparecía así, simplemente "Lucho") salió del único boliche que servía de entretención a todos los varones desde que cumplían los trece años hasta el fin de sus días, con tanto vino tinto en sus venas, que al montar en su caballo parecía más un viejo marino en un mar tempestuoso que un huaso bruto, de tomo y lomo. Sus amigos le pidieron que no saliera hasta que escampara un poco, pero el huaso era tan porfiado como una mula que no se dignó siquiera a escucharlos. Los mismos contaban que, en su juventud, para ganar una apuesta que incluyó doce garrafas de vino y vaquilla, tuvo la porfía de tocar vihuela bajo la higuera en la noche de San Juan. El Diablo, como era de suponer, apareció hecho una fiera ante tal desafío a su leyenda y a su poder. Sin más, Lucho Jerez y Satanás se pusieron a beber vino como contratados, toda la noche, sin pausas, sin palabras, casi sin respirar. El primero que cayera borracho o no se aparecía más por el pueblo o le daba su alma en el acto. Pero al huaso lo habían criado con vino en mamadera y Satanás, por muy diablo que fuera, no se excedía jamás, así es que el primero que se emborrachó fue el cornudo. Fue tal la vergüenza, que nunca más se apareció por aquellos lares; desde esa noche de San Juan, todos los muertos de Las Sossas se iban directamente

al cielo, por muy malos que hayan sido en vida, pues el Maligno había borrado de un coletazo todo registro del pueblo, jurando que nunca nadie de ese lugar entraría a sus dominios.

Lucho Jerez salió en su caballo en medio de un río demasiado furioso, siendo arrastrado cerca de cinco kilómetros calle abajo. La lluvia se fue calmando de a poco hasta que sólo fue una suave llovizna. Ahí aprovecharon los hombres para ir en busca de Lucho Jerez y lo encontraron, literalmente, aplastado contra a un árbol. De su caballo nunca más se supo. Los hombres lo llevaron a casa de Domitila Avilés, la joven y hermosa componedora de huesos dislocados, partera, sacadora de empachos y de mal de ojos, meica famosa entre todos lo pueblos de la región. En medio de la garúa, Domitila Avilés recibió al herido. Lo acostaron en el viejo camastro que serviría de camilla y todos se fueron, dejando al hombre en manos de Domitila. Sabido era que la componedora no aguantaba que alguien viera sus secretos de medicina, además, todo el que fuera atendido no debía contar jamás lo sucedido so pena de una horrible maldición. Esa era la única paga que aceptaba Domitila Avilés. Comenzó la sesión bajo la tenue luz de un par de velas Luminosa, famosas por aquella época. Los gritos del herido se perdían entre los truenos que acompañaban la suave lluvia. Domitila tuvo que redoblar sus esfuerzos para poder colocar en su lugar la rodilla y el hombro derecho. También tuvo que esforzarse para enderezar las costillas que se habían hundido por el agua y la presión en el árbol. Entre gritos y puteadas, Lucho Jerez se vio totalmente repuesto y compuesto en un par de horas. Advertido sobre cómo debía pagarle, el huaso se puso de pie, miró por la ventana y una idea iluminada por un trueno cruzó su embriagada y amoratada cabeza. "Tengo un idea mejor pa' pagarte, Domitila" –le dijo.

Nublado por el deseo y el alcohol, golpeó fuertemente a la meica quien no pudo hacer nada para evitar la cruel violación. Cuando terminó su acto, comenzó a llover nuevamente y el agua entraba en la casa de la meica. Lucho Jerez se subió los pantalones y procedió a salir en medio del aguacero que otra vez se ensañaba con el pueblo. Miró hacia atrás. Domitila tenía un crucifijo al revés:

- Te maldigo Lucho, que te parta un rayo y te vayas al mismísimo infierno.
- Cállate mierda. El Diablo a mí no me toca. Y se fue. Mojado hasta los huesos. Llegó a su casa de adobe, unos trescientos metros calle abajo; entró y la cura se le pasó de espanto.
- Te estaba esperando, Luchito –resonó la vieja y familiar voz.

El diablo había vuelto a buscarlo, cuarenta años después de aquella noche de San Juan en que se vio vencido por un mortal. Un rayo atravesó con furia el techo mientras el demonio palpitaba la muerte del huaso con un placer de otro mundo. Agradeció silenciosamente a Domitila Avilés por

tan esperado regalo y jamás volvió a aparecer por esos parajes, olvidando por completo la existencia de tan miserable lugar. Mientras tanto, Domitila Avilés pudo observar el rayo desde la puerta entornada comprendiendo en ese mismo instante, confundida entre asco, dolor y satisfacción, que su tiempo en ese lugar había llegado a su fin. Silenciosamente, guardó un par de pilchas en una bolsa para desaparecer en medio de la lluvia.

Alguien corrió la voz de las maldiciones entre la meica y el huaso bruto y aquello traspasó las fronteras de las leyendas que se tejen en estos rincones. Domitila Avilés regresó poco más de una década después, con una chica de unos diez años a quien todos los que conocieron la historia dieron por hija de Lucho Jerez.

Llevo doce años trabajando de profesor en el pueblo vecino al de la historia y cuando a mis alumnos les pido leyendas del lugar me repiten una y otra vez la leyenda del diablo, del huaso que lo desafió y de la meica que lo maldijo. Mi esposa se niega a ser reconocida como hija de una violación, aunque conoce perfectamente la historia. Prefiere ser, simplemente, la hija de Domitila Avilés, la joven y hermosa componedora de huesos dislocados, partera, sacadora de empachos y de mal de ojos, meica famosa entre todos los pueblos de la región.

TERCER LUGAR REGIÓN DE COQUIMBO

María Eloísa Pérez Krumenacker 44 Años Coquimbo

Y VESTÍA MANTA DE CASTILLA

El viento silbaba al pasar entre los arbustos y los troncos de tres eucaliptos, ubicados justo enfrente de la casa, crujían amenazantes con sus hojas largas y lanceoladas cascabeleando suavemente. El cielo despejado, con miles de estrellas brillando en la inmensidad de la negra noche que abrían de pronto el paso a alguna estrella fugitiva que caía a lo lejos, perdiéndose en algún cerro.

Seis eran alrededor del brasero y el mate recién hecho, aromatizado con dulce malva rosa, circulaba de mano en mano, entibiando apenas los cuerpos entumecidos por el gélido viento otoñal y sólo el rojo crepitar de las brasas, reflejado en los rostros atentos, daba a esa noche la nota de calor.

- ¡Y cuando bajé de la Pintosa que brincaba como una loca, el mismísimo diablo estaba allí parado frente a mí! -dijo el Hugo, dando la primera chupada al mate.
- Y... ¿te dijo algo? –preguntó Francisca, con los ojos desorbitados y el corazón palpitando a mil por la emoción.
- Me miró no más ... ¡muy serio! –respondió Hugo, arrimando su banca un poco más cerca del fuego para agregar más carbón al brasero.
- ¡Yo no creo na'! -dijo Ignacio, hermano mayor de Francisca, que hace poco había cumplido los trece y se consideraba un adulto. Estaba pálido, con la mandíbula apretada y no pestañeaba por el miedo. →¡Son puras patrañas tuyas!... Al diablo, nadie lo ha visto nunca.
- ¡Oye, Hugo! -insistió Francisca, mirándolo muy seriamente sin prestar atención a las palabras de

su hermano. -Y tú...; Cómo puedes estar tan seguro de que era él?

Aunque tenía seis y era la menor de 6 hermanos, era muy inteligente y despierta para su edad.

– Esas cosas... ¡se saben no más!... –respondió Hugo, sacando del fuego la negrísima tetera cubierta de hollín para servirse otro mate y hacer la segunda ronda. –¡Los animales saben esas cosas!... esa noche... La Pintosa se puso como una loca... ¡justo antes de que Don Sata se apersonara en el camino!... ¡Apareció de la nada y del mismo modo se esfumó!

Ignacio, como buen macho protector, apretaba con fuerza la mano de su hermana, que en vano intentaba liberarse para gesticular con soltura, como era su costumbre.

- ¿Era viejo... joven... era feo o bonito? -preguntó aterrada, pero curiosa al fin.
- ¡Ah, no pus!... la cara no se la miré porque me dentró el miedo, pero ¡sí le puedo decir!... que vestía todo de negro con un sombrero de fieltro negro también, manta de castilla y unas botas de montar con espuelas, que tintineaban al caminar.
- ¡Ya pus, viejo! –se levantó Elena, su mujer, dispuesta a terminar la reunión. Marito dormía sobre su regazo desde hace rato y comenzaba a enfriarse.
- Termina con tus cuentos para que los niños se vayan a su casa... Es muy tarde y la patrona se va a preocupar.
- ¡Ya, Luchito! dijo Hugo, remeciendo a su hijo mayor que comenzaba a pestañear, luchando contra el sueño. –Acompaña a los patroncitos a cruzar pa' su casa y aprovechai el viaje pa' traerme a la Pintosa, que se salió del corral y anda metía por ahí.
- ¡Seguro se asustó con el viento! -dijo Elena, echando agua sobre el brasero para apagar completamente el fuego.
- ¡Ya Lucho... muévete y acompaña a los niños pa' su casa! -repitió el hombre a su hijo.
- ¡No, Hugo! –respondió Ignacio, sacando la voz.
- ¡Yo soy grande y puedo cuidarme solo!, y agregó:

- ¡Vamos, Francisca... cierra tu parka que hace frío!, -y tomándola con fuerza de la mano se encaminó de regreso a su casa.

Un sendero de, aproximadamente, unos cien metros que pasaba en medio de un huerto de frutales les separaba de la casa patronal, ubicada al pie de la loma. Ignacio lo había recorrido mil veces de noche sin sentir temor alguno, pero las historias de Hugo lo dejaron espirituado. Sentía sonidos, silbidos y movimientos extraños a cada paso y aún debía pasar frente al galpón de los tractores donde, según palabras de la Elena, penaba el difunto Julio.

- ¡Ya, Francisca, no me suelte la mano! –dijo el niño reteniendo a su hermana que caminaba un paso adelante y lo dejaba solo. –¡Camina conmigo que está muy oscuro!
- ¡Yo no tengo miedo! -dijo la niña, echando a correr muerta de la risa.
- ¡Espérame, Francisca ... te voy a acusar a la mamá! –gritó, pero la niña ya se había perdido en la arboleda y debió continuar solo. Respiraba profundo para controlar los latidos de su manta de castilla... el diablo con sombrero de fieltro... el diablo con botas y espuelas!

Frías gotas de sudor caían por su frente y las secaba con su manga sin perder de vista la entrada del galpón que estaba justo enfrente con sus enormes puertas metálicas que se abrían y cerraban crujiendo rítmicamente, movidas por el viento nocturno.

Intentó cerrar los ojos y no pensar, pero su imaginación encabritada traía una y otra vez la imagen a su mente. El diablo...la manta de castilla.

Pensó en correr, pero sus piernas no respondieron, sintió angustia y quiso gritar a Francisca para que lo esperara, pero un ruido proveniente del galpón distrajo su atención y le hizo voltear la vista. ¡Entonces lo vio!... de cuerpo entero. Era enorme, vestía de negro y sus ojos como brasas ardientes le miraban hipnóticos, avanzando hacia él. Quiso llamar a su hermana, pero no pudo articular palabra, una extraña sensación de flaccidez le invadió, haciéndolo tambalear y toda la energía de la noche cayó sobre él botándolo de espaldas sobre el camino.

- ¡Hermano, despierta! -Francisca a su lado palmoteaba su mejilla, creyéndolo muerto.
- ¿Qué te pasó?

- -¿Lo viste...viste al...? ...iba a agregar algo más, indicando hacia el galpón, pero justo en ese instante, desde el interior apareció la Pintosa, intentando desenredarse un gran trozo de malla rachel que la cubría casi entera, arrastrando con ella varias herramientas pequeñas que se habían enganchado en la tela y se movían sonando como cascabeles.
- ¿A quién... a quién viste? -preguntó su hermana, mirando a todos lados.
- A nadie... -se levantó de un salto y sacudió el polvo de su pantalón.
- Escuché un grito y pensé que eras tú... corrí para alcanzarte y me tropecé.
 Entonces tomó a su hermana de la mano y respirando aliviado con su honra intacta, continuó su camino silbando.

MENCIÓN HONROSA REGIÓN DE COQUIMBO

Pablina Galleguillos Pizarro 50 Años Dueña de Casa Vicuña

LA BANDERA DE LA PAMPILLA

Una vez, me preguntó un hombre si no era cansador para mí que me sacaran de mi pequeño lecho de madera para ser guardiana durante tres días. Le respondí: es de aquí, de lo alto, de donde puedo ver todo, donde mi falda roja y esplendorosa flamea al viento, mi blusa azul con la estrella al costado, ciñendo el mástil más alto de esta ciudad.

Veo el agua del mar a lo lejos y a mis pies, esta ciudad pujante, llamada Pampilla. Aquí no hay diferencia social, todos buscan un solo fin: celebración y descanso. Sí, desde que anunciaron las buenas nuevas de la Independencia, se reúnen todos, familias con sus carpas que forman poblaciones, los comerciantes al centro con su vorágine y las ramadas donde se baila la cueca y también otros bailes.

Es una ciudad llena de colorido y alegría, llena de luces y de parrillas humeantes, que impregnan con el rico olor a asado a toda la comarca. Nadie parece sufrir algún problema, veo sus caras sonrientes, cabellos y pestañas blancas por la tierra que levanta su vuelo en danza interminable.

Una vez, estuve en Vicuña, allí es lo mismo: unos terrenos emparejados, donde cada uno elige su territorio y levanta su carpa y, si no la hay, cuatro palos con un toldo, si hasta una frazada sirve.

Se forma una niebla con el humo de las parrillas y el polvo que levantan los caballos que se pasean orgullosos con sus gallardos huasos embriagados de patriotismo y uno que otro vasito de vino.

El olor a empanada en el aire despierta el apetito y para qué decir de choripanes y fierritos. En lo

alto, las ramadas con cuecas zapateadas donde la chicha calma la sed y las fondas, con sus sabrosas cazuelas para componer el cuerpo; en el centro, un escenario donde hacen gala los conjuntos folclóricos y artistas de la zona y alrededor, el gentío que feliz y radiante aplaude.

Hay un palo ensebado, donde los más ágiles probarán toda su fuerza para sacar de la punta del palo el preciado billete. Los huasos juegan a pillar la zorra y hacen carrera de caballos y compiten por bajarme de la loma de un cerro. Si vieran la cara de solemnidad que pone el que me lleva en su hombro.

Más allá, una fila interminable de vehículos que se unen a la fiesta en un desfile sin fin.

Por todo esto, me siento privilegiada, porque soy la reina de la nación y, al visitar y ser parte de la fiesta pampillera, me siento orgullosa de ser bandera, la que flamea a lo alto, la que siente latir en un solo corazón grande y henchido, como esta tierra, el patriotismo de la gente noble chilena.

Al ser doblada y guardada en la pequeña caja de madera, aún llevo grabado el bullicio alegre y reconfortante de esta gente que celebra el 18 de Septiembre como Dios manda: ¡Viva la Pampilla!

MENCIÓN HONROSA REGIÓN DE COQUIMBO

Sandra Pamela Castillo Wilson 37 Años Canela Baja

LA LUGAREÑA Y SENCILLA CARMENCITA

El cielo quieto y resplandeciente aún parecía un espejo, el sol sofocante con su cálido vapor que traspasa con sus rayos, ese inmenso calor que se veía reflejado a través de la quebrada que existía en el sector de Los Arrayanes, sus cerros áridos, de tierras firmes y polvorientas, a la espera de una lluvia para las buenas siembras.

En una tarde de primavera, en las interrumpidas horas de silencio, solo con ruidos de animales: como cabras en sus corrales, gallinas, patos y una cantidad de perros cuidadores, se oyó el suspiro inocente de una mujer campesina que cumplía labores de hogar, el ruido penetraba la triste mirada de esta mujer que estaba a la espera de su primer hijo. Recuerda que cuando niña vivió en una familia humilde y modesta en el campo; en una vivienda de adobe con mucha deficiencia, que compartía con cinco hermanos; contaban con una sola pieza que usaban como dormitorio que solo la dividía una cortina para separar dormitorio con sus hermanos y sus padres, pues a muy temprana edad tuvo que aprender los quehaceres de su hogar. Su madre se encontraba enferma y así la rutina diaria era cocinar fondos de comidas para los trabajadores de la mina de Chabalongo, hacer pan, ir diariamente a la leña y lavar aquellos sacos de ropas que abultaban las artesas, haciendo hervir en fondos las grandes cantidades de ropa que parecía que nunca terminaba, quedando agobiada por el cansancio, sus pies helados e hinchados, casi desnudos, exhibiendo sus dedos llenos de lodo. Los zapatos que calzaba eran solo unas chancletas viejas y destrozadas, la pobre con su barriga a punto de estallar de su primera hija, cumpliendo casi el último mes de embarazo tenía que ir a la leña, ya que era la única manera de cocinar en esos tiempos. Con el inmenso atado de leña en sus espalda se veía asomar en un cerro muy parado frente a su casa, ésta sin poder caminar se resbalaba y, sin darse cuenta, sus chancletas quedaron pilladas con un matorral de romero, rodando cuesta abajo, un fuerte golpe la asustó y su padre al verla rodar corre hacia ella, fue como un milagro que nada le

sucedió, era admirable ver de dónde sacaba esas fuerzas de mujer trabajadora y luchadora. Cargada por su padre llegó a su hogar, se recostó para descansar un poco del fuerte susto que se llevó, no quería preocupar a sus padres ni mucho menos a su madre, Juanita, puesto que su salud no era buena, estaba muy enferma, al transcurrir los días se puso muy grave donde finalmente falleció por un cáncer a los pulmones dándole una parálisis en el año 1959.

Sufrió bastante la pérdida de su madre, aferrándose al cuidado de su padre, Enrique. Esa pena tan inmensa que sentía dentro de ella, la consumía cada día en soledad, sólo tenía 19 años y dado al profundo dolor en su alma, se apoderaba un silencio que sólo mantenía en su mente, su madre no alcanzó a conocer a su bebé. Un día de madrugada, en plena trilla, se enfermó aquella mujer valiente, con sus dolores que eran terribles, aguantaba para no preocupar a su padre, ya que ese día había tantas cosas por hacer. Su padre, conociéndola muy bien, la notaba muy pálida y le preguntaba una y otra vez cómo se sentía, ella solo asentía con su rostro que no pasaba nada y que solo era producto del cansancio, tuvo mucho trabajo, haciendo empanadas, pelando mote, cocinando mucha comida y aún así aguantaba sus dolores, tres días sufriendo de dolor de parto. En ese entonces, ocurrió que sus dolores no los podía aguantar más y su padre tuvo que ir al pueblo a buscar una partera, ya que en el lugar donde vivían era un sector rural, estaba muy lejos del pueblito de Canela Baja. Al montar su caballo, le dice a su hija que no se preocupe que solo tenía que aguantar un poco más, este pobre viejo se inquietó al no encontrar a ninguna persona que le ayudara, la desesperación lo hizo regresar donde su hija y contar lo sucedido, no le quedó mas remedio que atenderla en ayuda de una vecina, muy asustado e inexperto en el tema, asumió toda responsabilidad, le dio todas las fuerzas que necesita a su hijita, Carmen, su Chatita que así la apodaba. El tictac de un viejo reloj anunciaba la larga espera de la llegada de este hijo, un parto con bastantes dificultades, no podía nacer. Por fin, su padre logra calmarla, acomodándola de rodillas encima de una manta, coloca un lavatorio entre sus piernas, fue un parto difícil que al fin el llanto de la pequeña nieta se hizo presente en esas cuatro paredes de adobe. Su padre siempre tuvo los cuidados muy especiales con su Chatita ya que era su regalona, siempre fue más apegada a su padre que a su madre, ya que su mamita la golpeaba mucho cuando niña y él jamás puso un dedo sobre ella.

Al día siguiente, ella, como de costumbre, se levanta muy temprano a lavar los trapitos que usaba como pañales, cocinar y asear un poco la modesta vivienda donde vivía. Tenía tanta tristeza en su mirada, porque su madre no logró conocer a su nieta y en honor a ella nombró a su pequeña niña Juana, igual que su abuela. Al poco tiempo, se casó con un obrero, Gilberto, un hombre muy trabajador amigo del buen ejemplo en su hogar, que ayudaba en la agricultura a su viejo suegro. Tuvieron 4 hijos más, Violeta, Edmundo, Aída y su pequeñita Laura. Sin embargo, sobrellevaban una vida llena de miserias, que en muchas ocasiones no tenían un pan para llevárselos a la boca, solo con aguas de montes y a puro cocho en el desayuno, almuerzo y onces.

Diez años más tarde, en febrero de 1969, su padre como pequeño agricultor, baja al pueblo a vender un sacos de papas, ya que la situación económica era eminentemente precaria, en una de esas torpezas de la vida, este hombre de avanzada edad muere atropellado producto del alcohol; lo encontraron tirado en plena carretera de tierra, con su rostro cubierto de sangre, con papeles viejos de diarios sucios, cubrieron su cuerpo ya sin vida de don Enrique. La desesperación que abundaba en aquella familia era inmensa, al oír aquella noticia fue terrible, quedaban todos huérfanos. El sufrimiento que embargó a esta mujer duró por mucho tiempo, para lo que el trabajo duro del campo en la agricultura y ganadería era demasiado. Alimentar las cabras, ovejas, caballos y burros era como una eternidad, siempre tenía que estar al pendiente de todo en la casa y al cuidado de su familia. Este golpe fuerte que recibió la hizo madurar y ver el mundo con otros ojos, es ahí donde comienza la vida de manera distinta para esta madre, frente al sufrimiento y depresión por haber perdido a sus padres, queda absolutamente sola ya que sus hermanos al poco tiempo fueron emigrando, unos se casaron y los demás se fueron a buscar nuevos horizontes de trabajos, solo vivía aferrada a la idea de estar siempre con sus hijos, mientras que su esposo trabaja en la Oficina Salitrera de María Elena, día a día educaba a su familia e imponía las normas y costumbres de ser humilde y tener buenas relaciones con la gente que la rodeaba, tal cual lo había aprendido de sus padres, esta triste historia refleja el inmenso amor, respeto y cariño que le tuvo a sus viejitos.

Cuando su esposo se estableció bien en su trabajo, decidió llevarse a su esposa e hijos al norte para no sufrir tanta miseria. Al despedirse de aquel lugar, miraba a través de las ventanas empañadas del vehículo, se veía inquieta y las dudas que invadía en su mente fue de prometerse a sí misma que algún día no muy lejano volvería a su tierra natal, y que jamás olvidaría el rico aroma del romero, de las tierras mojadas con las lluvias, su vieja vivienda y su infancia, etc.

Las cosas no fueron fáciles para esta familia, ya que con el golpe de estado en el año 1973, nadie podía circular por las calles, que se veían tristes y abandonadas, a las 6 de la tarde era el toque de queda, la gente agobiaba día a día en la insoportable vida que estaban llevando, la escasez de alimentos que era impresionable.

El fino polvillo que se levantaba en aquellos cerros de la pampa y esos pequeños remolinos que nublaban la vista hacían que se viera cada vez más solitaria. El presentimiento de Carmencita en esa tarde de angustia anunciaba que algo extraño ocurriría. No se equivocó, ya que en una demanda que surgió en la empresa de trabajadores muchos de ellos fueron despedidos, cayendo su esposo y, según mencionaban los jefes, todo pasaba por un tema de presupuesto. Felicitaron a este jefe de hogar por su gran desempeño durante muchos años en la empresa, además consideró que sería una gran oportunidad de cuidarse debido a sus grandes problemas de salud a la columna, siendo operado en reiteradas ocasiones, dada esta situación tuvieron que emigrar a su pueblito natal.

A Carmencita no le quedó de otra que trabajar, ya que no tenían dinero, su esposo no podía realizar trabajos pesados y, una vez más, emprende a sus inolvidables costumbres de mujer campesina. Se sacrificaba en trabajos de día y de noche, no descansaba, recibía lavados ajenos, y después venía el planchado, la gente le pagaba con víveres o, a veces, con dinero. Para poder hacer estos lavados, ella tenía que ir a la leña para hacer hervir estos fondos llenos de ropas. Muchas veces se le veía llorar sus penas ahogándose en un martirio que creía no salir, era tanto el trabajo, que solo deseaba tenderse un rato en su cama para descansar y no despertar jamás. Sus pequeños hijos lloraban de aburrimiento, porque en ocasiones no tenían qué comer.

Qué triste y sacrificada es la vida en el campo, se decía muchas veces. Pero esta mujer luchadora y muy trabajadora, entendió que nada ni nadie podía entender que lo más importante de esta misión que les envía Dios es compartir cariño, amor, respeto y mucha comunicación con su familia y alrededores, pese a todos los obstáculos que se interponen en la vida, ya que ella es una mujer emprendedora.

La lluvia se hace intensa, con escalofriantes ruidos que golpean el viejo zinc de su dormitorio, causando abundantes pozas que agrietan el camino de barro fuera de su casa. Mira a través del umbral de la vela, y recuerda aquella vez cuando prometió que volvería y juró que ya nunca iba a sufrir con su familia. Esta vez encontró toda la felicidad del mundo, porque gracias a la unión que ellos tenían como familia, salieron adelante con sus hijos, a los que dio estudios y, posteriormente, trabajaron para ayudar a sus padres, que con su avanzada edad y muestras de arrugas en su rostro, pelo cano y sus manos con sus dedos retorcidos y chuecos por la agotada vida que le tenía su destino, ahora disfrutan de sus nietos y nietas, a quienes les enseñan a mirar la vida con optimismo y mucho valor.

PRIMER LUGAR REGIÓN DE VALPARAÍSO

Sergio Iván Saade Cifuentes 63 Años Trabajador El Tabo

LA BECA

Vivíamos en un cité, Catedral 2258. Tres familias hacinadas en un "sucucho". Propietaria, doña Olga Bachelet de Bonnefois, una dama de estirpe, de clase, tierna, tratable, alessandrina de derecha. Yo, un peque de doce añitos, pobre, con una única entretención (año 55) una RCA, la del perrito. Todos los familiares venían emigrados de los "sures", pasaban a convertirse en empleadas domésticas y obreros de la industria o la construcción. A duras penas, se juntaban los "morlacos" para pagar la renta y mal comer. Este peque de quinta preparatoria gustaba plantar en la pequeña franjita de tierra que dividía las doce casas.

Un buen día, en que la señora Olga concurría a cobrar los arriendos, le admiró ese minijardín, preguntó quién lo hacía y le dijeron que Sergito, un niñito de la casa 1. Me felicitó y dijo a mi madre que me conseguiría una beca en la Escuela Agrícola Catemu, Fundación Huidobro, de los Salesianos; así fue.

Tímido a matarme, típico de "huachito" de la época, nacido en los 40, me asusté. Un tío me llevó un aciago día a esa Escuela: una aventura. Estación Mapocho, Llay-Llay, Estación Chagres. Bajamos del vetusto tren (que seguía a Valparaíso) y tomamos una destartalada micro que nos llevó a "Las Máquinas", pueblo de Catemu. Luego, a patita por un camino de ripio y polvo, arribamos a medio día a una inmensa casona tipo colonial, un calor sofocante, fines de febrero, y nos impresionó una inmensa fachada con columnas griegas.

Entregamos al padre Valenzuela, director, la carta de la señora Olga Bachelet, abrazos, acogida tierna y a almorzar: gallina de campo, ensaladas, frutas, limonadas. ¡Qué maravilla!, cómo se come aquí,

un inmenso comedor, lleno de señores religiosos y laicos (ninguna dama), era el aniversario de la Escuela. Al día siguiente, sólo habría pan amasado, una sopa lavada y todos los días porotos. Sólo los domingo, tallarines, misa y comunión diaria, harta prédica.

Me pregunto si esto me habrá servido hasta este siglo XXI.

Se estudiaba en la mañana y se trabajaba en la tarde. Se trataba de las Escuelas Salesianas del Trabajo. Muy buena idea, el objetivo era inyectarnos el hábito del estudio y del trabajo. Aprendí a podar, capar pollitos, cosechar, cuidar los gallineros y conejeras, hacer la vendimia y producir vino asoleado, el mismo vino que, a escondidas, hurtábamos al padre antes de la misa. Nos peleábamos por ayudar misa (en latín "in nomine dominus").

¿Mujeres? Sólo se veían las habitantes campesinas los domingo en misa. Teníamos entre 12 y 19 años. Ningún acceso a ellas, sólo hablaban con los padrecitos o algún profe laico y las veíamos cerca cuando comulgaban. Por eso, causó revuelo cuando el señor Cid, profe de matemáticas y ex cura, se vio envuelto en cierto "affaire romántico", clandestino, salidas al atardecer, con una de "las niñas Vilches". Le costó la salida del plantel. Era todo, a veces nos tiraban un pancito por los altos muros que trepábamos, una moneda iba en pago.

Eran buenos los padrecitos: escuché comentarios de un tal padre Ansaldo, que habría sido muy cariñoso con más de algún alumno, tal vez, como lo que hoy calificamos de tocaciones. Fue silenciosamente separado y se le trasladó.

La disciplina era espartana, harto Don Bosco estudio en silencio. ¡Ah!, también hubo más de una expulsión de alumnos por algún tipo de contacto de índole sexual entre ellos.

Había mucha pobreza a la sazón en el contorno. Todos vivían y vivíamos de la agricultura en comunidad, producíamos vino, leche, quesos, granos, cítricos y frutas diversas, lo que se transaba en el pueblo, su producto era para mantener a los que allí vivíamos, otros recursos provenían de voluntarios o socios, la señora Olga Bachelet lo era.

En honor a la realidad, los profes y padrecitos disponían de comedores exclusivos, con buena comida diaria. Nosotros comíamos algo mejor para el cumpleaños del director o fiestas sacras. La obra era buena, harto fútbol, paseos a la nieve. Una banda instrumental, que era dirigida por el señor Jerez, profesor de la banda del Regimiento Yungay de San Felipe y en la que aprendí a tocar saxo Mi bemol. Nunca más lo hice.

Recorríamos Panquehue, La Ligua, Petorca, Llay-Llay, Quilimarí, Los Andes, San Felipe, etc., si hasta desfilamos en Valparaíso, orgullosos con nuestro radiante uniforme.

La disciplina era dura, correctiva: mucho coscorrón, reglazos, tirones de patillas o mechas u orejas; noches a la intemperie, semidesnudos, cuando metíamos algún boche en el dormitorio. Todos los superiores aplicaban la misma norma, querían resultados y, tal vez, lo hayan logrado, en algunos.

¿Cuántos llegarían a técnico agrícola? Éramos todos de raigambre humilde, hijos de campesinos explotados de la entonces, provincia de Aconcagua. Yo, el único de Santiago, y, tal vez, algún otro, me decían "patuquito" o "pisiútico", no sé si con ironía o por envidia, ya que lograba los primeros lugares del curso y primeros en religión, lo que me valió: ¡otra beca! Esta vez, de la congregación para estudiar en el Patrocinio San José, también solo de varones. Descubrieron que yo no era para el campo, además, sólo tenía la tierra de los zapatos y las uñas.

Mi madre seguía trabajando como garzona de Fuente de Soda. Tal vez, nunca imaginó que su hijo estudiaría en el barrio alto, junto a hijos de ricos, los mismos que ella atendía en "El Lido", Plaza Italia, como los Rodríguez Guarachi, el sapo Vergara, el loco Fleishmann Echenique, Pato Escaf, el hoy doctor Galilea, Zieleniewic, los Perazzos, etc.

Mi obligación y deber: primero a tercer lugar. Destaqué en inglés, francés (que hasta hoy hablo y entiendo), que me sirvió en mi viaje a Europa.

Puede que en el internado de Catemu hubieren sucedido algunas situaciones oprobiosas o turbias, no tengo mayores antecedentes, pero hubo muchas deliciosas y positivas. En mi caso, creo que lograron buenos resultados: llegué a estudiar a la universidad, luego del bachillerato, por lo que agradezco a doña Olga Bachelet (tal vez, ascendiente de la Presidenta), aquella tierna dama alessandrista, cuyo único hijo, así entiendo, de nombre Claude, sufrió los rigores del régimen que advino al tiernamente llamado por los menos "pronunciamiento militar", ya que, según escuché comentarios, al parecer, había optado por la izquierda más extrema. También, entiendo que se fue exiliado a la gran patria de la "La Marselleise".

También, agradezco a los Padres Salesianos, no soy quién para juzgar su organización. Exhiben logros. Hoy, sólo creo en Dios, no asisto a misa.

SEGUNDO LUGAR REGIÓN DE VALPARAÍSO

Cristóbal Antonio Gaete Araya 24 Años Estudiante Comuna: La Cruz

TIERRA DE HOJA

Por Estaciones Olvidadas

Las hojas crujían en mis pies como los ladridos en mis oídos, mis pasos rápidos y sigilosos no lograban alejarme de la jauría de perros que corría detrás de mí, así como tampoco del rondín armado que imaginaba donde yo estaría para liberar su escopeta, no sólo matarme, sino matar el aburrimiento del pueblo, de las frías noches en que solo entraba a su guardia el rocío. El motor del patrón se adelantaba por el sendero, pero la máquina era incapaz de perderse entre los árboles; el foco jamás me iluminaría y yo ya tenía cuatro patas de perro para hundirlas en las hojas secas en las que caía naturalmente la fruta.

Silbé en el vacío de la noche, para que huyeran quienes me esperaban fuera de la parcela, para que corrieran, y el ruido de los ladridos que me seguían me impidió saber si las bicicletas partían o si ya lo habían hecho. No temí por ellos, hacíamos lo mismo desde niños, cuando el balón se pasaba a las vastas parcelas yo me metía por debajo de las rejas y les silbaba si venía el Coño, el dueño de la tierra de origen español; él odiaba vernos allí, pero no soltaba sus perros como los que ahora me seguían.

Divisé el riachuelo: mi salida. Me hundí en su pequeña canaleta y me volví un ratón que se cuela bajo las rejas que impedían hundirse en el agua oscura; imposible ser visto. Los perros y los vehículos pasaron de largo. Yo conocía el terreno, era mi terreno antes, yo había trabajado mucho tiempo allí como peón, pero ya no tenía trabajo, pues no me necesitaban para la cosecha, sabía hacer crecer el árbol pero ya mi espalda no podía cargar; la había gastado desde muy niño y por eso me había quedado sin nada para la temporada, no tendría cómo comer estos meses hasta que se sembrara

otra vez. Uno hace lo que puede. Uno aguanta el aire cuanto puede, antes de tener que respirar otra vez.

Cuando salí del agua, los ladridos volvieron a comenzar y de nuevo corrí y el crujir de las hojas repicó en la noche. Yo iba seguro, sabía dónde estaba el hoyo de la reja; por ahí debía salir con mi saco de fruta, y la ventaja era la suficiente. Pero al llegar ahí, la salida estaba cerrada, uno de los cambios en mi ausencia. Cuando me giré, los perros venían hacia mí, varios metros más atrás llegaban el rondín y el patrón con sus armas. Imaginé mi cuerpo enterrado bajo la tierra, como una más de las hojas de los paltos, mi cuerpo como cimiento de los árboles, mi cuerpo detenido en esta parcela convertido en corteza; mis brazos entregando frutas y mis hojas meciéndose con el viento, rozadas por el sereno nocturno. Todavía no deseaba mi final.

Me detuve. No tenía salida.

Los perros se abalanzaron sobre mí.

Cuando llegó el patrón, los perros todavía me cubrían, y yo ya estaba hundido en las hojas. El rondín apoyó su arma en la tierra y vio el saco de paltas que llevaba. Le habló a su patrón:

- Está completo.
- ¿Pero dónde está el?

Los perros habían reconocido mi olor cuando saltaban hacia mí, recordaron los juegos en que nos abrazábamos y nos perdíamos en las hojas secas; ellos también crecieron conmigo. Entre los gritos del patrón y del rondín sólo seguían a una figura indeterminada. El patrón se acercó a ellos, y los felicitó con unas palmadas. Pero los perros no estaban acostumbrados a cazar, se habían acostumbrado a jugar. Yo esperé horas ahí hasta que todos cerraran los ojos y me volví una raíz que arrastraba sus brazos hasta alcanzar todas las paltas que habían caído de los árboles. Estas paltas no eran del patrón, eran de la tierra. Y yo era parte de ella. Salté la reja y caminé hasta la línea férrea. Ya no pasaban trenes de pasajeros, sólo de carga por mi comuna, demasiado alejada del progreso. Esperé la bocina y me perdí en el aire entre los vagones.

PRIMER LUGAR REGIÓN METROPOLITANA

Dante Arturo Poblete Alvarado 59 Años Puente Alto

LA SANDÍA

En uno de mis frecuentes viajes de investigación folclórica, logré descubrir —con mucho esfuerzo— a una viejecita que vivía a considerable distancia campo adentro o mejor dicho campo arriba, pues la casa estaba entre las montañas del Cajón del Maipo. Diez kilómetros de camino prácticamente inaccesible, matorrales, avispas, mosquitos y todo tipo de alimañas de variadas formas y aspectos, "adornaban" la apenas perceptible huella. Esta anciana había heredado de sus abuelos un gran caudal de leyendas y lo que a mí realmente me interesaba, eran la música y letra de tonadas ya casi extinguidas. ¡Qué banquete musical me iba a dar!; ¡por fin un golpe de suerte!

Gracias a mis contactos y con algo de dinero, pude establecer comunicación con ella –a la distancia por supuesto–. Me esperaría a las tres de la tarde en punto y me rogaba encarecidamente que fuera puntual, debido a su precario estado de salud.

Cuando una persona va de visita, especialmente al campo, es muy mal visto llegar con las "manos peladas", me dije. Por lo tanto, decidí llevar de regalo algo realmente apropiado y de acuerdo con el calor de ese sofocante verano que vivíamos. Pensé: nada mejor que llevarle ¡una rica sandía!

Media hora de prolija elección, ante las miradas furtivas y molestas del vendedor, por la demora. Mi paciencia tuvo sus frutos en una descomunal sandía ¡era la más grande de todas!

- Tómela con cuidado -me advirtió el vendedor. Está que se parte sola.

A las doce del día, inicié el recorrido que me llevaría, no importando los sacrificios, hasta la "fuente de la sabiduría".

Una pesada grabadora, la guitarra, fundamental para lograr mis objetivos, y por supuesto mi presente, la gran sandía debajo del brazo, formaban mi equipaje.

Un sol implacable caía sobre el piso, los arbustos y mi cabeza. Haciendo grandes esfuerzos para equilibrar todas las cosas que llevaba, caminé por el inhóspito camino, descansando de vez en cuando. Los mosquitos y centenares de otros bichos lanzaban despiadados ataques, desplegando toda su artillería contra mi cansado y desprotegido cuerpo. No podría seguir así por mucho tiempo. Cada vez encontraba más pesada y resbalosa la sandía. De pronto, una voz celestial salida de entre los matorrales me dice:

- ¡Oiga! ¿Se la llevo?
- ¡Era mi salvación!

Un niño de diez años, aproximadamente, apuntaba con su moreno dedo índice a mi sandía.

- Le cobro barato -agregó. Llegamos a un rápido acuerdo.

Aliviado de la molesta y pesada carga, reanudé el camino, esta vez en la grata compañía de este simpático y gentil muchachito.

Al pasarle la fruta le recomendé:

- ¡Ten mucho cuidado, hijo!; ¡No se te vaya a caer!
- No se preocupe, jefe. Estoy acostumbrado –me contestó. Y tomando la enorme sandía, se la puso, ante mi asombro, sobre la cabeza.

Recorrimos unos cien metros; yo adelante y él atrás.

Sumido en mis pensamientos y en el polvo del camino, recordaba lo difícil de lograr la entrevista con la venerable señora. De pronto, un sonido extraño a mi espalda me arranca de mi meditación. Me vuelvo y veo al niño arrancando, corriendo con toda el alma y en el suelo un charco y sabrosos, aromáticos y desiguales pedazos de sandía.

A comenzar todo de nuevo, tuve que volver al pueblo a comprar otra.

¡Fue inútil!, no pude encontrar otra igual. Pero tampoco estaba mal la que llevaba debajo del brazo.

Dos horas de camino, estaba absolutamente agotado, mi entusiasmo no era el mismo del comienzo y la hora de la entrevista se acercaba, ya eran ¡diez para las tres!

Ojalá que el regalo fuera del agrado de la señora. Doblé a la izquierda del camino y, por fin, veo la casa de adobe de la viejita.

Un gran cartel colgaba en la puerta, el viento lo había dado vuelta y no se podía leer lo que estaba escrito. Dejé la guitarra afirmada en la pared y la grabadora en el suelo para arreglar el cartel y poder satisfacer mi curiosidad. Decía: "Se benden sandillas".

SEGUNDO LUGAR REGIÓN METROPOLITANA

Vicente Llancaleo Huaiquinao 60 Años Santiago

EL ROSAO

Eran las doce de la noche de aquel veintiuno de enero, llegó a la casa, todavía se le veían algunos cristalitos de agua de color áureo que brillaban en su cuerpo, denotaba haber cruzado el río a nado. Hizo amague de sacudirse, pero optó por un suave movimiento de cabeza y se aproximó a mí para que lo acariciara, luego relinchó con un sonido ronco que retumbó por la cercanía de los cerros y el silencio de la noche. Le pregunto por qué había llegado solo, me mira y sacude su cuerpo aún mojado, baja a la loma corriendo y lo pierdo de vista.

¡Lo recuerdo como si fuera hoy! ... nació un 25 de diciembre a las doce del día. Lo limpió su madre de una telita transparente en que estaba envuelto y del líquido viscoso de la placenta, tan pronto quedó liberado de la envoltura que lo cubría con dificultad trata de estabilizarse, ¡oh! ¡es rosao! Grité. Todos se rieron de mí, porque no era precisamente el color que canté, sino un hermoso color bermejo. Creció sano, vivaz e inquieto, extrañamente le gustaba jugar con los novillos, los juntaba, los hacía correr loma arriba, loma abajo. El comportamiento del potrillo era algo inusitado, lo más espectacular era su velocidad, corría alrededor de tres kilómetros todas las mañanas, como si alguien subrepticiamente lo estuviera jineteando, dotado de una extraordinaria velocidad y un ardiente deseo de correr, correr sin reglas ni medida, no necesitaba pista establecida, no obstante, tenía un lugar favorito donde podía correr a sus anchas en horas en que los otros animales pernoctaban en el corral. ¡Corría con una velocidad! Cual leopardo en la culminación de su casa, jamás demostró cansancio al llegar a la meta que él mismo se proponía, siempre se veía reluciente y fresco. En los entrenamientos, parecía que volaba en el aire, se estiraba y se estiraba, sus orejas direccionadas hacia atrás y pegadas a su cuerpo, la cola bien extendida como que la usara de timón.

Cuando el potro cumplió un año, se logró amansarlo, no dio mucho trabajo en prepararlo y orien-

tarlo a futuras competencias. Por primera vez, se llevó al pueblo para una eventual competencia. Valga mencionar que el veinte de enero se celebra el día de San Sebastián del pueblo en cuestión. La fiesta, generalmente, duraba tres días y constituía la fiesta del año. A la sazón, llegaba gente de distintos lugares, muchos campesinos que lucían sus atuendos de huasos y hacían gala de sus hermosos corceles. En esa fecha, el municipio autorizaba levantar enramadas para expender licores, vinos, empanadas, bebidas y pista de baile, en general, todo era fiesta. Los amantes del deporte, podían practicar su deporte favorito; no obstante, el acontecimiento más esperado era la carrera a caballos. Generalmente, las carreras eran programadas y otras se armaban en el momento como parte de la algarabía y efervescencia del público presente. Finalizadas las carreras programadas, se llamaba por megáfono, si alguien deseaba correr su corcel. En estas circunstancias, nuestro potro se vio por primera vez en la competencia formal. Naturalmente, que allí nadie lo conocía, su complexión física a simple vista no era llamativa, de modo que nadie daba un centavo por él y, por cierto, no se contaba con un jinete que lo condujera en la competencia que recién se había formalizado. Después de infructuosas llamadas a vox populi, se optó por ofrecer dinero a quien lo montara. Con esa condición, se ofreció un joven delgado de mediana estatura, cuyo patronímico era Fredericksen. Los jinetes hicieron un paseo integral de la pista a trote, para que los corceles reconocieran el espacio por donde iban a correr. Su contrincante, un hermoso potro de color negro azabache que brillaba como espejo, hacía traslucir su supremacía antes de correr, contrastaba con las características de nuestro potro, cabizbajo, que dejaba entrever su humildad. Considerando la notoria diferencia de los corceles, como se ha venido señalando, las apuestas, naturalmente, se inclinan hacia el caballo negro como seguro ganador. Los más osados pagaban el doble, hasta el triple, uno que otro estaba dispuesto a arriesgar su dinero a favor del potro bermejo. El potro azabache, acostumbrado de ser admirado, exhibía su prestancia en la pista. El potro bermejo miraba con indiferencia el exhibicionismo de su rival. Por sorteo, le tocó el lado izquierdo. Finalmente, se logró dar la partida, Fredericksen agazapado, dirigía al Rosao con sus manos, no se vio que le hubiese pegado con la fusta. Desde la partida, el potro negro salió con leve ventaja, pero a los ciento cincuenta metros de la recta final, lo alcanza el Rosao, en los siguientes metros toma clara ventaja, parecía que iba sopesando su velocidad y sabía que era dueño de la pista y nadie le quitaría el triunfo y gana con dos cuerpos de ventaja en su primera carrera. Nadie podía creer aquella hazaña milagrosa, para nosotros confirmaba la capacidad y autodisciplina que le conocíamos. Corrieron quinientos metros planos, nuestro caballo no reflejó cansancio al llegar a la meta. En la efervescencia del triunfo, el jinete comenta que antes había corrido otros caballos, pero en ninguno había sentido una relación tan profunda, al primer contacto con él decía, "sentí que mi cuerpo se sacudía con fuerte estremecimiento y se me erizaron los pelos, extrañamente me sentí trasmigrado a él en la máxima profundidad de mi pensamiento", se le iluminaron sus ojos, absorto no tan solo por el triunfo obtenido, sino también por lo que le aconteció con su nuevo amigo "el Rosao" ¡tan fácil de

correrlo, tan fácil!, repetía deslumbrado. Prometió ser siempre jinete de su nueva conquista. Así fue efectivamente. En las sucesivas carreras, fue él quien montó a Rosao en todas sus competencias. En tres palabras, nunca supieron de derrota, aun cuando competían con caballos fina sangre, sorteadon afrentas ignominiosos, inclusive la contraparte hacía aumentar la distancia para hacer reventar al singular animal, así todo, nunca pudieron derrotar al potro bermejo. Cuando no competía el potro, siempre hacia su rutina habitual en su pista favorita, donde entrenaba de *mutuo* propio como se dejó señalado. Así pasaron dos años de gloria, sin conocer la derrota. Fredericksen siempre mantuvo contacto con Rosao, gozaba como niño cuando veía entrenar por su cuenta al corcel y el caballo conocía tan bien a su jinete, después de los entrenamientos, caminaban juntos como si se generara una amena plática entre amigos.

La gente adinerada del pueblo no concebía que un campesino pudiera derrotarlos sucesivamente con un humilde potro; se inculpaban unos a otros, nadie abjuraba de sus incapacidades o falta de visión. A comienzo de diciembre, por fin, pudieron traer un caballo de fina sangre, consagrado en pista de hipódromo que podía correr hasta tres mil metros sin fatigarse. En los primeros días de enero, se amarró la carrera con el Rosao. Se tomaron algunas medidas precautorias, se trajo al Rosao al pueblo para que estuviera bajo el cuidado de su jinete. La carrera se concertó para dos mil metros. Fredericksen, estratégicamente, a las cuatro de la mañana ensayaba al potro en la pista, que sería el escenario del evento, tomando la providencia que nadie se enterara, nunca tuvo impedimento para acometer sus pruebas. Transcurrió tan rápido el tiempo, llegó el día de la fiesta anual y, próximamente, se correría la carrera más importante que jamás se había realizado, era la voz cantante de los ricos que esperaban ganar mucho dinero y recuperar su dignidad de poderosos. Hubo un lleno total, prácticamente, no había espacio que no estuviera ocupado por los espectadores, cual más, cual menos quería tener una vista privilegiada para ver la carrera en cuestión, principalmente, en la meta. Las apuestas no estaban tan inclinadas al fina sangre. El potro bermejo contaba con sus propios admiradores de tantas batallas. Ambos corceles exhibieron sus dotes y prestancias. Al observar detenidamente a nuestro héroe era impresionante las musculatura de sus piernas y brazos; sus ojos vivaces que armonizan con los movimientos de sus orejas; todo su cuerpo denotaba fuerza y resistencia. Ambos corceles dieron trabajo para acomodarse en la pista. Siempre el Rosao salía un poquito detrás de su rival y esta vez no fue distinto, los primeros mil quinientos metros corrieron muy parejo, mantuvo ventaja al alazán que le abonaron los jueces de la partida; sin embargo, cuando ya faltarían unos doscientos o ciento cincuenta metros de la recta final, el Rosao toma un nuevo impulso como era su característica, dio alcance a su contrincante, con ese nuevo aire comienza a dejar atrás a su homólogo, esta vez no guardó energía, corrió a rienda suelta como lo hacía en sus entrenamientos que tanto disfrutábamos cada mañana. Ganó holgadamente con más de cinco cuerpos de ventaja ¡Qué maravilla! ¡Qué grande eres Rosao! Repetían a coro los campesinos como

un bis de un himno ¡Era tan grande la alegría! que lloraban como niños una vez más veían ganar a su ídolo, todo el mundo quería abrazar a Fredericksen y besaban al potro bermejo, querían tener al menos una crin de recuerdo de aquel increíble animal. Fredericksen, en vez de llevar al caballo a descansar, opta por caminar junto a él como trasmigrado al potro.

Con el crepúsculo de la tarde y el consumo de alcohol, iba *in crescendo* la admiración y el bullicio de los admiradores; pronto llegaría la noche. Ante tanta algarabía y efervescencia, los perdedores corrían en paralelo, masticando su derrota y maquinaron coartadas muy turbias; querían anular la carrera, pero no había argumento sólido que cambiara el resultado, sus expectativas eran pueriles y quiméricas, la carrera se había ganado limpia y dignamente "Una buena capa todo lo tapa", reza el refrán. Sus lenguajes eran mordientes y soez; el odio y la venganza se había instalados en ellos, era imperativo consumar la fragosa treta, así se pagó con dinero sonante y constante a un sicario para que llevara a cabo la diabólica ejecución. Justo cuando eran las doce de la noche del veintiuno de enero de ese día fatal, el Rosao recibe tres impactos de bala que lo alcanzaron de lleno, solo alcanza a dar algunas coces y muere. Con mis propios ojos, vi llegar al Rosao a nuestra casa, me saluda como pidiéndome que lo acaricie y después se aleja de mí, como nunca corre despavoridamente loma abajo. En ese mismo instante, había caído muerto nuestro querido caballo, a veinticinco kilómetros de distancia respecto de nuestra casa, se me erizan los pelos cuando me acuerdo de aquella tragedia... ty pensar que lo vi tan patético e íntegro en aquella noche fatal!

TERCER LUGAR REGIÓN METROPOLITANA

Gabriela Díaz Rojas La Florida

POTREROS AMARILLOS

Cerró los ojos evocando su recuerdo, dejó escapar las fantasías que había bajo sus párpados, visualizando su tez morena, con hoyuelos de picardía instalados en sus mejillas. Era diferente, más educado y hablaba mejor que los otros afuerinos. Cuando el trigo estaba maduro, llegaban con sus sacos al hombro y la infaltable *echona*. Le decían "París", ya que cuando vivió en Santiago había trabajado en esa casa comercial.

Edelmira no era la única que estaba cautivada por la simpatía del caminante, la cocinera y la lavandera también lo encontraban agradable y, aunque su comportamiento con todas las mujeres era parecido, ella abrigaba esperanzas de que se le declarara. Cuando se les entregaba la galleta, agua o el plato de porotos con mote, era el único que agradecía, los otros peones eran unos brutos. También pedía las cosas por favor. Decían que pasaba el invierno en Pichilemu.

Después de almuerzo, la chiquilla acostumbraba a recoger moras en un balde, las zarzamoras, por pura casualidad daban hacia el potrero que estaban segando y como que no quería la cosa, de vez en cuando se volteaba para verlo, un par de veces vio que la miraba.

"Tiene la boquita morada", Edelmira. Giró asustada, equilibrándose entre las ramas espinosas, dejó el balde en el suelo, restregando sus pequeñas manos llenas de rasguños, bajando la mirada al decir: "Es que me gustan mucho las moras". El hombre se le acercó más y la cogió por el talle. "A mí también me gustan mucho". "¿Quiere que le quite la mancha de las moras?". No alcanzó a decir ni pío y ya la estaba besando. Sofocada, confundida y con el corazón saliéndose del pecho, ahí se quedó la muchacha tiesa como un poste, mientras París se alejaba silbando.

El pan amasado caía en el canasto cubierto por el albo paño de saco, mientras la muchacha lo su-

jetaba por una de sus orejas. No había dejado de pensar en aquel beso, no le había contado a nadie y no sabía qué hacer con el alboroto que había en su interior, estaba distraída, solo pensando en él. Al atardecer, los trabajadores hacían una fogata y solían reunirse contando sus historias de vagabundos o de aparecidos. Los relatos más apetecidos eran los de Paris, que hablaba de autos, aviones, ascensores, los lujos de la ciudad y otras cosas inimaginables. Los empleados de la casa patronal y, a veces, los niños de los patrones también acudían a escuchar estos relatos.

Había oscurecido, cuando la chiquilla decidió marcharse a dormir, detrás del pajar la alcanzó el afuerino, La tomó del brazo, conduciéndola hacia la oscuridad. Al fin, habló la niña: "París, puedo ser muy cabra chica, pero no soy na' de tonta, el otro día me pilló de sorpresa, no quiero que juegue conmigo. O es a la güena o no es na". Cuando terminó de hablar, se le había acabado el aire. El hombre sonrió con ternura y la abrazó: "¡No sea chúcara, mi niña". Si es a la güena. Si yo te quiero, no puedo quedarme ahora, pero volveré, espéreme, Mirita". Y la abrazó muy fuerte.

Año tras año al llegar el verano, Edelmira no dejaba de mirar el trigo esperando su madurez y lloraba de alegría cada vez que lo veía llegar por el ancho camino de tierra. Se escondían detrás de los sauces, en el pajar, o cerca del álamo viejo, aunque las caricias eran cada vez más audaces, ella no cedía, no le pensaba dar la prueba de amor, además el joven le había prometido que se casarían.

El Gringo llegó con su máquina segadora en noviembre, hizo el trato con el patrón y éste dio instrucciones al capataz para que mandara a avisar a los afuerinos que no habría trabajo para ellos. La joven se desesperó porque no tenía cómo avisarle.

Como de costumbre el estío seguía retornando, pero los tiempos cambiaron, el patrón se vio obligado a modernizarse, se salvó de las expropiaciones, pero tuvo que cambiar su rubro. Ahora tiene viñas y kiwis. Y los afuerinos se llaman temporeros y son, en su mayoría, mujeres.

Todavía la Abuelita Edelmira sirve en la casa patronal, como está viejita hace un poco el aseo, plancha la ropa y pasa sentada cerca del horno de barro que ya nadie usa. De vez en cuando, en los días de mucho calor, sale al camino para mirar si viene alguien.

MENCIÓN HONROSA REGIÓN METROPOLITANA

Rigoberto José Toledo Esquibel 68 Años Profesor Normalista Melipilla

LAS OREJAS DE LA BRUJA

Estábamos jugando en el camino con mi hermano Segundo, cuando de repente se oyó el ruido de un coche que se aproximaba. Era el ruido de cascos de caballo y el chirriar de una rueda. Levantamos la vista y a lo lejos divisamos una carretela tirada por un caballo. Era nada menos que un amigo nuestro, el típico comerciante llamado el "Casero" o comerciante ambulante que pasaba una dos veces al mes por las casas de los inquilinos ofreciendo su mercadería, alimentos, ropas y de un cuanto hay. Era don Rosa, comerciante muy conocido en los fundos Pincha, donde vivíamos, Quilamuta, Hacienda Alhué, Carén y Loncha, sus lugares de recorrido. Siempre le gustaba conversar con nosotros que éramos apenas unos niños. Mi hermano tendría unos 10 años y yo bordeaba los 6. Suspendimos nuestro juego para conversar con nuestro amigo que hacía mucho tiempo que no veíamos.

Don Rosa vivía en la Villa Alhué y de ahí salía a recorrer los fundos a ofrecer su mercadería o intercambiar en un sistema de trueque ya el trigo, el maíz, las papas, etc., por harina, azúcar y otros productos que traía del pueblo.

Para nosotros, don Rosa era un caballero de respeto que nos quería mucho. Era mayor de edad, un poco gordo, bajo de estatura, bueno para conversar y de aspecto bonachón. Muy supersticioso y creyente de todo lo que se hablaba en el campo, como ser de entierros, de brujos, de los tué tué o brujos que se cortaban la cabeza para salir a volar en las noches, emitiendo un ruido muy característico y peculiar que causaba miedo escucharlos, debido a las creencias que teníamos. La gente del lugar contaba que a muchos les había pasado que cuando en la noche oían cantar un tué-tué para que éste no los embrujara le decían: "Amigo, mañana lo invito a almorzar o a tomar once a mi casa".

Al otro día, aparecía un señor saludando muy atento y diciendo que venía por la invitación que le habían hecho el día anterior. Para qué les cuento el sustito que se llevaban ante esta inesperada visita. Esta creencia aún persiste no sólo en el campo, sino también en la ciudad.

Ajenos a lo que había sucedido, empezamos a conversar con don Rosa, preguntándole qué se había hecho que tanto tiempo no nos visitaba. Él nos regaló unos dulces que para nosotros eran un tesoro y empezamos a comerlos mientras él nos empezó a contar el motivo de su alejamiento. Y así empezó la conversación con nosotros: "Miren, chiquillos, dijo en forma pausada, resulta que yo no estuve por aquí ya que me llevaron a Melipilla por algo que yo hice y que fue algo que nos favorece a todos, porque nos libramos de algo malo que había por aquí. Con esta respuesta nosotros quedamos más interesados en la conversación que sosteníamos. ¿Qué sería lo que había hecho nuestro amigo?

Bueno, él prosiguió su relato. Miren, pa'llá tras, pa'l lado derecho donde se ve la tercera casa, resulta que ahí vive una bruja que a muchos le ha hecho males. A mí me había echado un mal que me mantenía enfermo, en todo me iba mal y alcanzó hasta los animales y las aves, los que se me empezaron a morir. Mi mamita también se enfermó y no había manera de curarla. La bruja le había echao un mal malo y la tenía postrada en cama, lo mismo me sucedía a mí; toíta mi familia estaba enferma y en la ruina por culpa de esta maldita vieja bruja".

Con este relato, nosotros quedamos perplejos y empezamos a preguntarnos quién sería esa bruja que decía nuestro amigo Rosa. Sabíamos que en la tercera casa vivía una señora ya de edad, que permanentemente andaba vestida con faldas largas, casi siempre de color plomo, con unas largas trenzas y caminaba afirmándose en un palo que utilizaba como bastón. Ella vivía al otro lado y como que le agradaba nuestra presencia. ¿Sería esa la bruja de la que hablaba don Rosa?

Volviendo a la conversación con don Rosa, le preguntamos si esa señora sería la vieja bruja de la que nos hablaba. Grande fue nuestra sorpresa al confirmarnos que sí, que esa era la vieja bruja, pero que ya no tuviéramos miedo ni cuidado, pues él había hecho un buen trabajito para que se le fueran los poderes. La pregunta surgió de inmediato por parte de nosotros ¿Y cuál fue ese trabajito, don Rosa?

Grande fue la sorpresa que nos llevamos, cuando don Rosa se da vuelta y empieza a hurgar, buscando algo dentro de su carretela para mostrarnos y convencernos de que lo que él decía era verdad.

Sacó un diario de la época medio doblado y lo estiró. Era el Diario o Periódico "Las Noticias Gráfica", en donde aparecía toda la historia de lo que había sucedido, incluidas fotos de él y de lo que había hecho.

Nosotros no sabíamos leer y creo que él tampoco, pero sabía el contenido de lo que estaba escrito en el diario que había traído del pueblo, es decir, de Melipilla.

Yo estuve preso chiquillos y aquí salgo en el diario, pero le hice un gran favor a la gente y eso tendrán que agradecérmelo siempre. Ya verán cómo todo se va a componer ahora. Se irán todos los males por lo que yo hice, decía muy convencido de sí mismo y muy seguro.

De nuevo nosotros preguntamos ¿Y qué fue lo que hizo don Rosa, que nos tiene tan metidos y no sabemos qué fue? Miren, chiquillos, yo le corté las orejas a la bruja para que no siguiera haciendo mal a la gente. Porque ustedes no saben que cuando hay un brujo que hace males lo que hay que hacer es cortarle las orejas y así se termina todo lo malo y se le quita el poder. Eso fue lo que hice yo y por eso me llevaron preso. Pero don Rosa, eso no puede ser, usted nos está mintiendo, porque usted es muy re mentiroso y hay que creerle la mitad de lo que dice no más.

No, chiquillos, si es cierto. Miren, yo les voy a mostrar algo, pero ustedes juren que no le van a contar nadita a nadie, si no la bruja recuperará los poderes y los puede convertir en sapos. Por Dios, que estaba asustado mi hermano, porque también era muy crédulo y muy miedoso. ¿Me juran que nos le contarán nada a nadie? Sí, ¡le juramos! Fue nuestra respuesta. Entonces, se volvió para atrás en su carretela y de entre medio sacó algo envuelto en un pañuelo blanco. Eran las orejas de la bruja que él se las había cortado. Imagínense el sustito que nos llevamos, pero él nos consoló y nos dio ánimo diciendo: "Vieron, a mí nada me pasó, me llevaron pa' Melipilla y me soltaron altiro, por eso no les va a pasar nada con la bruja, nunca jamás mientras yo viva, pero si ustedes le cuentan a alguien lo que yo les he dicho, entonces ustedes serán embrujados y se los llevará el diablo, después de haber sufrido mucho. Lo mismo les pasará a sus familiares, así que, calladitos no más, chiquillos". Así lo hicimos hasta que murió don Rosa, siendo muy viejito, por eso que doy a conocer esto, pues si era cierto lo que nos decía nuestro amigo, el embrujo terminaba con su muerte.

Mucho se habló allá en el fundo Pincha sobre esto que había sucedido y nosotros con mi hermano guardamos el secreto, convencidos de que así debía ser por el bien de todos.

Cuando veíamos a la señora, supuesta bruja, no le teníamos miedo, pero por si acaso mi hermano decía que hiciéramos cruces de varilla de palqui y le gritáramos; "Vieja bruja, la cueva te bufa". Así lo hicimos, convencidos también de esta creencia de que los brujos existen.

En la casa en que vivíamos, en el fundo Pincha, contaban que en las noches aparecía un brasero encendido bajo unos naranjos, lo que indicaba, según decían, que ahí había un entierro. Siempre lo buscamos con mi hermano, pero no lo hayamos y, curiosamente, después que nos cambiamos de casa, a la nueva familia que llegó a vivir ahí, también se le incendió la casa. Bueno, pero eso es otra historia.

PRIMER LUGAR REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

Hugo Andrés González 54 Años Profesor San Vicente de Tagua Tagua

EL CATEA EL ÁGUILA

Era pasado el mediodía, las faenas de corta de duraznos se habían suspendido en el fundo de Los Maitenes, localidad próxima a San Vicente de Tagua Tagua, en la Sexta Región, para que los sufridos trabajadores del agro, tanto temporeros como de planta, almorzaran. Como la canícula de verano pegaba fuerte, tres inmigrantes estacionales, a la sombra de un frondoso sauce, se afanaban preparando el causeo de tomate, salmón y queso, que sería el único manjar con el cual, a decir de ellos, "engañarían las tripas ese día". Los nombres de esos cristianos, en ese lugar, no tenían ninguna importancia, ya que ellos, al igual que todos sus semejantes, eran identificados por sus apodos o sobrenombres, que pueden que se los hayan puesto por alguna característica física o bien por alguna metida de pata, o también podía ser posible que los hubiesen heredado de sus ancestros.

Al mirar a esos tres representantes de esa nueva categoría de trabajadores que pululan por nuestros campos, recogiendo la fruta de temporada y que el léxico exquisito llama "trabajadores estacionales o temporeros", uno no puede dejar de pensar que los ingeniosos campesinos al rebautizarlos, seguramente tomaron en cuenta sus atributos corporales. Uno de ellos, delgado y moreno hasta la exageración, con una vistosa nariz ganchuda, era conocido como el "Pidén". El otro, chico y rechoncho, al caminar dejaba a la vista dos piernas muy arqueadas, tal vez consecuencia de un raquitismo infantil, esa persona era llamada "Pata'e Catre". El otro integrante del trío era alto, moreno y maceteado, corporalmente no tenía nada especial como para cambiarle el nombre, con el cual sus progenitores lo habían pasado por el civil. Pero, cuando habría la boca y hablaba, caramba qué vozarrón tenía el hombre, metía tal bulla, que desde caurito chico, se ganó el apodo de "El Tarro", y como era medio oscurito de piel, le agregaron el adjetivo de "Choquero".

El Pidén, mientras cortaba con su cuchilla parronina el queso en cuadraditos, dijo: "Se dieron cuenta, gallos, que este año parece que el "Catea el Águila" pegó la falla".

"El Pata 'e Catre", soltándose un poco los cordones de sus gastadas y descoloridas zapatillas Adidas, que hablan de que la mentada y cacareada "modernidad", también llegó a nuestros campos, donde la gente echó al olvido las tradicionales ojotas, porque llevarlas ahora es signo de atraso, con voz pausada señaló: "A ese ñato le gusta correr mundo, quizás 'onde' está y qué vientos le soplan".

"El Tarro Choquero", luego de espolvorear un poco de sal y verter aceite, sobre el tiesto plástico de Marco Taper Ware, que por la modernidad imperante había reemplazado a las tradicionales budineras de aluminio o enlozadas de antaño, añadió: "A propósito ¿alguna vez les contó por qué le decían así?"

Ante la negativa de sus camaradas de faena, el Tarro dijo: "Creo que hace dos años, luego que nos pagamos, partimos a San Vicente a pegarnos unos picotones. Estábamos bien "guasqueados", cuando a ese soba'o se le soltó la lengua y me contó lo de su apodo".

"Me refirió que cuando cauro chico, él era copuchento, le gustaba mucho seguir a las mujeres cuando iban al baño, ya fueran jóvenes o viejas, no hacia distingos. Como el "guáter" estaba todo abierto y no aseguraba la privacidad de naiden cuando iban a desocupar el cuerpo. El soba'o se escondía detrás del pasto y les miraba esa parte por donde se hace y nace la vida. A veces, la suerte le da'a güelta la espalda, estaba en lo mejor mirando un "güen queque", cuando su taita lo pilla'a y le sacaba cresta y media, con la gruesa correa que usa'a de cinturón y que el viejo manejaba con maestría. Tan pronto pasaba el dolor de la paliza, volvía a las andadas, se ocultaba detrás del pasto y a aguaitar a las mujeres se ha dicho que debi'o a eso le pusieron "Catea el Águila".

Luego de engullir, casi medio pan con tomate, el "Pata 'e Catre", señaló: "Ese ñato tiene cualquier historia, el Pedro Urdemales, que leímos en la escuela, a su la o es una ojota. La otra vez, en el pueblo, cuando andábamos los dos bien copeteados, me contó lo que le pasó en el norte cuando era joven. Me dijo que cuando él tenía veintidós años, era un tipo güen mozo, que onde iba provocaba impacto entre las minas, las que lo toreaban y que más de algún guachito había deja o en los muchos caminos que recorrió. Una vez, como no tenía pega, se jue pa'l norte con otro compaire, querían llegar a Arica, pa' buscar trabajo en el puerto. Por el camino se les acabó la plata y tuvieron que echar las patitas al trajín. Llevaban varias horas caminando, con el sol quemándole la espalda, cuando a lo lejos vieron una casita, perdida en la monótona inmensidad de la pampa. Al llegar a la vivienda, los atendió una señora muy atenta, les dio comida y alojamiento. Como a los dos no

les quedaba ni una chaucha en el bolsillo, decidieron mairugar y echarse el pollo sin pagarle a la dueña de casa, así lo hicieron y se jueron caminando por ese desierto que nunca acaba. Era como el mediodía cuando se les ocurrió mojarse la cara pa' refrescarse. Ahí casi se fueron corta'os de la impresión, no tenían cara, en sus rostros sólo habían dos ojos y una superficie plana, les faltaban las narices y las bocas. La señora de la casa donde alojamos, por venirnos sin pagar nos hizo la tallita, pensaron y se volvieron a buscar las partes que les faltaban. Al llegar a la morada, la dueña de casa les dijo: "Adelante pasen, los estaba esperando, allá en el patio está lo que andan buscando".

Efectivamente, en ese lugar, según me contó el Catea, había un canasto grande lleno de narices y bocas, él por más que buscó y rebuscó no pu'o hallar las que eran suyas, así es que choreado agarró una nariz y se la colocó, igual cosa hizo con su boca. Su socio no tuvo problemas, encontró al tiro sus partes. Luego, el Catea, tuvo que dejarle a la iñora, el reloj de bolsillo que le había da'o su taita, como garantía de pago y se jueron pa' Arica. Por el camino se echó una mirada en el espejo, pa' verse el nuevo caracho y ahí se percató que había escogi'o mal, la nariz parecía un pimiento morrón y la boca, no era boca, era mas bien un tremendo hocico. Desde entonces, la suerte le cambió, pues con su nueva cara tan fea, ni siquiera los perros le ladraban. Pensó en volver a la casa del desierto a cambiar su nariz y su boca, pero le dio julepe, el Catea decía: "No vaya a ser cosa de que encuentre una nariz más fea y una boca más grande, mejor me quedo con todo lo que tengo no más, poh".

- Y vos ¿te tragaste tamaña mentira? -inquirió el Tarro.
- No sé, la verda' es que uno que'a con la duda. El Catea le pone tanto color cuando cuenta sus custiones, que uno no sabe si miente o no –replicó con cierta turbación el Pata 'e Catre.

El Pidén, rascándose el pescuezo, añadió: "Tenís toitita la razón, ese soba'o se las sa'e por libro ¿Quién le va a creer que una vez estuvo a punto de robarle to'as sus riquezas al mismísimo Lucifer?"

- ¿Cuándo contó eso? -preguntó el Tarro.
- Si mal no recuerdo, jue el año pasa'o, cuando vos no vinistes –respondió el Pidén.

El Tarro poniendo cara de intrigado, pidió:

- Oye Pidén, por qué no contai esa aventura del Catea con don Sata.

El Pata 'e Catre terció en el diálogo, diciéndoles:

– Estoy convenci'o de que si el Catea le hubiera roba'o las riquezas al Mandinga, hoy día sería Don Catea el Águila. Pidén, otro día tendrás que contarle la historia al Tarro, ya que viene llegando la gente y el "Sota", así es que cortemos la cháchara y dejemos sucia las cuestiones para lavarlas después y vamos a agarrar esos sabrosos duraznos que hacen cada día más rico a nuestro muy amado y comepulmones patrón.

El Pidén sonriéndole le respondió:

– Ya te estái poniendo comunista Pata 'e Catre, pero creo que tenís razón, de esta gran torta nosotros sólo recibimos las migajas. ¡Vamos, amigos, la pega nos espera!

Luego de calarse sus desteñidos jockeys, adornados con vistosas propagandas que incitan al consumismo, los tres hombres dejaron la confortable sombra del añoso sauce y se fueron bajo el inclemente sol a proseguir sus tareas de arrancar esos frutos del agro chileno, que luego de un largo viaje harán las delicias de los paladares de los norteamericanos y europeos. Mientras se alejaban rumbo a las matas el Tarro señaló: "No es por ser "Rojo" o algo así, pero creo que el Pidén tiene to'a la razón, como diría hoy la gran Violeta Parra, nosotros "los temporeros no sabemos cuánto vale nuestro sudor".

SEGUNDO LUGAR REGIÓN DEL LIBERTADOR GENERAL BERNARDO O'HIGGINS

Leonardo Enrique Albornoz Peña 47 Años San Vicente de Tagua Tagua

LA ÚLTIMA TARDE

Como todos lo veranos, desde hacía ya varios años, había salido aquella tarde a tomar el sol en su lugar preferido, una gran roca lisa junto al río, donde podía estirarse a su antojo mientras el sol bañaba su cuerpo que almacenaba el calor estival tan añorado durante el largo y frío invierno. Acostumbraba a moverse libremente sobre la cálida superficie sin temor de ser observada o interrumpida por miradas extrañas, pues sólo ella conocía ese lugar y el difícil camino que conducía hasta allí, donde permanecía día a día esperando que el sol comenzara a apagarse en el poniente para regresar a casa y poder así disfrutar de la tibieza de cada atardecer y de los hermosos colores del crepúsculo que encendían el horizonte con una explosión anaranjada. Allí estaba, sumida en la observación de un insecto que volaba en torno suyo, cuando de pronto sintió algo frío que apretaba su cuello y salió disparada de la superficie caliente en que solía instalarse.

Se sintió colgada por el cuello, al tiempo que sus ojos quisieron escapar, pero aún tuvo tiempo de ver una vez más el paisaje que había formado parte de su existencia hasta esa trágica tarde. Veía como todo comenzaba a girar a su alrededor, a pesar que no era el mundo sino ella quien giraba. Luego, antes de que la soga la privara definitivamente del aire, recordaría esa primera y horrible sensación de muerte que llegó bajo los cálidos rayos del verano y el instante en que vio pasar en torno suyo esa cara redonda y sonriente, con aquel gesto triunfador que penetró en sus pupilas que a duras penas lograban identificar las formas, mientras luchaban desesperadamente por no cerrarse para siempre. ¡Si tan solo me hubiera ido cuando llegó esa primera ráfaga de aire frío!, pensó..., pero el calor de la roca la hizo decidir quedarse un rato más, sintiendo la tibieza que corría por su desnudo cuerpo que se agitaba bajo los últimos rayos de aquella tarde.

Al completarse el primer giro, que pareció durar 24 horas, nuevamente apareció frente a ella el rostro altivo del pequeño y orgulloso triunfador, que con vivos ojos observaba cada centímetro de

su cuerpo, como si fuera la presa más codiciada por los nuevos pares de ojos que se sumaban a la procesión de curiosos.

Ya casi en la agonía, pudo ver que cada uno de ellos portaba uno de esos mortales lazos y que junto al asombro había en sus miradas un destello de ambiciosa envidia por no haber sido "su" lazo el que se encontraba en torno a ese hermoso cuello que se arrugaba con la presión estranguladora que aplicaba el triunfador: su verdugo.

Con el pasar de los minutos, los latidos de su corazón se aceleraron, hasta transformarse en una ininterrumpida secuencia de pequeñas explosiones que hacían temblar el colgante y espigado cuerpo que lucía nuevos colores a causa de la presión ejercida.

Intentó pedir auxilio, clemencia, rogar por su vida, entregarse a sus captores sin oponer resistencia..., a cambio de que luego la dejaran ir, pero el lazo lo impidió, no dejó que ni una sola palabra saliera de sus horrorizados labios y aunque no hubiese sido así, aunque no existiera ese frío círculo que apretaba su cuello, habría sido inútil, pues solo por un momento, posiblemente a causa de la desesperación, había olvidado que era la lagartija más bella del lugar..., y las lagartijas no saben hablar.

PRIMER LUGAR REGIÓN DEL MAULE

Berlín Danubio Correa Hernández 59 Años Profesor Primario Curepto

LAUTARO DEFIENDE EL RÍO MATAQUITO

Muchos comentan, sin mayor voz, que algunos vieron que cuando se estaba instalando la "Planta Licancel", cuando más aceleraban los trabajos de construcción, en noches claras de luna llena, se vio correr un jinete con lanza en mano por la ribera sur del río Mataquito y que los que colocaron más atención sintieron un grito de guerra.

Dicen que se veía muy nítida la figura de un imponente guerrero en un gran caballo, en un galope de unos quinientos metros más o menos, calculan que este misterioso jinete de media noche se oponía a la construcción de la "fábrica".

Ahora, estos últimos meses dicen que en más de una ocasión, en una noche de luna clara, se han visto como cincuenta jinetes con sus respectivas lanzas y capitaneados por un jefe igual al visto cuando se construía la mencionada "Planta Licancel", ahora dicen que pasan más al frente de "Licancel". La gente del lugar dice que es Lautaro y su escolta personal que nunca lo abandonó en ninguna batalla. Comentan que un historiador dijo que cuatrocientos años atrás había pasado varias veces con sus tropas nativas por las riberas cureptanas, camino a Santiago para defender a Chile de la contaminación extranjera.

Entonces, asocian, quizás, el fantasma de Lautaro y sus fieles escoltas personales. Andan defendiendo la pureza del río que los vio caer para pasar a la inmortalidad del heroísmo de defender estas tierras indómitas a toda invasión extraña.

Varios están convencidos de que Lautaro y su escolta defienden a su río, lecho que los vio pasar

heroicos, río que les dio de beber y los refrescó; que los bañó, después de campañas de largas jornadas en sus caballares o a pie.

Lautaro defiende la limpieza del río, defiende a sus peces principalmente, defiende las aguas limpias que riegan los campos de su cuenca legendaria.

El héroe araucano defiende a los más humildes del valle y de los cerros del Mataquito, defiende la dignidad que se le debe tener a la gente de la zona del Mataquito.

El caudillo araucano lucha contra el poder arrasador de los ejércitos "economicistas" del imperio mundial del "dólar", poder que no mira los derechos de la naturaleza y de los hombres que la aman.

Lautaro, reencarnado en cientos de ciudadanos exigirá respeto por lo saludable, por la no contaminación de su río, sus héroes y los habitantes de estas tierras.

El innato estratega grita desde la historia: "el río Mataquito es nuestro: DEFENDÁMOSLO".

SEGUNDO LUGAR REGIÓN DEL MAULE

Samuel Valenzuela Rojas 69 Años Trabajador Agrícola Curicó

LA HUACA

En octubre de 2006, fuimos con Marcelo a la costa en su camioneta Chevrolet verde. Allá Artemio nos pasó dos caballos y subimos al cerro, recorrimos por todas partes, incluso Marcelo sacó unas plaquitas de aluminio que tenían los postes que llevan un solo alambre para la luz y pasan entre los eucaliptos, llegamos a la casa de Artemio y éste nos estaba esperando con almuerzo. Después, fuimos a buscar un saco de sal donde Audilio que nos había encargado Carlos Espina (marido de la Claudita del Campo) pasamos al mar y anduvimos por el camino que sale o llega al lado de la casa de don Daniel Muñoz. Arriba, en la cumbre, se divisa el mar, la Laguna Dulce, Torca y el Lago Vichuquén. Pasamos por las Huacas que desenterró Chindo y un viejo de Valparaíso, también pasamos por la sepultura del difunto. Pasamos a ver el puente que hay entre Lo Valdivia y Boyeruca que estaba malo porque, se cortaron las pilastras que van en la base.

Artemio nos contó en colores todos los cuentos de las Huacas y él nos aseguró que al tiempo después que las habían desenterrado él fue con Ernestito Quitral o don Daniel Muñoz a "curiosear" y habían visto un espacio cuadrado en la tierra del que habían sacado una caja al parecer con dinero y todavía estaban las raíces de los árboles dándole forma al espacio vacío.

Una vez, por ahí por el año 1950, estábamos en la costa y Artemio me convidó a que fuéramos a ver la Huaca al Alto y convidamos a Juan Gato y cuando íbamos de a pie frente a la pesebrera, Artemio se agachó a recoger un peso de esos de cobre que habían antes, pero no eran de los rayueleros y correspondían al valor de un peso de estos de aluminio que hay en el 2007. Entonces, el "Gato" le dijo... "y qué se agache por un peso, Don Artemi" y este último le contestó y qué hay de malo, ya que si voy al pueblo y viene un "chiquillo" a pedirme una monedita, yo le doy el peso, Juan Gato le contestó, yo le aforro una patá por el culo y le digo: "anda a trabajar, chiquillo de mierda".

Bueno, la cuestión es que fuimos al Alto por el Zapallar a ver la Huaca y a mí por el camino me dio susto y me devolví calladito y, disimuladamente, para la casa (tenía 8 años).

En enero de 2007, estando en Curicó, fuimos con Zinnia adonde Chindo, que vivía en Barros Negros, éste dijo que era Rojas no más, porque era huacho, era hermano de Lucho Colorín que vivía en Yoncavén, entrando para donde doña Fernanda Valenzuela Órdenes, a la mano izquierda. La casa de Lucho Colorín quedaba más o menos a la mitad del camino que une Zapallar con Boyeruca. La cuestión es que un día domingo, jugábamos los de Zapallar y Boyeruca y no teníamos árbitro, que eran sumamente escasos y nos pusimos de acuerdo que el Colorín nos arbitrara, ya que, territorialmente, era imparcial. Los de Boyeruca eran mejores que nosotros y jugaban todos los hijos de don Roberto de la Fuente, y todos los hijos de don Daniel Muñoz, además de Pedro, Chindo, el Guata Baya, los Pichucos, contado con el Rucio de los perros, Chalina, Chenaco, Contreras, etc.

Por nosotros, jugábamos, Artemio, Enrique, yo, Juan Gato, El Pardo, Juanito Pollo, Nungo, Erasmo de la Carmela, Gustavo y Juan Cordero, el Tabo y el Perico de don Norbe, Eugenio, Tulio, Valo y Pancho de Roberto González que no es el maestro Pichi, que vivía cerca de la chacra de doña Eutavia, Nibaldo Nuco, etc. Raúl de Mericio era tan malo que se lo dábamos de yapa al equipo rival y no lo recibían. Cuando le llegaba la pelota, parece que le daba algo raro y no atinaba a otra cosa que a saltar como condenado y los otros jugadores le decían: chitas, que estai liviano, parece que comiste bofes.

Ñungo era el promotor de las empanadas.

Antes de empezar a jugar acordaron poner 4 docenas de empanadas que las mandaron a hacer donde la Catita Cordero, casada con don Ángel que vivía al ladito de la Dianiria de Juan Segundo para el lado de abajo. La Catita enseguida pilló un pollo con un perro lanudo amarillo que se llamaba Doy para tener carne para las empanadas. El equipo que perdía tenía que pagar todas las empanadas que valían \$250 la docena. Artemio tenía que poner la plata de él, la de Enrique y la mía.

Estábamos jugando lo más bien con el arbitraje de Lucho Colorín y los Boyerucanos, luego nos pasaron un gol de Pichuco, por lo tanto iban ganando 1 x 0. Cuando estaba por terminar el partido, la pelota andaba por la mitad de la cancha y Lucho Colorín hizo sonar el pito fuertemente y todos los jugadores le preguntamos qué pasaba. El árbitro contestó: "penal, a favor de los del Zapallar para que queden "En Pa", dijo. El penal lo chuteó Juanito Pollo y quedamos "En Pa".

Chindo me contó que en el año 1940, cuando vivía en el Alto, llegó a su casa José Maje Muñoz de las Pancoras, diciéndole que tenía un almácigo de cebollas y no tenía tierra para plantarlas, que por qué no las ponían en una tierra que tenía Chindo.

Fue así como a los pocos días llegó con el cebollino como a las 8 de la mañana, diciéndole a Chindo que tenía visto un entierro que fueran altiro a buscarlo y Chindo le dijo que tenía que ser a las 12 y tenía que ser entre tres personas y por eso hablaron a Juanito, hijo de Chindo. Cuando calcularon que eran las doce, fueron los tres al lugar del entierro, que quedaba en el camino público frente al pajal de don Ufa y vieron un círculo de piedras lajas. Como llevaban un pico y una pala, Chindo les dijo: Yo pico y ustedes sacan la tierra. Picaron un hoyo como para poner un poste más o menos grueso, llevaban como 20 centímetros y empezó a salir una tierra negra como majá de cordero. Picaron como un metro cuando de repente sintieron un ruido, como que venía un camión, lo que en ese lugar era imposible y después sintieron una crujidera como de alambre. Chindo me siguió contando que, al poco tiempo tuvo que viajar a Santiago a ver a una hija enferma que tenía y la gente empezó a contar que había ido a Santiago a dejar la plata de la Huaca. También me contó que a Maje, el compañero, se le empezaron a hinchar las piernas y se enfermó mortalmente y justo, al cabo del año de escarbar la Huaca se murió, está, estaba en la orillita del alambrado, al lado de una mata de pitra. Chindo es casado con doña Clementina Aguilar Guerra, que cuando fui el 20 de enero de 2007 tenía 80 años de edad y es sobrina de Manuel Guerra y José Pelao, por lo tanto, es prima de la Juanita que cuida a la Norma de Artemio, sufre asma hace 8 años. Chindo tenía en ese tiempo 82 años y dice llamarse Felicindo Rojas, tiene 9 hijos, 22 nietos y 4 bisnietos. También, me contó que la sepultura estaba en la propiedad de los Catalanes y la Huaca en la propiedad de los gringos. Chindo me aseguró que no había encontrado ninguna Huaca y de haberla encontrado, no estaría viviendo en esas condiciones. Otros aseguran que sí la encontró y que le pasó la plata a Eufemio Muñoz para que se la cambiara en Santiago y éste le salió con el "cuento del tío" y nunca le dio nada.

El que asegura esto es un jardinero de la plazoleta San Francisco a cargo de la firma "Jardín Amelia" de propiedad de Rosa Marambio, hija de Humberto (tabaco). Este hombre se llama José Torres y él vivía en el Alto y dijo que en más de una oportunidad a él le salía en el lugar de la Huaca una cabra mulata media rosilla que él le echaba la culpa que era de doña Marina, la cabra de repente desaparecía misteriosamente. Este hombre es hijo de Fernando Torres Muñoz (grande y gordo), sobrino de las Tulas. La madre de José Torres se llamaba Juana de Dios Calquín, hermana de Polo Calquín que se las daba de abogado, la abuela de este José se llamaba Mercedes Rosa Calquín y una vez que estaba tomando mate se lavó la cabeza y quedó sorda y muda, vivía en Lo Valdivia en lo del Rucio Cáceres. José Torres es cuñado del chivato, eran 21 hermanos y quedan 14 vivos.

Otros aseguran que Chindo encontró la Huaca y la plata se la pasó a un hermano que tenía en Valparaíso y éste la invirtió en oficios de departamentos y propiedades en Valparaíso, Viña del Mar y Reñaca y Chindo quedó colgado de la brocha.

TERCER LUGAR REGIÓN DEL MAULE

Mario Andrés Díaz Molina 49 Años San Javier

LAS LLAVES DE ORO

En Parral, cerca del hospital, salía a medianoche, por entre un batral, un cura fantasma que hacía sonar unas llaves de oro que parecía que a alguien se las quería entregar. Y todos huían. Hasta que una noche se las recibe un hombre de mediana edad que comienza a florecer en fortuna y que adquiere tierras. Este hombre era mi abuelo materno, don Fernando Maureira.

Mi madre, María Maureira, heredó estas llaves y toda la fortuna y bienes después del fallecimiento de mis abuelos. Era hija única.

Mi hermano y yo conocíamos esta historia desde niños, pero siempre se nos enseñó a tener sigilo. Para nosotros, era un secreto del cual nunca hablamos con nuestros amigos, compañeros de escuela o colegas.

Mi madre, antes de fallecer a los 84 años, hace 5 meses, el 8 de agosto, me entregó las llaves de oro. Jamás las había visto ni menos tocado. Este acto le pareció muy mal a mi hermano mayor ¿Por qué yo y no él? Él no pudo entrar a la sala del pensionado del Hospital de Talca, donde ella agonizaba, a expresa petición suya. No estuvo en sus últimos momentos. Mi madre, al entregarme las llaves me dijo: "Guarda estas llaves hasta tus últimos días y entrégaselas a uno de tus hijos que reúna cualidades y valores que te indiquen que es una buena persona. Tu hermano no tiene estas virtudes, por eso te las entrego a ti, que siempre has sido más prudente y bondadoso. No me defraudes, hijo". La escuché muy emocionado. Nada de esto le dije a mi hermano y nunca se lo diré. Lo siento por él, porque está muy dolido y lo comprendo.

El me propuso guardar las llaves, alternadamente, un año cada uno y, así sucesivamente. No lo acepté. Discutimos mucho y nos empezamos a alejar. Nuestras familias se están distanciando. Nunca habíamos tenido tantas discordias. He llegado a pensar que estas llaves encierran alguna forma de mal. Esto me aterra.

Con estos pensamientos me quedé dormido una noche. Tuve un sueño que fue una revelación. Se me presentó el cura fantasma pidiéndome las llaves. Debía ir a Parral al lugar donde se aparecía a fines del siglo XIX y, a medianoche, devolvérselas. Me indicó las características actuales de ese sector. De esta manera superaríamos nuestros conflictos familiares. Pero, antes, tendría que ir al cementerio de Huerta de Maule y ubicar una tumba muy antigua y deteriorada que sólo conserva las cifras 1825. Así podría tener una certeza que me ayudaría a mantenerme cuerdo y a darle un sentido real a todo lo que me estaba ocurriendo. Además, no perderíamos la bendición de las llaves de oro. El cura habló en un español arcaico y, después, desapareció.

Al otro día decidí ir, muy temprano, a Huerta de Maule, pues, para mí, todo esto era muy real.

Fui solo en mi automóvil, desde Talca, donde vivo y trabajo.

Ubiqué la tumba. Pude constatar que lo único legible era el año 1825. Oré por quién tenía sus restos mortales allí sepultados. No había nadie en el cementerio. Regresé al mediodía a mi hogar. Me sentía muy tranquilo. Después de almorzar con mi esposa e hijos fui a mi oficina. Soy arquitecto. Hablé con mi secretaria y decidí ir a Parral aquella misma noche a entregar las llaves.

Poco antes de la medianoche, estuve en la ciudad de mis antepasados. No me costó dar con el lugar.

A las 00:47 empecé a pasearme. Pasadas las 3 de la madrugada no se veía a nadie. De pronto, supe que él estaba allí. Cerré los ojos y estiré mi mano derecha con las llaves de oro. No sabría decir qué sentía, no era miedo, pero transpiraba helado. Las llaves se desprendieron de mi mano. Abrí mis ojos y entonces lo vi. Desapareció entre las casas.

Subí al automóvil y regresé de inmediato a Talca.

Estuve en mi casa antes de las 7 de la madrugada. Más feliz no podía estar.

Días después le conté a mi hermano lo que había ocurrido. Intentó no creerme, pero, abrazándome, me pidió perdón por nuestros desencuentros. Desde esa tarde, hemos vuelto a ser la familia unida que siempre habíamos sido.

Hace poco, escuché a un cliente decir que un cura fantasma se aparecía a unos 17 kilómetros al sur-oeste de Parral, en un lugar del cual, en estos momentos, no recuerdo el nombre. El sacerdote tiene el ademán de querer entregar unas llaves muy brillantes. Nadie se atreve a recibírselas.

PRIMER LUGAR REGIÓN DEL BÍO BÍO

Carlos Christian Flores Adriazola 32 Años Escritor-poeta-payador Urbano Talcahuano

LA VOZ DE LA EXPERIENCIA

Llovía a cantaros, una fría noche a principios de julio, cuando 'Oña Rosa Soto hizo su entrada, en la casa de su hija Margarita.

Sus dos pequeños nietos, José y Jacinto, dormían ya en su habitación, pero los más grandes Francisca (21 estudiante de turismo) y Remigio (19 estudiante de antropología) estaban en pie, ya que esperaban con ansia, escuchar las nuevas aventuras de su admirada heroína, puesto que Rosa era partera y cantora. Ella decía que esos dones los había recibido como herencia de sus antepasados, una herencia transmitida místicamente, de generación a generación, a las mujeres de algunas familias chilenas. Herencia nacida del religioso matriarcado mapuche, y la cultura mestiza, de cantoras y bailadoras, españolas-moras-africanas, en la génesis de nuestro pueblo.

Desde hace varias semanas, que los suyos no la veían, pues si bien vivía cerca de ellos, ella llevaba una vida transhumante, producto de los oficios, que lucía.

- Hola, mija, aquí le traje unas tortillitas de rescoldo y unas mermela's pa' los nietos –dijo la anciana.
- ¡Hay mamita! pa' qué se fue a molestar. Yo pensé que ya no llegaba. Sáquese esa ropa, que ta' estilando, pa' secársela en el brasero –respondió la hija.
- Me demoré, porque hay muchos caminos cortaos, por el temporal, y no hallaba, por 'ónde, capear el diluvio, la liebre rural de 'on Guido –explico 'oña Rosa.

- ¡Llueve a mares! -exclamó Margarita.
- ¿Y cómo ta' tu hombre, el curaíto ese? -preguntó Rosa, díscolamente.
- ¡El Venancio! Ta' en la cordillera, uste' sabe como es la vida e' los arrieros –sentenció la mujer, defendiendo a su hombre.
- No voy na' a saber, si tu paire era e' los mesmos, y no faltaba la china que lo acompañaba a la montaña, a capear el frío –recordó Rosa, con malestar.
- ¿Cómo es, iñora, con el pobre viejo? ¿Cuéntenos cómo le fue en los santos mejor? –alegó su hija, sonriendo.
- Igual murió en su ley el viejo, que Dios lo tenga en su Santo Reino –decía, mientras se cambiaba ropa, y entrando a la habitación, sus nietos mayores, la abrazaban y besaban.
- ¿Cómo estuvieron las fiestas e' los santos abuelita? -preguntaron a coro.
- Re lindas, mijitos ¡muy lindas! -rememoró Rosa.
- ¿Abuelita, uste' que sabe tanto e' campo, me ayudaría con un trabajo pa' la U? –preguntó la joven.
- Francisca, deja de molestar a tu abuela, que debe estar cansada, con el viaje ¡Ya! y partiste a la cama ¡caramba! –gruñó Margarita, demostrando su autoridad.
- No es molestia, Margarita. Déjame ayudar a la niña ¿En qué puedo ayudarla, Panchita? –preguntó cortés y alegremente, la ya casi centenaria mujer.
- ¿Dígame qué son y cuáles son las fiestas tradicionales campesinas de Chile? –dijo solemnemente la estudiante.
- Bien grande su pregunta, pero trataré de respondérsela, lo mejor que pueda -pensó la cantora.
- ¿Es pa' una disertación de la Pancha, pa'l miércoles, viejita? –acotó Remigio, intercediendo, por su hermana mayor, con su madre, que seguía de malas pulgas.

– Y hoy es domingo, ta' bien que adelante trabajo. Tome nota, mijita, pa' que se saque buena calificación, porque ustedes niños tienen que estudiar, pa' ser más que uno en esta vida. Ahora, bailemos esta cueca luego, pa' acostarnos temprano.

Y mirando al cielo, tomó una gran bocanada de aire y empezó a discursear:

- Las fiestas costumbristas, como la llaman los letraos, son antiguas tradiciones referentes a una zona o lugar específico, y se basan en el trabajo, que ha producido en aquella tierra, alguna familia, ya sea agricultura, ganadería, y sus derivados como vinos, mermeladas, longanizas, queso, leche, y cositas ricas así, como pa' degustar los paladares de los asistentes a la celebración.
- En resumidas cuentas, son fiestas agrícolas, pa' dar las gracias al taitita Dios, por los dones recibidos –dijo Rosa, inspirada.
- ¿Puede referirse a alguna fiesta en especial? –especificó Francisca.
- − ¡A ver, mija! Yo conozco principalmente las de la zona centro-sur, aunque una vez, cuando joven, me invitaron al norte, pa' cantarle a la Tirana, la señora del Tamarugal, pero esa es una fiesta de carácter religioso. Una fiesta costumbrista tiene su origen en la tradición, en lo que los siúticos citadinos llaman folclor.

Son cuentos propios de la comunidad, forjaos a fuego, mate, chicha, arao, comidas típicas, cueca y vino. Por ejemplo, aquí en la provincia del Biobío, en lo que algunos llaman «El Triángulo», entre Cabrero, Yungay y el río Laja, está Campanario, Colicheo, El Saltillo, el Salto del Itata y Las Nalcas, sectores ricos en historias, provenientes de los antiguos. Estas son narraciones orales, que gente como los nuevos cantores y payadores jóvenes como: «El Canela», «Fernando Yáñez» y otros han aprendido del oficio de viejos que se van muriendo y les van dejando su sabiduría. Viejos como esta veterana, que ya está preparando, limpiando y afinando su guitarra en 3era alta pa' contarle estas historias a San Peiro –terminó Rosa emocionada.

- No diga eso, mama Rosa, si a uste' le queda mucho pa' seguir payando historias –la consoló Remigio, con cariño.
- − ¡Que asá sea! Si Dios y la Santísima Virgen me dan vida y salud. Yo siempre, mi niño, estaré pa' contarle lo que me ha enseñado la vida. Entonces, como le iba contando Panchita, en todo este sector cuentan desde antiguo que pasa un carruaje negro, y el diablo es el chofer, con sombrero y capa negros, dientes relucientes, ojos rojos, y usa espuelas de oro. Cuentan que los que lo ven, son

jóvenes y viejos descuidaos, que andan «en las tomas» o de lachos, por ahí, cerca de los «Petriles». Que son lugares rocosos, terrenos muertos, no aptos para la agricultura. O lo ven también en lecherías y silos abandonados, producto del desarrollo forestal, que mató todo el sistema económico antiguo.

- En este sector de la provincia de Biobío, las fiestas costumbristas giran en torno a la agricultura y sus productos. Se hacen asados, se toma, se toma y se toma. Se cantan cuecas choras campesinas, que hacen bailar a peones y arrieros. Se realizan carreras a la chilena, que son dignas de ver, por toda la expectación, que provocan entre los asistentes, pues sus fieles preparan caballos y jinetes durante el año, ya que son desafíos entre familias, que apuestan elevadas cantidades de dinero, «a lo caballero», o sea, con un escupo en la mano firman un pacto de honorabilidad.
- Los expertos jinetes se agarran del cogote de su montura pa' no descrestarse, ya que las carreras son a lomo pelao. La alineación es por hocicos y hay un veedor en la partida y otro, en la meta. Los caballos corren ciertos metros y el viejo que pierde paga la apuesta. Sí o sí, si no hay plata, se puede pagar con la producción agrícola, con animales y hasta con la mujer o la hija, dicen los más entendíos.
- A los chuecos bandíos se los hace pagar a punta de rebenque, cuchillos o balazos. Más de alguna vez ha corrío sangre. Porque así es la ambición, niños. Lo lindo de la vida, muchas veces se echa a perder de un momento a otro, por la ladina conducta humana. Pero pa' qué vamos a llorar, si se puede tomar dicen los huasos.
- Otra fiesta dentro de este sector ta' en Rere, con su famosa campana de oro. Ahí tenemos la fiesta del estofao más grande del mundo, con grandes calderos en las calles, repartiendo las bondades de este exquisito plato, que según cuentan los antiguos, al igual que la cazuela, eran preparadas en los fundos godos, por las maires negras.
- En Monte Aguila, Yumbel, Santa Juana y buena parte de nuestra tierra, se celebra «La Trilla a yegua suelta», como fiesta típica de la zona centro-sur. Para la Trilla, se utiliza la yegua más percherona, y gente a contrata, por la comida. Por eso, se dice que «muchos curaítos van de Trilla en Trilla». Esta consiste en ir haciendo una ruma del trigo, que va tirando el animal, con el «trastor» o coloso, según lo quieran apodar los trilladores. Todo acompañado con cazuela con harina tostá.
- Mistela y aguardiente, pa' enjaguar el güergüero y con el infaltable «tañar e' las vihuelas», que a entradas horas e' la taire hacen «arder el agre».

- En la trilla, los huasos llaman al viento pa' separar el trigo e' la paja, con un cantito versado, en un tonito simpático: «Poncho roto, poncho roto, poncho roto» van gritando mientras giran, como trompo, saeta en mano (más de alguna vez ha habido algún accidente, por culpa del pipeño) y lo más mágico es que a los pícaros les resulta. Resuella el viento, y el trigo se junta con el trigo, y la paja, con la paja, al final todos quedan curaos y contentos.
- Como pueden ver mis queridos nietos, en el campo las tradiciones corren como el vino y otro ejemplo de esto son las fiestas en honor a este vital elemento, fruto del Valle del Itata, en la provincia de Ñuble. En Ñipas y Guarilihue se celebra el sabor del vino, por sus prestigiosas cepas de exportación, que producen los mejores vinos del mundo.
- Donde las familias vitivinícolas ofrecen como degustación y a muy bajos precios pa'l visitante, lo mejor de sus mostos.
- También, en el sector de Quinchamalí, en el verano sus artesanos realizan la fiesta de la greda,
 dijo Rosa como última acotación, antes de tomar un poco de mate que Remigio le había servido
 «pa' pasar el frío».
- ¿Oiga, mamita Rosa, pero qué va a pasar ahora en el Valle del Itata, con eso de la celulosa? preguntó Francisca, consternadamente.
- Qué va a pasar pue', que si no se oponen desde los mismos jutres dueños de las viñas al último peón o temporero, el valle del sol va a morir como jardín del edén de todos los guachaquitas de Chile y como centro de tradiciones valiosas para la cultura de la gente que vive ahí –suspiró con pena la cantora.
- ¿O sea van a perder su identidad? enjuició Remigio.
- Ya la están perdiendo, trabajando pa'l progreso de esos afuerinos ¡mi niño!
- ¡Malaya con esos diablos, que matan la buena tierra! –maldijo escupiendo la iñora.
- ¿En estas fiestas dedicadas al dios Dionisio-Baco, cómo la pasa bueli? –preguntó Francisca, con un sugerente doble sentido pa' alegrar la disertación.
- No blasfeme, mija, que sólo 'on Jechu es Dios.

- En estas fiestas se come e' todo, se toma e' todo, y se hace e' todo. Yo durante setenta años, que le hago a la paya firme. Con mi guitarra y guitarrón espero morirme y aunque uno ha sido bien dama, a esta edá los lachos todavía me ojean. Dicen que he roto corazones en Cholchol y Gorbea. Allí se celebra la fiesta e' la chicha e' manzana, fruta que se apalea en sacos 'onde la guardan, después de su recolección y, luego, la muelen en prensa y la dejan fermentar, hasta cuando empieza la tomatera y todos quean volteaos. La chicha que sobra se deja en barriles y la consumen los habitantes del sector llamándola sidra. En estos pueblos de la Novena Región, gustan e' los asaos e' carne e' chivo. Siempre que me invitan a cantar pa' esos lares, la gente me trata muy bien y cuando comparto escenario con estos niños, que conservan la tradición, como: El Temucano, René Inostroza, y Los Quelentaro, me invitan a sus casas y cantamos con sus familias hasta tarde la noche.
- -¡Buena, 'bueli, uste' es bacán! –exclamó orgullosamente Remigio, al ver el reconocimiento de artistas consagrados a la sabiduría de su abuela.
- No es pa' tanto, mijo, pero sigamos hablando e' las fiestas, Panchita. Más al sur, en la Región de los Lagos, en Purranque, Casma y Puerto Octay, la gente celebra lo que le ha otorgado la tierra, con vino, curanto y cuecas chilotas.
- ¿Abuelita, uste' ha estado en Chiloé? -dijo la niña llena de admiración.
- Sí, Panchita -afirmó la abuela, sonriente.
- ¿Qué sabe usted de las mingas? ¿Son fiestas costumbristas? -preguntó la joven, con curiosidad.
- -Yo diría que sí, ya que la minga es una costumbre típica de la gente de Chiloé y no consiste en un simple cambio de casa, sino en una familia que cambia su lugar de vivir, asesorada por viejos especialistas, que prestan el servicio de mudar la casa de un lado a otro y manejan la técnica pa' que no se desarme el inmueble en el camino. Al final, una vez terminada la travesía, la minga se celebra con vino, curanto, cuecas y valses a la usanza de la isla.
- Bueno, esas serían las fiestas típicas que conozco, pero voy a redondear, aclarándole algunas cositas importantes, que debe tener en cuenta pa' que le vaya bien en su universidad.
- Por ejemplo, estas fiestas nuevas, a las que a veces me invitan; la fiesta del camarón, de la avellana, de la sandía, del choclo, de las papas, la cholga, la frambuesa, no son tradicionales. Son fiestas recientes, que de a poco, a medida que pase el tiempo, van a ir tomando importancia, generando sus propios cuentos, haciendo historia.

- Identidad, simbolismos, mitos y leyendas ¡O sea una cultura propia! –acota Remigio, antropológicamente.
- Uste' lo dice mejor, Remigito. ¡Ve que sirve el estudio!
- Anote, anote, Panchita, no se me distraiga. Otra cosa que debe tener en cuenta en su tarea es que los juegos tradicionales, como el trompo, el emboque, el palo ensebao', el cacho, el tejo, la rayuela, el volantín, e incluso el rodeo, tienen su origen en las tradiciones españolas, que nos fueron transmitidas desde los salones de juego, de las mansiones, de sus hijos «criollos». Por ejemplo, durante la Independencia dicen que se confeccionó la bandera y se bailó la cueca y que ésta fue enseñada por las maires negras a las hijas de los jutres y, de ahí, pasó a ser imitada por los peones y las chinas transformándose desde entonces en expresión del alma del pueblo.
- Otra fiesta, que no es fiesta, son los velorios y entierros. Los antiguos celebraban al muerto hasta dos semanas, pues los viejos eran «acollonaos» y algunos creen que de ahí viene el viejo dicho «del entierro sacaré fortuna». Pues en ciertas noches, de ciertos santos, se encuentran tesoros, ya que antes, los viejos se enterraban con su plata.
- Lo más importante a saber de estas fiestas en su origen. Era que en ella los viejos hacían negocios, hablaban de política, se decían secretos, cambiaban de mujer, casaban bien a sus hijos, por conveniencia de ellos. Servían pa' una sartalá de cosas, pero sobre todo servían pa' cacharpear a la población, que sacaba a relucir sus más lustrosas pintas, poniendo de buen ánimo a todo el pueblo, como en el caso e' «las ramás» pa' celebrar «La Panchita». Sí igual que a uste' mija, así cariñosamente le llamaban los antiguos a la Patria Nueva. Comían empanás, asaos, anticuchos y se pegaban unos buenos pencazos e' vino tinto con los compaires, bailando cueca bien zapateá.
- Así, como ayer, toavía a la patria celebramos y e' así es la vida, que yo e' vivío, hijitos míos. Pura travesura: trabajar, cantar, comer, tomar y reír. Eso no más puedo decirle, mijita, –concluyó Rosa visiblemente cansada.
- Gracias, mamá Rosa. ¡Se pasó! Te quiero mucho -dijo la nieta.
- ¡Yo también! -gritó Remigio, dándole un fuerte beso en la mejilla.
- Toy' orgullosa de ser su hija, mamita -lagrimeó Margarita, que había estado pendiente a la narración, desde la cocina, sin dejar de hacer cosas.

- ¡Ta lista la comía, mija! -alegó Rosa.
- ¡Sí, mamá! -afirmó Margarita.
- A comer entonces y acostarse luego, que mañana será otro día. Esperemos que con mejor tiempo, pa' seguir haciendo Patria y seguir bailando la cueca que nos toca el cielo –rezó la vieja iluminada.
- ¡Amén, abueli! -acompañó Remigio su ultima reflexión antes de cenar.

Mientras, afuera de la vieja casa, enclavada en el monte, rugía furioso un puelche bandolero, regando la depresión intermedia, inundando de cordillera a mar la angosta faja de la bendita tierra en que vivimos.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

SEGUNDO LUGAR REGIÓN DEL BÍO BÍO

Juan Luis Molina Zapata 59 Años Trabajador San Carlos

VIAJE A LA CORDILLERA

Nuestra vida en el campo, quiero remontarlos a 50 o más años, era un poco rutinaria, pero no nos aburríamos. Nos quedaba poco tiempo para ello, entre el viaje diario a la escuela, caminábamos varias leguas para llegar y los trabajos que nos imponían nuestros padres, no sentíamos cómo se nos pasaba el día. Recuerdo que los fines de semana nos reuníamos con los vecinos de nuestra edad y realizábamos actividades de acuerdo a la época del año. En invierno, nos íbamos a las vegas de don Clemente a sacar camarones, las máquinas que se usan actualmente no se conocían; lo único que llevábamos era un tarro para recolectar la saca', tarro que muchas veces no nos jugaba limpio, ya que los camarones trepaban y se volvían a su cueva, había que estar con los ojos muy atentos para no perder. Mención aparte merece el estado en que quedaban nuestras manos, amén de la greda que se pegaba en nuestras uñas, las que generalmente no eran cortas y sabíamos que el día lunes iban a ser revisadas por nuestra profesora, nuestros nudillos quedaban rotos y ensangrentados por el roce que se les imprimía para succionar en agua de la cueva y, mientras más rápido lo hacíamos, era mejor.

En septiembre, cuando se abrían las bocatomas del río y llegaban las aguas a los canales de regadío, era nuestra época de pesca. Nos preparábamos con mucha anticipación con nuestro equipo, que consistía en cortar con tiempo una varilla de mimbre para que estuviera seca y no se huinchara tanto, lo máximo era tener una picana de coligüe, pero éstas eran escasas y caras, las pocas que conocíamos eran utilizadas para picanear los bueyes; un pedazo de lienza, que encargábamos a nuestros padres, cuando viajaban a comprar las faltas al pueblo junto con un anzuelo. Estos artículos no eran tan elementales, cuando no estaban a nuestro alcance, utilizábamos un pedazo de hilo y ayudados por un alicate y un pedazo de alambre fabricábamos el anzuelo. También, nos preocupábamos de la "carná". Desde el invierno, empezábamos a mover con una pala un pedazo de tierra para que se criaran más grandes y gorditas las lombrices que utilizaríamos como cebo.

Nuestra tranquilidad e inocencia empezó a cambiar cuando nos inscribieron para realizar nuestra Primera Comunión; debíamos viajar cada 15 días, los sábados por la tarde al pueblo, para recibir clases de catecismo. De nuestro sector los viajeros éramos siete, ahí conocimos al resto de nuestros compañeros, tienen que haber sido más de veinte, todos del pueblo. Nos costó bastante meternos al ritmo y rutina de ellos. El lugar donde se realizaba la clase estaba al costado derecho de la Iglesia, era un lugar holgado, con muchas bancas de madera y un gran pizarrón negro al frente. El salón, así lo llamaban, lo encontrábamos tenebroso, era viejo, oscuro y de maderas que crujían al caminar.

Con el tiempo, hicimos amistad con los del pueblo y, generalmente, cuando terminaba la clase, nos quedábamos jugando una pichanga de fútbol con ellos. Recuerdo que construíamos los arcos con dos piedras, a seis pasos de distancia cada una, con el correr del partido el arco se iba achicando para evitar que el rival lograra marcar un gol. La pelota, era papel bien apretado, con hojas que le sacábamos a nuestros cuadernos y lo íbamos envolviendo en una media vieja, esta pelota no medía más de diez centímetro de diámetro. Resultaba más fácil golpear las canillas del rival, que la pelota.

Al final de año, los del pueblo empezaron a organizar un viaje a la cordillera, nosotros los escuchábamos y nos daban ganas de sumarnos a la aventura, pero no nos invitaban a participar. Cuando faltaban pocos días para iniciar el viaje, y a varios de ellos sus padres le negaron el permiso, nos comunicaron que habían tres cupos para nosotros, los del campo, pero respondimos, vamos los siete o no va ninguno, nos sentíamos más arropaditos y seguros todos juntos. Después de deliberar entre ellos, aceptaron nuestra contraoferta. Ahora faltaba el trámite más difícil: el permiso. Después de muchos tiras y encoges, nos autorizaron a cinco, los no autorizados fueron comprensivos con sus padres, uno era el menor del grupo y muy débil y al otro le daban ataques de epilepsia, pero muy de tarde en tarde.

Había un chico del pueblo, Nencho, que pedía que lo llevaran y el resto se negaba rotundamente, pregunté razones, uno dijo que era hediondo; otro, que era medio tonto, pero nosotros, los del campo, sentíamos un cariño especial por él, porque fue el primero que nos recibió cuando llegamos al catecismo. Tenía unos ojos grandes, casi desorbitados con un poco de desvío, labios gruesos, igual que su voz, narigón, flaco, siempre andaba despeinado y con sus ropas desordenadas, con el tiempo supe que su coeficiente intelectual no era óptimo. Le dieron distintas razones para no llevarlo, pero la que más le preocupó fue que dijeran que no sería capaz de caminar veinte kilómetros, cuesta arriba, con mochila. Él se creía capaz de eso y mucho más. Cuando dos de los fijos comunicaron que no viajarían, nosotros irrumpimos con todo, pidiendo que lleváramos a Nencho. Luego de una votación democrática y donde todos los del campo votamos en bloque, fue incluido nuestro buen amigo dentro de la nómina de viajeros. Cuando supo el resultado, no cabía en sí de contento, tiene que haber sido uno de los momentos más felices de su vida.

Había un líder dentro del grupo, que por coincidencia era lejos el mayor y el más grande, se llamaba Edmundo, pero todos le decían Mundo, siempre andaba junto a un amigo incondicional, también del grupo, negro, chico y gordo, no sé por qué razón siempre caminaban uno detrás del otro; era ver a don Quijote y Sancho Panza. Muchas veces tuve la intención de decírselos, pero no me atreví por temor a que se podían molestar y en una de esas me dejaban sin viajar. Ellos organizaron todo, tenían más de un viaje a la cordillera en el cuerpo, las carpas, mochilas, alimentos.

El día sábado quedamos de encontrarnos a las 8 de la mañana, frente al restaurante "Al seco", de donde partía la micro que nos llevaría hasta la localidad de San Fabián de Alico, distante 40 kilómetros hacia la cordillera. La gente del restaurante nos contaban que el Nencho había sido el primero en llegar y cuando aún no aclaraba. A nosotros nos vino a dejar el tío Julio, padre de uno de los nuestros, en un carro grande tirado por dos caballos; tratamos de no demostrar lo nervioso que estábamos, pero Mundo se dio cuenta y trataba de tranquilizarnos, era nuestro primer viaje solos, por tres días y tan lejos.

Llegamos a San Fabián, como a las 10 de la mañana, el día estaba hermoso. Durante el viaje no conversamos mucho, íbamos fascinados mirando el paisaje y recibiendo las últimas instrucciones de nuestro guía Mundo, secundado por su ayudante, que siempre repetía la última palabra que escuchaba. La micro nos dejó en la Plaza de Armas, ahí bajamos desde la parrilla todas nuestras pertenencias. Qué impresionante fue para la mayoría de nosotros ver de tan cerca los cerros, la montaña estaba ahí, a nuestros pies.

Me pareció extraño que Carlitos, un gordito simpático, con cara de cansado, se ofreciera voluntariamente para cargar la mochila más pesada, en la que iba el cocaví para el camino (sándwiches, huevos cocidos, fruta y agua). Pensé en un comienzo que su intención era empezar a comer, cuando le bajara el apetito, cosa que era muy común en él. Cuando iniciamos la caminata de esos casi 20 kilómetros, me acerqué a él y le pregunté cuál era la razón de su generosidad; me contó que su hermano mayor se lo había recomendado, muy fácil, sería el único que llegaría al lugar del campamento sin carga.

El personaje del caminar fue Nencho, siempre quiso ser el primero del grupo, tal vez para demostrar que estaban equivocados con él. Tico, el más travieso, en cada descanso que hacíamos, se las arreglaba para echarle una o dos piedras en la mochila y le repetía que mientras más avanzáramos, más pesada iba a sentir la carga, eso producto de la altura, amén que no debía abrirla, para que no tomara aire. Al llegar al lugar del campamento, Nencho se tendió de espaldas con mochila y todo, totalmente agotado, y al sentir algo duro, no dudó en investigar de qué se trataba. Grande fue su sorpresa al empezar a sacar piedras de distinto tamaño, desde todos los compartimentos de su

mochila, pensé que se iba a disgustar, pero su alegría de estar con sus amigos en la montaña, pudo más que su posible enojo.

Sólo supe al día de siguiente, que el Pantalón Cortito, le pusieron así porque el primer día de catecismo fue con unos pantalones que le llegaban a mitad de la canilla, el más callado de los nuestro, se las había ingeniado para conseguir el dinero suficiente, para comprar un par de "pecos bill" (jeans, ahora). Le habían dicho, y el muy ingenuo creyó que llegaríamos a Argentina, y que allá eran de mejor calidad y más baratos. Cuando preguntaba donde podía hacer la compra, no faltó el que le dijo que estaba un poco lejos la tienda y que era peligroso ir, por los pumas y leones que merodeaban por el lugar, que había que esperar que pasara algún vendedor. Permaneció más de la mitad del tiempo, sentado en una gran piedra, con la vista fija en el oriente, esperando ver al posible vendedor que nunca llegó.

La última noche, cuando estábamos alrededor de la fogata, en amena conversación, el ayudante de Mundo, preguntó si la "raya" de la Argentina estaba muy lejos, este le respondió rápidamente que estaba cerca, que no debía estar a más de 100 metros y que si quería conocerla, antes de irnos, lo podía acompañar, a lo que don Sancho acepto agradecido. Cuando recién empezaba a aclarar y estaba dormido profundamente, me despertó sigilosamente Mundo y me pidió que lo acompañara, sentí un poco curiosidad e intriga, pero mientras caminábamos hacia la montaña me explico su plan. Cogió un pedazo de palo que estaba a la orilla del sendero y me dijo que con eso haríamos una gran raya en el suelo, lo más larga posible, para luego llevar a su amigo y mostrarle que esa era la "raya " con Argentina, me pidió que no fuera a contárselo a nadie, y que llegáramos a acostarnos nuevamente. Después del desayuno todos quisieron ir a conocer el límite con nuestros vecinos. Al llegar, a algunos les pareció un poco extraño, pero se olvidaron rápidamente, cuando Sancho, rebosante de alegría, empezó a saltar con los pies juntos sobre la raya y repetía estoy en Chile, estoy en Argentina, estoy en Chile, estoy en Argentina, estoy en Argentina.

Vamos viajando de regreso a nuestros hogares en la misma micro que hicimos el recorrido de ida. Tal vez por los nervios o las ansias de viajar, la vez anterior no me percaté del estado de la micro, le suena todo y cruje más que el piso del salón donde recibíamos nuestras clases de catecismo, el polvo del camino entra por todas partes. Se detiene cada 10 minutos más menos a dejar y a recoger pasajeros, los que suben y bajan desde la parrilla del techo toda clase de mercancías, sacos con cereales, lana, pollos, patos, corderos, chivos, maderas. Voy un poco preocupado, pienso que en cualquier momento puede ceder el techo, los pasos de las personas que suben a acomodar la carga se sienten sobre mi cabeza, pero tengo que ser valiente y callar mis temores. Deseo llegar pronto, para abrazar a mis padres y decirles que los quiero mucho, mucho....

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

TERCER LUGAR REGIÓN DEL BÍOBÍO

Osvaldo Omar Saavedra Burgos 62 Años Trabajador Independiente, Folclorista Concepción

EL PUMITA Y EL SAPITO

La lluvia caía suavemente sobre las lomas verdes de trigo recién germinado. A lo lejos, en medio del bosque de pitras, notros, hualles y otros árboles menores, un pumita se limpiaba la piel aprovechando, seguramente, la llovizna que impregnaba su suave y hermoso pelaje. Su madre lo miraba y, de vez en cuando, levantaba la mirada para otear la lejanía. Ella sabía que estaba muy cerca de las casas del fundo y no se podía descuidar, aún recordaba cuando, un tiempo atrás, los hombres del caserío le trataron de dar caza y, gracias a su destreza y sentido de orientación, se pudo perder en un bosque por allí cerquita. El solo hecho de acordarse la hacía temblar y se le erizaba el pelo del lomo.

De pronto, un ladrido, dos, tres, muchos... y muy cerca. Se pone nerviosa, llama a su cachorro con un suave gruñido, pero el pumita, justo en ese momento, encontró un sapito que saltaba por allí, se puso a conversar con él. La madre asustada volvió a llamar al pumita que, entretenido con la conversación que sostenía con el sapito, no le prestó atención.

Los ladridos de los perros estaban más cerca y, ahora, se escuchaban voces de niños y hombres que decían: "el Juan los vio por aquí cerca... dice que eran dos,... uno grande y uno chico; la grandota parece que era la misma que se entró al corral de don Vicho la semana pasada, esa mal agestada y flacucha... Menos mal que los perros se dieron cuenta y la pudieron corretear. Atentos!.., parece que los perros pillaron el rastro. ¿Cómo sabes tú? Es que se quedaron callados y deben estar oliscando la huella".

Por otro lado, el papá puma se dio cuenta de la situación y lanzó un rugido fuerte y claro para que los perros cambiaran el rumbo y lo persiguieran a él. Y eso pasó, los perros alzaron la cabeza del

suelo se miraron unos a otros y, como uno solo, corrieron en dirección al rugido. La mamá puma, de un salto, estuvo al lado de su cachorro, con sus fauces abiertas lo tomó suavemente del lomo y se lo llevó al monte para desaparecer en lo más tupido.

Como usted ve, hasta el más bravo de los animales del bosque percibe cuando existe un peligro para la familia. En este caso, el papá y la mamá puma, sin ponerse de acuerdo, hicieron lo que pensaron mejor para salvar la vida del pumita.

El hombre en su afán de cuidar lo suyo, a veces, tiene que actuar de manera desmedida y no se da cuenta del mal que puede provocar al ecosistema. También, el hombre descuida la flora y la fauna en beneficio del señor dinero, entonces, ¿quiénes son los culpables de la depredación? ¿el puma o el hombre?

¿Es culpable el puma de tener que buscar su alimento cerca de los caseríos, si su hábitat natural fue arrasado por las forestales? ¿Tiene culpa el campesino que defiende lo suyo cuando el puma, la huiña o el zorro tratan de alimentarse?

Preguntas que usted debe responderse. Yo sólo le estaba contando la historia de un pumita que un día se puso a jugar con un sapito.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

PRIMER LUGAR REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

Orlando Riveros Dávila 68 Años Pequeño Agricultor Curacautín

ARRIBA EN EL VOLCÁN

Nancho Verdugo, junto a Trompo, brioso corcel alazán, endilgó sus andares por la cordillera para alcanzar a Contraco, lugar donde debía concretar su compra de animales ovinos y caprinos. Atravesó el volcán Lonquimay con buen tiempo a mediados de abril. Su negocio era la compra y venta de animales menores. La cordillera cercana mostraba indicios de nieve, había nevado con poca fuerza, presagio que se acercaba el mal tiempo a Malalcahuello, desde donde salió.

Varias horas cabalgando le permitieron avistar la ovejería de Lolco, lugar de detención obligada para tomar jugosos mates con Ño Alejo, conversar sobre sus posibilidades de negocio, adquirir algunos elementos como carne seca, charqui, para proveer sus alforjas. Conversaron del clima imperante, con el piar de pájaros andinos, se despidió y prosiguió su ruta, bajando hacia el caserío lolquino, bordeando el río. Cruzó hacia Vilucura donde tenía algunos tratos.

La tarde caía sobre los cajones cordilleranos y el intrépido comerciante recién subía los cerros hacia su destino, arribando a las primeras hijuelas ya caída la noche, por lo cual pernoctó donde Don Tomás, aguerrido montañés, con cierta comodidad en su habitar producto de largos años de esfuerzo.

Al despuntar el alba, Ño Nancho, después de disfrutar de cálidos mates junto al fogón, acompañado de tortillas de rescoldo, reemprendió su camino, deteniéndose en cada casa de los colones esparcidos en las hijuelas colindantes al Bío Bío, en el distrito de Contraco, logrando reunir considerable número de caprinos, los que reclutó en su camino de vuelta, después de varios días de mercado y compartir. Llegado nuevamente a Lolco, pernoctó en las casas patronales, donde su rubicunda persona gozaba de gran aprecio por parte del administrador, Sr. Barrientos, que se ufanaba en molestar su bigotillo querubín.

Aconsejado de postergar su viaje de regreso a Malalcahuello, no hizo caso a los consejos de los expertos en el comportamiento del tiempo en esa época del año, calzando buenas botas de chivo sobre sus pantalones, emprendió la marcha. La ovejería de Lolco lo recibió adentrado un ocaso nebuloso que presagiaba tormenta de nieve. Alojó allí, junto al fogón, hizo su lecho con los pellones de la montura y su manta de castilla. Ño Alejo le aconsejó no rehacer su camino hasta que se calmara el mal tiempo ya reinante..., haciendo amago de brujos, rezongó que el clima mejoraría al llegar el alba.

Así fue, amaneció despejado el camino hacia el volcán Lonquimay, poca nieve en el paisaje frío, pero lloviendo el hielo acumulado en los coigües, ñires, legas y quilantares, presagiando alza de la temperatura.

Después de una chupilca con buen mosto, ensilló su brioso corcel y reunido su piño de cabras, emprendió la marcha; sin embargo, después de varias horas de camino, de cansino andar arreando, el cielo se cubrió con manto de lluvia y el horizonte cercano al volcán enmudeció con presagios de tormenta de nieve. Calculando alcanzar a pasar por los faldeos, prosiguió la marcha apurándola, pero al arribar a las primeras escorias, comenzó la lluvia con truenos y relámpagos, amén de fuerte viento; sus ansias de caminar lo llevaron a la subida del volcán donde el mal tiempo alcanzó su clímax, fuertes ventiscas de nieve donde el viento blanco imperó, envolviendo cabalgadura y piño; densos copos de nieve de fuerte nevada se dejaron caer. No valió azuzar el rebaño, el estruendo de la tempestad no dejaba oír sus gritos. La nieve envolvente provocó el drama, las chivas entumidas se echaron y no reconocieron camino, ahí... arriba en la cordillera volcánica comenzaron a morir de frío, mientras Nancho Verdugo, perdida la noción del tiempo y espacio, espoleaba su caballo, somnoliento del frío que le acunaba en cama de muerte. Afanado por el acicate de las espuelas, el caballo alazán, trompo girando en sus patas traseras, reinició la marcha contra la furia de los elementos y en heroico afán, guiado por el instinto, regresó por el camino andado y volviendo hacia la paz de la ovejería salvó a su amo; los ladridos de perros y palabras amistosas de Ño Alejo despertaron a Verdugo, lo sacaron de la modorra de la muerte. Era su figura un espantajo de la parca, pues venía cubierto de nieve, emulando ánima en pena.

Cuidado por su amigo Alejo, después de días de reposo, se rehizo y volvió hacia su morada por el camino del Biobío, hacia Lonquimay, cruzando la cordillera de Las Raíces por el túnel, en un tren de carga de ese momento.

Nosotros cruzamos en noviembre las nieves heladas del volcán Mocho o Lonquimay, desde el azul claro del hielo profundo emergían las chivas que clamaron vanamente por seguir con vida. Nancho Verdugo, hombre rudo y pertinaz de nuestros campos andinos, recuerda apenado su odisea, agradeciendo a su alazán "Trompo" que le salvara la vida…, pero con intrepidez continuó su comercio. Lo pasado, pasado, la vida se reinicia al clamor de las necesidades.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

SEGUNDO LUGAR REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

Luis Nitrihual Valdebenito 27 Años Periodista Temuco

EL ACHAQUE

La tarde era opaca y las gallinas encerradas en el galpón, que parecía venirse abajo con cada arremetida del viento, revoloteaban con mayor desasosiego que otras veces.

En el campo, ubicado en las afueras de Temuco en una zona llamada Trüf-Trüf, los árboles se balanceaban hasta formar una gran catapulta, cuyo asiento era el follaje extenso de los álamos.

Con el abuelo durante muchos años nos sentamos bajo la sombra de esos mismos álamos que ahora se divertían meciéndose. Cuando estábamos sentados en el pasto, el viejo abuelo contaba sus hazañas en las minas del carbón en Lota. Como cuando fue arrojado por ser dirigente comunista en Pisagua. Llegaron a comer piojos y los ratones terminaron por extinguirse al cabo de unos meses. Fue en los años de Gabriel González Videla, cuando se dictó la Ley Maldita que envió al exilio a muchos comunistas. El viejo odiaba con vivacidad a González Videla.

Otras veces, bajo esos mismos árboles que nos cobijaban, permanecíamos tirados de espalda viendo cómo circulaban las aves y cómo se posaban en el pináculo de los árboles con su arrogancia de pechos inflados. No decíamos ni media palabra. Nuestra sencillez y economía de comunicación era lo más extraordinario. No era necesario estar hablando todo el día para sabernos acompañados.

El abuelo estaba, como siempre buscando algo que hacer para pasar el rato. Casi siempre construía muebles: sillas de niños o mesitas elegantes que torneaba con herramientas de carpintero que había comprado en el pueblo. Algunas veces los vendía o regalaba, otras los iba amontonando en la parte olvidada del galpón en una montaña de palos y tablas.

Aquella vez acompañé a mis padres aprovechando las vacaciones de invierno. La abuela estaba muriendo. Los médicos habían dado un diagnóstico lapidario hacía unos seis meses: sus vísceras estaban siendo consumidas por un cáncer que le haría retorcerse del dolor.

La abuela se puso mal -me dijo papá esa tarde.

Yo hurgaba en un baúl que parecía de piratas y que la abuela tenía plagado de libros antiguos, ediciones valiosas que todavía conservo.

- ¿Se va a morir? -le contesté sin mirarlo.
- Es muy posible –contestó él con la voz más tenue que pudo sacar para que no fuera una simple mímica. Fue un gesto que me pareció sin sentido pues estábamos los dos solos.

El abuelo estaba enterado de todo. El médico se lo comunicó primero a él, pero como se negó a creer en "matasanos", tuvo que llamar a mis padres para que se hicieran cargo de la situación.

- ¿Dónde está el martillo, Rosa? -gritó el abuelo.

La abuela ya agonizaba desde hacía una semana y el comportamiento del abuelo resultó para nosotros incomprensible.

- -No le digas nada al abuelo -volvió a susurrarme papá en el oído.
- ¿Rosa, dónde está el martillo? -insistió el viejo, gritando hacia la habitación de la abuela.
- ¡Yo se lo busco, tata! -contestó papá y salió presuroso al dormitorio para lograr ubicar el susodicho martillo.

La casona, que hasta ese momento era grandiosa, me pareció que se desvanecía sin remedio. Pronto sería un montón de tablas herrumbrosas y apiñadas. Esa tarde, como nunca, tuve pena por el abuelo y comprendí que no buscaba precisamente el martillo, sino a la abuela.

- ¡¡Abuelo!! -le grité. Mi voz tembló y se puso pálida, más que el rostro, más que la tarde y el cielo.

- Abuelo... la abuela Rosa está muriendo –continué sin detenerme. El cielo de mis ojos se abrió y sentí la tibieza del agua en mi cara.
- ¡Ya lo sé! -me contestó y su voz igual era pálida.
- ¡ Vamos al galpón! -dijo por último y salió presuroso de la casa.
- -- ¿Adónde va, abuelo? -pregunté al voleo.

Corrí tras sus largos pasos. Nos metimos enseguida en el galpón donde se escuchaba el revoloteo incesante de las gallinas. Dentro del gallinero, las aves permanecían sobre coligües delgados, igual que equilibristas de circo.

El abuelo estiró la mano y sacó, de un cajón que estaba en el suelo, una gallina exangüe. La puso ante mis ojos como prueba irrefutable de algo.

-- No entiendo nada... -le dije.

Dejó la pobre gallina muerta en el suelo y volvió a sacar otra del cajón y así hasta contar tres.

- ¡Por eso sé que la Rosa va a morirse! –repitió mientras recogía las aves y las iba dejando en el cajón, amontonadas en bultos de plumas.
- Todavía no entiendo nada, abuelo, ¿qué tienen que ver las gallinas con la abuela?
- Esto se llama achaque y es el mal que le viene a los animales cuando se muere la dueña de casa.
 En todos los campos ocurre parecío. La ruina de una casa es que se muera la mujer, mijo –concluyó lacónico el abuelo.

Miré el gallinero y comprobé que algunas aves habían caído y eran pisoteadas por el resto de sus compañeras que cacareaban desesperadas ante el espectáculo. Las sacamos y las pusimos en el ca-jón. Así fuimos apiñándolas en improvisados sarcófagos que el abuelo construía con esmero. Todo terminó en la noche, cuando el gallo castellano (el mismo que picoteaba en las piernas) pegó su último aleteo de capitán valiente y cayó al suelo... Un rato después murió la abuela.

Todo se vino encima como el viento de esa tarde y como la lluvia del sur que se dejó caer en la noche

y duró varios días. Mi papá nos dijo que la abuela había dejado de sufrir. Mamá gemía desconsolada su pena y arreglaba las cosas para que empezaran a llegar los vecinos del bajo. El viejo abuelo, en cambio, estaba preocupado de hacer sarcófagos para terminar de cargar las gallinas.

 Así es la cosa, mijo. Siempre es lo mismo, mañana seré yo, que ya estoy viejo y cansao. Me tendrán que meter también en un entablao como a la Rosa –repitió el abuelo cuando estábamos enterrando las gallinas.

Un año duró el abuelo en esa casa. No quiso vivir en la ciudad con nosotros, porque el ruido de los autos lo ponían nervioso. Pero la verdadera razón para no abandonar su casa era otra: esperó el tiempo necesario para que el achaque lo alcanzara y la abuela lo llevara a su nueva casa.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

TERCER LUGAR REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

Alex Jarpa Riveros 33 Años Ingeniero Forestal Curacautín

VERANADA

Mi tío Juan, natural de San Carlos (Provincia de Ñuble – VIII Región), siendo un pequeño de entre ocho y diez años fue invitado a pasar sus vacaciones de verano en casa de su padrino en el sur.

En la comuna de Cunco, se arrimó a la casa de don Facundo Melinao, campero del fundo Los Laureles, ubicado en el sector de Curacalco, quien efectivamente era su padrino.

Al momento de arribar a Los Laureles, mi tío era un niño inexperto en todo lo relacionado con las costumbres y las actividades propias de la vida campesina. No obstante, tenía una capacidad de adaptación que le permitió prontamente adquirir habilidades en muchas de las actividades normales del fundo. Lo que le costó más fue desarrollar destrezas como jinete, seguramente porque nunca había tenido la posibilidad de ensillar o montar algún caballo.

Alrededor de un mes después de haber llegado al fundo, notó un ajetreo inusual y al preguntar a su padrino supo que se estaban realizando los preparativos para un arreo de animales a unos terrenos de veranada, ubicados en la alta cordillera andina. Mi tío anduvo callado y dejó de comer el resto de aquel día. Esta actitud era debida a que al saberse niño y, además inexperto como jinete, no tenía esperanzas de que lo incluyeran en el grupo de los arrieros que serían de la partida.

Por la noche mi tío casi no durmió pensando en cómo sería aquello de arrear animales y luego cuidarlos durante todo el verano mientras pastaban en los coironales de la alta cordillera andina. Le intrigaba y lo invitaba a la aventura lo informado por su padrino cuando hacía referencias al puesto, llamando de esta forma a una construcción rústica en la que dormirían y cocinarían durante todo el tiempo de permanencia en la veranada.

Mientras imaginaba que era uno más de la partida, recordó que había olvidado entregar a su padrino una garrafa de aguardiente destilado en Portezuelo que su padre mandaba por presente, como una manera de agradecer la invitación hecha al hijo regalón. Intentando corregir el error por olvido, al día siguiente madrugó para hacer la correspondiente entrega, gesto que fue altamente valorado por su anfitrión, al extremo que olvidando toda posible aprensión, invitó finalmente a mi tío a incorporarse al grupo de los arrieros que viajarían a la veranada.

El último día en Los Laureles fue de un intenso ajetreo. Mientras algunos arrieros seleccionaban y rodeaban los animales que llevarían de arreo, otros reunían los víveres, herramientas, materiales y ropa que ocuparían durante el tiempo de permanencia fuera del predio. Una vez reunido todo el equipamiento, se comenzaron a cargar los pilcheros (caballos o mulas de carga) con charqui, azúcar, yerba, mate, harina cruda y tostada, mantas, jarros, cucharas y tarros choqueros, entre muchas otras cosas.

A las cinco de la mañana siguiente, se inició la partida. Mi tío montó en la Correvuela, una yegua mansa pero muy vieja, lo que unido a la poca experiencia como jinete, lo llevó a ser siempre el arriero más lento, cuestión que se manifestó como problema, pues por esta lentitud suya se retrasaba todo el arreo.

Habiendo avanzado un par de kilómetros y estando frente a la casa de don Mariano Nahuelpán, don Facundo se desmontó para pasar donde su vecino a pedirle un par de espuelas para mi tío. Don Mariano buscó y buscó hasta encontrar unas espuelas que no usaba por estar ya en muy mal estado, debido a muchos años de uso. Al ponerse mi tío estas espuelas se dio cuenta que tenían las púas encorvadas, no obstante tintineaban y el ruido producido fue suficiente para que la Correvuela apurara el paso y se emparejara con los demás caballos.

Ya resuelto el problema de lentitud, al poco tiempo llegaron a un desvío que permitía acortar camino pasando por un vado profundo en el río Allipén, muy cerca de donde hoy se ubica el Puente Medina, al oriente de Cunco. El pasar por este vado permitía llegar aún con sol a la veranada en los faldeos del volcán Llaima.

La falta de experiencia complicó nuevamente a mi tío en el cruce del río, pues volvió a quedar rezagado y corriendo ahora el riesgo de caer al agua. Mientras él luchaba por llegar a la otra orilla, los demás arrieros descansaban, o mejor dicho se cansaban de esperarlo del otro lado. Pero una complicación adicional se producía sin que mi tío pudiera comprenderlo. Era que no solamente se demoraba, si no que además se hundía cada vez más, con cabalgadura y todo.

Obligando a la Correvuela a un esfuerzo redoblado, consiguió que el noble animal finalmente saliera del río y un gesto de sorpresa en el rostro de los demás arrieros llevó a mi tío a mirar hacia los estribos para darse cuenta que de cada espuela colgaban dos pescados de más o menos un metro de largo cada uno. El peso de los peces impedía que la yegua pudiera avanzar y salir del río.

Sin contratiempos mayores llegaron a la veranada y al puesto a eso de las cinco de la tarde. Don Facundo —que era algo así como el capataz de los arrieros— ordenó la reparación del puesto y del corral de las chivas, mientras uno de los arrieros se encargó de limpiar los pescados y preparar uno para la cena. Terminadas las reparaciones procedieron a cenar y mientras esto ocurría, don Facundo hizo la repartición de tareas para cada uno de los arrieros, entre los que se contaba Julián, un hijo suyo de la misma edad de mi tío Juan.

Julián y mi tío quedaron de chiveros, tarea consistente en abrir las puertas del corral por la mañana para que salieran las chivas, luego salir detrás de estos animales para vigilarlos durante el día y así evitar que se adentraran en el bosque o que se metieran a algún menuco (terreno bofo y pantanoso), finalmente regresar por la tarde rodeando las chivas hasta dejarlas en el corral, donde don Facundo se encargaba de contarlas una por una.

La tarea fue fácil, lo que permitió a los chiveros llevar hondas tipo boleadoras para tirarle piedras a algún zorro que se acercara al piño. También comenzaron a llevar lienza de pescar y anzuelos para intentar la pesca de truchas en algún estero cordillerano. Todo anduvo bien hasta el séptimo día, cuando luego de llegar con el piño de chivas, don Facundo las contó y descubrió que faltaba una. La falta de esta chiva era responsabilidad de los arrieros, quienes deberían volver inmediatamente al cerro en su búsqueda. Sucedió, sin embargo, que Julián le dijo a su padre que lo excusara de tal retorno, debido a que cuando venía bajando había tropezado en una raíz y se había torcido un pie, sintiendo por ello un fuerte dolor en un tobillo.

Mi tío contaba que Julián nunca había tropezado, que inventó tal mentira sólo para evitar el regreso al cerro, pero le resultó la artimaña, por lo que él debió salir solo en búsqueda de la chiva extraviada.

A eso de las seis de la tarde, mi tío comenzó el retorno al cerro. Se acordó que habían estado tirando la lienza en un estero y fue allá, pensando en que la chiva pudiera haberse quedado por aquel lugar. Al llegar, comenzó por sentir una especie de escalofríos y un sudor helado recorrió su espalda. No tenía explicación para tales síntomas, excepto por un comentario hecho por Julián durante una de las jornadas pasadas: "Juan", le había dicho: "Cuando sientas tiritones y un sudor helado te recorra la espalda, es porque anda el león cerca de ti".

Aterrado ante la posibilidad de que lo estuviera siguiendo un puma, mi tío comenzó a caminar

por la orilla del estero, subiendo en dirección opuesta a la corriente del agua. Miró hacia atrás y descubrió que efectivamente iba un puma siguiéndolo. Mi tío portaba un machete que su padrino le había entregado el primer día de trabajo en la veranada. Siempre es útil un machete cuando se recorre la cordillera, no para matar ni defenderse sino para abrirse paso en caso de encontrarse con matorrales cerrados o para cortar leña. Esta vez, el machete podría permitirle defenderse, pero mi tío era sólo un niño asustado.

Siguió subiendo, pero la ladera se ponía cada vez más inclinada de cada lado del estero obligando a mi tío a continuar por dentro del agua, siempre subiendo y con el puma cada vez más cerca suyo. Las laderas se volvieron definitivamente murallas verticales imposibles de escalar y mi tío de pronto descubrió que el estero se cortaba en frente suyo para transformarse en una cascada o chorro de agua que caía desde unos diez metros de altura.

Nuevamente, pensó en enfrentar al puma con el machete y nuevamente se sintió incapaz de hacerlo. Miró el chorro de agua y recordó que siempre sus padres hacían referencias a subirse por el chorro: Que "a éste o a este otro le gustaba subirse por el chorro". Recordó una pileta en la Plaza de Armas de Chillán con un chorro de agua que subía, tal vez pudiera ser posible subir sobre un chorro ascendente –pensó– pero de todas formas imposible subir montando un chorro de agua que cae. En esas divagaciones se encontraba cuando miró de nuevo hacia atrás y descubrió que el puma ya estaba a no más de 20 metros suyo. Ese momento fue para mi tío de desesperación máxima y se dice que en casos así el organismo humano genera fuerzas sobrehumanas. Es casi seguro que esto es lo único que pudiera explicar el hecho de que mi tío haya intentado y logrado subir abrazado a un chorro de agua. Pero aún habiendo conseguido subir por el chorro, esto no fue garantía de escapada frente al puma.

Sucedió que el felino, tal vez dotado de fuerzas sobrenaturales acicateado por el hambre, también comenzó a subir abrazado del chorro de agua y con mayor rapidez que mi tío, quien otra vez se enfrentaba a problemas mayores y sin alternativa posible de escape que no fuera recurrir al machete, pero si tomaba el machete debía soltarse del chorro y si se soltaba del chorro, caía al fondo de la cascada junto con el puma.

Una idea de esas que llegan como pantallazos de luz iluminó la mente desesperada de mi tío y, antes de que esta idea se disipara, la aplicó para resolver su situación. Continuó aferrado con una mano y con la otra tomó el machete, hizo un corte al chorro de agua por debajo de sus pies y el puma se fue al fondo abrazado al trozo de chorro cortado. De esta forma, al fin pudo escapar del puma y continuar subiendo con más tranquilidad para finalmente llegar a suelo firme en la parte alta de la cascada.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

PRIMER LUGAR REGIÓN DE LOS RÍOS

Luis Artemio Yáñez Higuera 46 Años Artesano Los Lagos

MANDE NO MÁS, PATRÓN

Eran los años 50, cuando Ramiro Peña llegó de San José a Folilco en busca de trabajo. La miseria y escasez de trabajo lo llevaron al fundo "El Canelo" de propiedad de don Segundo Barrales, "don Chundo", hombre conocido en la zona por mujeriego y déspota con sus inquilinos. Era un tirano a carta cabal.

Se contaba, en esos tiempos, que cuando perdía una carrera, antes de echar al desventurado jinete del fundo, mandaba a sus peones que le dieran 50 azotes con su rebenque. Era temido y, sin duda, odiado.

Personajes:

- Ramiro
- Flor
- Juanita
- Toñito
- Patrón
- Jovino
- Teresa
- Doña Martita
- Doña Tránsito
- Curita
- 1.- Peón (Jovino): Don Chundo, llegó el "Guaina" que busca trabajo.

- 2.- Patrón: ¡Que pase rápido! Y tú, ensíllame la "Vainilla", que voy pa'l pueblo.
- 3.- Jovino: A la orden, patrón. Pasa "Guaina", que te espera el patrón.
- 4.- Ramiro: Buen día, patrón...
- 5.- Patrón: ¿Qué sabís hacer, voh?
- 6.- Ramiro: Lo que mande, no más, patrón...
- 7.- Patrón: Vai a empezar haciendo cercos, ¡me perdís una herramienta y te quedai sin sueldo!
- 8.- Ramiro: Soy muy cuidadoso, patroncito.
- 9.- Patrón: ¿Cuánta familia tenís?
- 10.- Ramiro: La Flor y dos chiquillos, patrón... la "Juanita" y el "Toño".
- 11.- Patrón: Mañana ocupai la rancha que está a la entrada del fundo, ¿tenís un buen perro?
- 12.- Ramiro: Sí, patroncito, "El copo"...es "Lionero".
- 13.- Patrón: Ya veremos ¡A trabajar!

(Ramiro sale raudo a sus quehaceres).

- 14.- Patrón: (Llamando a su empleada) ¡Teresa! ¿Dónde te metís, china?
- 15.- Teresa: "Mande no más, patrón".
- 16.- Patrón: ¿La patrona salió?
- 17.- Teresa: Sí, patroncito, fue al pueblo con los niños.
- 18.- Patrón: Cierra la puerta y tráeme un trago... y venís pa' hacerte unos cariñitos.
- 19.- Teresa: (Sometida) Usté que es, patrón...

(Al otro día en la rancha de Ramiro).

- 20.- Ramiro: Es chica la rancha, pa' mí que se llueve toda.
- 21.- Flor: Nos arreglaremos, Ramiro, terminemos de entrar los bultos.
- 22.- Ramiro: (Indicando un rincón) Ahí dormirán los chiquillos, yo voy a arreglar el fogón... (Mirando por una ventana) ¡Ahí viene el patrón, salgan pa' que los vea a todos y los conozca! Buen día, patrón, ésta es mi familia.
- 23.- Patrón: Joven tu mujer... y bonita... Te voy a leer la cartilla altiro.

Na' de trago en el fundo, na' de visitas sin mi permiso, na' de ocupar los animales si no es pal trabajo... ¿Te acomodaste ya? (Mirando las pocas pertenencias de los nuevos inquilinos) ¡Te hace falta una buena cama!...te traís un cochón que hay en la bodega. Vai a dar orden al capataz. Almorzai y te vai a hacer cercos, yo voy al pueblo (sale).

(El patrón se retira dejando en el ambiente una sensación de incredulidad, frente a la amabilidad de hacerles un regalo si apenas los conocía. Ese torbellino de pensamientos en dos mentes inocentes los enmudeció por un instante y afloró en una sensación de alivio y esperanza).

- 24.- Ramiro: ¡Nos tomó buena el patrón, Florcita! Verás cómo nos cambia la vida. Dame una tortilla y mi morral pa' llevar el "choquero" que me voy a hacer cercos.
- 25.- Flor: Llévate al "Copo" pa' que conozca el fundo. ¡Juanita, Toño, ayúdenme a ordenar!

(Al otro día en la casa del patrón).

- 26.- Patrón: ¡Mira, Ramiro! Como tus cabros ya están grandes los vai a poner a cuidar ovejas.
- 27.- Ramiro: Patroncito, es que la Juanita le ayuda a la Flor en la casa y el Toñito está muy chico todavía.
- 28.- Patrón: ¡Te doy casa y trabajo y me ponís reglas!... empiezan de hoy o te mandai a cambiar...
- 29.- Ramiro: "Como usté mande, patrón", ya les voy a avisar...

- 30.- Patrón: ¡Ah! Y esta tarde te vai al bosque a hacer estacas.
- 31.- Ramiro: "Como usté mande, patrón"...

(Ramiro vuelve a su casa a dejar las nuevas instrucciones del patrón. Un sentimiento amargo le apretaba el pecho, sus pequeños niños debían trabajar y sin recibir un peso más. Pero era la orden del patrón).

- 32.- Ramiro: Juanita, te llevas al Copo para rodear las ovejas y cuando esté bajando el sol las echan al corral y se vienen. ¡Cuidas a tu hermanito!
- 33.- Flor: ¿No será trabajo pesao pa' los niños, Ramiro?
- 34.- Ramiro: Es la orden del patrón, Florcita, y es mejor que los niños aprendan. Hoy llegaré tarde, voy al otro fundo a hacer estacas. (Se despide y se va. Flor queda sola en la rancha, de pronto entra sorpresivamente el patrón).
- 35.- Flor: ¡Patrón, que hace aquí! Ramiro ya se fue pal trabajo.
- 36.- Patrón: ¿Y tus críos?
- 37.- Flor: Ya se fueron a cuidar las ovejas, patrón.
- 38.- Patrón: ¡Qué bien! Entonces vamos a probar cómo te quedó la cama (Tomándola por la fuerza, la tira sobre la cama mientras Flor grita).
- 39.- Flor: ¡No patrón, por Dios! Pueden llegar los niños ¡¡Ramiro, Ramiro!!

(Consumado su vil acto. El patrón abrochando su cinturón).

40.- Patrón: ¡Y cuidadito que alguien sepa de esto! O los echo volando con todos sus piojos... ya vendré a verte de nuevo. (Se va, mientras Flor queda en un amargo llanto).

(Por la noche entra Ramiro, deja su morral sobre la mesa y se sienta).

41.- Ramiro: Hola, Florcita, vengo cansado y hambreado ¿Y los niños?

- 42.- Flor: Están dormidos, llegaron cansados.
- 43.- Ramiro: Cómo habrán jugado correteando tras las ovejas ¿Los echaste de menos? ¿Te acostumbrai aquí?
- 44.- Flor: No, Ramiro, ¿hai oído de la mina de oro que hay en Folilco? Dicen que pagan muy bien a los trabajadores.
- 45.- Ramiro: ¿Pero dónde viviríamos? Al menos aquí tenemos esta rancha. ¿Oye? ¿Qué te pasó en la cara?
- 46.- Flor: Na', me saltó un palo mientras hacía astillas.
- 47.- Ramiro: Te quedó morado.
- 48.- Flor: Ya voy a estar bien, vamos a descansar.

(Flor calló ese momento amargo ¿Qué podía hacer si todo era del patrón? ¿Condenar nuevamente a sus hijos al hambre, al hacinamiento, a estar de allegados? Debió aceptar la realidad de que la casa era del patrón, el trabajo lo daba el patrón, si hasta su vida desde ese día le pertenecía al patrón).

(Al día siguiente)

- 49.- Patrón: (Llamando a un peón) ¡Jovino! Llámate al Ramiro.
- 50.- Jovino: ¡Como usté mande, patrón! (Jovino sale en busca de Ramiro. Luego entran apurados.)
- 51.- Ramiro: Usted dirá, patrón.
- 52.- Patrón: Voltéate una oveja, la mitad se la entregai a la empleada y la otra mitad te la llevai pa que alimentes a tus cabros chicos y a tu mujer que le faltan unas cazuelas ¡Ayúdale tú, Jovino!
- 53.- Ramiro: Gracias, patroncito, Que Dios lo bendiga. (El patrón se retira).
- 54.- Ramiro: Oiga, gancho, que es bueno el patrón ¿y usted no es casado?

- 55.- Jovino: No, yo almuerzo con la empleá... Oiga "Guaina", le voy a dar un consejo, ponga ojo, porque cuando el patrón se pone cariñoso es por algo.
- 56.- Ramiro: ¿Qué quiere decir, gancho?
- 57.- Jovino: Hubo un capataz hace tiempo y tenía una señora como la suya.
- 58.- Ramiro: ¿Cómo?
- 59.- Jovino: Bonita quiero decir. El patrón mandaba a su capataz hasta Santiago pa' quedarse con la señora.
- 60.- Ramiro: ¿Y qué pasó?
- 61.- Jovino: Los pilló la patrona y quedó la escoba, estuvieron por separarse, pero como los ricos cuidan el qué dirán, echaron al capataz con su prole y nunca más se supo de lo que pasó.
- 62.- Ramiro: Bueno, gancho, hagamos lo que mandó el patrón que ya es tarde.

(Ramiro de vuelta en su casa)

- 63.- Ramiro: Viste, Florcita, la vida nos está cambiando, hasta carne nos da el patrón.
- 64.- Flor: Te voy a hacer un estofado para que lleves al trabajo mañana.
- 65.- Ramiro: Hasta el "Copo" va a estar contento con los huesitos ¡cómo hace falta una chichita!
- 66.- Flor: La señora de la casita que está junto al estero vino a verme hoy.
- 67.- Ramiro: Es la madre del capataz ¿y qué quería?
- 68.- Flor: Solo conocerme, buscaba unas hierbas.
- 69.- Ramiro: Me han dicho los otros peones que es media rara, ten cuidado.
- 70.- Flor: Quería que los niños la fueran a ver, pero le dije que el patrón los tiene cuidando ovejas.

- 71.- Ramiro: De todas maneras, ten cuidado con lo que hablan. Prepárame el morral pa' mañana, vamos a buscar una madera con el Jovino. Es pa' hacerle una rancha pa' que viva con su madre.
- 72.- Flor: ¿Y vas a llegar tarde? Los niños casi ni te ven.
- 73.- Ramiro: Vamos a volver tarde... a ver si el domingo bajamos al pueblo pa' la misa. El Padre estuvo anteayer donde el patrón y me invitó a mí y al Jovino.
- 74.- Flor: Sería bueno ir pa'l pueblo, así le compramos unas golosinas a los niños.
- 75.- Ramiro: Vamos a acostarnos, que mañana hay que madrugar.

(Al otro día)

76.- Patrón: Llevan la carreta y cargan toda la madera, no dejen nada.

77.- Jovino: "Como usté mande, patrón"... Vamos, Ramiro, que el camino es largo.

(La Flor, en su rancha cocinando. El patrón entra sorpresivamente).

78.- Flor: ¡Patrón, qué hace aquí!

79.- Patrón: Sale buen olor, vengo a probar la carne.

80.- Flor: Váyase mejor, patrón, no tiene na' que hacer aquí.

81.- Patrón: Ven pa' acá, yegua loba, yo sé lo que hago.

82.- Flor: ¡No, suélteme! ¡Por favor! ¡No...!

(Una vez más sometida y abusada, asá pasaron los días, una y otra vez, sin atreverse a hablar. Podía más el miedo a volver a la miseria y al hambre que confesar a su marido las aberrantes actitudes de su patrón).

- 83.- Ramiro: ¿Qué te pasa Flor? Te he visto rara estos días, ¿estás enferma?
- 84.- Flor: Creo que estoy embarazada Ramiro.

- 85.- Ramiro: ¿De verdad? ¡Qué bueno! Una guagua es una bendición como dice el curita.
- 86.- Flor: Yo no quiero tener otro hijo Ramiro, con la Juanita y el Toño basta.
- 87.- Ramiro: ¿Qué decís, mujer? Dios te puede castigar, además no le faltará que comer.
- 88.- Flor: Vámonos de aquí, Ramiro. Tu tía nos puede recibir en Folilco y tú puedes trabajar en la mina.
- 89.- Ramiro: No quiero hablar más de eso, Flor. Aquí estamos bien. El patrón nos tiene buena, además me autorizó a sembrar y criar aves ¿Qué más querís?
- 90.- Flor: Es que aquí estoy muy sola, Ramiro.
- 91.- Ramiro: Hablaré con la mamá de Jovino, que te venga a visitar de vez en cuando, ella también está sola.
- (Así pasaron los meses, hasta que Flor estaba por tener a su guagua, aunque no era un hijo deseado, sabía que era parte de ella y debía afrontar la realidad. Su preocupación ahora eran los preparativos del parto).
- 91.- Flor: Doña Tránsito, la madre del capataz me ofreció ayuda, ha servido de partera varias veces aquí en el fundo. También Doña Martita, la mamá del Jovino me va a ayudar en esos días, si hasta me tejió un chalcito pa' la guagua.
- 92.- Ramiro: Ves como Dios nos ayuda, todo va a salir bien Florcita. Así tendrás compañía pa' no estar tan sola.

(Llegó el día del parto)

- 93.- Doña Tránsito: ¡Puja, mujer, que ya viene! ¡Puja puja! Ahí ya salió, es una niña, es preciosa.
- 94.- Doña Martita: Aquí está el agua tibia pa' bañarla y los pañales. Es linda tu guagüita, Flor, Dios te bendiga.
- 95.- Doña Tránsito: Esta niña me la tienes que dar Flor, cuando la destetes la voy a venir a buscar.
- 96.- Flor: Las cosas que dice Doña. Tránsito, los niños no se dan.

- 97.- Doña Tránsito: Yo la puedo criar mejor que tú, siempre deseé una niña y solo tuve un hijo.
- 98.- Flor: Con Ramiro veremos cómo lo vamos a criar, pero un niño no se da como un animal.
- 99.- Doña Martita: Es mejor que se vaya Doña Tránsito, la Flor necesita descansar.
- 100.- Doña Tránsito: Me voy, pero a su tiempo volveré a buscar la niña...

(En ese ambiente que podría considerarse feliz por el nacimiento de la niña, quedó en el aire y en la mente de Flor un sabor amargo por la extraña petición de doña Tránsito. ¿Cómo entender esa actitud irracional? ¿Era una broma o era el abuso de poder que le daba el ser la madre del capataz? Este triste acontecimiento lo comentó con Ramiro).

- 101.- Ramiro: No puede ser lo que nos pide Doña Tránsito. Está loca, se lo contaré al patrón.
- 102.- Flor: Ten cuidado, mira que es la madre del capataz y siempre la palabra de los futres es la que manda.
- 103.- Ramiro: Así será, pero a mi niña no se la regalo a "naiden", es un regalo de Dios solo para nosotros.
- 104.- Flor: Bueno, olvidémonos de eso ¿Ya terminaron la casa de Jovino? Doña Martita está muy contenta.
- 105.- Ramiro: Falta terminar el fogón y se cambian, así quedarán más cerca de nosotros, por cualquier cosa. Te veo pálida ¿te sentís bien?
- 106.- Flor: Es que no he dejado de sangrar. Doña Tránsito me dejó unas hierbas, con eso se me va a quitar.
- 107.- Ramiro: Si no estai bien en dos días vamos a tener que bajar al pueblo. Hay que inscribir a la guagua también.
- 108.- Flor: Tenemos que hablar con el curita para que la bautice, Doña Martita y el Jovino pueden ser los padrinos.
- 109.- Ramiro: Hablaré con Jovino mañana. Creo que le gustará igual que a Doña Martita.

- 110.- Flor: Bueno, vamos a descansar, los niños necesitan dormir. Fíjate que la Juanita me contó que faltaron dos ovejas. No sé qué les va a decir el patrón.
- 111.- Ramiro: Desriscadas deben estar, mañana van a aparecer.

(Así pasaron los días, hasta que se produjo la inevitable visita de Doña Tránsito. Flor sabía que tarde o temprano se iba a producir este encuentro. Sólo albergaba la esperanza que a Doña Tránsito se le hubiera olvidado esa absurda petición).

- 112.- Flor: Buen día Doña Tránsito, qué tiempo que no la veía.
- 113.- Doña Tránsito: Te dije que volvería ¿Dónde está la niña?
- 114.- Flor: ¡Está dormida!
- 115.- Doña Tránsito: ¿Lo hablaste con tu marido? Es mejor que me la lleve ahora.
- 116.- Flor: ¡Eso nunca doña! Es mi hija y no la voy a regalar y es mejor que se vaya.
- 117.- Doña Tránsito: Si no me la das te vas a arrepentir ¡Te lo juro!
- 118.- Flor: Váyase, doña, váyase de aquí y no vuelva más...
- 119.- Doña Tránsito: Tú lo quisiste, ¡te juro que te vai a arrepentir!

(Por la noche, cuando vuelve Ramiro).

- 120.- Flor: ¡Ramiro, la niña está enferma!
- 121.- Ramiro: ¿Qué tiene? ¿Qué le pasó?
- 122.- Flor: Le subió mucha fiebre y no le baja. Doña Martita le hizo unas cataplasmas, pero sigue igual.
- 123.- Doña Martita: Esto no es bueno, la chonchona ha pasado tres veces sobre la casa, hay que santiguarla, traigan un escapulario y quema canelo en el fogón, Ramiro.

(Lo cierto es que nada sirvió y la niña dejó de existir, dejando una tremenda amargura en Ramiro y un resentimiento enorme de Flor hacia Doña Tránsito).

- 124.- Flor: ¡Me lo advirtió la bruja, ella lo mató!
- 125.- Ramiro: ¿Qué dices, mujer? ¿De quién hablas?
- 126.- Flor: Doña Tránsito vino a buscar la niña hoy en la tarde y yo la eché.
- 127.- Ramiro: Vieja bruja, mató a mi niña. Doña Martita ¿Qué voy a hacer?
- 128.- Doña Martita: Esto es muy delicado y necesito que me escuchen muy bien. Dentro de tres días, ella va a volver...
- 129.- Ramiro: ¡Yo la mato a palos! (Flor llora desconsoladamente)
- 130.- Doña Martita: ¡No, Ramiro! Deben hacerlo bien... coloquen una silla frente a un espejo, tapado con un paño blanco. Bajo el cojín de la silla unas tijeras en cruz, con una lana roja trenzada y amarrada al ojo más chico de la tijera. Cuando ella se siente no podrá pararse, entonces quiten el paño del espejo, si se refleja un pájaro, ella es la bruja. Entonces, coloquen un brasero junto a ella y quemen tres cabezas de ajo y cuidado con tocarla, porque si la tocan morirán igual que ella antes del año.

(Con toda la pena que tenían por la muerte de su pequeña hija. Flor y Ramiro guardaban un creciente resentimiento hacia Doña Tránsito y se prepararon para la "visita". Ocurrió exactamente a los tres días).

- 131.- Flor: Pase Doña Tránsito, tome asiento.
- 132.- Doña Tránsito: (sentándose) Se los dije, si me hubiera llevado, a la niña nada le hubiera pasado.
- 133.- Flor: ¡Vieja bruja! Tú la mataste, te vai a condenar (corre hasta ella y la zamarrea)
- 134.- Doña Tránsito: ¡Déjenme ir o los voy a maldecir!
- 135.- Flor: ¡Quita el paño del espejo, Ramiro!

- 136.- Ramiro: ¡Es la bruja! Trae el brasero.
- 137.- Doña Tránsito: ¡No! Déjenme ir, no lo hagan...
- 138.- Flor: ¡Echa los ajos, Ramiro, que se quemen!
- 139.- Doña Tránsito: ¡Perdónenme! Déjenme ir, suéltenme...
- 140.- Ramiro: Sufra, como el sufrimiento que nos dejó a nosotros al matar a nuestra guagua.
- 141.- Flor: Esto es pa' que nunca más vuelva a hacer daño.
- 142.- Ramiro: Tira de la lana, Flor y saca las tijeras, que se vaya ahora que ya está condenada
- 143.- Doña Tránsito: (Parándose) Me voy a morir antes del año, sí, pero tú también Flor, por haberme tocado, ya lo vai a ver... (Se va. Flor corre hasta Ramiro y lo abraza).

(Lo cierto es que a los pocos meses falleció Doña Tránsito y también Flor, dejando a Ramiro y sus niños solos).

- 144.- Jovino: Tenís que ser fuerte, Ramiro.
- 145.- Doña Martita: Y cuidar a la Juanita y al Toñito pa' que no se aprehensionen ¿No tenís familia donde dejarlos?
- 146.- Ramiro: No, Doña Martita, los voy a criar yo, además a la Florcita no le gustaría que me separe de ellos.
- 147.- Jovino: Bueno, Ramiro, te dejamos, mañana hay que madrugar... hasta mañana.
- 148.- Ramiro: Hasta mañana, Jovino; hasta mañana, Doña Martita. (Queda solo con sus hijos).
- 149.- Ramiro: Juanita, tú eres la mayor, cuidarás a tu hermanito mientras yo no esté. Les dejaré comida hecha y no salgan de la casa. El "Copo" los va a cuidar.
- (Al día siguiente en el trabajo)
- 150.- Patrón: Tenís mala suerte, Ramiro. Vai a tener que buscarte otra cocinera luego, además, yo necesito que tus cabros vuelvan a cuidar ovejas, se me están perdiendo varias.

- 151.- Ramiro: Ya veré cómo lo hago, patrón.
- 152.- Patrón: Piénsalo luego, Ramiro, si no voy a tener que buscar otro inquilino en lugar tuyo.
- 153.- Ramiro: (resignado) "Como usté mande, patrón".

(Esa tarde, al volver a casa, Ramiro se sorprende al ver su casa en perfecto orden: el fogón encendido, la ropa lavada, el aseo hecho y los niños perfectamente aseados).

- 154.- Ramiro: Juanita ¿Cómo hiciste todo sola? ¡Hasta comida tienes hecha!
- 155.- Toñito: ¡Mi mamita hizo todo!
- 156.- Juanita: ¡Cállate, Toñito! Trae un plato para el papá.
- 157.- Ramiro: Ten cuidado con el fuego Juanita y no te esfuerces tanto.

(Así pasaron los días y para sorpresa de Ramiro, Juanita, a sus casi diez años, hacía tortillas, lavaba, cocinaba y hacía aseo. Esto llevó a Ramiro a tener una conversación más seria con sus niños).

- 158.- Ramiro: ¡Dime la verdad, Juanita! ¿Quién viene a ayudarte? ¿Es Doña Martita? (Juanita enmudeció).
- 159.- Toñito: Es mi mamita, ella hace las cosas.
- 160.- Ramiro: Mañana vendré con Doña Martita y aclararemos esto... vayan a acostarse.
- (Al día siguiente, en casa de Ramiro)
- 161.- Doña Martita: Mira, Ramiro, cuando yo vengo todo ya está hecho así que me voy, pero la niña no puede hacer todo eso sola.
- 162.- Toñito: ¡Les digo que es mi mamita!
- 163.- Ramiro: Juanita ¿por qué dice eso tu hermanito?
- 164.- Juanita: Es verdad, papito, mi mamita viene todos los días, hace todo y se va...

- 165.- Ramiro: ¡No puede ser! Dime la verdad.
- 166.- Juanita: Es la verdad, papito, ella nos cuida y nos da un beso antes de irse (Ramiro toma a sus hijos y los abraza)
- 167.- Doña Martita: (Tras una pausa) Ramiro, tengo que conversar contigo, sin los niños.
- 168.- Ramiro: Dígame, Doña Martita.
- 169.- Doña Martita: Esto no puede seguir pasando, por el bien de los niños y el descanso del alma de Flor.
- 170.- Ramiro: ¿Qué debo hacer Doña Martita?
- 171.- Doña Martita: Debes conversarle todo al curita, él sabrá qué hacer.

(Tras esto, Ramiro esperó con ansias el domingo para ir a misa y contarle al cura lo que estaba pasando)

- 172.- Cura: Mira, Ramiro, lo que me cuentas ha pasado en otros lugares, lo que haremos es ir ahora mismo y bendecir la casa y rezar por el descanso de Flor.
- 173.- Ramiro: Me preocupan los niños, padrecito
- 174.- Cura: Todo va a estar bien, Ramiro. Ya lo verás.

(Esa misma tarde, se procedió a la bendición de la casa de Ramiro con la asistencia de sus infaltables amigos Jovino y Doña Martita)

- 175.- Doña Martita: Ahora descansa en paz la Flor, Ramiro.
- 176.- Ramiro: Gracias, Doña Martita, usted ha sido una gran ayuda para nosotros.
- 177.- Jovino: Cuídate, Ramiro y cuida a los niños. Hasta mañana.

(Esa noche para Ramiro sería la más inolvidable y sorprendente por los sentimientos que aflorarían tras el sueño que tendría)

- 178.- Flor: ¡Ramiro... Ramiro!
- 179.- Ramiro: (Sentándose en la cama) ¿Qué? ¿Quién es?
- 180.- Flor: Soy yo Ramiro, tu esposa...
- 181.- Ramiro: Florcita, ¡te he echado tanto de menos!
- 182.- Flor: Escúchame, Ramiro. La niña que nació en el fundo no era tu hija. El patrón abusó de mí, no sabes cuánto sufrí por no decírtelo. Debes irte de ahí con los niños.
- 183.- Ramiro: ¡El patrón nos trajo la maldición, cómo he sufrido yo y los niños por no tenerte!
- 184.- Flor: Ahora puedo descansar en paz, cuida mucho a mis hijos, siempre te quise, Ramiro.
- 185.- Ramiro: Flor, no te vayas. Llévame contigo (llorando): ¡No te vayas...!

(Al día siguiente)

- 186.- Patrón: Con vos tengo que ajustar cuentas. Tu perro me ha estado matando las ovejas.
- 187.- Ramiro: No puede ser, patrón. El Copo sólo sabe cuidarlas
- 188.- Patrón: El capataz me dijo que lo vio. Hay que matarlo...
- 189.- Ramiro: (afligido) No, patrón. El Copo es como un hijo...
- 190.- Patrón: ¡Te estoy mandando, mierda! Toma mi revolver quiero ver que lo mates

(Todos los sentimientos de maltrato contra él, contra sus hijos, contra su mujer. El rencor pudo más que la impotencia y en ese odio que le cegó hasta el alma, recordó esa frase del humillado, del sometido, del resignado... "Como usté mande, patrón". Apuntó el arma y el eco de los disparos aún se sentía,n mientras Ramiro caminaba como aturdido y el "Copo" correteaba a su lado).

SEGUNDO LUGAR REGIÓN DE LOS RÍOS

Marcos Gabriel Oporto Hermosilla 27 Años. Técnico Forestal La Unión

JULIO Y SU AMIGO EL MANZANO

En un tupido bosque de eucaliptos de la precordillera del sur de Chile, se encontraba un viejo manzano que convivía hacía unos años con estos exóticos árboles de Australia.

Era el final del verano, tiempo en el cual comienzan a caer las manzanas y otros frutos tardíos, acompañados de las primeras hojas de los árboles.

Es por estos días, cuando un joven campesino llamado Julio Farías, de unos 28 años, de tez morena, delgado, ojos y pelo negro enrulado, conservador, respetuoso y amante de la naturaleza, trabajaba en este bosque.

Después de trabajar arduamente durante la mañana de aquel día, se sentó a descansar junto a la sombra de los eucaliptos. De repente, sintió unos golpes sobre el suelo en el interior del bosque. Sin pensar dos veces y con mucho cuidado y curiosidad, por el miedo a que fuera algún puma que rondaba por el lugar, comenzó a internarse hacia donde escuchaba esos extraños golpes.

A no mucho andar, grande fue su sorpresa, ya que se encontró con un hermoso manzano que desprendía de sus ramas unas hermosas y deliciosas manzanas que caían sobre el suelo del bosque. Sin duda lo encontró extraño porque era muy raro encontrar un manzano dentro de un bosque de eucaliptos de unos 9 años de edad y en lugar tan lejano.

Al probar las manzanas, se dio cuenta que no era un manzano silvestre y dedujo algunas hipótesis del origen de éste, pero sin mayor importancia, comenzó así a visitar al manzano todos los días

para disfrutar de sus deliciosas frutos y de su agradable sombra y compañía. Tanto compartió con aquel manzano que lo consideró su amigo, debido a la soledad del sector donde se encontraba. Después de trabajar muchos días cerca de su amigo el manzano, Julio debió abandonar aquel lugar del bosque, porque había terminado el trabajo que realizaba.

Al cabo de algunos meses después, Julio volvió a pasar por el sector de su amigo el manzano; por supuesto, decidió pasar a verlo y comprobar su estado. Al acercarse lo encontró sin sus hermosas hojas verdes, ni menos sus deliciosos frutos en sus ramas; solo habían unas pocas manzanas comenzando a podrirse y rastros de algunos ciervos que quizás se habían comido las otras.

El aspecto de su amigo ahora era de soledad y tristeza, pero luego Julio comprobó que ya había comenzado el invierno y era normal encontrar a la mayoría de los árboles caducifolios sin hojas, lo cual lo dejó más tranquilo. Después de un rato de estar juntos, Julio le tomó sus tristes ramas y se despidió de él un poco triste, porque no sabía si le volvería a ver, para luego marcharse a su casa, debido a que el día nublado y lluvioso comenzaba a declinar y aún le quedaba mucho por llegar. Después de cinco años, el destino de la vida quiso reunir a estos dos amigos; era un día otoñal de mayo, cuando Julio volvió a aquel sector del bosque, pensando de inmediato en pasar a ver a su amigo el manzano. Había transcurrido tanto tiempo, que los eucaliptos, el sotobosque y demás malezas habían crecido mucho y todo el entorno había cambiado, lo que hizo que Julio no recordara el lugar exacto donde debía estar su amigo.

Pero después de darse algunas vueltas, inspeccionando el entorno del lugar, recordó algunas partes de la entrada y de inmediato comenzó a descender hacia el interior del bosque, haciendo a un lado los arbustos y murras que le impedían el paso, con un bastón que había recogido al pasar, mientras desde el interior de su corazón llamaba a su amigo y rogaba para encontrarlo vivo después de tanto tiempo.

Pasados algunos minutos de búsqueda y de reconocimiento del sector, algo de su interior le dice que mire hacia su derecha. Julio obedeció a su instinto y esforzó su aguda vista, para ver en un rincón a su gran amigo a quien deseaba ver. Se acercó con prisa, le acarició sus ramas, su tronco y pudo admirar de nuevo su hermosa y vieja figura, mientras le daba gracias a Dios por tener a su viejo amigo aún con vida, después de inspeccionar sus brotes y comprobarlo por sus propios ojos.

Julio ahora estaba muy feliz y emocionado, es que su viejo amigo había sobrevivido estoicamente entre los enormes eucaliptos, el sotobosque y las demás malezas del bosque.

Luego de varios minutos y después de haber limpiado el entorno con el bastón que llevaba, Julio decidió retirarse del sector, pues debía continuar su camino. Era sin duda de nuevo un momento triste para él, pero debía hacerlo; con dulzura se acercó a su amigo, lo abrazó entre sus ramas y su viejo tronco, lo acarició y, finalmente lo besó en una de sus ramas, para luego prometerle que volvería a verlo en el futuro.

Mientras Julio se alejaba de su viejo amigo, de vez en cuando le miraba con nostalgia, su vieja y hermosa figura y éste parecía despedirse de Julio con alegría y agradecimiento por su visita, moviendo sus viejas ramas, ondeadas por un suave viento de otoño que en ese momento soplaba por el bosque y parecía preguntarle finalmente, ¿Cuándo volverás?

Julio pareció entenderle y mientras se alejaba de él más y más, con voz gruesa y fuerte de un noble hombre campesino, le dijo: "Solo Dios y el tiempo lo dirán, querido amigo, hasta ese día...".

TERCER LUGAR REGIÓN DE LOS RÍOS

Jorge Armando Ponce Muñoz 25 Años Estudiante Los Lagos

1960

Ese día veníamos con la Cleme de la casa de los «ricos». Ellos compraban pollos nuevos para criarlos y yo fui a buscar una semilla para plantar. Fui en carreta, porque eran varios sacos de avena. La Cleme iba unos metros más adelante con una tía mía y yo llevaba la carreta con mi padre y Domingo Marte. Ese era un cholito muy simpático. Yo no sabía su nombre, un día domingo fue a mi casa y la Cleme le preguntó:

- ⁻ ¿Y cómo se llama usted?
- ⁻ Domingo ⁻respondió soñoliento.
- ¿Y qué apellido tiene, Don Domingo? preguntó la Cleme, sonriendo un poco por llamarse precisamente como ese día en que él nos visitaba.
- ⁻ Marte ⁻respondió secamente.

Ese era Domingo Marte, era negro como la noche y tenía un solo diente, no sé si arriba o abajo, pero tenía uno solo, yo evitaba mirárselo. Él era el alma de las fiestas, tomaba una guitarra y tocaba unas cuecas hermosas. Luego de un rato escuchándolo, uno se olvidaba que tenía un solo diente y cantaba par a par con él.

Domingo Marte iba sentado en los sacos arriba de la carreta, tocando guitarra. Íbamos cantando unas rancheras, cuando la tierra se movió como si se acomodase en sus profundidades. Nos detu-

vimos asustados preguntando qué pasaba, la Cleme y mi tía estaban a unos treinta metros adelante cerca de unos árboles. Mi padre avanzó unos pasos y se tiró en el suelo a escuchar. Yo esperaba con la carreta tranquilizando a las bestias, cuando Domingo Marte parado sobre los sacos llama mi atención: «Mira los animales de los potreros, Nicomedes.» Todos los animales comenzaron a juntarse en un centro de la pampa y se hincaban en el suelo bramando al aire en espera de algo grande. Se me puso la boca amarga y escuché mi corazón como latía. Dejé a los bueyes y traté de llamar a las mujeres para que se vinieran donde nosotros.

Mi padre se paró del suelo y tuvimos que escuchar. De los montes cercanos salían bandadas de aves volando sin dirección. Los animales sabían algo que nosotros no. Y justo ahí se nos vino el mundo abajo. Comenzó a moverse la tierra con una fuerza y maldad que uno no podía estar en pie. Al momento, caímos y rebotábamos en la pampa tratando de aferrarnos a las malezas, pero era imposible, sólo era caer, tropezar y golpearse en piedras y en nosotros mismos una y otra vez. Todo se movía, nada estaba quieto, el primero que cayó fue Domingo Marte con su guitarra que se partió en mil partes, los bueyes en el suelo, la carreta destruida y los sacos de avena rebotando por la pampa como si tuvieran vida. En el suelo traté de girar en dirección a las mujeres y veo que estaban peores, los árboles que estaban cerca de ellas lanzaban sus ganchos al suelo, otros caían completos muy cerca aplastando a algunos pollos que habían arrancado de las canastas. La tierra se movía como el oleaje del mar. Por momentos, se veía a los animales rodando en el círculo que habían formado y, por el oleaje de la pampa, desaparecían y volvían a aparecer.

No sé cuánto duró ese terremoto, pero pareció una vida. Cuando terminó, todos estaban con lágrimas en los ojos. Pude pararme y corrí donde la Cleme, el movimiento de la tierra las había llevado a unos barriales del camino, ahí estaban las dos mujeres de pies a la cabeza completamente cubiertas de barro. Le limpié el rostro a una de ellas y vi que era mi tía, Cleme venía más atrás cojeando abrazando sus costillas, ella sólo lloraba y decía: «¡Esto es acabo de mundo, Nicomedes!, ¡Esto es acabo de mundo!». A pesar de todo, tuvimos suerte, murió tanta gente, familias completas enterradas sin que nadie supiera de su muerte.

No murió ningún pariente nuestro en esa desgracia. Pero el terremoto no terminó, continuó con réplicas por dos años. Los años más largos de esa época, fueron como los años de la dictadura "decían después algunos". Un día, salimos a ver con la Cleme un cerro que nos dijeron que se había partido en dos. Yo había andado por esos lugares, pero ya no había nada. Llegamos al barranco, y había un hombre sentado al lado de una casita de recuerdo con unas flores recién puestas a tan sólo unos metros del precipicio. El hombre estaba llorando.

Buenos días, caballero. Lo molestamos le dije cuidadosamente de lejos para que alcanzara a secarse los ojos.

Acérquense no más, vengan a ver lo que hizo la tierra dijo, disimulando.

¿Qué pasó acá? le pregunté, indicando la casita con las flores.

Aquí ocurrió una historia muy triste, caballero. Lo que ustedes ven aquí sólo eran tierras que llegaban hasta el otro campo y aquí, justo en el barranco, vivía una familia recién llegada ⁻dijo quitándose el sombrero.

⁻¿Usted los conocía, caballero? ⁻preguntó la Cleme.

⁻No, yo sólo supe la historia y vine a ver como ustedes.

El hombrecito nos dijo que apenas comenzó a moverse la tierra, el cerro se partió de esquina a esquina y la casa cayó al precipicio, intacta, como si el diablo la hubiese tomado con las manos y la dejara a unos doscientos metros de profundidad. El único que alcanzó a salir fue el hombre. En la casa quedó su mujer y su madre.

Cuando se partió el cerro, avanzó cubriendo siembras, árboles, animales, casas, lo que estuviera en su camino. Avanzó casi un kilómetro matando todo. Dejó de temblar y las mujeres salieron de la casa a gritar que las saquen de allí, el hombre se acercó a ver y viene otro temblor que por poco lo envía donde sus mujeres, pero quedó colgado en unas raíces de un árbol. La pena grande fue cuando el hombre vio que el mismo árbol que lo había salvado, se quebró en la punta y cayó sobre las piernas de su mujer. Terminó de sacudirse la tierra y lo único que se escuchaba era el barro juntándose al lado de la casa y el grito de las mujeres. El hombre estaba choqueado, no podía mover su cuerpo.

Por los gritos, llegó otro hombre que andaba por ahí, él amarró una cuerda a un árbol y bajó a esas profundidades. Comenzó a subir con la mujer herida, la viejita quedó abajo esperando, cuando viene otro temblor más fuerte que el anterior. Mientras subían, la abuela los miraba desde dentro de la casa por la ventanita rota, hundiéndose en tierra y barro. Dejó de temblar y la gente de arriba sólo veía un río de piedras y de árboles molidos avanzando a gran velocidad; a la casa se la tragó la tierra.

La verdad es que al hombre la tierra se lo quería tragar. Nos despedimos del hombre que quiso quedarse ahí; para siempre tal vez. Nosotros continuamos. Esperamos que la propia tierra de alguna u otra forma cobrara nuestras vidas. Tuvimos dos hijas más y nos fuimos de ahí para comenzar de nuevo.

PRIMER LUGAR REGIÓN DE LOS LAGOS

Frida Valeria Aburto Henríquez
53 Años
Agricultora, Prodesal
Frutillar

LA HUACHA

Esta es la historia traspasada de generación en generación por mi familia.

A mí me la contó mi padre cuando era muy pequeña y es sobre porqué el sector rural donde vivo actualmente es llamado "La Huacha".

Hace muchos años, el abuelo de mi padre llamado, Chomingo, hombre muy trabajador en las labores campestres y su esposa, Matea, mujer muy esforzada y simple a la vez en todo lo que ella hacía en el campo, siendo ellos muy jóvenes y recién casados, llegaron a un lugar lleno de montañas y bosques nativos, donde nadie había llegado jamás y que la simpleza del paisaje cautivaba a cualquiera que por primera vez pisaba ese lugar.

Cuenta la historia, que ambos llegaron desde el norte a colonizar dicho sector rural, montando sus caballos y trayendo consigo un caballo Pilchero, un animal muy robusto y fuerte que tenía una pequeña mancha en su lomo; una vaca parida que le decían dulcecita, por su leche que era tan exquisita y de un sabor tan dulce que hacía que la leche se quedara por mucho tiempo en el paladar; y una yegua preñada que ya estaba a punto de parir, la cual se veía muy cansada en cada paso que daba dificultando un poco la misión.

Así anduvieron errantes varios días sin encontrar un lugar donde aposentarse. De tanto caminar, ambos decidieron internarse en los bosques cercanos a la comuna de Frutillar, ya que sus pasos eran cada vez menos fluidos y el cansancio era más frecuente en ellos.

Es así que se internaron en esos bosques y mirando en dirección hacia el mar, caminaron sin des-

canso, llegando a un sector muy hermoso rodeado de dos pequeños ríos y montañas vírgenes, lo cual hacía que más uno se enamorara del lugar, de tan pura naturaleza.

Al ver tan hermosas tierras, el abuelo y abuela se quedaron allí para vivir, sin dudarlo por ningún segundo, y establecer su colonización.

En aquel lugar, levantaron una choza, dejando sus animales amarrados para que no se escaparan, buscaron algo de leña para pasar la noche y un poco de agua que repartieron a sus animales por el cansancio que llevaban tras días de recorridos.

Esa noche fue de viento y lluvia, hacía mucho frío lo cual dificultaba un poco estar en allí, pero en aquel lugar su yegua llamada Palmatoria dio a luz una pequeña potranca.

Al amanecer, ambos despertaron y fueron a buscar a sus animales. Al acercarse al lugar, vieron una pequeña potranca, era tan hermosa, estaba muy débil que apenas se sostenía, llamaba mucho la atención por su dorado cabellera color miel, se encontraba junto a su madre tratando de beber un poco de leche. Sin embargo, su madre Palmatoria había muerto por darle vida a ella. Entonces, la abuela Matea cogió entre sus brazos al pequeño animalito a quien bautizó La Huacha, que aun muy débil por tal esfuerzo de vivir que apenas se podía sus piernas y no pensándolo más le dio leche de la vaca Clarisa para reanimarla. Fue así que la pequeña potranca los acompañó por un tiempo.

Una noche de frío y escarcha, la abuela Matea encerró a la pequeña Huacha en un viejo roble que tenía un gran orificio en su tronco. Este árbol la cobijó para que no sintiera frío; sin embargo, nadie pudo imaginar que aquella noche pasaría silenciosamente un puma, que merodeaba por el lugar. Olfateó al pequeño animalito y sin hacer ruido fue directamente donde la potranca y le arrebató su vida, enterrándole sus garras en su cuello para comérsela, sin compasión; el puma solo seguía su instinto animal. Al sentir los gemidos del animalito, los abuelos se levantaron y entre la oscuridad y bajo la luz de un chonchón se encontraron con la potranca sin vida. Este hecho les provocaría mucha pena a esta pareja, que vieron cómo una animalito que habían criado yacía sin vida.

Tiempo después cuando tuvieron que reconocer sus tierras e inscribirlas, la abuela Matea, en honor a su querida potranca, decidió bautizar el sector rural y su río como La Huacha, así esta historia marcaría el inicio de un nuevo lugar de vida para muchas familias, el que desde aquel tiempo hasta los días de hoy se conoce con el nombre de La Huacha, comuna de Frutillar, Región de Los Lagos.

Esta historia es real y fue traspasada de generación en generación.

SEGUNDO LUGAR REGIÓN DE LOS LAGOS

Gloria Elisabeth Cárcamo Asencio 55 Años Empleada Pública Ancud

MI NIÑEZ EN ISLA TAC

Eres una isla muy pequeña, solitaria en medio del inmenso mar. Yo, sin embargo en mi niñez te veía inmensa, muy grande, las dos grandes rocas con su gran cola (llamada pinquén). Es tu característica, en el atardecer, el sol se posa sobre ti con sus grandes rayos, dando diferentes destellos y haciéndote grandiosa. Estás en mi mente, en mi retina, son los mejores paisajes anclados en mi memoria. Aquí, en esta pequeña isla, me crié junto a mis padres Rosa y Adolfo y mis cuatro hermanas en una casa muy bonita que construyó mi padre, teniendo en su parte externa muchas rosas y calas. Al lado de mi casa estaba la de mis abuelitos, era muy grande, ya que ellos tuvieron doce hijos, de los cuales una parte se educó como profesor y una parte emigró a trabajar a la Argentina. En vacaciones de verano, se juntaban todos los hermanos que venían con sus hijos.

Mis abuelitos tenían muchos animales y rebaños de ovejas. Era una familia muy trabajadora. Cuando salían a pescar se levantaban de madrugada y traían gran cantidad de pescados. Los pescados los freían para el desayuno y lo comían con pan fresco, también se lecheaban las vacas, por lo que siempre había leche fresca. En verano, se carneaban vacunos, ovejas, aves, etc. y se reunía toda la familia a comer. Recuerdo que cuando niña mis abuelitos tenían sus tierras sembradas de trigo y papas. La costumbre para la cosecha era que venían muchas personas de la misma isla a cortar el trigo y como a las 16:00 hrs. se les llevaba pan fresco recién hecho y té de hierba. En ese momento, se paralizaba el trabajo y se ponían todos sentados en el pasto en forma de círculo a servirse su once.

En las noches, se reunía toda la familia en casa de mis abuelitos. Recuerdo que los únicos que conversaban eran los adultos y nosotros, los pequeños, nos limitábamos sólo a escuchar y, de vez en cuando, nos hacían participar solo para recitar o cantar.

Por lo general, las casas tenían otra casa detrás que se le llamaba "fogón", donde tenía una parte que era de pura tierra y allí se hacía fuego y colgaba una gruesa cadena, donde ponían un caldero que servía para hacer los reitimeintos. Esto consistía en poner el cuero del chancho y una vez cocido se le llamaba chicharrón y, también, se freían sopaipillas y milcaos. Este fogón tenía un entrepiso que se le decía "sobrado", donde, recuerdo, colocaban la paja para que permaneciera seca y sirviera de forraje para los animales.

Mi abuelita "Amalia" (así se llamaba), siempre nos contaba cuentos y siempre la veía hilando la lana de sus ovejas y, también, tenía un telar en el segundo piso de su casa, donde hacía las frazadas. También, cuando la marea estaba baja, nos llevaba a la playa para ir a mariscar, sacábamos muchas navajuelas y almejas y recuerdo que a nosotras nos daban un canastito chiquitito para colocar los mariscos.

En uno de los veranos, tendríamos unos ocho o nueve años, nos juntamos todos los primos y nos fuimos a la playa. Había dos botes que eran de mi papá. Uno se llamaba "Trueno" y el otro, "Relámpago". Nos subimos las mujeres en un bote y los hombres en otro, el día estaba maravilloso y el mar estaba muy calmado, empezamos a remar y nos internamos en el mar, alejados de la orilla y empezamos a luchar con los remos, las mujeres contra los hombres y, en esta lucha, se nos fueron los remos al mar, así que empezamos a remar con los brazos. En eso estábamos, cuando sentimos un pitazo que venía desde la playa. Era mi tía "Olga", que nos estaba llamando para que regresáramos a la orilla. Al llegar a la playa, mi tía nos dijo que bajáramos uno a uno y de mayor a menor y, a medida, que íbamos saliendo, nos iba dando un latigazo en el trasero y nos iba diciendo que nunca más saliéramos solos sin la compañía de un adulto, ya que lo que habíamos hecho era muy peligroso, pero, gracias a Dios, nunca nos pasó nada.

También, mis abuelitos tenían una quinta con muchos árboles de manzanas, peras y ciruelas. Esta quinta quedaba, prácticamente, muy alejada de la casa, al otro extremo de la isla y muchas veces nos arrancamos para ir a sacar las manzanas y para que no nos alejáramos, mis tíos, que en ese entonces eran jóvenes, trajeron desde Valdivia unas máscaras y nos echaban miedo, ya que se disfrazaban y se ponían esas máscaras y como nosotros no conocíamos estas cosas, nos daban mucho susto. Le pusieron que era "El Ronco", siempre andábamos con susto de que en cualquier momento apareciera "El Ronco", así nos controlaban para que no nos alejáramos demasiado de nuestras casas.

A lo largo de nuestra niñez, pasamos muchas anécdotas como cuando fuimos al río, allí existía un molino y veíamos cómo se molía el trigo entre dos piedras redondas y muy grandes que giraban con la fuerza del agua. Encontraba increíble este proceso y nosotros aprovechábamos de jugar en

ese río, nos subíamos a unos troncos de madera que flotaban en el río y hacíamos como que era un bote, nos subíamos y nos apoyábamos con unas varas (palo largo y delgado) y una vez perdimos el equilibrio y nos caímos todos al agua (por suerte que el río no era profundo o si no habríamos estado todos ahogados) y para que nuestros padres no supieran, entrábamos calladitos a la casa, enteros mojados a cambiarnos de ropa (esto, parece, que nunca lo supieron).

En la isla, había un hombre llamado "Benjamín Millalongo", era flaco y alto, vestía unos pantalones que le llegaban a la mitad de la pierna (entre el tobillo y la rodilla). Era tejido a telar de lana de oveja y siempre llevaba un sombrero y andaba descalzo, le teníamos mucho miedo, porque decían que era brujo, siempre lo veíamos solo, con las manos cruzadas detrás de la cintura, era muy alto, me inspiraba mucho respeto, lo observaba desde lejos y con mucho miedo. Él vivía al otro lado de la Isla.

Nosotros vivíamos cerca del puerto de la Isla y cuando salíamos a visitar a otras familias con mi mamá, teníamos que caminar y saltar muchos cercos. Eran gente muy humilde, pero cuando uno iba a sus casas, se deshacían en atenciones, algunas casas sólo tenían fogón y hacían tortillas cocidas en las cenizas y después se raspaban y quedaban muy ricas.

Teníamos una bisabuela que también vivía al otro lado de la isla, recuerdo que cuando fui la primera vez a visitarla con mi mamá, me impresionó mucho, era muy viejita y tenía como cien años y tenía un solo diente que lo vi muy largo y vestía toda de negro, era la única casa de la isla donde se hacía queso y me llamó mucho la atención que tenía unos árboles de manzana que daban unas manzanas muy rojas y muy grandes (decían que eran manzanas de libra), la casa en sí, para mi edad (como cinco años) era como misteriosa, tenía en el comedor un reloj que prácticamente ocupaba el alto de la pared, tenía unas largas cadenas y un gran péndulo, yo me quedaba admirada y con un poco de susto contemplando el movimiento del péndulo, después con los años supe que ese reloj se lo habían traído desde Punta Arenas.

En la isla, en el tiempo de las moras, poníamos unos tablones sobre las moras y llevábamos unos tazones para sacar moras y nos comíamos tazones de este fruto. También, salíamos todos a sacar los chupones (es un fruto lleno de pepas y bien dulce, alargado) que crecen en los quiscales.

Para salir de la isla, teníamos la lancha de mi abuelito que hacía viajes a Mechuque, Achao y Dalcahue. Eran horas de viaje y muchas veces con tiempo muy malo. Una vez mi tío "René" traía mercadería desde Achao y había una tremenda tempestad por lo que tuvo que votar la mitad de la mercadería para que el bote no se hundiera. A veces, llegaban de noche a la isla y mis tíos hacían fogatas para que les sirviera de faro. Yo no le tenía miedo al mar, pero mi hermana mayor, "Lidia",

era muy miedosa y hasta la fecha le tiene miedo al mar, quedó traumatizada. Mi mamá siempre tenía un botiquín lleno de remedios (para el dolor de estómago, cabeza, metapío para las heridas, etc.) por cualquier enfermedad que se nos presentara, ya que, como pueden ver, era muy difícil salir de la isla. También, viajábamos a Mechuque, quedaba más o menos a una hora y media de la isla Tac, allí pasaba el barco llamado "Trinidad", pasaba a buscar a todos los pasajeros que viajaban a Puerto Montt. Nosotras pasábamos a alojar donde una tía que le dicen "Licha", ya que el barco zarpaba como a las dos de la madrugada de Mechuque.

Una vez, viajamos de Puerto Montt a Mechuque, mi papá y yo, y al bajarnos del barco, yo pensé que mi papá llevaba mi maleta y él creía que yo me había preocupado de lo mío y, al llegar a tierra, le pregunté a mi papá si tenía mi maleta y él me dijo que no, alguien tuvo que haber llevado mi maleta, por lo que esa vez me quedé con lo puesto. Así que mi tía Licha, como tenía un almacén y tenía género, me hizo un vestido y, después, al llegar a la Isla Tac, mis tíos se comunicaron con mi mamá por radio, que estaba en la ciudad de Ancud (ciudad adonde fuimos a vivir cuando yo tenía como diez años) para que me enviara ropa y, como en esa época, se iba a celebrar las bodas de oro de mis abuelitos, le dijeron a mi mamá que arrendara una avioneta y fuera a la isla, pero ella no llegó, sólo mandó el avión con un poco de ropa para mí. En ese verano, llegaron todos mis tíos, se juntaron los doce hermanos, pasamos un verano maravilloso, comiendo muchos curantos y asados de cordero.

Una vez, mi hermanita menor, "Marianela", tendría unos tres años, cuando notaron que respiraba solo por la boca y que la nariz la tenía un poco ancha, así que la examinaron mis papás y mis tíos y vieron que tenía una arveja en cada orificio de la nariz y que, éstas se estaban agrandando (creo, que ya le estaba saliendo la raíz), por lo que la tendieron en una mesa e improvisaron una operación para sacarle las arvejas, un tío o tía le tenía sujeta la cabeza; otro, los brazos y otro, los pies y mi tío "Humberto" tenía unas agujas como crochet muy fina que eran de su máquina de tejer, con la que extrajo las arvejas de la nariz de mi hermanita.

En general, en la isla se vivía de una manera tranquila. Todas las personas sembraban el trigo, papas y verdura y se tenía animales y aves, el abono que se utilizaba era la lamilla que salía del mar.

Esto es solo una pequeña parte de lo vivido en mi adorada isla.

TERCER LUGAR REGIÓN DE LOS LAGOS

Daniela Constanza Manieu Espinoza 18 Años Estudiante Puerto Varas

EL FUNERAL DE MI VECINO

Las campanas de la iglesia de Nercón se escucharon sonar varias veces, recuerdo que me desperté y fui a tomar mate a la cocina.

Ese día hacía mucho frío, yo no quería ir a lechear las vacas, pero igual fui y las gallinas estaban empollando, cuando aparece mi perro, "el Max", yo pensaba que no existía perro más inteligente que ese en toda la isla, por lo menos.

Desde chica, el vecino me lo quería comprar, pero mi abuela no lo quería vender ni por todos los sacos de papas del mundo.

Mi tata ya se había ido a pescar para llegar más luego a la casa.

Me acuerdo que le pregunte a mi mamá que por qué sonaron las campanas tan temprano y era porque iba haber un funeral y de repente miro para la casa de al lado y entraba y salía gente y era que el hermano de doña Pancha se había muerto y tuvimos que ir al velorio.

Todos de negro y el olor a lana de cordero y cuero de chancho era el ambiente ideal para velar al pobre Don José que ya estaba bien viejote. Un rato mas tarde nos pidieron que si podíamos ir a pelar las papas para la comida, mientras los demás preparaban las lechugas y cocinaban los trozos de chancho y cordero.

Era la primera vez que iba a un velorio y me extrañó la forma en que todos estaban reunidos en la

cocina y no donde tenían al muertito.

Todos tomamos mate de un mismo jarrón, otros tomaban chicha de manzana que estaba hecha hace poquito porque ya era la época.

Los gatos andaban metiendo sus bigotes en la comida que ya estaba en la mesa a los pies del féretro, supongo que era normal que tomaran la lechuga con la mano o que las papas las utilizaran como pan.

Parece que la fiesta fue un éxito. Don José fue uno de los muertos mejores comidos, aunque él no probó bocado, pero aquí los chilotes siempre lo vamos a recordar, dijo un hombre medio borracho antes de que se lleven el féretro al cementerio.

En fin, y como buenas vecinas, nos quedamos ayudando a limpiar y a ordenar, lavando platos y dándole las sobras a los perros y a los gatos que andaban de entra y sale en esa casa con el olor a comida, y de repente un par de gallinitas que aparecían por ahí.

Después en el cementerio, todos estaban colocándole flores al mausoleo, pero me llamó la atención que uno de los perros de mi vecina estaba echado encima de la tumba y le pregunté a doña Pancha que si el perro sabía quién era el muerto y ella, con un rostro muy triste, me comentó que ese perro era de su hermano y que éste hace muy poco llegó a la casa y fue entonces que supieron que algo malo le había pasado a don José, pero ahora la Llorona cuidará de su alma y llorará por otro hijo que se fue y, como dicen, lo comido y lo bailado no me lo quitan ni muerto.

PRIMER LUGAR

REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

Julián Patricio Vásquez Villarroel 33 Años Profesor Coyhaique

MALA SEÑA

Ya salimos mal de abajo. Decía nuestro entrenador, el viejo Carrasco, a cada rato arriba del camión. Ya salimos mal de abajo.

Cállate, viejo jodío, tay igual que las viejas, le respondía alguien. El viejo era un antiguo carrerista y sabía que si el caballo sale mal de la gatera, ya no hay nada que hacer... plata perdía no más. No lo iba a saber él que, según las malas lenguas, había perdido hasta la mujer jugándoselo todo en una escrituriada allá en Puerto Guadal.

Todo jugaba en nuestra contra... la fatalidá que le llama. Pa'l sorteo ya entramos mal, jugaríamos contra el local a primera hora del sábado, eso significa que teníamos que salir casi de amanecida desde Puerto Sánchez...sábado más encima...día de pesca (por las cañas no por la actividad).

Nuestro transportista, de mala gana, llegó a la plaza y desde ahí maldecía a todo el mundo: al equipo, al entrenador, al delantero, al fútbol en general, y, por último a la puta vida que lo había traído a ese pueblo olvidado de la Patagonia aysenina. Yo, por mi parte, trataba de calmar los ánimos y buscaba uno a uno a mis jugadores. Este torneo no podíamos perderlo, era la primera vez que juntábamos tan buen equipo (bueno, era la primera vez que juntábamos 11 jugadores relativamente normales en este pueblito). El año pasado, llegamos sin arquero y vestimos al viejo Gallardo, quien no solo no jugaba desde hace unos 20 años, sino que, además, nunca había visto una cuarta fuera del ojo. Resultado, primer partido...fuera...11-0, más encima contra Bahía Murta, los enemigos, los que siempre se reían de nosotros. Claro, ellos con gimnasio y buena cancha, por supuesto, donada por el alcalde que era nacío y criao ahí mismo. Nosotros, con suerte, nos juntábamos en una pampa de la Estancia cuando no estaba el capataz. Pa' más recacha, ese hombre era harto poco dado al

deporte (con 130 kilos supongo, que no jugaba ni con tierra) y tenía por costumbre meter animales en ese potrero justo cuando teníamos la suerte de que el Chancho Cadagán –así le decíamos a este hombrecito— se iba al pueblo a hacer sus diligencias, con unos cuantos chiflidos nos juntábamos a acortar la tarde. Pichangueábamos hasta que nos daba la clarida' (por acá no tenemos la suerte de los murtinos que tienen hasta luz eléctrica los muy pesados) así que cuando ya andábamos a los topones, parábamos. Las más jodidas eran las viejas que después de los "entrenamientos" no solo tenían que lavar la ropa hedionda por el sudor, sino que, además, sacarle los pedazos de bosta de vaca pegados como *abrojos a la cola del cordero*.

Ya poh, Contreras, apúrateji el paramédico de la posta que dio parte de enfermo para poder ir a jugar era un delantero ligero y peligroso, fue el tercero en llegar. Ya estábamos ahí con El Tractor Mardones, nuestro "bag centro" (el apodo no era por lo grande ni por lo fuerte, sino por lo lento de sus movimientos)

Y estos güevones que no vienen ¡¡pensarán que esta güevá es taxi!!, gritaba Don Sofanor, siempre mal habla'o. Era el dueño del camión que después de una semana de ruegos accedió a llevarnos por las 10 lucas que, a duras penas, juntamos entre todos.

Van a ser las siete y ni una papa pelá –decía Mardones– Íbamos a salir a las 6 y si estos güevones no se levantan, vamos a perder por "bucover" (la pronunciación no era muy exacta, pero el hecho era que si no estábamos a las 9 en cancha, de nada servían nuestros esfuerzos).

Me empecé a poner nervioso, porque a la hora acordada solo estábamos tres jugadores y el entrenador, claro que, al parecer nuestro DT no iba a ser de mucha ayuda, porque con la excusa de que había que salir tan temprano, buscó sus mejores cassettes de rancheras y se predispuso a pasar la noche en vela. Claro... una cosa llevó a la otra, no faltó el que escuchó música, se entusiasmó y vamos comprando un vinito pa' acompañar a don Carrasco y entre conversa y conversa... Casio otra vez con la gracia de Dios, como decía siempre.

Mi labor como capitán no solo era dirigir al equipo, sino que cuidarlos casi como guaguas: P'ta Aguilar, no andís tomando, mira que mañana jugamos; Juanito pide permiso temprano, porque tú sabes que tu mamá es mañosa; señora, no se preocupe, esta vez su marío va a llegar temprano; Por favor, Catelicán, no andís peliando, si te güevean por el apellido, aguanta hasta el final del partido, tú sabís que no tenemos cambios; siéntese ahí entrenador, trate de dormir un poquito para que se le pase... los discursos me los sabía de memoria.

Todos confiaban en mí, me creían. En la cancha era el último hombre, el patrón del área. Siempre

elegante, siempre limpio. A lo Figueroa, Don Elías Figueroa, mi ídolo. Claro, siempre sabiendo que esto es fútbol rural, aquí se pone la patita fuerte y se saca del fondo a como dé lugar, *sin asco,* como me gritaba el viejo Carrasco. Nunca mala intención, nunca un golpe por detrás. En mi vida deportiva, nunca una expulsión. Amarillas como todos: por llegar tarde al balón o por levantar mucho los codos, pero nunca por pegar sin pelota o por cortar un jugador... nunca...

Las siete y cuarto y, por fin, llegaron los últimos. Todos arriba y a jugar. Estamos... estamos.

Ya, Don Sofanor, salgamos no más, le grité a nuestro chofer, que de tanta rabia ya llevaba como media cajetilla de cigarro; alcanzamos justito a pasar la gruta de San Sebastián, prendimos una velita por cada jugador y a ganar-, le dije bajito para que así no me oiga.

A San Sebastián van a pasar los güevones, dijo, irónico Don Sofanor. A mí me contrataron para llevarlos a Murta y pa' llá vamos, no me vengan con güevadas de santos ni difuntos, si quieren, bien, sino, se bajan y les devuelvo sus diez lucas que ni pa' petróleo me alcanzan.

Viejo hereje, nos calzó... no nos quedaba otra. P'ta qué le va a hacer un ratito, Don Sofanor... le rogamos, pero el viejo no y no y no más. Me tocó, como siempre, tomar decisiones. Ya Don Sofanor, vamos no más, si igual el santito sabe que nos acordamos de él y una ayudita nos dará. Claro, que no se olvide de tocarle la bocina a la pasa, pohj

Por fin salimos, siete y veinte. Si el camino está bueno, llegamos diez pa' las nueve. Justo pa' entrar a la cancha. Nos vestimos en el camino, dirijo un calentamiento tal como lo vi en la tele una vez que estuve en el pueblo, pensé, y estamos.

Pasamos frente a la gruta del santito y el viejo Sofanor como si nada... ni un pitazo le tocó el viejo ateo... Mardones, por si acaso, sacó una vela y me la pasó para que yo la encendiera; prendí un fósforo y nada, no prendían los muy desgraciados. Seguro que la caja se había humedecido. *Mala seña*, dijo el viejo Carrasco en su curadera. Le pegué una mirada, pero prefería no decirle nada. *Toma Contreritas*, le dije al paramédico, *tengo los dedos engarrotados, dale tú*.

Mala seña, mala seña... me daba vuelta esa frase en la cabeza, pero no dije nada. Serio no más. "Concentrado" como dicen, los jugadores profesionales. Miré la hora. Las ocho y veinte. Ya, muchachos, estamos a llegar, así que a vestirse. Todos sacaron sus zapatos de fútbol y yo repartí las camisetas. Entre tanto movimiento se hacía difícil la misión de sacarse la ropa de trabajo y vestirse de corto. Parecía que Don Sofanor pasaba a propósito por los hoyos más grandes... como se tiene

que haber reído, mirando por el espejo, el viejo desgraciado.

Un cuarto pa' las nueve y divisamos el estadio, los murtinos ya estaban pateando al arco. Nos bajamos y fuimos con el DT a inscribir al equipo, el resto se estiró un poco, bajaron el balón y a moverse dentro de la cancha.

Justo a tiempo, nos dijo el Profesor Haro, que para estas ocasiones las oficiaba de dirigente deportivo, estrechándonos la mano. *Bienvenidos*. El profe me había hecho clases en la básica y era su regalón, porque me había contado que, en su tiempo, él jugaba en el mismo puesto que yo. Me hizo una seña para hablar aparte y yo despaché al viejo Carrasco para que vaya a mover a los jugadores y para que aprovechara de prepararse un cafecito, a ver si se le pasaba la mona.

Vásquez, me dijo, te conozco de chiquitito por eso me atrevo a hablarte. Con eso me empezó a poner nervioso. ¿Te acuerdas del gringo Harris?, me soltó por fin. ¿El Maldito?, le pregunté. Sí, llegó anoche y viene a reforzar a Murta, así que, por favor, te pido que juegues como siempre, tranquilo, sin peleas. Recuerda que tú eres el capitán del equipo y un ejemplo para... siguió hablando pero no logré escuchar nada, no sé qué pasó, lo veía mover la boca, pero no tenía cabeza para nada más... El Maldito Gringo Harris... otra vez... Mala seña, mala seña... se me repetían las palabras del viejo Carrasco.

Había dicho que nunca me habían expulsado... mentí... una vez. Hace cinco años... en la misma Copa del Lago. Me sacó de quicio. El Gringo Harris era un delantero de esos mañosos, metedor. Además, su apodo lo decía todo: El Maldito... desde chico era desagradable. Desde el minuto uno me empezó a molestar, me dijo de todo y todo se lo aguanté... hasta que me habló de mi madre..., minuto 40 del segundo tiempo, me llenó... le metí un mazazo seco en la mitad de la frente. Cayó como un pajarito. Se me vinieron los murtinos como a buscar los vicios y uno a uno los fui enfrentando. No sé de dónde me salió tanto coraje, pero ese día estaba hecho un loco. Repartí y recibí como nunca. El saldo fue terrible, me quebraron tres costillas, dos dedos fracturados, la cara hecha pedazos y lo peor... dieron por perdedor a mi equipo.

En la noche, de pura rabia me puse a tomar como nunca lo había hecho. No me podía explicar cómo hice lo que hice, yo nunca había respondido a una provocación. Nunca tuve un problema ni dentro ni fuera de la cancha, ese día... ese maldito día... ese maldito gringo... más encima, como a la una de la madrugada, cuando yo ya estaba flotando en alcohol, apareció el Gringo, con los ojos tapados y una mirada que daba miedo. Me andaba buscando desde que salió de la posta. Me las tenía prometida. Menos mal que doña Maruja, la dueña del boliche, me sacó por la cocina y

con la ayuda de algunos compañeros me subió al camión que nos llevó de vuelta a Puerto Sánchez. Nunca más volví a verlo, pero ya saben como es acá en La Patagonia, esas cosas no se olvidan.

Bueno, capitán, me dije, ahora a concentrarse. El partido está listo y tú eres el líder. Sentí el pitazo que llamaba al centro de la cancha y fui trotando, ajustándome la cinta de capitán, en el brazo izquierdo como siempre. Orgulloso, no miré a nadie. Simplemente, no me di cuenta de lo que venía. Mala seña, mala seña, me retumbaban esas palabras en la cabeza... y no podía ajustarme esa maldita cinta desgastada. ¿Por qué no prendió la vela? ¿Por qué salimos tan tarde? ¿Por qué no pasamos a la gruta? Mala seña, mala seña. No lo vi venir..., pero sentí un viento helado que me entró por el costado, justo bajo la cinta que terminé de ajustar..., justo en lo blandito, justo al corazón..., mientras caía, lo alcancé a ver... el Gringo Harris, vestido de corto, con la 9 en la espalda, la cinta de capitán de Bahía Murta y el cuchillo sangrante empuñado en su mano derecha.... Mala seña...Mala seña.

SEGUNDO LUGAR

REGIÓN DE AYSÉN Y DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

Evaristo César Riffo Gallardo 36 Años Trabajador, Administrador Agrícola Cisnes

CASA DE QUILA

Le dolía la verija. Después de ocho horas a caballo, siendo que nunca antes montó uno, se había encaramado entre los cerros a cada momento más alto y la pisada tendía a perderse entre los ñires otoñales hinchados de un purpúreo granate, de intervalo en intervalo regados por una precipitación naciente.

Tenía frío, pero no quería admitirlo ante el arriero imperturbable que cabalgaba a su lado lo mismo que si estuviera tirado en una hamaca e inversamente al carabinero del retén, obstinadamente mudo.

Desde lo alto se percibía un río crecido que se abría su marcha a porrazos de agua intranquila hacia el Pacífico, retirado tan sólo lo suficiente para dejar paso a la huella.

Los viajantes convinieron en merendar en la cabalgadura, de modo de conseguir el destino proyectado a marcha forzado antes que los pillara la escarcha, ya que avanzada la oscuridad él frío descendía hasta los quince grados bajo cero. Por eso, cuando sintió apetito, pasado el mediodía, sin parar su jornada desató de las provisiones una lonja de fiambre, con la que se distrajo fácil un par de horas.

Al oscurecer, los pingos jadeaban y la helada se había aparecido encubierta en medio de las nacientes sombras y entonces le costó afirmarse en la huella. Cedieron riendas y continuaron sobre las pisadas dejadas por animales de arreo un par de días antes.

En una ardid sutil, la oscuridad se encargó definitivamente del horizonte y los gauchos sintieron las mantas cruzados de miles de saetas cargadas, que enjaularon sus órganos, haciéndose difícil la respiración.

Sin embargo, no abandonaron el rumbo trazado, ya que al traspasar la cumbre de un cordón de lomas oscuras, distinguieron unos destellos a lo lejano. Picaron sus bestias agotadas sin conseguir respuesta; vadearon un riachuelo, cuya extensión empezaba a solidificarse y subieron un cerro mediano dejando atrás la quebrada, hasta un bosque de cipreses chamuscados. Cuando el arriero vio los árboles, dijo al fin.

- Estamos llegando a la casa de don Tito.

Bajaron con cuidado la diminuta, pero pronunciada inclinación, ya que el terreno desigual se había transformado en un paño de vidrio y al alcanzar el valle las bestias cabalgaban, a pesar de su agotamiento.

Las luces que habían distinguido antes, eran unas hogueras prendidas por arrieros, que se alojaban llevado animales para Chacabuco.

– El campo de Don Tito –exclamó al carabinero; y como viera Roberto, boquiabierto mirando el fuego, agregó: "Se está quemando".

Una hora más tarde, ingresaron por un callejón y se aproximaron a una casona de tejuelas, situada justo frente a un corral. Se bajaron de los caballos fatigados y de inmediato los aliviaron de toda carga, el que traía el carabinero se echó como una mula.

Contra lo esperado, nadie salió a recibirlos a pesar de los ladridos de los perros. En la oscuridad buscaban la entrada, sin embargo, advirtieron que solo había unos ranchos.

A Roberto le costó mover sus extremidades acalambradas, pero batalló para seguir al arriero que en ese momento entró a la casa con paso firme y hasta reposado.

Una señora de edad imprecisa que llamó señora Eulalia, le salió al encuentro con sus mejillas rojas de calor, secándose las manos en un ancho delantal adornado.

– El caballero es familiar del administrador de la estancia –lo presenta el carabinero.

La mujer le estiró la mano regordeta, sin decir una palabra.

- ¿Quieren comer algo? -le preguntó al forastero. Y éste asintió con la cabeza.

Después de comer llevó las valijas, un canasto que le había regalado la señora del administrador en

la estancia de Alto Río Cisnes y unos atados de tela, hasta una diminuta pieza con un catre helado como la brisa que principiaba a rastrear el valle.

Cuando se quedó solo en la habitación, el forastero miró por la ventana que daba a la huella. Aunque la oscuridad empañaba los vidrios, alcanzó a diferenciar el resplandor alejado de las quemas en el campo.

Respiró profundo, sacó de las valijas un papel y lápiz. Despejó la mesita de unos documentos amarillos por el paso del tiempo y se puso a escribir concentradamente en su diario de vida.

Cuando finalizó, se preguntó cuánto faltaría aún para llegar a Chacabuco y tomar el barco de regreso para su querido Santiago. Con la cabeza inclinada, revisó con esmero lo escrito, no encontrando ninguna falta de ortografía, siempre se había logrado distinguir por el cuidado enfermizo que ponía en todo lo que realizaba.

Al despertar la aurora, Roberto roncaba plácidamente. Con facilidad llegó al mediodía, sus otros dos acompañantes no se atrevieron a despertarlo, cuando el sol le dio con todo su ímpetu sobre los ojos los abrió apresuradamente. Miró su reloj y con asombro descubrió que eran las doce y media, se levantó con prisa, pensando que sus compañeros lo habían dejado solo a medio camino. Al abrir la puerta, descubrió que aún lo esperaban. Almuerce antes de emprender el viaje le dijo el dueño de casa, pero Roberto consciente de que ya había hecho esperar demasiado a sus compañeros, salió presuroso hacia el patio. No sin dificultad, ensilló su caballo, pero cuando quiso montarlo su cuerpo no le respondió. "Descansemos le dijo el arriero el día ya lo tenemos perdido, continuemos mañana temprano".

Un día completo, Roberto estuvo tirado en la cama cual enfermo inmóvil, al día siguiente antes que amaneciera estaba sobre los lomos de su pingo.

-Hoy debemos llegar hasta la casa de quila, -dijo el carabinero. "Cabalgaremos todo el día", dijo el arriero, con un suave movimiento de cabeza. Roberto ratificó la invitación.

El camino que va desde Cisne Medio a Mañihuales cambia abruptamente su topografía. Atrás queda el campo de Don Tito y la selva se iba tupiendo de helechos y quilas gigantes que a cada rato amenazaban engullir el anquilosado sendero, atravesaron el Cisnes y se encauzaron por la huella que años después sería por donde pasaría la Carretera Austral.

Al mediodía, comenzaron a subir una empinada cuesta y el golpe esmeralda del río Cisnes vino

a abofetearles de frente la cara. Fueron sorteando sus acechos y así no se dieron cuenta cuando tuvieron a la vista Campo Grande.

Al caer la noche, el carabinero se bajó abruptamente del caballo, parcamente le mostró a Roberto.

- Aquí permaneceremos hoy.

Atardecía, cuando la grosera figura de Roberto arribó a una pequeña casa de quila, que era ocupada por algunos troperos que llevaban animales de arreo a Chacabuco para embarcar rumbo a la Feria de Osorno en Puerto Montt. Desensilló con dificultad, caminando encorvado con su cuerpo como un coligüe por el peso de las maletas. Entró a tropezones y desde la penumbra la voz de un hombre lo vino a encontrar, diciéndole.

- Pase, pase no más -escuchó que le decían con amabilidad.

Roberto se desplomó sobre el suelo y alcanzó a distinguir al fuego que prendía con fuerza. Cuando sintió que había recuperado impulso, explicó:

- Voy a Chacabuco.

Los arrieros lo miraron intrigados, porque eran pocos los viajeros extraños que se aventuraban por esos parajes.

- Anda en busca de trabajo -lo interrogaron.

Voy a tomar el barco, me voy de vuelta a Santiago.

Así entre mate y conversa continuó la noche. Algunos de los troperos contaban anécdotas que le habían ocurrido en la casa de quila, ya que siempre el sector había sido famoso por los ruidos, visiones y hechos extraños que acontecían. Según los viajeros, esto era producto de un gran mineral que había en el sector. Ignorancias, pensaba Roberto.

Sin embargo, aquella misma noche el destino se encargaría de mostrarle su equivocación. A eso de las once, los perros salieron a ladrar con fuerza, pero volvieron humillados y llorando. Al rato una luz alumbró todo el sector. Una estrella fugaz, pensó Roberto.

A eso de las doce decidió acostarse.

- Acuéstese adentro -le dijo el arriero. -Aquí siempre suceden cosas. Es mejor estar acompañado.

Roberto, le dijo:

No se preocupe. No es primera vez que duermo a la intemperie.

Así, poco a poco los viajantes se fueron acostando uno a uno. Solo quedaban uno pocos en pie, cuando escucharon el grito más desgarrador que se pueda sentir. Les corrió un frío helado por las espaldas. El viento vino a detener la brisa, el eco rebotó con fuerza inusitada en los cerros y volvió a la velocidad del rayo uno tras otro. Los gritos de auxilio se sentían cada vez con más fuerza, provenían del río, cuando a los pocos minutos entra un hombre con la fuerza de un tropel y la velocidad de la luz, arrasando con todo a su paso, sin fijar en nada pasando por encima del fuego como quien camina por una plaza. Entre varios lo sujetaron y vieron en su cara el temor más absoluto. Todos se sintieron presa del pánico. Entre tartamudeos, explicó que un hombre alto, fuerte, impecablemente vestido de huaso, con espuelas de oro y una cara terrible, lo arrastraba hacia el río. De ahí, nadie más durmió. Roberto tiritó toda la noche al lado del fuego. No era capaz de retener nada con sus manos. La noche pareció interminable, los minutos se hacían horas y las horas, minutos. En los primeros pestañeos del día, todos ensillaron, partiendo con gran rapidez tratando de dejar atrás y lo más lejano posible la casa de quila. En todo el trayecto, Roberto no emitió palabra alguna. Tiritaba con desesperación. El camino lo asustaba, llegó a Chacabuco, no se despidió de nadie. En el barco no conversó con nadie. Su mirada viajó perdida en el horizonte, no comió ni bebió, solo tiritaba intensamente. De Puerto Montt a Santiago nunca les dijo nada a sus familiares. Jamás habló de aquello. Prometió no volver a la Patagonia. Nunca supo nada de sus familiares patagónicos, le costó años reponerse.

Con los años, se enteró por un diario, que se había descubierto una mina en el sector de Campo Grande en la Región de Aysén. Después se enteraría que se estaba construyendo la Carretera Austral. Años después decidió volver, pero esta vez en un cómodo cuatro por cuatro. Cuando avanzaba alegremente junto a su familia, se encontró de sorpresa con Campo Grande, sus recuerdos volvieron con rapidez inusitada, siguió avanzando con lentitud, hasta que vio de frente un puente que decía: Puente Doña Dora. Viró bruscamente hacia la izquierda, ahí estaba ubicada la casa de quila, su cuerpo sintió que le recorría por toda la columna vertebral una ola de frío intenso. Comenzó a tiritar con fuerza, hasta que no pudo manejar, detuvo el vehículo, continuó tiritando, no podía hablar, sólo balbuceaba: "volvamos, volvamos". Su hijo tuvo que hacerse cargo del vehículo. Durante horas, Roberto no habló. Solo en Chaitén logró recuperar el habla, ahí algo contó.

Años más tarde, cuando Roberto murió, su funeral no pudo realizarse en la iglesia. Sucedieron una serie de circunstancias desgraciadas que lo impidieron. No pudo el sacerdote darle el último adiós. Parecía que de verdad Lucifer no había descansado hasta llevárselo, porque él siempre desde ese día en casa de quila estuvo seguro de que quien lo arrastraba era el Demonio...

TERCER LUGAR

REGIÓN DE AYSÉN Y DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

Alejandro Montiel Gallardo 50 Años Carpintero Coyhaique

MAL DE CUNA

Las tormentas se desatan repentinamente. Se abre el cielo para regar las plantas, para que el fruto emerja de la tierra o descargar su furia de lluvias, truenos y relámpagos en son de castigo. La tormenta verde llegó de improviso, arremetió con ruido y violencia contra todo lo que se encontraba a su paso.

El teniente que iba al mando, entró a la rancha con la fuerza de su juventud y las estrellas que ostentaba. Algo tropezó con sus pies y pateó con fuerza. El cajón de manzanas se rompió, como así mismo el llanto de la guagua que había en él, al salir disparada por los aires. La madre saltó como un felino herido, vaciando el agua hervida que contenía la olla sobre el rostro del oficial.... y las carabinas y revólveres hablaron con el campamento de la "toma".

Un padre, una madre y dos jóvenes de diecisiete y dieciocho años sucumbían ante los proyectiles de sus compatriotas, mientras un teniente se retorcía de dolor en el suelo. El oficial fue trasladado al norte para su recuperació; los muertos, sepultados; el campamento, deshecho y la vida continuó.

Mientras las escarchas del invierno hielan el corazón y el hambre quita los sueños; mientras la alegría de unos son las penurias de otros, la vida sigue su curso como las aguas de un río, crecen las plantas y el niño se hace hombre para afrontar su destino.

Marcial tenía quince años cuando su tío lo llamó a terreno, reprendiéndolo por su conducta. ¿Qué es lo que tienes en la cabeza, muchacho?; te has peleado con todos los vecinos...., apuñalaste a tu mejor amigo... Sé que el pan te lo ganas de sobra con tu trabajo, eso es verdad, pero si sigues así,

la policía te va a encerrar. El joven escuchaba con la cabeza gacha, de pronto la levantó y mirando fijamente a su tío, le dijo: ¡está bien, tío! no me diga nada más, ya conozco la historia. Dio la mano al hombre que lo crió, apretándola con fuerza, tengo un buen caballo, tío. Me iré en busca de mi estrella.

Pese a los ruegos de sus tíos y primos, el muchacho ensilló su hermoso animal y emprendió la marcha al caer la tarde.

Transcurrieron tres años y Marcial se había convertido en una triste leyenda, que azotaba la región de vandalismo. Robos y asesinatos ya pesaban sobre su espalda, los pobladores que lo conocían lamentaban la situación y aunque todos repudiaban los hechos, lo atribuían a la forma en que murieron sus padres. Muchas veces lo cercaron los policías, pero él los enfrentaba con tal violencia y decisión, que las propias balas parecían esquivarlo. Muchos fueron los jóvenes que se le unieron y que también murieron en los enfrentamientos. Durante seis años lo persiguieron sin lograr el objetivo.

Nacieron comentarios y versos por su andar, le atribuyeron pactos con el diablo, pues, cada día era peor en sus cometidos y ya no tenía clemencia con nadie que apareciera en su camino.

La noche era lluviosa y fría. Marcial y dos de sus amigos arreaban ganado robado, cuando fueron sorprendidos por carabineros, desatándose una infernal balacera. La policía buscaba refugio entre los árboles, mientras Marcial en su caballo parecía ser intocable y carente de todo miedo. ¡Me dieron! gritó uno de los compañeros de Marcial, arrancando del lugar a todo galope. Un par de disparos más y el joven opta por huir junto a su otro compañero; ¡vamos, carajo! ya nos encontraremos con esos pacos de mierda. Llegaron al campamento bien disimulado que tenían en medio de un bosque, ambos estaban empapados de agua. Marcial hizo fuego, mientras el otro ponía el agua pal' mate. Mierda, que demora el Juancho!!, dijo Ramón. Sí, sí contestó Marcial, pa'mí que pasó a caer por ahí; por hoy no podemos hacer nada, pero a la madrugada ya van a estar descansados los caballos.

Marcial fumaba en silencio, aparentaba tranquilidad, pero miraba para uno y otro lado como presintiendo algo. Fue en busca de una botella de licor que tenía guardada y la compartió con Ramón. Ambos bebían en silencio, cuando repentinamente se escucharon ruidos de cascos de caballos. Ágilmente se apoderaron de las armas y se dispusieron a enfrentar lo que sea. ¡Soy yo, soy yo! gritaba Juancho, acercándose al campamento. Vengo herido, pero no es grave; ayúdame Ramón, que vengo cagao de hambre y frío. La madrugada se avecinaba, pero ellos no tenían sueño; un trago tras otro y cigarro tras cigarro.

Juancho sólo había sido rozado en uno de sus brazos por la bala y si bien había perdido un poco de

sangre, no era de mayor cuidado. La lluvia había concluido, la niebla se disipaba y el sol regalaba uno que otro rayo, para alumbrar aquella choza ensombrecida por el espeso bosque y la opaca existencia de sus moradores.

Ramón tiró unos trozos de carne sobre el tacho y se dispuso a calentar unos pedazos de pan añejo, cuando un par de balazas de carabina sonaron estruendosamente al comenzar la mañana. Los tres jóvenes repelieron el ataque y tras el desprecio por la vida en descomunal balacera, se escuchó la potente voz del policía: ¡¡entréguense, muchachos!!, ya han hecho muchas embarradas, no van a pasar la vida huyendo o esperando que una bala termine con sus vidas...., ¡¡vivos o muertos!!, esa es la orden que tengo. Se reanudó el tiroteo por parte de los jóvenes y fue contestado por las pesadas armas de los carabineros. Ramón fue herido en una pierna, la bala de carabina le destrozó la rótula y el muchacho fue presa del pánico y el dolor... ¡mamita, mamita querida, cómo duele esta güevá! ¡yo me rindo, me rindo!

Marcial paseó su mirada por Juancho y Ramón, sin dejar de disparar. ¡Cobarde 'e mierda! dijo, disparándole a su amigo en plena cabeza. Juancho vio caer el cuerpo sin vida y se estremeció, vio los ojos desorbitados de su amigo que lo miraba a él con odio y no alcanzó a reaccionar, sólo sintió un pequeño aturdimiento en su cerebro y la sensación de que su propia vida se nublaba, escapándosele del cuerpo.

Marcial tuvo tiempo de apreciar su espectáculo. Sus amigos yacían inertes en el suelo, mientras las maderas eran carcomidas por las balas de carabina que buscaban su cuerpo. Cargó su rifle, revisó el revólver y saltó por un hoyo que hacía de ventana en busca del bosque. Los carabineros parapetados pudieron ver el bulto, pero no reaccionaron a tiempo, por lo que cuando dispararon sus armas en esa dirección, Marcial ya estaba resguardado por los árboles.

Fue una persecución atroz, sin tregua, por casi una hora. Dos policías muertos y dos heridos de gravedad. Ante la incertidumbre de los restantes carabineros, el fugitivo logró su propósito; se les esfumó como un fantasma.

El sargento a cargo no podía dar crédito a lo ocurrido. Ese joven era un demonio, otra cosa no lo explica. Bien, recojan los fallecidos y pónganlos en sus monturas para regresar al cuartel.

Para Marcial no fue un problema robar un caballo y continuar su huida ya que conocía perfectamente todo el territorio. Llegó la noche nuevamente, él y su cabalgadura estaban rendidos, en su cerebro no había pensamientos que lo inquietaran y en su corazón no existía arrepentimiento por nada, parecía tener una coraza que lo separaba del alma, o es que carecía de ésta.

Divisó una tenue luz como a doscientos metros. Dejó su caballo y avanzó a pie. Rodeó la casa y sin meditarlo, entró en ella derribando la puerta y disparando su revólver al primero que se cruzó en su camino. El hombre cayó fulminado y la mujer gritó aterrorizada. Marcial apretó nuevamente el gatillo, pero la bala no salió. Sacó el cuchillo para quitar otra vida y fue cuando escuchó el llanto de una guagua; quedó tiritando, sus ojos se posaron el aquel ser diminuto e indefenso y sus ojos experimentaron la salida de una lágrima por primera vez. Sólo fueron segundos, pero supo lo que era pena, esa inmensa pena que siente el corazón cuando es herido; apartó sus ojos, como si no estuviese de acuerdo con ello y volvió el puñal contra su pecho, destruyendo el sentimiento para siempre.

Alemón

PRIMER LUGAR REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

Juan Pablo Miranda 28 Años Técnico Agrícola Punta Arenas

DOS CABALLOS

Un fondo fantasmal teloneaba la estepa, magnificando la soledad del páramo. El peregrinaje inexorable invocaba sin tregua los recuerdos de Pedro, los cuales solo tenían una dueña: Clara, su única mujer, su único tesoro, su único amor. Mientras caminaba eludiendo la terca vegetación se cuestionaba por el destino de la que fuese su amada. Pocas cosas personales atesoraba Pedro y éste era uno de sus bienes más preciados. ¿Se habría casado? ¿Se acordaría de él?

No eran muchas las veces que iba al pueblo, pero en cada marcha fantaseaba con la fortuna de verla entre la multitud de alguna calle, alejada del ruido. No existía distancia que resultara hostil cuando Clara lo acompañaba. Construía imágenes de paseos a su lado y de la vida que nunca tuvieron. Luego regresaba a la realidad y hacía hincapié en su miseria. De seguro, ofrecería cambiar las luces del pueblo por las velas de su rancho, una casa mohosa de paredes sepia corroída por el humo del olvido.

Imaginaba que el recuerdo de Clara era la condena que debía pagar por su cobardía en el amor y así se atormentaba a veces tan solo para tener una compañía y capear el abandono en el que eligió vivir. Tantas cosas pensaba Pedro que el camino había devorado sin darse cuenta, observaba a los terneros juguetear entre ellos y a un zorro ignorarlo a pocos metros. Miró su huerta y olvidó rápidamente su retraso en las siembras, acordando dejar ese trabajo para el día siguiente, ahora debía descansar el cuerpo.

El arreo que había realizado para Don Lorenzo resultó perpetuo y la paga miserable. A pesar de esto necesitaba el dinero para preparar las siembras, sin ilusionarse demasiado, escondía el deseo de

comprar un trajecito para ir al pueblo y animarse a buscar a Clara, pero nunca tomaba el valor de hacerlo. Le llamó la atención no ver a sus caballos. Recorrió el potrero con la mirada hasta donde se pierde en la loma, pero no los vio. El cuadro no era muy grande y se podían apreciar sus límites desde el cerquito de retamos.

Un mal presentimiento lo invadió y decidió desecharlo a pesar de su cansancio. El alambre estaba en buen estado y sus caballos tenían querencia en el lugar. Revisó la cerca temiendo lo peor. Al poco tiempo de iniciada la búsqueda encontró el rastro de los caballos. Las huellas eran frescas pero todavía no se resignaba a aceptar el robo. Decidió seguir el rastro hasta encontrar una prueba irrefutable que confirmara su mal augurio, caminó unos metros y halló las grampas del alambre desclavadas. Pedro conocía de "manear alambres" y desclavar piquetes. Con su orgullo herido y colmado de ira admitía el robo. Pensó en las vueltas que da la vida, pero esto no era lo mismo para él ¿Quién podría robar dos caballos de trabajo a un peón? ¿Quién era aquel que no tenía alma para contemplar la miseria en la que vivía?

Estaba claro que los tiempos habían cambiado. Él nunca robó a gente pobre, lo hizo solo con gente que no podía contar lo que tenía. Y ahora le robaban al Pedrito y el arado se quedaba más solo que nunca y al Patas Blancas el único animal que poseía que le daba una hidalga estampa a su miseria. Le invadió una mezcla de pena y de ira y la convicción que debía recuperarlos y vengar el acto. Las huellas eran frescas y él podría seguirlas, interpretarlas. Conocía los campos y lo más importante, pensaba como un cuatrero. Se dirigió al rancho de Facundo y pidió prestado al mestizo un azabache que salvó de más de un apuro a su silencioso dueño. Preparó la maleta con un poco de charqui, tortas fritas y yerba incluyó una botella de ginebra para burlar la escarcha y controlar al mandinga que se apoderaba de su alma. Enrolló la lona a los tientos del mestizo y se dirigió al cuarto y alcanzó el olvidado revólver del cajón. Lo cargó y guardó bajo el cinto.

Había solo dos opciones y ambas llevaban al pueblo. Voltió, acomodó el ala del sombrero y miró su ranchito que se perdía tras la alambrada. La sola idea de que el Pedrito y el Patas Blancas terminaran sus días bajo el acero de un matarife lo atormentaba. En su mente, construyó un derrotero y ganó el camino que daba al turbal, pero éste no tenía pasada fácil, solo pocos compartían los secretos de éste. No era mala idea cruzarlo, ya que con esa acción era muy fácil perder un rastro. Como supuso, rodearon el arenal hasta la boca del Río Sucio. Ahí confirmó las herraduras marcadas en la arena que estaba en el rumbo correcto. Sin duda los cuatreros tenían oficio. Paró un momento, acomodó su montura y revisó sus pilchas. Necesitaba galopar para acortar distancia si quería salvar a sus caballos de la venta. Recordó que para ese lado estaba el puesto de la viuda de Levicoy, por lo tanto, tendrían que haberlo evitado para no llamar la atención de nadie, y esto reducía el campo de

búsqueda. Tenía la certeza que se habían tirado por el camino público, ya que ese sector no estaba poblado. Sin más pensarlo, soltó riendas y hundió sus talones en las costillas del azabache y se dejó llevar por el camino.

La noche ya sucedía y necesitaba descansar estaba cerca de la tercera barranca y decidió parar ahí. Este lugar era alto y en su cima tomaba control del valle. Ahí esperaba que los fugitivos se delataran rompiendo la noche con una fogata. Esperó la aparición de la luz tapado con su lona y alimentando su odio. A eso de las diez divisó una luz. Pedro sabía que no había puestos por esos lados por lo tanto esa luz era la que esperaba. Calculó que no estaban a más de cinco horas y sin medir el riesgo, cegado por la rabia ensilló y galopó esperando toparlos al alba.

¿Cuántos serían? Eso no importaba, solo quería sus caballos. El Patas Blancas era casi un hijo y no permitiría que su compañero de tantas aventuras fuese sacrificado como cualquier matungo sin gloria. Cabalgó y el viento gélido poco a poco fue curtiendo sus mejillas y nublando sus ojos de lágrimas. Al sentir la tibieza de estas rodar por su cara primero las trató de retener, luego recordó a Clara y acordó que debía expulsarla de su cabeza a través de sus lágrimas. Nadie lo sabría y ella necesitaba de alguna u otra forma manifestarse en su vida y salir de sus recuerdos.

Se desvió un poco hacia el monte para evitar que lo vieran. Su idea era hallarlos durmiendo y allí recuperar sus caballos. Con los primeros hilos de luz rompiendo el amanecer divisó un corral con caballos, por lo tanto todavía no se marchaban. Había ganado tiempo de oro con el galope nocturno. Se detuvo y pensó ¿que hacer?, ¿no podía matar por dos caballos? pero tampoco se los regalaría. Divisó la fogata y contó solo un bulto al lado de ella. Confirmó que era solo un cuatrero. Confirmando con un solo caballo con guardiero, decidió sorprenderlo. Echó mano a su revólver y agazapado como una fiera, quedó a los pies del cuatrero.

- ¡Levántate!

Grande fue su sorpresa cuando emergió de la lona un muchacho que no pasaba los 17 años y que perplejo le observó todavía inserto en el sueño.

- Me robaste el pangaré grande y el oscuro patas blancas. Dime ¿Cuántos años tienes?
- Dieciséis, señor.
- ¿No eres muy chico para andar de cuatrero?

- Tenía que juntar dinero.
- ¿A quién le robaste los otros caballos?
- Los robé en los campos de don Fermín, allá en el cañadón.
- ¿Y por qué a mí? Solo tengo dos, en cambio Fermín tiene tres estancias.
- Necesitaba tener veinte caballos y me faltaban dos.
- ¿A quién se los ibas a entregar?
- No puedo decírselo.
- Pa' eso tienes honor. Dímelo y te dejaré ir con los caballos de Fermín.
- Son para Lorenzo Gómez, él me los encargó.
- ¡Viejo maldito!... Ayer, le llevé un arreo de vaquillas. Tres días en la huella pasando frío por una miseria de plata ¡Viejo Ladrón!
- ¿Cómo te llamas?
- Pedro Nicetich

Ese apellido le era familiar. Los Nicetich no eran muchos y Clara era una de ellos. Con ansiedad preguntó rápidamente.

- ¿Eres algo de Anselmo Nicetich, el dueño de la barraca?
- Es mi abuelo.
- ¿Y tus padres?
- Mi madre se llama Clara, a mi padre no lo conocí.

- Sintió seca la boca y la garganta apretada y maldijo el destino. ¿Sería aquel muchacho su hijo?
- Tú no deberías andar de cuatrero, tu abuelo tiene mucho dinero.
- Mi abuelo tiene, mi madre y yo no.
- ¿Y él no la ayuda?
- Mi abuelo nunca perdonó a mi madre por deshonrar a la familia teniendo un hijo soltera. A él nunca le gustó mi padre y tenía razón, ni los animales abandonan a sus hijos.
- Una inmensa amargura aprisionó su corazón. Pensar que podía estar hablando con su hijo.
- ¡Llévate los caballos! Yo me llevo los míos. Apresúrate, ambos hemos perdido mucho tiempo.
- Voltió, trató de calmarse. Entró al corral y sacó sus caballos. Estaba lleno de preguntas. Solo una seguridad. El traje se lo compraba definitivamente.

SEGUNDO LUGAR REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

Pluvia Mercedes Miquio Espinoza 68 Años Punta Arenas

SECRETOS DEL SUR

Alguien invitó a mi madre a pasar unas vacaciones en el sur, ella aceptó encantada, aunque yo tenía todo listo para la playa, pero bueno, acepté ir con ella, sin saber lo que me esperaba.

Mamá se fue con la familia que la invitó varios días antes, así es que no viajamos juntas, porque yo no salía de vacaciones todavía. En cuanto pude, me embarqué en el tren, rumbo al sur, a Puerto Montt, específicamente, a una isla muy lejana, cuyo nombre olvidé. Allá llegamos, después de varios días de viaje, mi sobrinita de cuatro años, una gran caja de víveres, dos cajones de fruta y yo. Llegando a Puerto Montt, tuvimos que esperar un buen rato, hasta que pudimos embarcarnos en una lancha que pasaba por la isla, llegando a ésta, todos muy amables, me ayudaron a bajar todos los bultos. La primera anécdota para contar fue cuando estábamos sentados en la lancha, esperando según yo, la partida y de repente pregunté a qué hora sale esta lancha y alguien me dijo, mire la ventana, hace rato que salimos y cuando miré por la ventana, el muelle se veía chiquitito, o sea, habíamos partido y no me di cuenta de nada, porque la lancha ni se movía, además de la ignorancia, ¡cuándo había viajado en otra cosa que no fuera la Ovalle-Negrete en Santiago!

Cuando bajamos, nos estaban esperando varias personas, mi mamá entre ellas, cada una tomó algo y nos dispusimos a caminar cerro arriba, hasta llegar a la cima y desde allí otro kilómetro hasta la población, todos nos miraban con ojos curiosos, no sé si a nosotros o a los cajones con cosas y de repente llegamos a la casita, donde nos esperaba cariñosamente la Sra. Antonia, chiquitita, menuda y de una sonrisa un poco nerviosa, que me saludaba y volvía a hacerlo una y otra vez.

Después, conocimos al resto de la familia, esposo, hija, nietos y dos hijos adolescentes. Cuando pude hablar dije, como es algo tarde, primero iré al baño y después voy a cocinar tallarines con tuco

para todos y seguí con la brillante idea, seguía diciendo "después de ir al baño". En el tercer "voy al baño", recién capté que cada vez que nombraba baño, mi mamá me decía "niña" y me miraba ansiosa. Bueno, nuevamente, apareció en escena la Sra. Antonia para decirme dónde iba a dormir yo y dónde mi sobrina, para mí me pasó su camita que estaba hecha a imagen y semejanza de ella, o sea, 1,30 y yo medía 1,62 y desde ahí partimos mal, porque para mí era más fácil dormir en el suelo que en esa cama. Cuando pude estar sola con mi mamá, vino la tremenda revelación "niña, aquí no hay baño", fue como un golpe bajo y sin anestesia, fue tan impactante, que lo único que se me ocurrió preguntar fue ¿Y CÓMO LO HACEN? Bueno, dijo mi vieja, doblando las rodillas. Ah, dije yo, me voy a cansar y me voy a caer encima de todo y mi mamá tan sabia, como todas las madres, me contestó, tratarás de evitarlo para no ensuciarte. Desde ahí, empezaron mis retorcijones cada vez más intensos, hasta producir un gran dolor que no se me pasaba con nada.

Bueno, pasando el primer descubrimiento, me fui a la cocina, como lo había prometido, cociné mis tallarines con tuco, les serví a todos, todos comieron, lavé la loza y nos fuimos a acostar. Como a las 23 horas, sentí una gran bulla en la cocina y fui a ver qué pasaba y vi que estaban todos sentados a la mesa y en el centro de ella, había una tremenda fuente con papas, todos comían papas como si no hubiesen comido en semanas, me quedé impactada y calladita, di media vuelta y me fui a mi camita más mejor.

Al día siguiente, noté que la caja de víveres había desaparecido, a la buhardilla donde estaba durmiendo la Sra. Antonia, pensé que era bueno guardar las provisiones para el invierno y así me quedé tranquila de poder ayudar en algo y de repente me acordé del baño y me contraje entera. Recordé mi casa, mi baño y sobre todo, mis costumbres, me iba al baño con una revista, mi música y si podía masticar algo mucho mejor, lo más importante era que tenía dónde sentarme y ahora nada y yo traté de doblar las rodillas, como me dijo mi mamá y rápidamente me cansé y tuve que pararme, porque amén del dolor de piernas, me pareció que los hombres de la casa me estaban mirando y cayéndose de la risa, resultado, no pude hacer mis necesidades fisiológicas y empezó mi martirio.

Al día siguiente, como segundo día, me dediqué a aprender algo del lugar, primero dónde estaba el baño de la familia, porque yo traté de ubicar un lugar escondido y lejos de la casa, cuando lo descubrí, no podía creerlo, ellos usaban la parte trasera de la casa, desde la misma pared de la casa, hasta la gran plantación de papas de la cual ellos vivían, ahí cada uno tenía su territorio y cuál de todos más abundante y de distintos colores, parecía un bello jardín de promontorios.

Sobra decir que eliminé las papas de mi dieta por muchos años, hasta que de repente empecé a comerlas nuevamente, pero con los ojos cerrados.

A medida que aumentaban mis molestias estomacales, se me ocurrían más cosas, entonces pregunté a los dueños de casa, si alguna vez se les ocurrió hacer un baño, me dijeron que sí, pero que la idea no prosperó. Pregunté también por cuánto tiempo eran dueños de esas tierras, me dijeron por cincuenta años más o menos, todas estas respuestas me dejaban más molesta que alegre por la falta de preocupación hacia la familia. Entonces, yo, acostumbrada a los trabajos voluntarios, me propuse hacer un hoyo para instalar una taza de water, pedí al dueño de casa las herramientas necesarias y me dispuse a trabajar. Usando chuzo, pala y sudando bastante, me sentía realizada, hasta que se me ocurrió mirar hacia la casa y vi, para sorpresa mía, a varios hombres mirando mi operación water y nadie pensaba siquiera cooperar un poquito, recién me di cuenta de que era como arar en el mar y mandé todo al tacho, guardé las herramientas y pensé nunca más en seguir con mi trabajo voluntario. Después de esta mala experiencia, empecé a recorrer los campos vecinos, en todos vi con pena a las mujeres jóvenes, algunas sin dientes, sin sostenes y otras enfermas y algunas embarazadas, trabajando las tierras con papas y de los hombres, nunca se supo, no había uno siquiera, ni para un sahumerio. ¿Dónde estaban? Unos se meten en las cocinas a mecerse y a tomar mate, esperando que cambie la dirección del viento, comience a llover, entonces ellos van anunciando a la familia "cambió el viento, está noreste y empezó a llover" y seguía con mis problemas gástricos, pero afortunadamente para mí, fuimos invitados a la procesión de la Virgen en la isla Huar y nos fuimos para allá, pensé de inmediato en una isla más civilizada, así que corrí para la lancha y, si no me equivoco, por lo menos, el señor cura tenía baño, así que aproveché de desahogarme un poco de todos mis problemas de tres días de atraso, no pregunté si alguien más tenía baño en Huar por miedo a herir a alguien.

Todo este nuevo acontecer, sucedía en mi vida un día jueves, volviendo a nuestra casa, le dije a mi mamá que yo me iba a ir a mi casa el viernes con mi sobrinita, ella se sintió muy apenada, pero aceptó la idea, ella se quedó porque estaba muy entretenida y, además, no tenía problemas con las rodillas.

Y llegó el viernes, preparamos maletas y bajamos a la playa, esperamos la lancha por un buen rato, habíamos varias personas con deseos de viajar, entre ellas los vendedores de papas, con buen número de sacos de papas, que sus mujeres plantaron, cosecharon y les dieron a los buenos maridos los sacos listos para llevar al mercado. Ese día no era mi día, la lancha pasó de largo, porque, según los isleños, iba completa y, además, sería arriesgarnos, así es que tuvimos que irnos a casita nuevamente. La más apesadumbrada con esta mala noticia era yo, por mis problemas gástricos y la espera se trasladó hasta el lunes, y al mal tiempo buena cara, así es que me dediqué a visitar a las artesanas, que hacían maravillas con los telares, otras tejían, bordaban, cocinaban, eran personas muy simpáticas y amables.

Y en el calendario, apareció el domingo, ningún brillo, pensé yo, porque no hay misa, no hay nada que haga cambiar el panorama diario, así es que almorzamos como de costumbre y después por la tarde me invitaron a la cancha, a ver qué, me dije, pero de todas maneras acepté ir y cuál no sería mi sorpresa, al ver cómo los hombres brotaban desde el suelo, era como ver una película de otra dimensión, había tantos hombres que parecía un enjambre de caras y piernas, todos se veían bien cuidados, afortunadamente, no me gustó ninguno, porque me habría quedado muy a trasmano. Esta visión me satisfizo totalmente y pude quedarme más tranquila, sabiendo que la isla tenía hombres, aunque no se notara y eran de verdad.

De nuevo, el lunes era todo ansiedad, sin saber si podíamos viajar o no, yo no pensaba en otra cosa, que salir de la isla lo antes posible, así que andaba corriendo por todas partes, hasta que llegó la hora y, gracias a Dios, pudimos viajar y todo salió bien, solo me apenaba dejar a mi mamá allá, pero ella era feliz allá en el sur, porque ella era del sur, de Cauquenes, y todo lo que allí había le traía algunos recuerdos de su niñez y adolescencia.

Al llegar a Santiago, ya pude respirar más tranquila, de ahí nos trasladamos hasta mi casa, abrí la puerta, dejé los bultos en cualquier parte y, adivinen, qué hice, bueno eso se los dejo a su fértil imaginación, la que me imagino, es muy productiva.

Chao, será hasta el próximo turismo aventura.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

TERCER LUGAR REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

Julia Ester Roehrs Mata 64 Años Punta Arenas

SUEÑOS DE LA PAMPA AUSTRAL

Whilhelm Gustav, Guillermo se había unido a los inmigrantes desde Hamburgo, su ciudad natal, huyendo de las crisis económicas al finalizar el siglo dieciocho.

Desembarcó en Buenos Aires, Argentina, según su especialidad con conocimientos en faenas ganaderas, obteniendo un contrato para la región del Chaco austral entre Córdoba y Santiago del Estero.

Con él, Burger y Gromsh buscaron un lugar cerca del puerto para pernoctar esa noche.

Había un bar y entraron a comer algo y poder descansar. Se acomodaron en una habitación de trastos viejos, con dos camastros desvencijados, pero era lo que les permitían sus escasas posibilidades económicas. Lo importante era recuperar las fuerzas. Un tercer personaje compartía la habitación, un bardo eslavo argentino de nombre Natan.

Chaco, región calurosa. Las temperaturas oscilaban en los 40°C. Una gran llanura en la parte central al pie de los Andes, esteros y lagunas le circundaban. Al cabo de unos meses, Guillermo tenía a su cargo el manejo de numeroso ganado bovino y ovino, mientras sus compañeros desempeñaban distintas labores de ganado bovino y caballar. Esto les permitió adquirir más experiencia, aumentando sus escasos ahorros.

Pasaron los meses. La malaria bovina o llamada "tristeza", sacudió la región del Chaco. Las enfermedades infecciosas arrasaron con el ganado en poco tiempo. Los jóvenes retornaron a Buenos Aires y volvieron a pernoctar en el mismo bar, cerca del puerto.

Al día siguiente, subieron a un vagón de carga desde Tandil, Punta Alta y Neuquén, a pampas más productivas y de estancia en estancia para trabajar por el sustento encaminaron sus pasos al sur, en pos de campos más fértiles.

Se comenta que hacia el sur, cientos de inmigrantes llegan atraídos por el oro y las riquezas minerales como el carbón y las extensas tierras ganaderas, comentó Natan con su lenguaje mezcla de eslavo y latino. Una vez que el desarrollo se hizo manifiesto, se vio ligado al movimiento migratorio europeo, continuaba, mientras hincaba el diente en un trozo de rica carne "sancochada".

Acompañémoslo de un fuerte trago de aguardiente para calentar las tripas, había dicho Burger, mientras pasaba la cantimplora de mano en mano.

Cada uno de ellos mantenía una ilusión en ese viaje aventurero, a medida que veían acercarse sus metas.

Siempre hacia el Sur, donde el camino se convierte en huella, caminaron con el silbido de los vientos de la Patagonia, típico de esas regiones de pampas y estepas solitarias, lloviznas que calaban los huesos y obligaban a refugiarse entre espinudos matorrales y árboles caducos por los vientos.

El frío arreciaba esa mañana, la lluvia empapaba las ropas.

Lejos, se divisa un bosque. Comentó Burger. Allí nos protegeremos. El ruido de los goznes de una carreta que se acercaba, llamó la atención de los jóvenes.

- ¡Suban, les dejaré cerca de una estancia! -les dijo un viejo con una carreta cargada de fardos.

Era una estancia chilena.

- ¡Pasen, amigos! ¿Se quedarán mucho tiempo?...
- Sólo de paso..., contestó Guillermo, que era el más parco en conversar.
- Aquí hay trabajo, muchachos, pueden pernoctar.

Dos días de faena, dos noches y había que partir.

Cárdenas, hombre fornido y rústico, les había recibido.

- Están necesitando personal de faenas ganaderas, capataces y mayordomos.
- Se comenta de las explotaciones auríferas de lavaderos Fueguinos al sur de la Patagonia están proporcionando trabajo en los lavaderos "Mina Nueva". En la primera oportunidad, viajo hacia el sur. Si me admiten..., conozco el lugar como la palma de mi mano.

Prosiguieron la marcha los cinco hombres. Antes del anochecer, calentaron café y comieron pan negro, protegiéndose en la soledad de una noche helada.

Era junio, una ventisca de nieve les recibió en la madrugada. Un trago fuerte para calentar los miembros. No era fácil caminar cegados por la nieve. La pampa y el silencio eran sus compañeros. Guillermo seguía las huellas de Cárdenas, detrás Natan, Burger y Gromsh caminaban a distancia, dificultosamente, evitando el calafate espinudo, los matorrales. Las botas se hundían en los pastizales de agua nieve.

- Estamos perdidos, dijo Cárdenas. Volvamos sobre nuestros pasos para encontrar las huellas. Después de media hora, caminando al oeste, escucharon el sonido indescriptible de una carreta. Un mercachifle viajaba con dos indígenas, vestidos con chaquetas de lobo y guanaco, el pecho al descubierto y cargados de adornos; de estancia en estancia, viajaban ofreciendo su mercadería.
- ¡Nos hemos perdido! ¿Nos pueden guiar...? –apenas resolló Cárdenas, tratando de calentarse las manos entumecidas.
- Suban, indicó el hombre. Les dejaremos en un lugar bien protegido, hasta que el tiempo amaine.
 A unos cuantos kilómetros de aquí, hay un galpón en construcción. Allí podrán guarecerse de la tormenta.

Era verdaderamente un refugio para sus cuerpos cansados y poder calentar los huesos, después de tan agotadora jornada. Encendieron una fogata, secaron sus ropas, dejaron sus armas y cuchillos cazadores, quedándose dormidos al abrigo de una fogata.

Guillermo abrió los ojos y escuchó un ruido. Era algo que se arrastraba hacia la salida. En la oscuridad, no pudo ver, despertó a Natan, que dormía ruidosamente a su lado y le hizo un gesto. Hay alguien, dijo. Todos se movieron sigilosamente. En la penumbra, había dos siluetas.

- ¡Se llevan los aperos y los rifles! -dijo Burger.

Desapareció Gromsh en la oscuridad y, en el silencio de la noche se escuchó un ruido sordo y un gemido. Natan fue en persecución de la sombra, dejando a alguien inconsciente en la nieve.

Guillermo tomó a uno de ellos por la espalda y de un golpe en la nuca lo desvaneció sin ruido, el hombre quedó inconsciente en la oscuridad de la noche.

Recuperando los rifles y los aperos, se hicieron cargo del mercanchifle, quien quedó suplicando en la oscuridad.

Tomando la carreta, emprendieron veloz carrera, dejando a sus asaltantes sin su medio de transporte y se alejaron de aquel lugar sin misericordia.

- Esto puede traernos consecuencias, dijo Burger.
- En la primera oportunidad, cuando estemos bien lejos, la devolveremos –contestó con tono de autoridad para no dar pie a discusión, Guillermo.
- ¿Quién tiene café? -pidió Natan. Los demás se movieron lentamente.
- Gromsh tiene el café en su morral, pero Gromsh no estaba en el grupo.
- ¿Dónde estaba... qué pasó con él?

En una fracción de segundo, Cárdenas tomó el mando de la carreta, fustigando a los animales, camino de regreso. La carreta avanzaba veloz.

- Aquí está, gritó Natan. ¡Llevémoslo, rápidamente! Los indígenas deben de estar cerca; evitemos otro encuentro.
- No, es preferible quedarnos. Encender una fogata y curar al compañero herido para cubrirlo con ropa caliente –respondió Guillermo.

Gromsh despertó en un quejido prolongado. La herida en la cabeza sangraba abundantemente. Secaron la herida y le aplicaron alcohol, recurriendo al carro del mercanchifle. Continuaron el viaje.

La ciudad se avistaba a lo lejos. Habían llegado al Puerto.

Un barco británico hacía su entrada al muelle verde destartalado, donde reposaban miles de gaviotas.

Fue allí, donde la divisó: "Un ángel vestido de mujer".

 Ha quedado atónito, amigo. Olvídese, no es harina de su costal —le recordó Natan que permanecía silencioso.

Cuando ella pasó por su lado... en su vestido, flotaba un perfume de flores. Ella clavó en él sus pupilas. Era como si sus vidas se reencontraran desde un pasado... Una mirada que él no olvidaría.

Antes de subir la pasarela a la goleta que lo trasladaría con otros ovejeros y trabajadores de la faena a la isla ganadera de "Tierra del Fuego", dio una última mirada a la mujer joven que se alejaba.

No pudo adivinar que a aquella mujer que, como él, llegada desde tierras extranjeras, los uniría la tierra más austral de América.

Que allí, en el espejo del tiempo, les cubriría la pampa, el viento, la nieve...

PRIMER LUGAR REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

José Antonio Bravo Zepeda 13 Años 8º Básico, Colegio Liceo Agrícola Técnico Profesional Padre Francisco Napolitano Arica

EL DÍA EN QUE CAYERON LOS PUENTES

En diciembre, cuando Arica está en pleno verano, en el altiplano comienza el llamado invierno boliviano, a veces es con poca lluvia y otras con demasiada.

Mi historia es cuando hubo más agua de lo normal. En algún lugar del interior, se acumuló mucha agua de lluvia y algo produjo un estancamiento, lo que ocasionó un gran aluvión en el río.

Yo tenía 8 años de edad y tengo muchos recuerdos de aquella ocasión.

Era de noche y de repente se sintió un gran ruido. Mi mamá me dijo que me levantara, pero yo tenía mucho sueño y no quise levantarme. Al otro día cuando me desperté, mi mamá me dijo que se había caído el puente. Yo no le creí y cuando me levanté, mi asombro de niño fue grande. El puente por el que yo pasaba todos los días ¡ya no estaba! El río se lo había llevado. Yo vivía a la orilla del río y muy cerca del puente, no podía creer que un puente de cemento y fierro hubiese desaparecido.

Después de salir de mi asombro me fijé en el río, tenía mucha agua y mucha corriente, era como chocolate, arrastraba gran cantidad de árboles, troncos, animales y basura.

El patio de mi casa daba al río y en el borde había un bosque de pinos que había desaparecido y también parte de mi patio. Recuerdo que había una gallina encaramada en lo alto del último pino. Vi cuando el agua se llevó el árbol con la gallina, me quedé mirando fijamente y me alegró poder ver que la gallina pudo acercarse a la orilla y se salvó milagrosamente.

Hasta ese momento, no se sabían más noticias de lo que había pasado, hasta cuando nos dimos cuenta de que estábamos aislados. En el transcurso del día, empezaron a llegar noticias que todos los puentes de Lluta, en total 7, se los había llevado el río. Con el aluvión, se había producido un efecto dominó y todos los puentes fueron a parar al mar.

Pasaron los días y empezamos a tener muchos problemas de falta de agua y alimentos. Después de una semana, llegó un helicóptero con ayuda. El helicóptero nos llevó con mi hermano mayor al otro lado del río donde vivía mi tía.

Había muchos lugares con gente damnificadas, sin casa, sin terreno, sin agua, ni animales, sin luz, ni comida, sin nada, pero yo no puedo decir que todo lo que pasó fue una tragedia, porque afortunadamente no se perdieron vidas humanas, sólo se perdieron los puentes.

SEGUNDO LUGAR REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

Nicky Nichol Stefanie Soto Soto 14 Años 8º Básico, Colegio Liceo Agrícola Técnico Profesional Padre Francisco Napolitano Arica

LA MUJER QUE SUFRE POR SU HIJO

Hace muchos, muchos años, en el valle de Azapa, en el kilómetro 30, vivía una pareja de recién casados. Ellos no eran de muy buena situación económica, y a veces pasaban frío y otras veces pasaban hambre y todo por no irse con sus padres. Esta historia comienza así:

Ellos eran dos adolescentes, ella se llamaba Vanesa y tenía 15 años y él se llamaba Marcelo de 17 años, ambos se amaban y sus padres se interponían a su relación amorosa.

Los padres de Vanesa y los padres de Marcelo estaban furiosos porque sus hijos no les hacían caso, se arrancaban para estar juntos, a veces ni siquiera iban al liceo por estar el uno con el otro, los padres de ambos tomaron la decisión de irse y dejarlos sin dinero, cosa de que iban a tener que separarse e irse cada uno por su lado, pero...

A los padres no les resultó todo como querían, porque sus hijos se casaron a escondidas con un cura que los quería mucho. Marcelo y Vanesa se amaban tanto que prefirieron morirse de frío que estar separados, los padres se fueron y ellos se quedaron solos, sin nada que hacer, sin nada que comer y sin nada que decir.

Pasó el tiempo y Vanesa quedó embarazada, Marcelo se asustó mucho porque con lo poco que ganaban trabajando apenas le daba para comer. Los vecinos de ellos eran pobres, pero de buen corazón y en lo único que podían ayudar a Marcelo y Vanesa era dándoles un techo para vivir.

Seguía pasando el tiempo y Vanesa ya tenía dos meses de embarazo y no sabía qué hacer.

Un día se pusieron a conversar (Vanesa y Marcelo) y terminaron peleando. Vanesa quedó muy triste y a la vez enojada, entonces en un momento desesperado Vanesa tomó la decisión de abortar, llegó a la casa tres días después y Marcelo le preguntó: mujer ¿Dónde estabas? ¿te pasó algo? por favor cuéntame, no te quedes callada. Vanesa le dijo: perdóname por favor, perdóname yo no lo quise hacer. Marcelo, sin entender nada, le dijo: cálmate. Vanesa sólo lloraba y lloraba. Marcelo le dijo, a ver dime la verdad: ¿Qué pasó? y Vanesa le dijo: yo aborté... y Marcelo le dijo: ¡¡Qué!! ¿Cómo fuiste capaz de matar a un bebé que llevabas en tu vientre? Destruiste un fruto de nuestro amor, me desilusionaste, nunca pensé que harías esto. Marcelo pescó sus cosas y se fue a otra parcela del kilómetro 40. Vanesa se quedo ahí llorando. Tiempo después (dos años), Vanesa se enteró que Marcelo había conocido a otra mujer de la cual estaba muy enamorado. Vanesa en cambio estaba sola porque ni un hombre la quería por lo que había hecho con su hijo.

Vanesa quedó con un trauma, escuchaba bebés por todos lados, de repente veía sombras de guaguas, ella no soportó más la presión y se suicidó.

Desde entonces, en el valle de Azapa a la gente se le aparece Vanesa, llorando por su hijo en que destruyó su matrimonio.

TERCER LUGAR REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

Alexander Brando Yante Chambe 7 Años 2º Básico, Escuela Valle De Chitita G-119 Camarones

EL BURRO Y EL GALLO

Me contó mi abuelito que había una vez hace muchísimo tiempo en este valle, en un pueblito llamado Palca, un burro viejo que por las noches solía escaparse para robar alimento, ya que sus dueños lo encerraban porque lo consideraban un estorbo y no lo alimentaban. Un día, el burro, sin querer, escuchó una conversación de sus sueños. Se enteró que ellos quería matarlo y hacerlo charqui, lo que sorprendió al burro; por eso él decidió irse de la casa. Cayó la noche y el burro emprendió escape. Iba marchando lentamente, en eso apareció su amigo el gallo que también vivía en la chacra y le preguntó: ;por qué estás tan triste, burro? ;qué te pasa? El burro le contesta que decidió marcharse puesto que sus patrones querían hacerlo charqui. ¡Pero, cómo!, dice el gallo, después de que los ayudaste tanto tiempo... qué mal agradecidos. El gallo decide acompañarlo en su plan de escape. Ya estaban a unos cuantos minutos de salir del pueblo e hicieron un pacto de no separarse y apoyarse uno al otro pase lo que pase, prosiguiendo con su viaje sin pensar adónde dirigirse. Pasaron dos días y no tenían qué comer, pero en eso divisaron un valle repleto de tierras cultivadas con alfalfa y hortalizas, donde había comida para el burro y el gallo, bajaron al valle pero no se dieron cuenta que habían campesinos trabajando las chacras y que al verlos se sorprendieron mucho y uno de esos campesinos justo quería un gallo para que lo despertara todas las mañanas y se lo llevó. Los demás campesinos espantaron al burro por viejo y hambriento, no servía de mucho, por lo que para el burro no había un lugar con su amigo el gallo, quien feliz cantaba para el campesino todas las mañanas. Así, el burro subió corriendo la quebrada y encontró una cueva donde se quedó a vivir, esperando por mucho tiempo a su amigo el gallo, quien no cumplió su promesa y se olvidó de él.

Muy triste, el burro, día a día, estaba más débil y más viejo, hasta que un día el gallo, siguiendo los rastros del burro y preguntando, llegó a la cueva donde estaba el burro, pero era demasiado tarde, ya que el burro estaba muerto. Muy apenado, el gallo recordando su promesa, se dijo a sí mismo: si no pude estar con él en vida, tendré que estar con él igual y cinco días después el gallo murió, para así poder remediar esa traición que él hizo al burro.

PRIMER LUGAR REGIÓN DE TARAPACA

Viviana Elisana García Challapa 14 Años 8º Basico, Escuela Colchane E-50 Colchane

LA BANDA DIABLA

Esta historia ocurrió hace muchísimos años, una vez en un pueblo muy cerca de aquí, la gente iba a celebrar la Fiesta Patronal, se reunieron y decidieron contratar una Banda para amenizarla.

El Alférez se comprometió a hacer dicho trámite.

La banda contratada por el Alférez quedó de acuerdo en que llegaría al pueblo dos días antes de la fiesta. Pasó el tiempo y ésta nunca llegó.

Como solo quedaba un día para la fiesta, el Alférez decidió ir a buscarla.

Subió a su burro y en el camino, mientras comía tostado con charqui, de pronto escuchó la alegre música de una banda. Pensando que era la que él buscaba, se dirigió al lugar de donde provenía la música, bordeó un cerro, encontrando un hoyo parecido a una puerta, miró y en su interior vio la banda tocando alegres melodías.

Mientras estaba embelesado mirando el espectáculo, una hermosa mujer se acercó a él invitándolo a beber y bailar. Después de haberlo pasado tan bien, se quedó dormido en una mesa, cuando despertó, mira a su alrededor y solo ve los instrumentos musicales de los cantantes, dándose cuenta que está desnudo, amarrado a una piedra con hilos de sangre, el rebuzno de su burro lo arranca de su letargo, en este instante observa a la mujer con la cual lo había pasado estupendo, que se encuentra de espaldas a él, ella lentamente se da vuela, transformándose en un diablo le dice: la banda ya se fue.

El hombre muy asustado huye del lugar, sintiendo un extraño calor en su cuerpo. Al llegar al pueblo, todos lo miraban de forma muy rara, por lo que fue a su casa, al mirarse en el espejo se da cuenta que le están saliendo cachos. Visita un yatiri para que le diga qué le esta pasando. El curandero le explica que la banda que contrató estaba compuesta por diablos y que el único remedio para él, es matarlo de una puñalada en el corazón, de no ser así se convertirá en diablo y el mismo destino correrá todo el pueblo.

El hombre, antes de morir apuñalado, le dice a su gente: este lugar es precioso, las yaretas, las queñuas, los ríos de aguas que brotan puras de la Pachamama, los riscos nevados de la Cordillera de los Andes y todo lo que nos rodea, pero deben abandonarlo porque la Banda Diabla vive cerca y a los que no se coman los convertirán en diablos.

Estas fueron las últimas palabras del Alférez antes de que se cumpliera su sino.

La gente muy acongojada, buscó muy lejos un nuevo lugar donde vivir, dejando el pueblo abandonado.

SEGUNDO LUGAR REGIÓN DE TARAPACA

Jaelly Santana Mamani 13 Años 7º Basico, Escuela Fronteriza E-50 Colchane

LA ESPERANZA DE AÑITA

Hace muchos años, en el altiplano había un pueblo llamado Ancocala, allí vivía una familia que era muy pobre. El padre se llamaba Velarmino; la esposa, Jacinta y su hija, Añita, que en lengua aymara significa florcita.

Velarmino pastoreaba llamos a la gente del pueblo, en pago recibía charqui y lana. Jacinta hilaba lana, luego tejía ropa para abrigar a su familia, de vez en cuando las cambiaba por alimentos que siempre escaseaban. Viendo que la familia no prosperaba, ya que además no había tanto alimento para los animales porque había escaseado la lluvia, Velarmino decidió ir en busca de trabajo en el valle, que estaba lejos, pero era necesario este sacrificio para tener un mejor bienestar.

Llegó el día que Jacinta preparó la ropa y alimentos de su esposo para su largo viaje, así salieron a la cima del cerro para despedirse, entonces Añita se puso tan triste, porque no quería separarse de su padre, le dijo, ¿por qué no me llevas contigo? Este respondió: no puedo, hija mía, porque tal vez caminaré muchos días y en el valle no tengo dónde llegar a vivir, pero voy a volver con ustedes. Así se despidieron, la niña con sus ojitos muy triste le decía ¡¡vuelve pronto, padre, porque te estaré esperando!!

Cada día que pasaba, Añita se ponía más triste, lloraba y lloraba mientras su madre la consolaba. Pero cierto día, la pequeña enfermó gravemente, todas las señoras del pueblo le fueron a dar remedios, pero no mejoraba, hasta que dejó de hablar. Jacinta, muy preocupada por su hija que se encontraba muda, caminó a otro pueblo para buscar a Yatiri que era el que curaba enfermedades, pero ni así encontró mejoría.

Para entonces, Velarmino había encontrado un trabajo digno, muy afanado trabajaba esos años, porque eran buenas las ganancias.

Todos en el pueblo decían que la niña no volvería a hablar nunca más, lo cual entristecía mucho a Jacinta, perdiendo ya la esperanza de volver a conversar con su hija, la que no dejaba de mirar el camino que se perdía en el valle.

Llegó el día en que Añita cumpliría 8 años de vida, era un día muy lindo, porque cantaban muchos pajaritos cerca de la casa y el sol había salido resplandeciente. Añita ese día le indicó con señas a su madre que quería salir al cerro donde hace tiempo había visto perderse a su padre, Jacinta la llevó y estuvieron sentadas por largas horas, cuando de repente la niña vio que venía caminando su padre, se puso a correr con sus brazos abiertos, por detrás iba su madre contenta, pero preocupada porque no sabía cómo decirle a su esposo que tenía a su hija muda.

Cuando lo alcanzaron, Añita después de un gran suspiro le dijo a su padre: Papito no te separes de mi lado nunca más porque yo te quiero mucho... Entonces Jacinta se dio cuenta que estaba hablando, mayor fue su alegría, se abrazaron los tres, Velarmino muy feliz de volverlas a ver sacó de su bolso flores para las dos y muchos dulces para su hija, porque era el día de su nuevo cumpleaños.

Una vez que el papá se enteró de lo que había sucedido a su hija, decidió no dejarla nunca más y con su esposa se pusieron de acuerdo en irse a vivir al valle de Parinigua, lugar en que Velarmino había construido una linda casita y comprado terrenos para trabajar.

Fue así que a los pocos días se fueron a despedir de toda la gente del pueblo de Ancocala, y emprendieron su viaje. En Parinigua, había una escuela donde Añita se puso a estudiar muy alegre. Ella vivió feliz junto a sus padres, pero nunca se olvidó de su pueblito, Ancocala, donde aprendió que nunca hay que perder la esperanza en lo que uno quiere.

PRIMER LUGAR REGIÓN DE ANTOFAGASTA

David Juan Colamar Colamar 12 Años 7º Básico, Escuela E-20 Nuestra Señora de La Candelaria Caspana

¡LA FLOR QUE CURA!

Se cuenta que en el poblado de Caspana que se encuentra a 94 kilómetros de Calama hacia el interior, vivía una familia feliz, madre, padre y sus cuatro hijos. Ese lugar era un pueblo muy lindo y un día la madre enfermó grave, el esposo, asustado por su enfermedad, mandó a llamar a un curandero y éste le dice: ¡su esposa está muy enferma y grave, pero la cura está en tu pueblo, en una flor llamada "lilaloy"! El esposo estaba muy preocupado y mandó a su hijo mayor a buscar la cura para su madre que era la flor de lilaloy, esta es una flor de color morado que se encuentra en el campo de Caspana. El hijo le hace caso a su padre y va a buscarla. Pasó un día, pero el hijo no apareció, luego manda a su otro hijo con las mismas recomendaciones que le dio a su hijo mayor, entonces el hijo fue a buscar la flor en el campo de Caspana. Pasaron los días y la madre se agravaba más y más en su enfermedad y sus dos hijos no regresaban.

Entonces, su padre manda a su otro hijo dándole las mismas indicaciones de la flor del campo lilaloy, pasan los días y no llegaba ninguno de sus hijos y su esposa seguía enferma. El padre, preocupado por sus tres hijos y su esposa, se decidió a decirle a su hijo menor: ¡hijo, ve a encontrar la flor de lilaloy, es de color morado y se encuentra en el campo de Caspana! El hijo se va de inmediato a buscarla y pasan los días, busca y busca en quebradas y pampas, pero no la encuentra. Después de un rato, el hijo menor se encuentra con una abuelita en el sector de "Inca Huasi", río que se encuentra a 15 kilómetros de Caspana, la anciana le dice: ¡hijito, ayúdame a cruzar el río! ¡ya¡ contesta el hijo menor. La abuelita le cuenta que han pasado tres jóvenes y la han tratado muy mal, ella aprovechó de preguntarle ¿usted conoce a esos jóvenes? ¡Sí!, dijo el hijo menor, son mis hermanos y andamos buscando una flor llamada lilaloy ¿usted conoce esa flor? Ella le contestó que sí y le indica que la puede encontrar en aquellos cerros. Muy agradecido se despide de la abuela y parte a buscar la flor

lilaloy y se va a los cerros donde le había indicado la anciana, el hijo menor llegó al lugar y encontró la flor y sacó muchas de ellas y se fue al pueblo de Caspana, pero en el camino se encuentra con sus hermanos y les cuenta lo sucedido y el lugar donde encontró la flor, según la indicación de la abuelita. Cuando terminó de contarles, sus tres hermanos lo agarraron y lo enterraron vivo porque sintieron celos, por no haber encontrado la flor ellos mismos. Después, los tres hermanos se fueron a buscar más flores y regresaron al pueblo de Caspana.

El padre, agradecido de sus tres hijos, les preguntó si habían visto a su hermano menor, pero ellos no le contestaron y así pasó una semana y no llegaba.

Un día, la abuelita que pastoreaba sus llamos en el campo, vio una mano en el suelo que tenía una flor agarrada: la flor de lilaloy. Esa flor había crecido como una caña grande y la abuelita se quedó pensando que hace poco ella había indicado dónde se encontraba esa flor, pero esa flor que observaba era grande. Como ella estaba con su nieto lo mandó a sacar la caña, cuando éste tocó la caña, una voz le dijo: ¡no me toques, ya que mis hermanos me enterraron aquí! El niño la volvió a tocar por cinco veces y la caña siempre repetía las mismas palabras. El niño, asustado, le contó a su abuelita, se fueron rápidamente al pueblo a avisar al padre y a los hermanos, la madre ya estaba mejor, se dirigieron con el nieto y la abuelita al lugar donde estaba la flor grande. En ese momento, se dieron cuenta que su hijo menor estaba enterrado allí. Lo sacaron de ese lugar y el padre furioso por lo que había sucedido echó a los hermanos de la casa por su mala acción y se quedó con su hijo menor y su esposa ya curada de su enfermedad. Y así fueron muy felices hasta el día de sus muertes.

SEGUNDO LUGAR REGIÓN DE ANTOFAGASTA

July Alicia Panire Colamar 12 Años 6º Básico, Escuela Nuestra Señora de La Candelaria Calama

LA PASTORA Y EL HOMBRE LAGARTO

Este cuento me lo contó mi abuelito una noche a luz de la vela. En el campo vivía una familia que estaba conformada por una mamá, su hija y su esposo. Ellos vivían en una casa que era pobre.

Una noche su hija se quedó sola en su casa. Después de un rato, tocaron la puerta y ella salió a ver quién era. Se trataba de un hombre elegante que la iba a buscar, ellos salieron a una fiesta, luego pasaron las horas y el hombre la llevó a su casa, cuando estaba entrando se encontró que sus padres la estaban esperando, la pastora le presentó a su amigo. Sus padres se enojaron con ella porque no les había pedido permiso.

Se fueron a dormir y al día siguiente sus padres le dijeron que fuera a pastar sus animales y la pastora les dijo que sí.

En la noche, fue otra vez el caballero a casa de la pastora, la pastora le contó lo que le había sucedido cuando él la fue a dejar, el hombre se sintió mal y se fue de la casa de la pastora llorando. Al otro día, la pastora otra vez se fue a pastar sus animales, le dieron ganas de orinar y mientras orinaba se le asomó un lagarto que la miraba mucho, ella muy enojada con el lagarto le tiró una piedra en la cabeza.

En la noche llegó otra vez el hombre a la casa de la pastora, el hombre le preguntó a la pastora por qué le había tirado una piedra en la cabeza, la muchacha le dijo que ella no le había pegado a él, ella le había pegado a un lagarto.

En ese momento, la pastora se dio cuenta que en realidad no era un hombre, sino que era un lagarto, es que de noche era un hombre y en el día era un lagarto.

Con lo sucedido, la pastora se quedó triste y estaba embarazada del hombre lagarto, el hombre era guapo y ella se había enamorado; después pasó el tiempo.

Sus padres se dieron cuenta que estaba embarazada y se fueron a otro pueblo y la dejaron sola, cuando iba a tener su guagua salieron de su vientre muchos lagartos, en eso llegaron los familiares del lagarto y se comieron a la pastora y la dejaron en esqueleto a la pobre. Al tiempo, cuando llegaron sus padres a la casa se dieron cuenta que su hija estaba muerta.

Esta historia nos cuenta el porqué las mujeres caspaneñas se asustan cuando van caminando y se les cruza un lagarto en el camino, se cree que en ese día pueden quedar embarazada. Por eso, mi abuelo, al ver a una mujer soltera y embarazada, le dice:

¡Ay, niña! ¿Qué se te cruzó un lagarto?

PRIMER LUGAR REGIÓN DE ATACAMA

Deborah Laskarit Zepeda Alfaro 14 Años 8º Básico, Escuela Pedro León Gallo Copiapo

TRES GOTAS DE SANGRE

Cuenta la leyenda que en el interior de Ovalle vivía una humilde familia campesina. Dentro de esta familia había una hermosa muchacha llamada Hilaní, sus ojos eran como si dos gotas hubieran caído sobre ellos, su piel color canela, esbelta, pelo rizado y oscuro como la noche, la muchacha tenía solamente 14 años de edad.

Un día, le dijeron que fuera a cortar limones. Hilaní muy obediente fue, pero en el trayecto un pájaro negro de ojos rojos la miraba y perseguía. Hilaní no se preocupó, porque en Ovalle hay muchos pájaros raros, se preocupó cuando escuchó un "Tú", miró hacia todos lados, no había nadie, solamente aquella ave rara, corrió hasta llegar a los limones, sacó la mayor cantidad de este fruto. Hilaní se sentía observada, ustedes preguntarán: ¿Por qué no se devolvió a su casa? Porque en esos tiempos de 1940, los hijos obedecían muy bien a sus padres y si uno no hacía lo que ellos decían, los padres a uno lo podían regañar.

Al caminar a su casa, de nuevo apareció el pájaro, Hilaní corrió sin parar a su casa, le contó lo sucedido a su madre, su madre le dijo que estaba alucinando y que si quería llamar la atención que fuera de otra manera.

La muchacha tenía mucho miedo de salir, pedía siempre que la acompañaran, porque se le aparecía el pájaro raro.

El padre de Hilaní la mandó a buscar las cabras al cerro, le pidió a su hermana si la podía acompañar, ella le dijo que sí.

Se encaminaron a buscar a las cabras, se imaginan que de la nada apareció un joven, de pelo negro muy oscuro, no mostraba la mirada, le preguntó a las muchachas si las podía acompañar a su destino. La reacción de Hilaní fue tomar la mano de su hermana y correr, llegaron al sector donde estaban las cabras, la hermana de Hilaní le dijo que estaba loca y que por qué había hecho eso, Hilaní dijo ese es un pájaro que me persigue. La hermana de Hilaní muy furiosa, se fue de donde estaban, cuando se alejaba escuchó un grito (de socorro), corrió para ver lo sucedido, pero lo único que encontró fueron tres gotitas de sangre en vez de encontrar a su hermana, escuchó una risa, miró el cielo y encontró el pájaro que tanto nombraba su hermana.

Desde entonces, a las muchachas bonitas de la zona no se les deja mucho sola o les puede pasar lo mismo que le pasó a la hermosa Hilaní.

SEGUNDO LUGAR REGIÓN DE ATACAMA

Paola Francisca Bembow Espinoza 13 Años 8° Básico, Escuela Pedro León Gallo Copiapó

LA FIGURA SOBRE LA FLAUTA

En un pueblito muy lejano llamado Totoral vivía una familia con solamente el padre y dos hijos, que dejara su madre muerta cuando iba de camino a su casa en un grave accidente de tránsito, luego de ir a dejar unos vestidos que hacía con mucho orgullo para poder juntar un dinero para darles de comer a sus hijos.

Después de este trágico accidente, la familia no tuvo más que ponerse a trabajar; aún con la tristeza que había en su corazón. El padre trabajaba cortando leña en un ranchito. El hijo mayor -con sólo quince años y el menor con trece, el cual no dejaba su flauta, era su instrumento favorito y el único juguete que tenía de recuerdo de su madre-, trabajaban cuidando cabritas, aunque ganaban poco dinero se sentían orgullosos de trabajar, ya que así podían sacar adelante a su familia.

Un día, normal como cualquier otro, el padre y los dos hijos se levantaban a las cinco de la mañana para salir a sus labores, el papá al ranchito y los dos hijos a buscar cabras de unas majadas que había en las afueras del pueblito para poder sacarlas a pasear.

El más pequeño divertía a las cabritas tocando su flauta. Pasaba la mañana, la tarde, y los niños sin comida, seguían aún trabajando.

Los pequeños se ponían muy felices cuando llegaba la tarde pues ya no tenían frío y podían llevar a las cabras al pasto, tocar la flauta y jugar un rato entre ellos.

Cierta vez, cuando estaban jugando en el pasto, se dieron cuenta que ya era tarde y tenían que ir a dejar a los animales; los niños siempre las contaban a ver si faltaba alguna. Al contarlas esta

vez, se percataron que faltaban, no estaban las treinta de siempre, había veintinueve. Empezaron a buscar qué cabrita faltaba, llamaban a todas por sus nombres, está Perlita, don Macito, Copito, doña Gloria, Martita, Andrés, las nombraban a todas. Hasta que el mayor se dio cuenta que la que faltaba era la más traviesa y la apodaban Traviesilla.

Era tarde, los niños fueron en busca de ella, pero por el camino el más pequeño tropezó con algo que estaba enterrado, su hermano cavó en la tierra y sacó el objeto con el que había tropezado su hermanito, era algo muy raro, como una figura muy antigua que estaba sentada sobre una flauta. José, su hermanito se puso muy feliz de haber encontrado esa figura, ya que la flauta era el mejor regalo que podía tener y al pararse se le olvidó todo el dolor que tenía en sus pies de la tropezada que se dio.

José salió corriendo a buscar a la cabrita que faltaba para poder ir a dejarla a la majada de sus dueños y correr a mostrarle la figura que su hermano había encontrado a su padre. Los pequeños llegaron a su casa y aún no llegaba su padre. Entonces, ansioso de mostrarle la figura a su padre, José salió corriendo a buscarlo. Su hermano le gritaba ¡ten cuidado!, pero el pequeño corría y corría.

Cuando el niño llegó al rancho en el cual trabajaba su padre vio adentro y quiso entrar, no podía ya que estaban cerradas las puertas. Al rato después, llegó el hermano mayor para avisarle que su padre ya estaba en casa, otra vez lo mismo, el pequeño corría con la figura en su mano.

Al llegar a casa le mostró el objeto con tanto entusiasmo al padre, el cual le dijo que estaba muy linda y que podía quedarse con ella, el pequeño estaba tan feliz que gritó de felicidad.

Los días siguientes, el pequeño José iba a todas partes con su nuevo juguete y con su flauta, por supuesto. Un día sus patrones les ofrecieron un nuevo trabajo, con mejor paga. El trabajo era cuidar burros, a lo que ellos respondieron que debían consultar con su padre.

Llegaron a la casa y los niños le preguntaron al padre, qué coincidencia dijo él, a mí también me mejoraron mi trabajo y el sueldo. Los niños gritaban de felicidad, desde mañana tendremos otro trabajo dijo el padre.

Todos muy felices disfrutaban su nuevo oficio, los niños ya no tenían que correr más ni sufrir tanto calor. Ni el padre tenía que cortar todo el rato leña, ni sudarse entero. Desde ese momento, la vida fue perfecta para esa familia, no sufrirían de hambre, tenían ropa para ponerse, etc.

Era un día normal, toda la familia salía muy feliz a trabajar. El pequeño nunca dejaba su figura, la

cual llamó "el flautista", ese día llevaba la figura a su trabajo y de repente se tropezó y el flautista se le cayó de sus brazos, yendo a dar a un pozo no tan hondo pero peligroso. Juan, su hermano le dijo que dejara la figura allí y que después vendrían con su padre para que él la sacara, allí la dejaron.

Los niños llegaron a la casa y el padre les dijo a los niños que éste había sido un terrible día, lo culparon de robarse un dinero que estaba guardado y que porque era pobre lo culparon a él. ¡Qué raro!, dijo el niño y luego le contó lo que pasó con la figura. El hermano mayor le preguntó al padre a qué hora le pasó lo que contó. Don Anacleto, el padre, dijo que cuando iba llegando al trabajo y el niño le comentó que fue allí cuando se les cayó la figura.

Al día siguiente, le pidieron al padre que los acompañara a buscar la figura, a lo que el padre accedió.

Luego de sacar la figura del pozo, el papá se fue al trabajo y en ese momento el jefe se disculpó con él, ya que habían encontrado el dinero hurtado por otro trabajador.

El padre se puso muy feliz y al llegar a la casa después del trabajo contó lo pasado a sus hijos. El más pequeño dijo que la flauta era de suerte.

Juan y el padre pensaron lo mismo, quedémonos con ella dijeron los niños; lo pensaremos, dijo el papá.

Los niños sabiendo lo que hacía la figura se la quedaron y dejaron de trabajar ya que el padre ganaba el dinero necesario para mantenerse. En adelante, los pequeños fueron al colegio, conocieron amigos y la pasaron muy bien con su nueva vida.

Cierto día, el padre estaba sentado en un sofá pensando lo de la figura, se dijo a sí mismo que si su esposa estuviera viva no permitiría aquello y que esa figura la devolvería aunque sus hijos estén siendo felices; él ya tenía trabajo estable, así es que le dijo a los niños que dejarían la figura donde la encontraron para que otra familia que lo necesite se la encuentre.

Los muchachos estaban muy tristes y más el pequeño, ya que la flauta era su instrumento favorito.

Con mucha pena fueron con el padre a dejarla al lugar donde la encontraron. Llegaron a su casa y durmieron, al día siguiente todo era igual que siempre, habían vuelto a la pobreza, pero estaban felices ya que tenían a su padre junto a ellos.

TERCER LUGAR REGIÓN DE ATACAMA

Vicente David O'Ryan Campos 11 Años 5º Básico, Escuela Pedro León Gallo Copiapó

EL SAUCE Y EL MAGO

Cuenta la historia de un lejano y hermoso bosque, habitado por bellas y delicadas criaturas, todas eran únicas, quizás las últimas en su especie. En el centro, había un frondoso y viejo sauce llorón. Este sauce era muy especial, pues era la casa de un mago, protector y vigilante del bosque.

Todo parecía estar bien, pero un día amanecieron todos alborotados. El mago y el viejo sauce se estaban muriendo. Poco a poco, mientras avanzaba el día, también se fueron enfermando otros árboles, las flores, el río... todo parecía estar enfermo. Al anochecer, todos se reunieron para tratar de entender lo que les estaba sucediendo. Un lobo blanco opinó que en sus largos, largos años nunca había visto algo parecido, pero creía que tal vez la vieja sirena del pozo sin fin podría saber algo que les ayudara. Sin embargo, se les presentaba otro problema, pues la sirena no hablaba el lenguaje del bosque, sólo hablaba el de los humanos, y ahí no había más humano que el mago y, que al estar enfermo cómo podría hacerlo. Entonces, se acordaron que al otro lado de la gran montaña vivía un humano y su familia. Decidieron enviar al caballo a buscar ayuda, ya que los humanos lo conocían y no le tenían miedo.

El caballo corrió veloz, con todas sus fuerzas en busca de un humano. Sólo tardó un día en su misión. A su regreso, traía a una hermosa niña de cabellos largos y suave voz. Sin perder tiempo, la llevaron al pozo sin fin. Al ver su rostro reflejado en el agua, la sirena apareció y la llamó por su nombre, Any... Any, tienes un gran trabajo, dijo la sirena, debes cantar suaves y lejanas canciones. Canciones que hagan recordar y que hagan revivir almas cansadas, sólo así el mago y el sauce sanarán. Ellos están enfermos por causa humana. Los hombres han ensuciado y matado todo: animales, bosques, ríos y también los sueños. Este bosque depende de la energía que le dan el sauce y el mago, ellos son uno solo. Uno representa la fuerza de la naturaleza y el otro, la fuerza del amor. Los humanos ya no

sueñan, ya no aman, solo saben destruir. Pronto no habrá nada, solo oscuridad y vacío. Any, debes cantar, debes salvarnos, este es el último bosque con vida que queda en el planeta. Canta Any, tus canciones nos sanarán... queremos oír tu voz, y, sí aún queda amor, impide que esto muera, pues en tu interior está la solución de salvar lo bello que queda...

Colorín, colorado este cuento aún no ha terminado.

MENCIÓN HONROSA REGIÓN DE ATACAMA

Paulina Rachel Cea Ibarbe 12 Años 7º Básico, Escuela Fronteriza E-54 San Félix, Alto del Carmen

EL VIEJO ZORRO DEL CARRIZO

Me contó mi abuelito, que una vez en un lejano pueblo cerca de la cordillera, vivía un hombre muy soñador que tenía el espíritu de un minero lleno de esperanzas de que algún día el cerro llamado El Carrizo le diera su preciado tesoro. Con ese deseo el hombre subía hacía el cerro.

Un día se dio la tarea de subir al cerro y empezar a cavar un socavón (un túnel), cerca del túnel que él cavaba corría una pequeña vertiente, la cual los abastecía de agua para las necesidades básicas.

A veces, él iba acompañado de distintos hombres, que también tenían el mismo sueño. Cuando ellos estaban en el cerro, en las noches mientras dormían de vez en cuando sentían el caminar de un león, ellos para no asustarlo se quedaban en silencio. El león después de beber agua, subía en silencio hacia las alturas.

Después que el hombre terminaba su jornada semanal, emprendía el regreso hacia su hogar. En el camino se encontraba con distintos montes, los cuales llevaba a su familia, en su casa lo esperaban sus hijos e hijas, ellos lo esperaban con mucha impaciencia. Cuando él aparecía en el terreno familiar, sus hijos saltaban de alegría al verlo, ellos siempre esperaban que llegara sano y salvo de su regreso. El hombre compartía con sus hijos tres o cuatro días y regresaba al carrizo. Emprendiendo su regreso, él se iba con mucha pena en el corazón de dejar a sus hijos, pero con la esperanza de obtener un mejor futuro para su familia.

Después de varios meses de trabajo llevaban avanzado el socavón (un túnel), de vez en cuando ellos molían el metal que sacaban y al molerlo le daba algo de oro, él construía el socavón con la esperanza de encontrarse con la veta de oro.

Durante mucho tiempo y años el hombre tenía que hacer religiosamente el mismo recorrido, del cerro a su casa y de su casa al cerro.

Con el pasar de los años, el hombre iba perdiendo la vitalidad que le permitía hacer el recorrido de 4 horas de subida hacia el carrizo, pero seguía luchando por aquel sueño. Y más lento y más cansado, seguía martillando y picando el socavón con la esperanza de dar con el punto exacto donde estaba aquella tan ansiada veta de mineral precioso.

Al pasar el tiempo, ya no podía subir el cerro por problemas que se le ocasionaron en las piernas de dolores intensos, tuvo que dejar años de trabajo y sacrificio por el bien de su salud. De repente, se le ve caminar por los cerros más cercanos recordando viejos tiempos de caminatas y de cabalgatas en busca del preciado tesoro del carrizo.

Él, muy a lo lejos visita este cerro que le dio tantas alegrías y buenos momentos. Desentierra las vertientes que con los años se han tapado, recorre el socavón y recuerda cuando él lo construía para encontrar el punto de la veta, aunque nunca la encontró, la mina le dio su preciado tesoro, a lo mejor no en cantidades que él quería, pero todavía tiene la esperanza de que otro soñador como él siga construyendo aquel socavón y encuentre el gran tesoro que él deseaba encontrar, a escuchar el caminar del león y a vivir todo lo que él vivió en ese lugar y a tener todas las esperanzas que él tuvo.

Desde el pequeño pueblo, el hombre observa desde el horizonte aquel cerro que prometía darle un tesoro; al fin de su vida, obtuvo el mejor tesoro que la vida le pudo haber dado que fue su familia y ahora sus hijos están tranquilos de verlo sano y salvo junto a ellos.

Aquel viejo zorro del carrizo solo puede guardar en su mente aquellos momentos felices e imborrables que pudo vivir en ese lugar, porque el viejo zorro del carrizo era mi abuelo.

PRIMER LUGAR REGIÓN DE COQUIMBO

Fabián Fernando Olivares Ramos 11 Años 6º Básico, Escuela Arturo Pérez Canto San Marcos Combarbalá

LA PIEDRA GRANDE

Una de las tantas noches de este frío invierno de 2007, me contó mi papá que su bisabuelo siempre se acordaba que por allá, en el siglo pasado, en el cerro llamado El Llano, había caído parte de un meteorito que se partió en dos antes de caer. La otra parte cayó en un cerro cercano a Combarbalá.

La cosa es que, debajo de la parte que cayó aquí en San Marcos, quedó atrapado un gran tesoro. Delante de esta inmensa piedra conocida como la Piedra Grande, se forma un triángulo en cuyas puntas hay pequeñas piedras escritas (jeroglíficos).

La gente antigua aseguraba que eran señales de nuestros antepasados para indicar el lugar exacto donde dejaron los tesoros los jesuitas cuando atravesaban por este lugar de cordillera a mar.

También cuentan que el demonio está constantemente protegiendo este tesoro.

Muchas personas han ido a ese lugar de noche, aprovechando la luna llena, con la intención de sacar el tesoro, pero ninguno ha logrado regresar, desaparecen misteriosamente; otras personas han regresado con enfermedades incurables, que creen se las hizo el demonio que vigila el tesoro; otras tantas tienen mala suerte con su ganado, en sus cosechas o en su vida personal, incluso han llegado a volverse locos o agresivos con las demás personas.

En cierta ocasión, un grupo de jóvenes fue de excursión al lugar, sin saber qué les pasaría. Recorriendo por aquí y por allá, se les pasó la hora y se hizo de noche. Estaban conversando de lo mejor, cuando la piedra silenciosamente se abrió en dos. Los jóvenes quedaron impresionados con una luz brillante

que enfocó en el centro, el abundante tesoro; escucharon, además, que alguien los llamaba desde adentro de la piedra, la voz les decía: ¡vengan... vengan acá! Ellos entraron y la piedra se cerró tan rápidamente que no pudieron escapar.

Los jóvenes asustados corrían de un lugar a otro en su interior. En eso, uno de ellos vio en un rincón el tesoro y se lo comentó a sus seis compañeros, todos fueron hacia el tesoro; se olvidaron que estaban atrapados, porque estaban cautivados por él.

- ¡Que brillante!, ¡Sí, es precioso! ¡Tenemos que llevarlo!, ¡Es nuestro! -decían, muy entusiasmados.

Estaban maravillados, cuando de repente, desde el tesoro, fue apareciendo poco a poco el mismísimo demonio, sonriendo les hizo una propuesta:

-El que gana el combate entre todos ustedes se llevará mi tesoro. En este cofre hay justamente siete espadas para que luchen todos contra todos, ¡Solo uno será el gran vencedor! ¿Qué les parece?

El grupo no quería, pero la ambición y el poder del demonio lograron ponerlos en contra. Dos horas, después habían muerto seis de ellos y quedaba vivo solamente Juan.

Muy cansado por el combate, miró a su alrededor, el tesoro había disminuido su cantidad, eran unas cuantas monedas de oro y plata, que brillaban apenas.

Buscó con su mirada al diablo para pedirle una explicación, pero no estaba, se había esfumado quién sabe adónde. Como pudo, recogió algunas monedas, las echó a los bolsillos de sus pantalones y buscó una salida. La piedra tenía una abertura pequeña, por la cual logró salir con mucha dificultad y escapó como un prófugo de allí.

Caminó bastante para poder llegar por fin a su casa, sacó las pocas monedas de sus bolsillos, las tiró en su cama y muy cansado, se puso a dormir.

A la mañana siguiente, se levantó tarde, se miró en el espejo, estaba muy pálido y no recordaba nada de lo sucedido, ni la excursión, ni sus amigos, ni el combate, ni el tesoro, menos al diablo, nada, nada.

Una semana después, este muchacho murió en su casa, sin saberse nunca la causa de su muerte. Lo curioso es que a su funeral no asistió nadie, sólo lo despide su padre, el cual era muy viejito.

SEGUNDO LUGAR REGIÓN DE COQUIMBO

Marjorie Estefanía Araya Plaza 14 Años 8º Básico, Escuela Benjamín Vicuña Mackenna Combarbalá

EL BURRITO Y LA CONEJA: EL ORIGEN DEL SOL Y LA LUNA

Cierto día, cuando aún todo estaba recién comenzando a formarse, un animalito nuevo de hermosas facciones deambula por las nuevas tierras, buscando algún destino para él.

Él era peludito, con unas hermosas orejas largas y suaves, su color amarillo. Aunque no se distinguía su forma en la oscuridad, gracias a su hermoso y brillante color que luego le fue dado, todos los que lo encontraban en el camino se detenían a mirarlo y saludarlo.

En un lugar donde olía a tierra mojada removida, se encontró con unos conejos que ya tenían formada una comunidad y se quedó a vivir con ellos.

Se hizo amigo de alguien especial, una gran conejita blanca muy hermosa y encantadora.

Esta comunidad se diferenciaba de las demás por tener dentro de su hogar luz, producida por unos bichitos brillantes y dorados que eran parte de la comunidad, luego que éstos los hubieron salvado y acogido. Y a modo de gratitud ellos servían de lumbre.

Al pasar algún tiempo comenzaron a haber algunos problemas con otros habitantes de la Tierra que eran flojos y adoptaron malas costumbres. La envidia de estos y la falta de luz afuera les permitía causar temor a los conejitos, quienes temían que les robaran a sus bichitos brillantes, ya que sin ellos nada podían hacer.

Al burrito junto con la conejita se les ocurrió la genial idea de que en el cielo esos bichitos podían estar seguros y, a la vez, cumplir su función alumbrando todo cuanto podían, el problema era cómo hacerlos llegar.

Juntos idearon una tras otra idea hasta encontrar la perfecta, construyeron una especie de catapulta en la que los conejos tenían que dejar caer una gran roca y en la otra punta se encontraban los bichitos dispuestos a cumplir con su deber.

Todo iba perfecto, pero ocurrió algo que no estaba en sus planes, pero que sería lo mejor. Los ladrones llegaron y para que no se robaran a los indefensos animalitos la conejita y el burrito juntos los dos se subieron a la catapulta. Viéndose rodeados y sin otra salida los demás conejos dejaron caer la roca lanzándolos a todos en dirección al cielo.

Gracias a Dios, todo salió bien y lograron llegar e instalarse en el cielo. En el mismo instante en que llegaron, comenzaron a brillar mucho más que antes iluminando todo ese sector de la Tierra.

Fue así como llegaron a existir el Sol y la hermosa Luna, junto a las estrellas.

Luego, tuvieron que separarse para poder iluminar a todos en la Tierra, pero hay ciertos momentos en que se acercan a saludarse, ya que son los mejores amigos que pueden existir en todo el universo, el sabio Sol y la hermosa Luna.

TERCER LUGAR REGIÓN DE COQUIMBO

Felipe Antonio Pereira Galleguillos 11 Años 6º Básico, Escuela Pablo Neruda Coquimbo

LA HISTORIA DE NALA

Me contaron un día que pertenezco a la vida silvestre, los de mi especie nacen, crecen, se alimentan, se multiplican y viven felices entre la vegetación que tan amablemente nos ofrece la naturaleza para sobrevivir, pero no todos tenemos la suerte de desarrollarnos en el lugar para el cual fuimos creados.

Lo que queda en mi memoria, de mis primeros años de existencia, es bien poco novedoso, recuerdo mirar sorprendida mi alrededor y ver entre las rejas el panorama que por primera vez percibí, se presentaba así ante mis ojos; gente que viene y va, a veces apresurada, otras veces lentas o pensativas, niños gritando o llorando porque querían algo que no le compraron; seguramente, otros corren o juegan, en fin, este espectáculo lo vi repetirse diariamente, el bullicio se tornaba muchas veces irresistible.

Yo estaba enjaulada, en un lugar húmedo e inhóspito, en compañía de otros seres de mi raza que no conocía, pero que poco a poco fui poniéndome al tanto de sus vidas, resignados como yo al cautiverio. Hoy día, muchas veces me pongo melancólica al recordar ese lugar, en donde me alejaron de mi familia, es muy penoso cuando pienso que me apartaron de mis padres y hermanos, de mi hábitat, de mis costumbres, de mi libertad, todo eso lo desconozco, pues he tenido que adaptarme a este sometimiento desde que tengo uso de razón.

Pero no me he presentado, soy Nala, un hámster hembra. Mi historia empieza en una tienda de exhibición de mascota, en donde nuestra libertad está truncada y en donde debemos movernos en unos poquísimos metros cuadrados. Desde ese momento, nuestra dignidad de seres vivientes no

cuenta, en donde nos han convertido en meras mascotas versus mercancías, con un precio al mejor postor, expuestas a la vista de todo público, de los cuales algunos se muestran cariñosos; otros; irónicos; otros, traviesos y también algunos, muy crueles.

En este cautiverio a que somos sometidos, no nos cuidan como corresponde, en muchas ocasiones sentimos hambre, sed, frío o calor, pero tenemos que soportar lo que venga, a veces el alimento es insuficiente, el descanso no es el adecuado, pero debemos esperar que una persona buena y cariñosa nos elija como su mascota para empezar una nueva vida si tenemos suerte. Mi caso es excepcional, mi dueño es extraordinario, realmente me amó desde el primer momento en que me vio y este amor es mutuo, él se preocupa de mi bienestar desde que llegué a su hogar.

Yo llegué a su casa, como regalo de cumpleaños, su mamá me compró en una tienda donde venden mascotas, desde un comienzo fui recibido con mucho afecto, ya soy parte de la familia, mi dueño se llama Felipe, él es un niño muy tierno, simpático y amable y estudia en sexto año básico. Al comienzo de mi llegada a casa, pasábamos más horas juntos, pero ahora sus compromisos escolares le ocupan gran parte de este tiempo... yo lo entiendo y como soy buena para dormir, duermo mientras espero que llegue de su colegio.

Él me saca a pasear, nuestra casa está ubicada en el campo, yo aprovecho de admirar la belleza del paisaje, me siento parte de él, de percibir la tranquilidad incomparable del lugar, el aroma de los árboles, durante nuestro andar respiro el aire puro, observo la claridad del cielo y siento el calor del sol, los días soleados o en ocasiones me estremezco en los días fríos, en general nuestros paseos son placenteros, ya que en este lugar se respira la paz y la tranquilidad, siempre estoy dando gracias a Dios por la suerte que tuve, en que me adoptaran personas tan acogedoras y cariñosas.

Tengo la costumbre de dormir en el día, mi lugar de descanso es muy cómodo es una galería de tres pisos: en el primer piso está el agua, en el segundo piso se encuentran mis alimentos: zanahoria, pellet y semillas que Felipe se preocupa de mantener en mi plato y en el tercer piso está mi confortable cama. En las noches, realizo largos paseos por toda la casa, de la cual conozco cada rincón, este paseo me provoca un rélax después de haber dormido gran parte del día, estas caminatas me ayudan a movilizar mis extremidades, es un ejercicio necesario para mi diario vivir.

El aprecio y agradecimiento que siento por cada uno de los miembros de mi familia adoptiva son incomparables, ellos me han tratado siempre muy bien, respiro libertad y bienestar aunque no soy libre ni estoy en mi ambiente, pero puedo decir y afirmar con certeza que soy una hámster feliz.

En la familia han pensado que como paso muy sola, necesito una compañía y decidieron traerme

una pareja. Esta noticia me ha puesto muy nerviosa y pienso... y me pregunto ¿cómo será este nuevo amigo?

Y llegó el gran día, me presentaron al que será mi compañero; él también fue comprado en una tienda de mascotas. Su presencia, aunque no lo crean, me incomodó. El es un rubio y apuesto hámster; al estar cerca de él y verlo dentro de mi jaula encontré que invadía mi privacidad y le pegué varias veces, pero después de tres días lo acepté y quiero formar mi propia familia. Ahora nos llevamos muy bien y vamos a ser padres, espero con impaciencia que llegue ese día, ya que me sentiré completamente realizada.

Muchas veces me pongo a pensar, que sería maravilloso si todas las especies que son elegidas como mascotas tuvieran la suerte que he tenido yo y mi familia.

PRIMER LUGAR

REGIÓN DE VALPARAÍSO Eduardo León Tuki Escobar 13 Años 7º Básico, Escuela Lorenzo Baeza Vega Isla de Pascua

"EL ANZUELO MÁGICO Y EL PERETE'I Y MAMOE URI-URI Y MAMOE TEA –TEA" (GRILLO)

Mi abuelito don Benedicto Tuki Tepano me contó esta historia, una tarde de verano, mientras él tallaba sus moai.

Contó que hace muchos años, en la hermosa Isla de Pascua, en la caleta de Vaihú, vivían varias familias de modestos pescadores y entre ellas estaba la familia de un hombre llamado Petero. Él vivía con su esposa que estaba enferma, y sus tres hijos: Haga-Nui, Vaitea y Mahina, a quienes adoraba.

El hombre era una buena persona, amable con todos y si podía ayudar a alguien, lo hacía sin ningún interés. Este pescador se hacía a la mar todos los días muy temprano, dejando a sus hijos al cuidado de su madre; regresaba al atardecer con el producto de su pesca.

Pasó el tiempo y, de pronto, Petero no pescó casi nada y así pasó por varios días. El pescador estaba realmente desesperado, pues no hallaba con qué alimentar a sus pequeños hijos. Una tarde, llorando, se arrodilló en la tierra y le pidió al poderoso Dios Make-Make que lo ayudara y, entonces, escuchó una voz especial que le decía: "Petero, tú has sido un hombre muy bueno, quieres mucho a tus hijos y ayudas a la gente, por eso te voy a premiar; espera y sabrás de qué se trata".

El hombre continuó saliendo a pescar y no pasaba nada, volvía sin el fruto de su trabajo, hasta que una tarde, apesadumbrado vio en el suelo algo que brillaba, se agachó y lo recogió, en efecto, era

un maravilloso anzuelo y así Petero comprendió cuál era la ayuda del Dios Make-Make.

Desde ese momento, el pescador obtuvo abundante pesca y una noche en que descansaba en su cama, oyó de nuevo la voz del gran Dios que le decía: "Petero, no olvides nunca lo que te diré: Todo pescado que no consumas con tu familia, debes regalarlo, nunca venderlo ni cambiarlo por nada; porque si lo haces, tendrás mi castigo".

El pescador, creyente del Dios Make-Make, hizo lo que le pedía; pero el demonio lo tentó y se preguntó a sí mismo: "¿Por qué tengo que regalarle el fruto de mi sacrificio a estos flojos que lo único que hacen es pedirme pescado?", y así, comenzó a venderlo y a intercambiarlo con otros productos de la Isla.

Pero, como la justicia tarda, pero al final llega; cuando ya se había olvidado de las advertencias del Dios Make-Make, se escuchó de nuevo su voz: "Petero, has desobedecido mis advertencias, por eso, ya no tendrás más pesca abundante".

Así el pescador, tuvo que dedicarse a la agricultura además de pescar para poder alimentar a sus críos.

ENSEÑANZA:

Si uno se compromete a algo, debe cumplirlo y no dejarse llevar por la ambición.

SEGUNDO LUGAR REGIÓN DE VALPARAÍSO

Agustín Alejandro Campusano Ubilla 12 Años 6º Básico, Escuela Básica G – 15 A La Ligua

LOS "AMIGUIS" DE CACHENCHO

Los recuerdos que tengo de mis "Amiguis" me llevaron a tener una conversación con mi abuelita y ella me contó que de pequeño me llamaron "Cachencho" y hasta casi los dos años, aproximadamente, viví con mis padres, pero no fui feliz a su lado, porque mi madre no me quería. Una razón era que no quería tener más hijos y la otra, que era igual a mi papá. Me imagino que ella era joven, bonita, sana, pero dice mi abuelita que no le gustaba andar ordenada, limpia, menos hacer el trabajo de una dueña de casa y cuidar a los hijos. Yo por suerte mamaba. Entonces mi vida fue triste, llena de suciedad, hambre y soledad. Hoy que tengo doce años puedo comprender por qué sucedieron estos hechos que les voy a relatar.

Nosotros siempre vivimos en la casa de mi abuelita, ella es viejita y muy cariñosa. Un día, mi mamá aprovechando que estábamos solos, como a las dos de la tarde, salió de la casa rumbo al pueblo más cercano. Yo la vi que iba de la mano con mi hermana y las seguí llorando. Me tomó y me devolvió a la casa, varias veces, porque yo insistía en seguirlas, tomó una soga y me ató a un eucalipto en medio del bosque que queda al lado mi casa. Me dejó atado al árbol, tomó a mi hermana de la mano y se fue sin mirar atrás. Yo lloré mucho, hasta quedarme dormido, pasaron las horas y desperté muy asustado y me puse a gritarla: –¡Mamá, mamá! –y lloré. Fue cuando me sintió mi tío Luis. Me desató, me llevó a la casa, me abrigó, me dio de comer y me acostó. En ese momento llegó mi abuelita y me abrazó.

Yo lloraba y lloraba, mientras le decía a mi abuelita:

-¡Se fue con mi hermana! ¡Abuelita, se fue con mi hermanita!

Mi abuelita reaccionó con mucha rabia y solo decía:

-¡No importa, mijito, yo lo voy a cuidar, yo lo voy a cuidar! –se repetía una y otra vez, mientras escarbaba el fuego con un tizón.

Me quedé con mi abuelita hasta ahora, pero ella no tiene la fuerza ni la agilidad que tiene una mujer joven, además mi papá trabaja muy lejos (sale a las cinco de la mañana y llega a las siete de la tarde), entonces los descuidos fueron muchos, casi siempre me quedaba solo durante el día.

En ese tiempo, llegó a la parcela del lado, Sofía, su amo la trajo de Santiago y parió cinco hermosos cachorritos, ellos eran gorditos, blanditos, de suave piel y lo principal es que me aceptaron y quisieron mucho. Como yo a ellos.

Ir a jugar con los perros todos los días se hizo costumbre, compartíamos la casa, su comida y la leche materna , me enseñaron todos sus juegos y travesuras, su forma de comunicarse, comer, llorar cuando teníamos miedo o avisar cuando teníamos hambre o frío. Después de jugar y comer, dormíamos hasta que yo despertaba cuando sentía ¡Cachencho!, ¡Cachenchito!, eran los gritos de mi abuelita que había llegado.

El primer día que me perdí, me buscaron por todas partes: en el bosque, dentro del pozo, por el canal, el río y yo no aparecía por ninguna parte. Todos muy preocupados me buscaron y gritaron, pero como yo era tan pequeño, dudaron que les contestaría, porque apenas sabía hablar. Al llegar mi papá, le avisaron y él empezó a buscarme por las casas. De pronto, escuchó un grito. ¡Alejo!, ¡Alejo!, ¡Aquí!, ¡Aquí! Aquí está tu niño. Mi papá corrió con mucho susto. Y, sorpresa, me encontró durmiendo con Sofía y los cachorros. Que al intentar sacarme, Sofía no me quiso entregar y gruñó al que logró acercarse. Entonces, me llamaron y al ver a mi papá corrí a sus brazos y lo abracé. Con mi dedo mostré a los perros y lograron entenderme lo que les quería contar y todos se sorprendieron, pero ninguno dijo nada.

Cada día mi abuelita me levantaba y no se preocupaba en todo el día de mí, porque yo pasaba con los cachorros, entonces nos alimentábamos de la leche de Sofía y nos divertíamos. Ellos me enseñaron a gruñir, gemir, ladrar, corre, saltar, seguir a los animales, vocabulario que aprendí perfectamente, porque era muy entretenido para todos, tanto para mí como para los perros. Muchas veces me iban a buscar ellos a la casa y me invitaban a jugar, pero cuando estaba con ellos no dejaban que nadie se acercara y yo los seguía, tampoco me dejaba tocar. Lo que para mí eran travesuras, para mis "Amiguis" era totalmente real.

Mi vida fue libre, natural y feliz, pero vino mi tía de Santiago y me llevó. Yo estaba más grande y mis costumbres eran imposible de olvidarlas, de pronto todos trataron de enseñarme. Y yo cada vez era más agresivo, porque me defendía como fiera, les atacaba ferozmente como mis amigos me enseñaron. Yo no me dejaba tocar fácilmente. Entonces, ellos no me soportaron, pues era vergonzoso que yo actuara como animal y sobre todo en la capital. Un día, mi abuelita fue a visitarme y todos en la casa me acusaron. Volví con ella. Cuando llegué a mi casa, todo era grande, bello, hermoso. Además, justo era primavera. Lo primero que hice fue saludar a Sofía y sus pequeños, pero no encontré a los cachorros que había dejado, sino unos hermosos, traviesos y juguetones perros. Nos reconocimos y jugamos por muchas horas. Qué alegría, volví a ser "Cachencho", "Cachenchito", como me dice mi abuelita.

Al año siguiente, fui a la escuela, el primer día de clases, creo que fue el mejor de mi vida. La profesora me recibió muy bien, yo creo que ya sabía de mi existencia, porque me aceptó de oyente y me quiso mucho. Nunca se preocupó de ver en mí las costumbres que yo traía de mis "Amiguis", como yo los llamo. Todo lo contrario, me defendía cada vez que los niños se burlaban o cuando yo peleaba tomando una actitud canina Por primera vez en mi vida sentí comprensión, cariño, amistad, confianza, respeto, porque ella lo exigía y me defendía hasta de los adultos que reclamaban mi comportamiento. De a poco con esa dulzura empecé a comprender que la vida entre adultos era distinta, también existía amor como el que había recibido de Sofía y sus cachorros. Por eso el primer día de clases para mí es inolvidable. Mis nuevos amigos jugaron todo el día conmigo, siguieron mis travesuras y lo pasamos muy bien. Yo demostré lo que sabía hacer y ellos me aceptaron y gozaron con mis travesuras. Entonces me sentí aceptado y querido por ellos sin reproches.

Lo más divertido para mí y que recuerdo con mucha alegría es que mis compañeros de escuela me hicieron pensar que eran uno de mis Amiguis y jugaron conmigo a arrear animales, algunos de ellos eran huasos, otros los animales y yo el perrito arreador.

Pero no siempre iba a ser felicidad, cuando estaba en Primer Año Básico, llaman a mi profesora de la Escuela de Nogales, mi hermana tenía problemas con su padrastro. Mi mamá se había juntado con un hombre de malas costumbres y a ella le hacía cosas que no corresponden a una niña y lo tomaron preso.

Además vivían en muy malas condiciones en una choza en el río, donde llegaban otros delincuentes a pasar la noche.

Mi profesora conversó con mi papá, mi abuelita y una tía quien la fue a buscar. Al verla no la

reconocí, pero algo especial sucedió en mí. El corazón quiso salir por mi boca, cuando me dicen: es tu hermana. Solo nos abrazamos fuertemente por mucho rato para sentir el latido de nuestros corazones, calor de nuestros cuerpos, sentir que los dos estábamos vivos, que existíamos y que nos reuniríamos nuevamente para no separarnos jamás.

Ella comenzó a asistir a clases, aprendió a leer y escribir, la profesora siempre junto con enseñarnos conocimientos, nos enseñó a ser personas. Aprendimos a comer, hablar, ser responsables, respetuosos, creativos y, lo más hermoso, creer en Dios y la Virgen María. Ella muy preocupada nos ayudó y salimos adelante con mucho éxito. Hoy somos sus ahijados, nos bautizó a ambos. Mi hermana cursa Séptimo Año y yo Sexto Año Básico, los dos somos felices y con muchos deseos de seguir estudiando, terminar la Enseñanza Media y si es posible obtener un título, si Dios lo quiere.

De mi mamá sé muy poco, y mis "Amiguis" fueron devueltos a Santiago y nunca supe de sus destinos.

TERCER LUGAR REGIÓN DE VALPARAÍSO

Diego Antonio Alvarado Bravo 15 Años 2º Medio, Liceo Agrícola de Quillota Quillota

ME LO CONTÓ MI ABUELITO

Corría el año 1933 y en la hacienda Lliu-Lliu, ubicada en Limache y con una superficie de 12.300 hectáreas de carbón, arreglo de cerros, roce de caminos, limpiadura de siembras, accesos para riego, ganadería y cuanto trabajo se necesite en el campo.

No todo era tranquilo, pues de repente llegaban pasajeros, que junto con buscar trabajo venían a esconderse y como casi todos carecían de documentos, generalmente daban un nombre falso. Por lo mismo, no eran de extrañarse las desapariciones de trabajadores, sobre todo después de un día de pago. Para acomodar a los forasteros, existían piezas adjuntas y les daban una ración de pan y porotos.

En cierta ocasión, llegó un hombre de mediana edad, llamado Juan, con unas poquísimas pertenencias y montado en un burrito. El hombre era de buenos modales, muy humilde, limpio y callado. Su trabajo consistía en darle forraje a los novillos de engorda. Lo que extrañaba de este trabajador era que siempre disponía de dinero y no en poca cantidad. Cada cierto tiempo, montado en su burrito se iba a quedar al cerro, con el pretexto de cazar conejos o pájaros, pero nunca se jactaba de sus logros como cazador. Otros campesinos lo empezaron a observar con más atención en sus excursiones, incluso llegaron a decir que traía unos pequeños saquitos con tierra.

Al bajar del cerro un campesino que era arriero se dispuso a seguirlo, ya que se especulaba que don Juan había encontrado una mina de oro. Varias veces lo siguió, pero ocurrió algo extraño, desaparecía sin dejar huella. Decidió esperarlo en la bajada del cerro, pero llegando a cierta parte perdió todo rastro.

Cada vez se fue corriendo el rumor del oro, sobre todo cuando un compañero de trabajo necesitó dinero para solucionar un problema médico grave que tuvo su pequeño hijo. Don Juan, en forma muy discreta, le solucionó el problema. También en ocasiones de fallecimiento de algún vecino o amigo su cooperación era muy considerable.

Hasta que un día, la pequeña escuelita que tenía dieciocho alumnos y un solo profesor, también se vio favorecida por el gran corazón de don Juan y en la Navidad, contrató a un viejo pascuero, el cual hizo regalos a todos los niños, incluidos los apoderados, que tuvieron con una muy surtida once.

Se despidió ese día muy agradecido y grande fue la sorpresa al otro día pues no había ni rastros de Don Juan. Se lo había tragado la tierra. Todavía la gente lo busca para descubrir el secreto de su fortuna.

PRIMER LUGAR REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO

Cinthia Ivette Nina Flores 12 Años 7º Básico, Escuela Carpe Diem Curacaví

LA FERTILIDAD DE LAS TIERRAS

Se cuenta que antes de la llegada de los españoles, en un pueblo pequeño y en lo alto de la cumbre del cerro, vivía una familia de trabajadores indígenas que cultivaban las fértiles tierras de aquellos lugares sin poder obtener mayores beneficios de ellas.

La esforzada familia se esmeraba en sacar el mayor provecho de esas tierras que poco producían. Al poco tiempo Millaray, la esposa de Hunumán, quedó embarazada, de cuyo embarazo nació una niña a la que llamaron Kalkú.

Kalkú era una hermosa joven, de carisma, bondad y belleza inigualables.

Hunumán esperaba ansioso la llegada de un varón a la familia, pero Millaray no pudo parir nunca más.

Hunumán decidió dedicarse a sus tierras aunque no fueran muy fértiles.

Este padre nunca pudo perdonar a Kalkú por no haber nacido varón, por lo cual descargó toda su furia y tristeza contra ella.

Kalkú, triste por la furia que su padre sentía hacia ella, sin tener la menor culpa, se entristecía cada día más.

Un día Millaray notó la inmensa tristeza que su hija, Kalkú, sentía a causa de su padre Hunumán.

Una tarde, la más oscura que se haya visto en aquel pueblo, Kalkú, sumida en su enorme tristeza, fue al punto más alto del cerro y ahí, entre rocas, su sangre se derramó...

Se dice que la sangre de Kalkú sirvió como abono y desde aquel día las tierras infértiles de aquel cerro y de todas las del mundo se volvieron fértiles logrando ricos o jugosos frutos según se plante allí.

SEGUNDO LUGAR REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO

Alejandra Cecilia Astorga Brevis 16 Años 3º Medio, Colegio Particular Subvencionado Rafael Eyzaguirre San José de Maipo

PRESENTIMIENTOS EN UN SOCAVÓN. CÓMO CAE UN AMIGO.

Don Aparicio, minero de tomo y lomo no durmió muy bien esa noche. En el catre de su pieza contemplaba el furioso viento que movía los árboles fuera de su ventana, él le dijo a su amada Clara, mujer fiel que lo acompañaba en las buenas y en las malas:

Vieja, algo me causa mala espina, creo que la montaña está media enojá.

Clara se sintió algo inquieta pero sólo dijo:

- Tranquilo, viejito, sólo es un temporal que a lo más se acaba esta misma noche...

Y así se quedaron, no le dieron más vuelta al asunto y se durmieron con el corazón algo acelera-

La mañana siguiente estuvo tranquila, el sol apareció hermoso en la montaña nevada y los viejos mineros se despidieron de sus mujeres algo impacientes, esperando que terminara luego la jornada, y así marcharon todos a la mina. "Don Apa" (como le decían los mineros a don Aparicio), "El Manríquez", "don Juanito" y otros más marcharon muy temprano para aprovechar el día. "Don Apa" aún seguía algo intranquilo, pero guardó sus temores en sus adentros y cuando ya todos habían entrado al socavón, él se dirigió a la entrada y dijo:

- Santa Bárbara y San Lorenzo, patrones de los mineros, protéjanos en este día.

Y así algo más confiado entró y se puso a trabajar. La mina estaba más helada que de lo usual, pero esto no retrasó a los trabajadores en su ardua labor; picotazos, tronaduras y gran agitación en la mina.

Ya no podía más, don Aparicio no se tranquilizaba, y cada vez se sentía el aire más pesado, algo se veía venir, algo que no sería bueno y en su inseguridad, habló con don Juanito, uno de los antiguos más sabios, de los con más experiencia, al cual todos respetaban y consultaban:

- Amigo, acarréese pa' acá, la verdad es que me siento un tanto inquieto, no sé si se habrá dado cuenta pero la mina, el socavón, está algo raro. Se percató de que está más helado que cualquier día y además se siente uno y que otro ruido que no es normal.
- Tranquilo compañero, dijo don Juanito. Usted tenga fe no más y no ande con mieo, miré que el mieo acarrea puros problemas y el día está tan bonito que mejor no asuste a los otros viejos que están en plena tronadura.

Así, sin más palabras, don Juanito salió a dejar sus cosas y a tomarse unos pencazos pa' relajar los nervios. Él, al igual que don Aparicio, se había dado cuenta de lo irritante que estaba la jornada. Volvió a entrar un tanto curagüilla, ya que él era medio bueno pal tinteli, "como le decía al vino tinto".

Pasaron las horas y comenzó nuevamente la tronadura, era pasado el mediodía y los mineros ya habían almorzado, ya no estaba el sol de la mañana, estaba un tanto nublado y las nubes tapaban los rayos del sol.

"Al Manríquez" fue el que le tocó poner la dinamita en los orificios de las perforaciones que habían hecho a punta de barreno don Aparicio y don Juanito. Cuando terminó de poner y prender la dinamita, el Manríquez salió corriendo para protegerse de la explosión que venía. Pero algo pasó, algo no salió bien, la tronadura estuvo muy fuerte y comenzaron a caer grandes peñascos a través del túnel. Los viejos mineros estaban un tanto lejos de la salida y el camino obstruido por piedras que seguían cayendo.

Se comenzaron a sentir gritos, fuertes quejidos, era "Manríquez" que venía un poco más atrás que los otros mineros. Una gran roca le había caído encima y lo tenía medio atontado y sin poder moverse, el dolor y el medio eran insoportables y bajo el dominio de éstos lo único que le quedaba era rezar, y despedirse de sus familiares, esposa e hijos desde los adentros del socavón que lo había visto crecer. Don Aparicio al sentir sus quejidos comprendió que no lo podía dejar tirado y dijo:

- Amigos, salgan ustedes, no más. Yo voy a buscar al Manríquez.

Y así retrocedió por entre el derrumbe, no era por hacerse el héroe, si no que don Aparicio es de los que piensa que no se deja a un amigo botado.

Llegó hasta el Manríquez pero el derrumbe se estaba intensificando, caían más piedras, y las trincheras se estaban desarmando. Lo trató de sacar, mas sólo logró quedar lleno de sangre de su compañero herido, el cual ya estaba medio moribundo. La trinchera cayó y golpeó a don Aparicio en la cabeza. El Manríquez quedó sepultado bajo los escombros del derrumbe, ya nada se podía hacer, y un tanto ido y ahogado salió del socavón, con la camisa totalmente roja, manchada por la sangre del compañero Manríquez, mas don Aparicio lloró a su amigo como correspondía.

Años después, don Aparicio contaba su historia como minero en El Volcán, pueblo con gran producción de cobre, y la historia preferida de los presentes era la de cómo un compañero había caído, como es el caso del Manríquez y de cómo éste seguía estando presente al interior del socavón; alertando a sus compañeros ante el riesgo de un derrumbe.

Muchos son los mineros testigos de este suceso; cuentan que cuando terminan sus faenas, y al momento de salir de la mina, no quedando nadie en su interior, se escuchan no sólo lamentos, sino además el sonido de los golpes efectuados con un barreno en las paredes del socavón. Y cuando se avecina un derrumbe, en más de una oportunidad, han divisado la imagen de un niñito que corre y se esconde en los laberintos de la mina (la mina vio crecer al Manríquez).

Es por eso que los antiguos siempre dicen: "todo ocurre por algo y Dios sabe por qué hace las cosas". ¿Será Dios quien manda al Manríquez a prevenir a los mineros para que no les pase lo que le pasó a él?

Mas, las últimas palabras que le escuché decir a don Aparicio sobre la historia fueron: "Seguro que el Manríquez está tomándose unos tintelis con el de arriba...".

TERCER LUGAR REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO

Iván Antonio Aravena Escobar 12 Años 7º Básico, Escuela G-497 Hacienda Alhué Alhué

El CLAÍJA

Esto sí que me lo contó mi abuelito, Ernesto Armando Aravena Aravena, de 78 años, que vive en la línea, en la Hacienda Alhué. Bueno, esta historia ocurrió en el año 1953 y, según los de esa época, fue verdadera.

En la localidad de Alhué vivía un hombre muy anciano, de estatura más bien bajita. Siempre se le veía con una maletita con herramientas. Este caballero arreglaba máquinas de coser por toda la zona y cuando se le hacía tarde se quedaba a dormir en cualquier casa que le pillaba la noche, incluso a veces dormía en el camino, se arrimaba en una cuneta cualquiera o en algún matorral, muchas veces la gente lo invitaba a comer a sus casas, y él aceptaba muy humildemente.

Un día, los trabajadores del Fundo Santa Luisa pisaron algo en el suelo, y ahí mismo se dieron cuenta que era el "Claíja". Estaba mordido de perro por todos lados y junto a su maletita había una pistola.

Todos se asustaron mucho al ver a este señor en esas condiciones, llamaron a Carabineros y se lo llevaron al Retén de Villa Alhué. Estos sacaron huellas de la pistola, pero no encontraron nada, su muerte fue una incógnita para todos, por eso fue el gran comentario de esos años.

Como al "Claíja" no le conocían familiares, lo dejaron en la Tenencia unos días. La gente de estos lugares, que lo querían mucho, le hicieron una colecta y le compraron un terreno en el cementerio igual que el cajón y así pudieron retirar el cuerpo de Carabineros y le hicieron un hermoso funeral para despedirlo, también le hicieron una grutita donde lo habían encontrado muerto.

Mi abuelito, me quiso contar esta historia para que me diera cuenta de cómo es de generosa la gente de esta localidad, que cuando se le necesita siempre está con sus vecinos.

PRIMER LUGAR REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

Danae América Aceituno Catalán 16 Años 3º Medio, Liceo Santa Cruz Santa Cruz

EL AMOR SOBRE TODO

Quiero, a través de estas palabras, contarte lo que me contó mi abuelito, una historia para aprender algo más, sobre las cosas importantes de la vida.

En un campo extenso y de verde prado, se encontraba una rústica y modesta cabaña. Allí, rodeada de altos cerros y riachuelos de aguas claras, vivía una pareja de ancianos que tenía a un niño pálido, delgaducho y de ojos vivaces a su cuidado.

Nadie de todas las personas que conocían a los ancianos, sabía de quién era el niño, unos decían que era de una hija que se había marchado, otros que lo habían encontrado abandonado cerca de la cabaña y así un sinnúmero de dudas sin respuestas.

La familia de la cabaña vivía del cuidado del rebaño de cabras, a las cuales el pequeño mochuelo cuidaba todo el día en el cerro para que pastaran, y luego, cuando el sol empezaba a ocultarse tras los cerros, las bajaba y las encerraba en un destartalado corral.

El pequeño niño era muy infeliz junto a los ancianos, ya que éstos lo golpeaban, solo le daban las sobras de la comida y constantemente lo insultaban, luego de lo cual le decían que debía estar eternamente agradecido con ellos, pues le daban techo y comida, por lo cual aún estaba vivo.

El pequeño dormía junto a una ventana, por la que miraba la luna, las estrellas y por lo que mirando el cielo, pedía a la inmensidad le diera vida para agradecer a los ancianos lo que hacían por él, rezando con mucho amor y cariño, pues en su pequeño corazón lleno de inocencia no había espacio para el odio y el rencor.

Al amanecer, como todos los días, partía con el rebaño, hacia los altos cercos, con unos mendrugos de pan y queso en los bolsillos, lo cual debía durante mientras estuviera en el cerro.

Aquí, el niño era feliz, corría entre los árboles, disfrutaba del canto de las aves y el viento, pero sobre todo amaba a sus cabras, sus mejores amigas. Las conocía muy bien, les hablaba, las cuidaba y le encantaba jugar con los cabritos cuando ya podían correr.

Su rebaño era su vida, soñaba tener tantas como estrellas tenía el cielo, y se veía correr y brincar por el prado libre como sus cabras.

El tiempo pasaba lentamente en aquel campo, al son de la luna y el sol.

Un día llegó a la cabaña un hombre de terno con un gran maletín, el que estuvo hablando largo rato con los ancianos.

Cuando el niño llegó por la tarde, el hombre del terno se marchaba con una sonrisa en la cara.

El muchacho entró presuroso a la casa, para saber a qué se había debido la visita de ese hombre.

En la cocina, la pareja de ancianos se maravillaba de su suerte. Pues habían vendido el verde campo, sus cerros y riachuelos junto a la cabaña, las cabras las regalaban, pues ahora tendrían mucho dinero para vivir con lujos.

Al oír esto el niño, no supo de nada, ¡cómo! se preguntó ¿han regalado mis cabras?, entre llantos se fue hacia el corral. Lloró durante largo rato hasta que el sueño lo venció. Al despertar encontró todo empacado, listo para partir, instantes después un coche llegaba a la cabaña y el cochero subía las maletas.

El niño no tuvo tiempo de nada, sólo se vio arriba del coche, alejándose de su amado rebaño.

Las lágrimas se esparcían por su cara, se marchaba, todo quedaba atrás, pero su corazón no quería eso y sin previo aviso se bajó del coche y corrió hacia la cabaña.

Los ancianos no sé explicaban eso y no querían entenderlo, sólo era un niño tanto que prefería campos y cabras, antes que lujos y dinero, y sin hacer nada siguieron su camino.

El niño en tanto abrió las puertas del corral y las cabras corrieron hacia el cerro junto a él, ahora él era uno más de ellas, ahora ellas eran su familia.

Se dentró la noche en el cerro, llegó la luna y las estrellas, y también el sueño.

En la noche alguien vino, parecía un pastor con un gran bastón de luz que iluminaba todo, tomó al niño en sus brazos y las cabras lo siguieron, luego, nadie sabe quién dijo, subió y se perdió entre las estrellas.

Ahora el niño y su rebaño se marchaban hacia prados más verdes, aguas más claras, se marchaban hacia un lugar lleno de libertad y paz.

Luego de que terminó el relato, mi abuelo dijo que de esta historia debía sacar lo más importante. Que no tan sólo vale el dinero y lo que puedes comprar con él, lo que verdaderamente valen son las cosas que amamos, pues éstas valen más que todo el oro del mundo.

SEGUNDO LUGAR REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

Diego Ignacio Vásquez López 7 Años 2º Básico, Escuela Chacayes Machalí

CHILENITO

Hace ya mucho tiempo, aproximadamente en el año 1945, en un lugar llamado Chacayes ocurrió un suceso que asustó a toda la gente del sector. Chacayes era un lugar campestre, en donde las casas estaban muy retiradas una de otra, con pocos habitantes y quienes vivían allí eran gente humilde.

En una de esas casas vivía un hombre de 50 años, apodado el Chilenito; era de estatura media, macizo y tranquilo. Gustaba mucho de jugar a las cartas, a un juego llamado El Monte, donde se apostaba muchísima plata o cosas de valor y donde además se consumía mucho alcohol.

Todos los fines de semana se juntaba el Chilenito, con sus amigos a jugar al Monte y a tomar vino en la quebrada Los Chacayes, bajo unos peumos. Una noche de viernes junto a sus amigos, de los cuales los más jóvenes tenían encargado hacer fuego para alumbrarse y entre los cuales estaba mi abuelo, se sorprendieron al ver llegar a dos personas desconocidas al grupo. Nadie antes los había visto en Chacayes. Pidieron jugar al Monte, los aceptaron y les convidaron vino.

Ya a eso de las once de la noche, Chilenito había ganado mucho dinero y seguían jugando. A la una de la mañana Chilenito había ganado todo el dinero allí disponible. Los desconocidos se molestaron y formaron una pelea. Los dueños de casa los echaron y supuestamente los dos hombres se fueron.

Chilenito se retiró un poco del grupo para hacer alguna necesidad y en eso estaba cuando los dos hombres, ocultos en la oscuridad, lo atraparon amarrándolo de las manos con una soga y lo llevaron tirando mientras que el otro hombre le picaneaba la espalda. Lo llevaron a un lugar que

llamaban La Era de la Hacienda. Le pegaron y le robaron toda su plata. Lo dejaron allí inconsciente. A las pocas horas, Chilenito falleció producto de los golpes y cortes recibidos.

Unas personas que estaban sembrando trigo por ese lugar descubrieron el cadáver de Chilenito y dieron aviso a Carabineros.

Nunca más se supo de aquellos dos hombres.

Los amigos de Chilenito lo sintieron mucho y levantaron una grutita en el lugar que murió. Desde entonces ya no jugaron más al Monte en Chacayes.

TERCER LUGAR REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

Braulio Marcel González Donoso 13 Años 8º Básico, Escuela F-449 Peor es Nada

LA TRISTE MUERTE DE PEDRO PABLO

Paty una lola, bien presentada, amante de la tierra, del dinero y las fiestas, esta prostituta recibía en la cantina a los obreros que ganaban algún dinero, en los campos del Alfalfal.

En su pieza arriba del catre, bastante bebida, Paty espera a los clientes cuando le golpean la puerta, ella les pedía veinte mil pesos por pasar la noche con ella, el cliente compraba un trago que generalmente era una botella de pisco con cuatro bebidas a un precio bastante caro. Ella empezaba a sacarse la ropa poco a poco, la blusa, los sostenes e invitaba a los clientes a sacarse la suya, algo tímidos y casi siempre mal entonado el hombre de turno que se quiere ocupar con ella, también comienza.

En el campo, los obreros han sudado la gota gorda para poder ganar el vil dinero que malgastan con la Paty y otras prostitutas en la cantina, gastan toda su plata, lo peor es que dejan a su familia en el más absoluto desamparo.

Adosado a la pared de enfrente a la cama hay un mueble construido de madera bruta que hace las veces de tocador, con un lavatorio donde se lava después que cada cliente abandona su pieza, para proseguir con otro.

Un día, el obrero Pedro Pablo llega hasta la cantina bien contento, sin saber que esa sería su última visita a aquel lugar, acababa de terminar un trato de corta de arroz, así que traía unos ochenta mil pesos, se acostó con Paty, la prostituta, terminaron más curados y baboseados que caracol, toda esta escenografía está decorada con un mostrario de fotos del diario La Cuarta con lolas desnudas y todo suavizado con una ampolleta de 25 wats, pintada de rojo, aquí se sentía la repugnancia de olores corporales de algunos galanes de turno.

La leyenda dice que a Pedro Pablo esa noche lo asesinaron con un corte en el cuello provocado por un cuchillo.

A la diez de la mañana del día siguiente la Charo, la dueña de la cantina, golpeó la puerta que estaba con el seguro puesto por dentro, tuvo que forzar la puerta para poder entrar encontrando un gran desorden ropa y sangre por toda la habitación, la gran sorpresa el cliente muerto. Bastante insegura y desconsolada no atinaba qué hacer, hasta que en un acto racional llamó a carabineros. Éstos en un par de minutos llegaron al lugar del hecho, la cantina. Constataron que el hombre efectivamente estaba muerto ya no había nada qué hacer, prestamente llamaron al fiscal y por una orden del juez fue levantado el cadáver y llevado a la morgue para la autopsia de rigor.

Comienza entonces la investigación. Se supone que la Paty había escapado por la ventana del dormitorio, a pesar de que ésta era bastante pequeña, en el caballo colorado del difunto que había dejado amarrado igual que los demás en la vara del bar en las afueras del local, se dice que escapó hacia Argentina por uno de los pasos cordilleranos clandestinos existente del lugar, no se ha encontrado ni rastro de ella hasta hoy en día.

Pero empezó la gran tragedia para su familia. Su señora, joven, madre de cinco hijos, el mayor de 12 años y el menor apenas aprendiendo recién a dar sus primeros pasos.

La familia no tuvo cómo enterrar al difunto así que la comunidad hizo colectas, el patrón también cooperó para que fuera velado en una sala de fundo, allí le celebraron la Santa Misa y posteriormente llevado al camposanto el día 13 de octubre.

Después de una semana, la señora –que ya no tenía qué comer– juntó a los niños, empezó a mendigar pidiendo casa a casa algo que sirviera para reparar algo, no le iba bien pero con esto lograba apaciguar el hambre de sus hijos.

-"Por qué tanta cizaña, tanta crueldad, tanto odio, para mi marido" -se preguntaba una y otra vez, la viuda Olga.

El tiempo se encargó de borrar toda huella y de la prostituta hasta hoy no hay rastro.

Los niños pequeños pasaron mucha hambre hasta que lograron crecer y trabajar en las labores del campo aguantando a duras penas para poder llevar algo de dinero para las compras del pan y de lo básico.

Juan el segundo hijo de aquel fatídico matrimonio comenzó a dedicarse a robar, entrando a las casas vecinas, llevando cualquier objeto, alguna lámpara, reloj o algún dinero que a veces encontraba, a los veinte años fue encontrado culpable de un robo con violencia y puesto a disposición de la fiscalía, al cabo de un año fue condenado a 8 años de presidio.

En el comedor de su casa, sentada a la cabecera de la mesa doña Olga teniendo a su izquierda a su vecina y comadre doña Encarnación en que conversaban de la pesada cruz que tuvo que cargar sola con los hijos, "más encima me condenaron a Juan a 8 años de presidio", decía la mujer.

Los hombres que sí habían gozado de los favores de Paty nunca imaginaron tanta maldad en ella, ya que la chiquilla linda y simpática nunca les dio algún desaire aunque éste fuera menor.

Por otro lado, la cantina fue clausurada y la dueña abandonó el pueblo para olvidarse de todo aquel horrible episodio.

La viuda logró salir adelante con los otros tres hijos y educarlos. Ahora viven feliz en su casa ya que uno de los hijos menores logró convertirse en un destacado abogado que logra esclarecer esta dura tarea, que es dar justicia a estos horribles crímenes.

En su oficina a la entrada se lee esta frase: "Nunca me he olvidado de aquel momento tan cruel en que perdí a mi padre"

El frío, la niebla densa empaña sus ojos, se inunda de lágrimas y se pregunta ¿Por qué lloras?

Cada 12 de octubre de cada año el abogado manda hacer una misa en conmemoración de un aniversario más de la triste partida de aquel obrero, Pedro Pablo.

PRIMER LUGAR REGIÓN DEL MAULE

Carlos Antonio Cavieres Cancino 17 Años 4º Medio, Colegio Escuela Agrícola San José de Duao Maule

EL PACTO

-¡Abuelito! ¡abuelito! ¿Usted cree en el diablo?

-¡Je, je, je, je!... ¡Ay, mijito? ¿En el diaulo? El diaulo ya no existe, la gente ahora está más diaula que él, ¡je, je, je, je!...

-;Pero antes existía, abuelito?

– Antes hijo se creía en cuestiones raras, en el diaulo, los chonchones, las candelillas y en toas las tonteras que la gente inventaba; pero el diaulo yo creo que existió porque cuando yo era un guaina trabajaba en un fundo y la gente comentaba que el patrón tenía pacto con el Colúo. El patrón era un hombre muy rico y todos decían que su fortuna venía de un pacto que había hecho con el Mandinga. La gente lo respetaba mucho y algunos le teníamos mucho miedo porque era misterioso. Llegaba donde estábamos trabajando sin que nadie se diera cuenta, sólo aparecía y nadie sabía de adonde.

Nosotros nos asustábamos mucho y parece que nos agarraban de las mechas cuando se aparecía detrás y nos hablaba de repente. Él se reía porque sabía que le teníamos miedo. Yo trabajé en el campo siete años hasta que un día el patrón me dijo que iba a trabajar en el jardín de las casas patronales porque el jardinero de planta estaba muy enfermo y muy viejo. Las casas tenían un parque muy grande lleno de toda clase de árboles que yo nunca había visto. Comencé a trabajar ahí. Los jardines estaban bien cochinos; yo empecé a limpiarlos con harto empeño para que el patrón viera que yo sabía trabajar para que me diera esa pega a mí. Un día, afanao limpiando, se me hizo hasta tarde, cuando me di cuenta que se estaba oscureciendo. Me apuré para guardar las herramientas e

irme a mi rancha; pasé por el patio de atrás y sentí que llegaba un coche, pensé "es el patrón que viene llegando". Me quedé medio escondido esperando que llegara, cuando vi que entró al patio un coche muy elegante y tirado por dos caballos negros muy lindos y brillantes, los aperos relumbraban como si fueran de oro. Del coche bajó un hombre muy bien vestido, de sombrero y todo de negro. Pasó por el corredor y se metió en la oficina de patrón. Yo me asomé por la ventana y vi al patrón que estaba conversando con él, me di güelta para adonde estaba el coche y no había nada; de pronto sentí algo atrás de mí, me di güelta y casi encima mío había un perro negro como de un metro de alto con la lengua ajuera y echando chispas por los ojos. Salí corriendo desesperado, agarré por el camino del fundo hasta mi rancha, entre más corría más cerca de mí veía al animal. Llegué a mi casa casi cortao, entré y cerré bien las puertas y me puse a rezar hasta que aclaró el día. En la mañana, cuando me presenté al trabajo, el ministro me dijo que por orden del patrón tenía que salir a trabajar al campo porque ya había encontrado jardinero: seguí trabajando en el campo y todos me preguntaban qué me había pasado. Yo les contaba lo que me sucedió y ellos me decían que todo el mundo había visto antes cosas raras en las casas. Decían que siempre se veía llegar el coche con su pasajero vestido de negro y que en las noches de San Juan se veían las casas muy iluminadas, que se escuchaban risas y música como si estuvieran en una gran fiesta. Los sirvientes y criados no decían nada de esto porque, según los más entendíos, el patrón se los tenía prohibido.

Tiempo después, el patrón cayó enfermo; se medicinó en el pueulo, pero los doctores no le conocieron la enfermedad. Siguió enfermo y según la gente, necesitaba a una persona para que lo ayudara a hacer un trabajo. Pagaría muy bien a quien le echara una mano. Decían que pagaba \$10.000 (diez mil pesos) harta plata en ese tiempo porque yo ganaba \$18 (dieciocho) al mes. Todo el mundo comentaba que este trabajo era ayudarle a peliar con el Colúo porque ya estaba por cumplirse la fecha en que el Diablo tenía que llevárselo.

Había en el fundo un hombrecito ovejero que era muy calladito y muy quitado de bulla. Un día lo vimos pasar con rumbo a las casas patronales y a los días después todos comentaban que Prudencio, el ovejero, ayudaría al patrón a salvarse de las garras del Mandinga por el pacto que habían firmado con un plazo de cincuenta años, que ya estaban por cumplirse. Un día, no me acuerdo el año, lo que sé es que era víspera de San Juan, Prudencio bajó muy temprano a las casas patronales. Conversó primero un güen rato con el cura y después se jué donde el patrón quién le dijo lo que tenía que hacer. Preparó una carreta con un ataúd negro, un candelabro, velas y un cordero blanco, una mesa redonda con tres patas y varias cuestiones más que le servían para lo que iban a hacer. Como a las tres y media de la tarde salio el patrón en su coche con rumbo desconocido; atrás salió Prudencio en la carreta carga, dicen que se fueron pa detrás de los cerros donde ni siquiera se escuchaba el canto del gallo. Allí escogieron un lugar y prepararon una especie de altar donde pusieron el ataúd,

los cuatro candelabros al lado izquierdo de la mesa redonda y todo dentro de un círculo marcado con la sangre del cordero blanco que mataron. Cuando llegaron al lugar, todos los arreglos los dispuso el mismo patrón, se preocupó de que todo estuviera en regla y cuando ya iba a entrarse el sol, le decía a Prudencio "tienes que ser muy valiente para aguantar todas las cosas que se te van a presentar, yo estaré contigo, pero no podré ayudarte; tienes que cuidarte de no quedarte dormío, no tienes que dejar de rezar ni un momento" y lo que más le recomendó fue que no se saliera jamás del círculo. Él decía, refiriéndose al Mandinga "intentará sacarte del círculo con cualquier artimaña, se te presentará en distintas formas y tratará de convencerte de que me dejes. Yo te suplico que no lo hagas porque si te gana nos llevará a los dos". Prudencio cumplió al pie de la letra las órdenes del patrón y cuando se entró el sol, lo puso en el ataúd y lo cerró; encendió las velas, se sentó en la mesa y se puso a rezar. Y empezaron las visiones, primero un toro negro que venía encima, después un perro negro que iba a morderlo, luego una linda mujer que le ofreció su cuerpo, su madre que le suplicaba que la defendiera del perro negro, en fin. Todo lo que se puede imaginar. Pero Prudencio no paró de rezar hasta que llegó la luz del día y cuando el sol alumbró el campo, Prudencio sacó al patrón del ataúd, éste lo miró, lo abrazó, le dio las gracias y lloró de alegría. Luego en silencio recogieron las cosas y emprendieron el regreso al fundo. El patrón se salvó, pero nunca más fue el mismo. Se lo pasaba encerrado en la casa; se puso viejo de un solo viaje y después de unos años murió. Todos comentaban la gran hazaña de Prudencio y le preguntaban cómo lo había hecho para resistir al Calvo. El se reía y les decía "con agallas no más po hombre, con agallas". Lo que nadie sabía era que Prudencio, el día en que iba a velar a su patrón, había conversado con el cura y él lo había bañado con agua bendita, le había hecho de esperma de vela bendita unos tampones para los oídos y le había prestado unos paños del altar de la iglesia para que se vendara bien los ojos y sólo mirara cuando tenía que cambiar las velas.

La familia del patrón no visitó más el fundo y, después de unos años, lo vendieron. Dicen que al poco tiempo después estaban en la ruina y que uno a uno fueron muriendo misteriosamente.

¡Y tú me preguntas si existe el Diablo! Güeno, yo no sé si existe ahora, pero antes creo que sí.

Recopilado por Carlos Cavieres

SEGUNDO LUGAR REGIÓN DEL MAULE

Dafna Alexandra Urbina Morales 7 Años 2º Básico, Escuela Pablo Correa Montt Pelarco

HISTORIA DE UN CIRCO

Esta historia le sucedió a mi abuelito, allá por el año 1957 más o menos. Me contaba que siempre jugaban con sus primos y primas al circo, en el cual mi abuelo era el que vendía entradas, después el mismo hacía de tony, trapecista o cualquier disfraz que se ponían con la ropa de toda su familia, ellos invitaban a todos sus amigos con sus padres y sus vecinos a ver el circo, algunos de sus primos cantaban, otros bailaban y salía mi abuelito de payaso, todos se reían mucho.

Y un día a mi abuelito se le ocurrió hacer una radio de cartón, la pintó muy bien, le puso unas botellitas chicas como si fueran tubos de radio, le puso hilos gruesos como si fueran cables, un parlante con un palito de escoba con un tarrito, eso era el micrófono de la radio por ahí anunciaba que había llegado el circo a Huencuecho, luego encerraban los perros, gatos y pollos, como si fueran los animales del circo junto con unos canarios que tenía mi abuelita Carmen que era la abuelita de mi papá, que ya no existe pues murió hace muchos años.

Mi abuelito al contarme esta historia se le llenaron sus ojos de lágrimas a mi también me dio mucha pena, porque también pienso en mis dos abuelitos que no se mueran nunca, porque yo vivo sola con ellos, los amo mucho.

Esta es la historia "Del circo de mi abuelito". Me lo contó mi Abuelito.

TERCER LUGAR REGIÓN DEL MAULE

Pamela Consuelo Soto Soto 13 Años 8º Básico, Escuela Básica Rural Duao Maule

LA GATITA ZAPARQUINDA

Había una vez en un bosque muy lejano, una familia de campesinos que tenían tres hijos el mayor llamado Manuel seguido por José y el menor llamado Antonio, que eran bastante pobre. Un día cuando estaban comiendo los pocos alimentos que tenían, Manuel le dijo a su padre: "quiero salir a recorrer tierras por ser más hombre y por saber". Sus hermanos se sintieron muy atraídos por la palabras de Manuel y decidieron emprender camino junto a él. Así se fueron los tres y llegaron a una parte donde se repartían tres caminos y así ellos se pusieron de acuerdo que cada uno tomaría un camino para ver qué les preparaba el destino. Manuel tomó el camino del medio y caminó, caminó y caminó hasta llegar a un pueblo en ruinas y había solo una choza. Manuel se acercó a la puerta y vio a una gatita calentándose en un brasero, la gatita le dijo que pasara y luego le comentó que ella era una princesa encantada llamada Zaparquinda, por un culebrón que habitaba en el pueblo y luego ella le preguntó si se atrevía a matar al culebrón y ella se casaba con él. Así con esa promesa Manuel dijo que sí se atrevía y así la gatita Zaparquinda dijo: que se aparezcan los mejores alimentos más una cama para Manuel y luego de la nada aparecen una mesa llena de comida, frutas, postres, bebidas, licores y una cama para que descansara.

Así Manuel al día siguiente juntó varias carretonadas de leña las que puso en la cueva donde se escondía el culebrón y le prendió fuego a la leña, la cual ardió de tal manera que el culebrón murió quemado y enterrado en su propia cueva, después que Manuel volvió a ese pueblo que estaba en ruinas estaba una gran ciudad llena de gente y vendedores por doquier, al final de la ciudad había un gran palacio, Manuel quedó sorprendido, de repente del palacio sale una linda joven que abraza a Manuel, él quedó sorprendido que una joven tan linda lo recibiera así. Esa muchacha le dijo a Manuel: "gracias por matar a ese horrible culebrón, por eso cumpliré mi promesa y me casaré

contigo". Así la gatita Zaparquinda y Manuel prepararon las cosas para su casamiento.

Después que Manuel tomó su camino, sus dos hermanos tomaron sus propios caminos para ver qué les preparaba el destino. José llegó a un pueblo no tan pobre, conoció a una muchacha muy pobre pero como era su pobreza era muy engreída y al pasar de medio año, José le pidió que se casara con él. Esta joven le respondió que sí. Antonio caminó, caminó y caminó hasta que llegó a la casa de unos pobres campesinos que tenían dos hijas, Antonio al pasar de los meses se enamoró de la más floja y engreída y le pidió que se casara con él.

Cuando las tres parejas de casados tenían algunos meses de casados decidieron ir a ver a los padres de estos muchachos, primero llegó a la casa Antonio con su esposa muy engreída. Luego al pasar las horas llegó José, con su esposa muy floja y engreída, a los minutos después llega Manuel en un carruaje de plata con oro, todos los que estaban salieron a ver quién era... Al bajar del carruaje, vieron que era Manuel con una joven muy bonita. Las otras dos muchachas al ver a la gatita Zaparquinda sintieron vergüenza y se fueron a la parte de atrás de la casa, por mientras en la parte de delante de la casa estos pobres campesinos estaban recibiendo dos sacos con oro, un saco para cada uno y todos fueron felices para siempre.

MENCIÓN HONROSA REGIÓN DEL MAULE

Felipe Andrés González Quintana 10 Años 4º Básico, Escuela Básica Rural Duao Maule

EL CERRO PAN DE AZÚCAR Y LA CUEVA DE LA BRUJA

Hace mucho tiempo, cerca de San Clemente, localidad de la Séptima Región, ubicada a 25 km, al oriente de Talca, hacia la cordillera, había un castillo en donde vivía una linda princesa de cabellos rubios; frente a ese castillo, existía una cueva en donde se dice que vivía una bruja.

Un día, no sé sabe con exactitud cuándo, la bruja le lanzó un hechizo, ya que ésta tenía envidia a la princesa, por su belleza y porque todos la querían, encerrándola en el castillo y condenándola a vivir para siempre a él.

El tiempo pasó y la historia se olvidó, el castillo de la princesa se transformó en un cerro, al igual que la cueva de la bruja y ya nadie recordaba esa historia.

Un día dos amigos de la localidad de San Clemente, se estaban divirtiendo en un bar, de tanto tomar se emborracharon y por diversión se les ocurrió seguir embriagándose en el cerro, se llevaron entonces dos garrafas de vino.

En el estado en que iban, se les hizo un poco difícil subir, pero con el camino bien avanzado y a punto de llegar a la cima, se les ocurrió descansar bajo la sombra de un Quillay, en donde, además, se encontraba la salida de una vertiente. Los amigos siguieron festejando, hasta que de pronto uno de ellos, entre su ebriedad, pudo divisar una linda joven rubia, quien se estaba peinando con un peine de oro, junto a la vertiente. Entonces habló a su amigo para que viera, pero éste se había quedado dormido a causa del licor bebido. Al hombre le pareció muy atractiva y se acercó a ella

con otras intenciones, pero la joven, en lugar de arrancarse se quedó esperando a que el hombre llegase junto a ella, y luego, la joven le propuso un trato.

-Si tú me acompañas y me logras sacar de aquí, me voy contigo -dijo la princesa.

El hombre como se encontraba ebrio aceptó, sin siquiera saber dónde lo llevaría la joven.

- Te acompañaré para que te vengas conmigo -dijo el hombre.

La joven lo llevó un poco más arriba del cerro donde había dos grandes piedras, una junto a la otra, quedando un pequeño espacio entre las dos. Frente a ellas, la joven dijo: —el trato es que entres conmigo y no enciendas ningún tipo de luz adentro, además de no mirar lo que hay allí. El hombre sin cuestionarse lo que estaba haciendo, aceptó.

Si eso es todo lo que tengo que tengo que hacer, no tendré ningún problema en hacerlo, pensó. Entonces la joven entró por entremedio de las dos piedras y el hombre la siguió, pero estando adentro, éste se percató de que no podía ver nada, solo se guiaba por la voz de la joven, quien le indicaba que tenía que seguir avanzando y que faltaba un poco más. De pronto el hombre no pudo seguir avanzando, tenía la sensación de que algo le estaba obstruyendo el camino, la joven insistía que siguiera, pero el hombre no podía y se vio en la obligación de encender un fósforo para ver qué era lo que no le permitía avanzar. Gran sorpresa se llevó, ya que al encender el fósforo pudo ver que junto a sus pies había un enorme lagarto bloqueando el camino, el susto que se llevó fue tan grande que salió corriendo de la cueva. Al llegar afuera, mientras trataba de recuperar el aliento, llegó la joven quien muy enojada le dice:

-¡Por tu culpa y cobardía yo me quedaré para siempre aquí!, terminando de decir esto, desapareció.

El hombre, a quien por el susto se le quitó la ebriedad, llegó corriendo a despertar a su amigo, para contarle todo lo que había sucedido. Pero éste, no le creyó mucho lo que le había pasado. Al llegar los dos a San Clemente, le contaron a todo el mundo lo que les había sucedido, el joven juraba una y mil veces de que lo que vivió era verdad.

En la actualidad aquel cerro, que en un tiempo, dicen, que fue un castillo, al que subieron estos dos amigos, se llama Pan de Azúcar, y frente a él, está el otro cerro, que dicen era la cueva de la bruja, en medio de los dos cerros, hay un camino en donde se escucha pasar a la bruja acompañada con

el diablo, en una carreta, y en otras ocasiones se escucha como a los pájaros "Tue-tué", además de que aquellas piedras, en realidad, son las puertas de entrada del castillo.

Los rumores hablan de que muy de vez en cuando se puede divisar a una joven rubia peinándose sus cabellos en una vertiente, pero nadie ha podido hablar con ella ni menos encontrar la supuesta entrada al castillo... Tal vez la princesa aún está atrapada ahí, esperando a algún hombre valiente que la pueda rescatar o quizás la cobardía de aquel, la condenó a vivir encerrada para siempre...

PRIMER LUGAR REGIÓN DEL BÍOBÍO

Luis Fernando Ramírez Araya 14 Años 1º Medio, Liceo Yobilo A-82 Coronel

EL ABUELO RUBÉN

En esas tardes de primavera llenas de aves y flores que en todas partes se podía apreciar y el tibio aire sureño eran los que acompañaban a Aucán en su largo recorrido desde el centro de Valparaíso hasta una tierra donde la gente era muy humilde y cariñosa. Los extensos cultivos formaban un espectacular paisaje, y las praderas repletas de animales tomando los primeros rayos del sol que emergía con autoridad entre los protectores cerros del entorno.

Para Aucán era súper divertido ir a visitar a su abuelo Rubén, porque le encantaba la rutina del campo, las levantadas en la madrugada para ir a cazar y las trasnochadas alrededor de la gran estufa que le otorgaba calidez a las familias de campo, donde el abuelo era el protagonista de la noche. Él contaba historias acerca de su pasado y demostraba por qué era tan querido en sus terrenos.

Ya eran casi las diez de la noche y todos esperaban que el abuelo contara su historia, incluso Julio se había preparado. Cuando un silencio azotó la vieja casa de madera de pino, el abuelo dijo: "Les voy a contar una de mis historias preferidas, la que gracias a ella pudo nacer mi nieto Aucán".

Esta era una vez en que los automóviles eran escasos y eran pocas las personas que poseían carretas para su movilización. En aquellos tiempos la madre de Aucán, Rocío, estaba embarazada precisamente de él, y sólo había un camino transitable hasta el hospital, pero era una época lluviosa y fría, el camino estaba cortado por un gran derrumbe que dejó a muchas familias incomunicadas con el pueblo de Temuco. Esa noche a Rocío le comenzaron los dolores.

–Alfredo, creo que va a nacer nuestro bebé –decía Rocío.

Cuando escuchó estas palabras, Alfredo salió de la casa y se dirigió a la casa de su madre para que ayudara a Rocío a dar a luz a Arturo como los padres querían ponerle Aucán. Al llegar la madre de Alfredo, trató de hacer todo lo posible para que el bebé naciera, pero la criatura no aportaba en la difícil tarea.

- -No puedo sacar al niño, es muy grande, debemos ir al hospital para que le hagan cesárea.
- —Al escuchar estas palabras, Alfredo preparó los caballos y la carreta y sin vacilar tomó a su señora esposa y se dirigieron al hospital, lo más rápido posible.

La distancia que separaba al hospital con la casa era muy poca, pero el camino que los unía era muy peligroso, por los lobos y por las desbocadas quebradas que se perdían al abismo de planeta... –decía el abuelo Rubén–, tomando un vaso de vino que le había servido su esposa, para refrescar la garganta, mientras atizonaba el ardiente fuego de la estufa.

- ...Yo también iba en el viaje –afirmó el abuelo–, y continuó su interesante relato que a todos los oyentes los tenía intrigados.
- -Cuando nos quedaba poco camino para llegar al hospital, entre los retamillos aparece una manada de lobos hambrientos que espantaron a los caballos y los dirigieron a una quebrada de como cien metros; en esto tomo una escopeta y le disparo a matar, creo que maté como a seis, pero los demás seguían aterrorizando a los caballos y a mí no me quedaban más balas, porque con el apuro que habíamos salido no me preocupé de llevar más cartuchos... –hablaba el relator.
- -Cuando estábamos cerca del acantilado aparece de pronto una pareja de hombres mapuche con armas de lanzas y flechas que las lanzaban hacia los lobos, hasta que éstos se alejaron de la carreta y Alfredo pudo maniobrar los caballos. Cuando el transporte se quedó inmóvil yo me bajé y me dirigí hasta los hombres y les pregunté sus nombres. Uno de ellos me dijo que se llamaba Aucán. Cuando me di vuelta para ver el estado de la carreta, Alfredo me llamaba desesperado porque el bebé había nacido, yo corrí a ayudarlo. Como yo había visto muchas veces dar a luz, saqué de mi bolsillo una cortapluma y le corté el cordón al pequeño que gritaba para señalar su existencia y le hice un nudo lo mejor posible. Luego de esta gran hazaña llamé a los hombres mapuche, pero no se encontraban.

Durante el regreso a casa no podía asumir lo que había pasado, era tan extraño, Rocío ya un poco más recuperada no le creía ni una sola palabra de lo que él decía.

Como Alfredo también había visto a los hombres tuvo la idea de llamar a su hijo Aucán, por honor al gran salvador, porque sin su ayuda el niño no hubiese nacido.

El regreso a la casa fue muy silencioso, sólo los quejidos del bebé se podían distinguir entre el galope de los caballos...

Con esto, el abuelo Rubén terminó su historia y todos los que la escucharon se quedaron sorprendidos del gran misterio que salvó la vida del ya niño Aucán.

Luego, el abuelo Rubén se paró de su silla de mimbre y salió al gigante patio de la parcela, con un pedazo de pan y una garrafa de vino tinto y la puso sobre el verde pasto y se fue a su casa.

Para él esa era la forma de agradecer a los misteriosos hombres que le salvaron la vida de su único nieto, hombre entre doce nietos. Cuando el abuelo entró a la acogedora y cálida casa ya todos se habían ido a dormir.

SEGUNDO LUGAR REGIÓN DEL BIOBÍO

Felipe Ignacio Zapata Gómez 11 Años 6º Básico, Escuela F-70 Monte Olimpo Trehuaco

GRAMILLÍN

Un día mi abuelito me contó el cuento de Gramillín.

Gramillín trabajaba en un fundo de un Rey que se llevaba muy mal con su vecina bruja que vivía con su hija.

Los trabajadores le tenían mala a Gramillín. Un día se pusieron de acuerdo para decirle al Rey que Gramillín había dicho que era capaz de robarle la colcha de oro de la bruja. El Rey al saber esta noticia llamó a Gramillín para pedirle que fuera a buscar la colcha de oro. Gramillín le dijo que eso era mentira, el Rey se enojó y le dijo: Si no vas, morirás.

Gramillín lloró mucho. Luego decidió ir donde la bruja a sacar la colcha de oro a la hora de siesta cuando estaba durmiendo la bruja. Se subió despacito y empezó a sacar la colcha de oro.

La bruja, entre sueño, decía: "Parece que anda un ratón ya que algo suena".

Después de un rato, Gramillín logró sacar la colcha de oro, se fue corriendo donde el Rey. La bruja lo vio de lejos y le gritó: "Te voy a hechizar", pero don Gramillín corrió rápido, llegó donde el Rey.

Los trabajadores no lo podían creer que había logrado traer la colcha de oro. El Rey estaba muy contento.

Días después, los trabajadores idearon un nuevo plan. Gramillín tenía que robarle una lamparita

de oro que alumbra más de una legua a la bruja. El Rey nuevamente mandó a buscar a Gramillín para pedirle que cumpliera lo que los trabajadores le habían contado. Gramillín lloró y lloró, pero tuvo que ir, de lo contrario moriría. Con su astucia nuevamente logró sacarle la lamparita de oro a la bruja. Ésta quedó enfurecida y le gritó: "Te convertiré en rana, muchacho Gramillín".

Los trabajadores al ver a Gramillín que había logrado superar esa prueba no le inventaron más trampas.

Gramillín trabajó muy contento y vivió feliz en el fundo del Rey.

PREMIOS REGIONALES Me lo contó mi abuelito

TERCER LUGAR REGIÓN DEL BIOBÍO

Catiray Del Rocío Henríquez Garrido 9 Años 4º Básico, Escuela G-799 Tehualda de Ranquilco Los Álamos

LAS TRANCAS DE MARICURA

Me cuenta mi papá que su abuelito le contaba que cerca de mi casa había unas trancas que se llamaban Las Trancas de Manicura. Le pusieron así porque en ese lugar vivió hace muchos años una familia de apellido Manicura. Este apellido es de origen mapuche y su significado es diez piedras. Era muy común en los mapuches que toda una familia formaba una población que era dirigida por uno de sus parientes. Es así como cada grupo tenía su cementerio, por lo que sus muertos eran sepultados en el cementerio familiar. Ahí le colocaban cántaros con comida, sus ropas, las cosas que la persona usaba cuando vivía en la tierra, etc.

Es así como en este tiempo vivimos nosotros en esta parcela que es parte de las tierras de Manicura. Mi papá ahora la trabaja, pero antes lo hacía mi abuelito Juan, y siempre se encontraban restos de cántaro que quedaban sobre la chacra.

Fue en las vacaciones de invierno cuando mi papá estaba preparando la tierra para sembrar trigo con sus bueyes, (el Lagarto y el Choco) cuando de repente una pata de un buey pasó de largo. Entonces él revisó lo que pasaba y encontró un cántaro grande y adentro había varios huesitos y más cántaros pequeños con muchas semillas. Como pudo él fue desenterrando el cántaro y lo trajo para la casa; mi mamá le mandó a hacer un canasto de mimbre a un vecino para poder tenerlo en pie ya que su forma no era para sostenerse pues terminaba en una punta como forma de cono. Las semillas eran de color negro y los huesos no duraron mucho tiempo enteros, ya que al tocarlos se molían, eran muy blandos. A los días después también el cántaro más grande se trizó en varias partes, mis papás lo pegaron para conservarlo. Mi papá siempre que ara en ese lugar encuentra orejas de cántaros, y pedazos con diferentes tonalidades de greda incluso ha encontrado algunos que tienen dibujos.

Mi hermano, que estudia antropología, dice que los diferentes colores de greda se deben a la cantidad de años que posee ese trozo de cerámica; actualmente nosotros a ese sector le llamamos "Los Cantaritos"

MENCIÓN HONROSA REGIÓN DEL BÍOBÍO

Daniel Andrés Rojas Vallejos 8 Años 3° Básico, Escuela Nº 2 Santo Domingo Hualqui

LA BARRANCA DE LOS APESTADOS

Érase una vez un sector muy tranquilo llamado Santo Domingo, en donde habitaba mucha gente, en su mayoría eran campesinos con muchos animales, los cuales los utilizaban para arar la tierra, sembrar grandes lomas de trigo, maíz, avena, etc.

Todo era normal hasta que un día la gente se empezó a sentir mal, había brotado una enfermedad en el lugar. Esta enfermedad empezó a matar a todo el que la adquiría, la comunidad en general estaba conmocionada, no sabían qué hacer.

Los campesinos no podían ir al doctor porque les quedaba muy lejos el pueblo más cercano y si se atrevían a ir, corrían el riesgo de que sus familiares se les murieran por el camino, así los vecinos concluyeron que la enfermedad era la peste.

Murieron más de mil personas y los que fallecían los tomaban y los echaban a una barranca, que al final se llenó de gente muerta.

El sector quedó casi vacío. Al pasar los años, llegó más gente que no sabía que en este lugar había ocurrido tal desgracia. Esta gente nueva en el sector pasaba a diario por el lugar que sirvió de tumba para los enfermos.

Hasta que una fría tarde de invierno un campesino pasó por el lugar y escuchó voces que le pedían ayuda, éste se acercó a la barranca y cayó dentro, trató de salir, pero era inútil, se quedó allí resignado que no iba a poder salir más, hasta que murió de frío y de hambre dentro de la barranca.

Otro campesino del lugar encontró el cuerpo de su vecino muerto y desde ese entonces se le denominó al lugar La Barranca de los Apestados.

MENCIÓN HONROSA REGIÓN DEL BIOBÍO

Óscar Antonio Pilcante Sepúlveda 11 Años 6º Básico, Escuela F-70 Monte Olimpo Trehuaco

EL TESORO

Una vez en los Maques venían de Cobquecura dos caballeros de noche por el bosque, uno de ellos se llamaba Eduardo y el otro Benjamín. Eduardo era de la ciudad y Benjamín era del campo. De pronto una luz brilló cerca de un río, Eduardo preguntó qué significa ¡esa luz! ¿a esta hora? y en este lugar.

Benjamín dijo debe ser un entierro que los antiguos han escondido y esa luz debe ser una señal para que lo busquen ¡es peligroso vamonos para la casa!. Eduardo dijo seamos valientes vamos a sacarlo. Entonces Benjamín le dijo: tenemos que traer palas y picotas.

Cuando llegaron a la casa, Eduardo le dijo a Benjamín que se acostara un rato para descansar. Benjamín se quedó profundamente dormido, Eduardo sacó una pala y una picota y se dirigió al lugar donde vieron la luz.

Comenzó a cavar hasta que por fin sonó algo, eran unas tiras de oro puro. Qué alegría tenía Eduardo, dijo, me voy a ser rico. Cuando de repente la tira de oro comenzó a moverse y se dirigió hacia el agua. Le mandó un picotazo y le sacó un pedacito y el resto se escondió en el río. Porque según cuentan que esta tira de oro debe sacarse antes de que amanezca porque si no se entra en el agua. Le dio mucho miedo a Eduardo tomó el pedazo de oro y dejó las herramientas y se fue corriendo a la carretera.

Tomó un bus para Quirihue y ahí conocía a un caballero que decía que en Santiago le cambiaban el oro por dinero, lo que no sabía que eso era una estafa.

PRIMER LUGAR REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

Marcela Neculhueque Coñoepán 10 Años 4º Básico, Escuela P-33 Hualapulli Villarrica

UNA MAMÁ BRUJA EN EL SECTOR DE HUALAPULLI

Me contó mi abuelita que hace muchos años en la reducción mapuche había una madre bruja que apostaba a sus nietos jugando a las cartas.

Su hijo y nuera no sabían lo que pasaba con sus hijos y algunas veces se abrazaban tristes, llorando, decían ¡por qué nos pasan estas cosas a nosotros! Entonces el hijo empezó a sospechar de su madre, una noche se levantó a mirar lo que hacía su madre, y tal fue su sorpresa que la mamá salió de la cocina fogón y se dirigió a un monte y él decidió seguirla y la mamá empezó a ladrar como zorro y luego la cubrió una niebla oscura y el hijo la seguía sin que se diera cuenta, al caminar muchos metros se vio un fuego encendido y al lado habían dos mujeres brujas esperando que la mamá bruja llegará, entonces la saludaron muy contentas y la desafiaron a jugar a las cartas, le dijeron ¿Qué vas apostar si ya no te quedan nietos?. Se quedó un momento sin hablar y con mucha tristeza dijo entonces apostaré a mi hijo y se pusieron a jugar, luego le dirigieron la palabra diciéndole has perdido otra vez y ella pegó un suspiro y se fue para la casa diciendo lo mismo cuando salió y como siempre lo hacía entró a la cocina fogón, finalmente el hijo después de meditar mucho de lo que había sucedido con su mamá, pero con el dolor de su corazón, decidió matarla. Después el hijo salió a avisar a todos los ancianos caciques, porque en ese tiempo la ley de justicia de los mapuche eran los ancianos caciques finalmente, se propusieron deshacerse de la bruja.

Fue así como terminaron las muertes de esta familia, pudiendo tener hijos y verlos crecer para poder ser felices juntos.

SEGUNDO LUGAR REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

Erwin Miller Traima Cayuñir 11 Años 5º Básico, Escuela P-33 Hualapulli Villarrica

EL CABALLO DE LA LUNA MENGUANTE

Érase una vez un caballo que nació en la noche de luna menguante y cuando se ponía la luna llena, el caballo no podía mirarla y cuando la luna estaba nueva, el caballo dormía hasta el otro día, cuando él miraba a la luna menguante le entregaba un espíritu que lo hacía cambiar y se ponía un caballo grande y hermoso, salía a recorrer las planicies vecinas quedando todas las potrancas y yeguas enamorado de tan lindo corcel.

Un noche se produjo una gran tormenta con relámpagos y truenos que dejaba sordos, luego cayó una lluvia muy ácida que asustó mucho a los animales y al hermoso corcel, entonces el caballo empezó a correr tanto que sudaba y sudaba hasta que sus ojos se llenaron del ácido y sudor que caía con la lluvia, que quedó ciego.

Finalmente el caballo murió y el espíritu murió también con él, despareciendo el caballo de la luna menguante.

TERCER LUGAR REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

Gemita Nahuelpán Alco Años 1º Básico, Escuela P-33 Hualapulli VillarricA

EL TESORO DEL CACIQUE NAWUELPANGUI

Mi abuelito me contó que cerca de su casa, en el sector rural llamado Liumalla, por el camino público, unos amigos de mi tatarabuelo vieron una luz un día que venían de las trillas como a las 11 de la noche medios curaditos tanto comer y tomar chicha, esta luz los acompañó hasta un viejo roble y desapareció. Estos amigos le echaron la culpa a la chicha, pero como dos meses después un matrimonio que pasó de a caballo de repente se asustaron las bestias y vieron que era una luz que se movía frente de ellos por el camino y de repente desapareció frente del viejo roble.

Un día unos trabajadores del campo de mi tatarabuelo limpiando el camino al lado del viejo roble encontraron un lazo con una puntilla de plata, cuando fueron a almorzar se lo mostraron a mi abuelo Pascual y él le contó a su papá, mi tatarabuelo Remigio Nahuelpán, de inmediato fueron con mi abuelo y los trabajadores llevaron palas, azaderas y murreros porque podía ser un entierro, después de lo que se conocía de las personas que habían visto la luz y perderse cerca del viejo roble.

Comenzaron a limpiar y luego a excavar justo donde estaba el pedazo de lazo, hicieron un hoyo como de dos metros cuando encontraron unas cucharas, cuchillos, espuela, riendas, aros, prendedores, estribos y atuendos para el caballo y una caja de plata que tenía escrito NAWUELPANGUI y en su interior tenía cien monedas de plata. Mi tatarabuelo dijo que eran un entierro de su abuelo el cacique Pedro Nahuelpán y que los mapuches antiguos escondían sus riquezas para que los españoles no las robaran y es así como se conservan aún las joyas en la casa de los papás de mi abuelo Pascual.

Solo usan las riendas de plata y espuelas cuando van a los guillatunes para adornar caballos.

MENCIÓN HONROSA REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

Marilyn Curihual Curimil 12 Años 6º Básico, Escuela P-33 Hualapulli Villarrica

EL CASAMIENTO DEL TUÉ-TUÉ

Mi abuelo me contó una vez que un amigo llamado José tenía una semana para casarse con una mujer llamada Rayén. Un día José se quedó alojar en la casa de ella, en el sector de Koilako en la comuna de Curarrehue.

La madre de Rayén le pasó una pieza que estaba al lado de la de su hija. El hombre cada noche rezaba a Dios para que no le pasara nada en el día de su casamiento porque se contaba mucho sobre los tué-tué que eran pájaros de mal agüero.

Esa noche José sintió un extraño ruido en la pieza de Rayén, él entró y vio la ventana abierta y fue a cerrarla, sintiendo un extraño ronquido ¡y al prender una vela! ¡Vio que Rayén no tenía la cabeza! desmayándose de la impresión. Despertando al día siguiente, se levantó y fue de inmediato a contarle lo que había visto a mi abuelo Francisco.

Cuando repentinamente entra Rayén y le dice a los dos hombres: ¡ya me descubrieron! ¿Yo soy un tué-tué! Cada noche salgo a volar, mis orejas se agrandan como alas y mis trenzas es mi cola y grito con mis amigos tué-tué-tué.

Justo el día del matrimonio, Rayén murió porque José la descubrió que era un pájaro del demonio.

PRIMER LUGAR REGIÓN DE LOS RÍOS

Mirko Gerson Bastidas Sánchez 16 Años 3º Medio, Liceo Gabriela Mistral Máfil

LA LEYENDA DEL NIÑO QUE LLORA EN LA TURBINA

Muchísimos años atrás, cuando los indígenas habitaban las tierras desde el Biobío hasta Chiloé, cuando todavía los españoles no rompían la paz y el encanto de estas maravillosas tierras, habitaba en esta zona un grupo de mapuche conocidos como "la tribu de Pichilonco". Esta tribu estaba ubicada cerca de lo que es ahora la comuna de Máfil, en el sector de Huichaco.

Una joven llamada Millaray era parte de esta tribu, era hija del cacique Pichilonco. Era una joven bella, con largos cabellos negros y sus ojos de un extraño color esmeralda... era toda bella como el amanecer.

Desde muy pequeña, Millaray tenía por costumbre irse a bañar a una laguna escondida entre altos coigües engalanados de copihues, canelos y matorrales, muy temprano, cuando el sol daba sus primeros rayos de luz.

Cierto día, cuando se estaba bañando, impetuosamente un mensajero de la tribu vecina se encontró con ella. El joven mensajero quedó hechizado con la belleza de la joven.

Todos los días, el joven mensajero partía muy temprano hacia la laguna y escondido entre los matorrales observaba todo... hasta que un día la joven sintió sus pasos en las hojas secas que alfombraban el suelo; ella se asustó mucho, pensaba que podría ser un animal salvaje. El joven al ver esta reacción salió del escondite, se presentó y se hincó delante de ella. Ella al verlo le dijo que se

levantara. Estuvieron conversando hasta que los árboles ya no daban sombra en la laguna. Desde ese día se siguieron viendo a orillas de ésta. Ambos jóvenes se enamoraron.

Ellos sabían que no podían estar juntos... ella era una princesa y él sólo un mensajero. A pesar de esto se siguieron viendo y producto del amor nació un bello hijo.

Los jóvenes huyeron hacia el bosque, cerca de la laguna, allí hicieron una choza pero el cacique al saber donde se encontraba la laguna, encontró a los jóvenes amantes.

Los guerreros de la tribu de Pichilonco mataron al joven mensajero; mientras tanto, Millaray huyó con el niño en los brazos hacia la laguna. Los guerreros alcanzaron a ver a la joven cuando se hundió en las profundas aguas.

Actualmente, la laguna se conoce con el nombre de "La Turbina", justo en el centro se hace un gran remolino, sin tener explicación lógica: los más antiguos dicen, y mi abuelo lo asegura, que en ese lugar se encuentra la joven y el niño. En noches de plenilunio, en la laguna llora el niño y los más ancianos recuerdan y les cuentan a sus nietos la historia de Millaray.

SEGUNDO LUGAR REGIÓN DE LOS RÍOS

Marcela del Pilar Aguilera Oyarzún 10 Años 4º Básico, Escuela Rural Maihue Lago Ranco

LA HISTORIA DE MIS ABUELOS

Esta es la historia de un joven nacido en el año 1925. Esto comienza así:

Él era un adolescente como cualquiera de su época en esos años. Era un niño de escasos recursos que para poder alimentarse, sobrevivir y pagar sus estudios, que en esos años eran muy pocas las personas que tenían oportunidades de estudiar, salía en los tiempos libres a arar las tierras donde los agricultores, descalzos porque en esos años no se usaban zapatos; esto lo hacía para ganar dinero.

Todas las temporadas se iba a trabajar donde un agricultor, él tenía una persona de confianza que tenía la misma edad del muchacho, así que ambos se hicieron amigos.

El agricultor tenía dos hermosas hijas a las cuales él cuidaba mucho, las protegía y las vigilaba para que ningún mal criado llegue y se las lleve.

El muchacho trabajador, con habilidad comenzó a entrar en confianza con el agricultor y con la ayuda del chicuelo que vivía en la casa del agricultor comenzó a echarle el ojo a una de las muchachas, hija del agricultor. La chicuela menor al darse cuenta que el muchacho le había echado el ojo a ella, se enamoró del joven trabajador que iba a arar sus tierras.

Pero el muchacho tenía miedo de que el agricultor supiera la verdad, ya que él era un simple y humilde trabajador y la chica era de recursos altos y además era hija de su patrón.

Al pasar los años, él crecía y comenzó a pensar diferente y había encontrado trabajo en otro lugar, así que un día decidió arrancarse con la muchacha de tan sólo 15 años de edad y él teniendo solo 17.

Al llegar el día en que ambos jóvenes se escaparían de la casa del padre de la joven, era temporada de invierno; que existían en esos años con lluvias y temporales intensos, pero eso no impediría la decisión ya tomada, ya que el amor que ellos sentían era más fuerte que el riesgo que ellos estaban peligrando.

El agricultor al darse cuenta que la niña no se encontraba en casa, ni tampoco el muchacho, ensilló su caballo y con su machete salió en busca de ellos.

Al darse cuenta que ellos se ocultaban en una cocina de fogón que en esos años existían, decidió vengarse con el joven, fue a su casa a buscar una escopeta, al darse cuenta ambos jóvenes escaparon por un camino de tierra muy poco conocido, se la llevó para la casa de los padres del muchacho, la ocultó por un tiempo; el padre de la chica al pasar ese tiempo se resignó a la pérdida de su querida muchacha, así que aceptó la relación de ellos.

Después decidieron formar una familia así que se casaron.

Y el joven siguió manteniendo una buena relación con el agricultor ya que ahora no era su patrón sino que su suegrito.

Historia basada En la vida real, Del anciano que hoy Descansa en Paz.

TERCER LUGAR REGIÓN DE LOS RÍOS

María José Montecinos Rosas 13 Años 8º Básico, Escuela Rural La Misión de Arique Valdivia

EL HOMBRE CASI FELIZ

Un día de primavera con mi abuelito salimos a dar un paseo muy largo, yo estaba aburrida, él me vio la cara y se dio cuenta. Entonces me empezó a contar una historia muy triste, que se trataba de un hombre que había matado a su hija. Él me empezó a decir que hace treinta años en el pueblo de Antilhue vivía una familia muy feliz; bueno, feliz hasta que pasó algo inesperado:

Un día Maricelita, una niña de tan sólo diez años, iba con sus amigas al colegio como todos los días, pero justo ese día se iba a pasar a despedir su papá que trabajaba en ferrocarriles (pues su papá había salido muy temprano de su hogar). Su papá empezó a retroceder con la máquina mientras la niña muy confiada se abrochaba los cordones de los zapatos en medio de la línea del tren. Cuando la niña se paró vio la máquina encima y le empezó a gritar a su papá, pero él no escuchó los gritos de ayuda que le pedía su hija. Luego de haber retrocedido, paró la máquina y empezó a avanzar para ver el cargamento, de repente vio un brazo y empezó a pensar lo peor creyendo que era un compañero, pero ya cuando vio el cuerpo completo y divisó que era su hija empezó a pedir ayuda; eran tan fuertes sus gritos que todos sus compañeros lo fueron a ayudar. Cuando vieron a la niña fueron a llamar a un médico, pero cuando éste llegó para ver qué podía hacer, ya era tarde, porque la niña había muerto. Una semana después del funeral de la niña, el papá intentó suicidarse, echándose la culpa de haber matado a su hija, pero por suerte unos compañeros lo alcanzaron a detener.

Hoy el papá de la niña (por lo que se sabe) está internado en un hospital psiquiátrico tratando de olvidar ese terrible día.

PRIMER LUGAR REGIÓN DE LOS LAGOS

Víctor Alejandro Díaz Miranda 14 Años 8º Básico, Colegio Santa Ana Quemchi

LA LAGUNA MISTERIOSA

Hace muchos años sucedió esta historia en una laguna llamada "Laguna de los Caulles" que es utilizada para lavar la ropa. Esta laguna está rodeada por un monte.

Muchas mujeres iban a lavar en esta laguna, pero veían cosas extrañas en ese momento que hacían sus actividades diarias. Ellos siempre veían bichos extraños que salían y desaparecían sin darse cuenta por dónde escapaban. Las mujeres cuando estaban lavando sentían un escalofrío como si algo se iba a aparecer en ese momento, se veían gansos blancos, perros y muchos otros que se iban a la laguna, pero las personas aunque veían cosas también iban a lavar, a bañarse, se acostumbraban y no tenían temor que algo malo les podía pasar.

Además, contaba la gente que al atardecer se quedaba todo oscuro y nublado, no sé veía nada y, a medianoche se aparecía una luz de todos colores y se escuchaba una música muy hermosa y de repente se desaparecía y no se veía nada de luz. La gente comentaba que cuando había neblina era porque andaba El Caleuche y muchas personas iban a mirar, se veían cosas, animales y la noche era muy extraña en ese lugar.

También había unas personas que tenían campo cerca de la laguna, un día se fueron a trabajar y comenzaron a buscar bueyes, pero no los pudieron encontrar. Asustados, los comenzaron a buscar por el monte y se perdieron en el bosque, daban vueltas ahí mismo y decían que los habían enlesado y, al rato después encontraron la salida y se dieron cuenta que estaban cerca de su rancho donde se alojaban. Al anochecer se fueron a dormir, para que al otro día seguir buscando sus animales para que trabajaran, cortando leña y madera, para tener dinero para que compren sus cosas y mantengan a su familia.

En la noche, cuando dormían, ellos escuchaban que le iban a tocar la puerta, pero al abrir no veían nada, solo se escuchaban ruidos extraños. Cerraron la puerta, estaban con desconfianza para acostarse, y así pasaron la noche muy asustados.

Al amanecer, unos a otros se preguntaban qué es lo que sucedió en la noche, pero no llegaron a descubrir nada. Siguieron trabajando y buscando los bueyes. Por fin los encontraron. Al anochecer estaban todos en silencio al interior de la rancha y de repente escucharon el ronquido de un chancho, asustados salieron a ver qué era y vieron una chancha blanca que estaba pariendo, pero cuando ellos se acercaban ésta desaparecía y no encontraban nada, en ese momento se dieron cuenta que algo raro estaba pasando en ese lugar que estaba cerca de la laguna. Desde ese día, todos los trabajadores decidieron irse a dormir a su casa por temor a lo extraño que estaba pasando en ese lugar.

Igualmente, había una señora de las tantas que iban a lavar a la laguna que tenía una guagüita muy pequeña, la mujer tenía que ir a lavar, pero no tenía con quién dejar a su guagua, entonces decidió llevarla. Al llegar a la laguna vio una cosa hermosa a orillas, así que dejo a su guagua sobre eso sin darse cuenta que era un cuero. La señora se puso a lavar tranquilamente mientras su guagua dormía, al terminar de lavar ella fue a mirar a su guagua pero se dio cuenta que ya no estaba y mucho menos el cuero donde ella lo había dejado. La señora, con el susto, se puso a gritar desesperada, pidiendo ayuda. En eso andaban unos hombres mirando su campo cuando escucharon unos gritos de una mujer, ellos fueron en busca de ella y le ayudaron a buscar su guagua, pero no la encontraron, así que dijeron que el cuero se llevó a la guagua al fondo de la laguna.

SEGUNDO LUGAR REGIÓN DE LOS LAGOS

Francisca Piñeiro Rodríguez 9 Años 4º Básico, Colegio Terranova Queilén

LOS TONTOS DE MIS TÍOS

Mis dos tíos se llamaban Roberto y Juan, los dos eran feos y tontos, pero tenían mucha plata, demasiada, y la escondían en sus colchones, porque no conocían los bancos, eran retontos. Ellos además tenían animales, dos caballos, cuatro yeguas y cinco potros. Vivían en el sector de Detico, en la isla Chagualin, y nunca salían de ella, tenían que pescar y mariscar para comer, a veces cazaban lobos marinos, y su gran peligro eran las orcas.

Una vez mi tío Roberto salió a pescar, llegó a la orilla, se subió a su bote para ir a pescar, pero cruzó hasta el otro lado y se fue a la tienda a comprar. Al ver tantas cosas que jamás había visto, se emocionó y compró mucha comida deliciosa y muchas otras cosas también, cargó su bote y volvió a la isla, cuando llegó, mi otro tío, Juan dijo...

- ¿Dónde conseguiste tanta comida?

A lo que mi tío Roberto -respondió...

- En la tienda.

Y mi tío Juan dijo...

- ¿Y fuiste hasta allá en bote, solo? Tú ya no serás más mi amigo, te odio, me has traicionado.

Cuando se separaron, mi tío Roberto que estaba muy enojado por la actitud de mi otro tío, y que

iba diciendo garabatos y deseándoles en mal a su hermano, se encontró con el Diablo, don Sata en persona, quien lo tentó diciéndole:

– En dos meses más, anda al mar en tu bote, y cuando andes a todo motor, tírate al agua y deja que tu bote rompa contra las rocas, tú bucea por una hora, cuando salgas te daré un castillo muy, muy grande en un campo de 99 hectáreas de patio, y una piscina, y tendrás mucho más dinero del que tenías, y todos te amarán mucho.

Por otro lado mi tío Juan, que igual estaba enojado, deseándole males a su hermano, fue tentado por un demonio, que le dijo:

— Si tú te quedas quieto y desnudo por una hora yo te daré un castillo muy, muy, muy grande, con 98 hectáreas de patio y dos conejos, uno blanco con ojos rojos y otro negro, y tendrás mucho más dinero del que tenías, y todos te amarán mucho.

El tonto de mi tío Juan se fue a su casa y al otro día hizo lo que el demonio le había dicho, entonces el demonio le tomó 105 fotos, una para cada habitante de Detico, y fue vestido de gente a repartir las fotos por todo el pueblo, y lo dejó en ridículo, todos se reían del tonto de mi tío, sin que él supiera. Cuando mi tío se encontró con el demonio otra vez, éste le dio un conejo blanco con ojos rojos y uno negro y un collar del yin yan, y le prometió que en un año más le daría el resto si es que guardaba el collar y le rendía culto, y alimenta muy bien a los dos conejos, a lo que el tonto de mi tío accedió por codicia.

Pasado dos meses mi otro tío tonto, esperó una hora más para hacer lo que don Sata le pidió, mientras esperaba se fue a una parte de la isla que era una cueva, donde estaba lleno de lobos marinos y nidos de gaviotas, por tonto lo picotearon las gaviotas, y los lobos lo persiguieron y lo corretearon, pasó tanto susto que se le olvidó lo que tenía que hacer, y se fue al mar a pescar y pasó una semana pescando y comiendo pescado crudo en el bote, muerto de susto. El diablo muy picado porque mi tío no había hecho lo que él dijo le colocó un veneno especial en los pescados durante la noche, que no tenía cura, y que le daría una indigestión para toda su vida. Mi tío Roberto llegó a comer 12 pescados en dos días, y pasó un mes antes de que decidiera volver a su casa con mi otro tío al cual ya extrañaba mucho, pero en el viaje le vino la indigestión y haciendo lo que tenía que hacer, lo atacó un lobo marino y se murió.

A mi otro tío se le había acabado toda la comida que había dejado comprada mi tío Roberto, y no sabía pescar, empezó a mirar con buenos ojos a los dos conejos, decidió comerse al blanco, porque

le gustaba más el negro, pensando que no le pasaría nada. El demonio enojado porque el tonto de mi tío no le había obedecido, hizo crecer y crecer al conejo negro hasta que rompió su jaula y siguió creciendo, entró a la casa de noche y se comió a mi tío Juan mientras dormía. El conejo huyó a la cueva de los lobos y se convirtió en uno de ellos para que no lo cazaran, entonces el demonio y don Sata se juntaron en la playa y dijeron:

- ¡Eso les pasa por querer engañar al Diablo!

Yo les cuento la historia de los tontos de mis tíos, y les digo que eso les pasó por andar peleando, por ser ambiciosos y andar escuchando al Diablo.

TERCER LUGAR

REGIÓN DE LOS LAGOS Pedro Ignacio Hernández Ojeda 10 Años 4º Básico, Escuela Teresa de Los Andes Castro

LAS LUMINARIAS DE SAN MIGUEL

Esta historia pasó en un día tempestuoso, horrible y tenebroso.

Un barco del puerto salió a zarpar, dice mi abuelito que ese barco se iba a trasladar desde Nercón hasta Calbuco.

Mi abuelo dice que este barco iba con un santo que se llamaba Miguel. Este barco no tenía luz porque en estos tiempos no existía luz eléctrica, por lo que se veía solitario.

Esos días el tiempo estaba muy malo lo cual tuvo que pasar muchos obstáculos, porque no tenía dónde guiarse, todo era oscuro, con truenos tempestuosos que ni un barco se atrevería pasar por esos canales.

El barco que traía el santo, bote común que lo trasladó por esos lugares para que llegara hasta Calbuco.

Mi abuelito contó que el santo vivía en Nercón y que él mismo eligió su bote, hizo que ese mismo barco fuera milagroso, firme, rápido y mágico.

Mi abuelito dice que el santo cuando llegó a las costas de Calbuco, la gente le prendieron luminarias en la costa para que pudiera guiarse sin problema de chocar por ninguna parte.

Mi abuelito dice que mi papá y sus hermanos cuando eran chicos inventaban luminarias y cuando una lo dejaba un buen rato después explotaba y saltaba lejos de 2 metros aproximado.

Era todo muy bonito.

MENCIÓN HONROSA REGIÓN DE LOS LAGOS

Francisco Javier Mayorga Cárdenas 9 Años 4º Básico, Escuela Teresa de Los Andes Castro

EL GALLO INTRUSO

Había una vez una abuelita y dos nietecitos. A sus nietos les había regalado un gallo muy bonito, pero el gallo era muy intruso y peleaba con las demás gallinas y gallos. Un día la abuelita se puso a tostar trigo y el gallo, como era muy mañoso, se comió todo el trigo, sin que la abuelita se diera cuenta que le había comido todo el trigo. A la abuelita le dio mucha rabia. Tomó un palo y le empezó a pegar hasta matarlo. Cuando los niñitos se dieron cuenta que su abuela le había matado a su gallo más querido, se pusieron a llorar.

Después de unos días los niñitos decidieron marcharse de la casa, porque echaban de menos a su gallito y ellos pensaban que su abuelita no los quería ya que les había matado el gallo. Al ir caminando tan rápido tomaron el camino equivocado y se perdieron y entonces se dieron cuenta que se había perdido y se encontraron en un bosque muy tenebroso. Los dos muy asustados no sabían qué hacer y se pusieron a llorar amargamente y a gritar. Durante varios días trataron de salir de ese lugar, habían caminado cerca de dos días y estaban sin comer, solo tomaron un poco de agua que encontraron en una poza. Ya estaban demasiados cansados y preocupados cuando de repente se les apareció un caballero y les ofreció su ayuda, llevándolos a su casa y ofreciéndoles comida.

Al otro día salieron los tres en busca de la casa de los niñitos hasta que por fin la encontraron y ahí se encontraron con su abuelita, que al verlos se colocó muy contenta y tanto fue la felicidad que se puso a cocinar la mejor comida preparada por sus propias manos, además mandó a comprar algunas golosinas.

Los nietos de la abuelita muy felices por volver a estar de vuelta en casa se comieron toda la comida y las golosinas. Una vez que comieron, quedaron con la guatita muy llena y se fueron a dormir una gran siesta. Pero no sin antes darse cuenta que no es bueno salir solo de casa sin rumbo fijo y enojado, ya que después uno suele arrepentirse añorando volver a su hogar.

MENCIÓN HONROSA REGIÓN DE LOS LAGOS

Muriel Elizabeth Olivares Mancilla 11 Años 4º Básico, Escuela Teresa de Los Andes Castro

EL PERRO HABLADOR

Una vez, entre Santiago y Viña paseaba un perro vagabundo. El perro sabía hablar. Un día en Santiago vivía un niño llamado Juan y en Viña vivía una niña llamada Rosita. Juan se iba a su colegio y Rosita también.

Eran de la misma edad, estaban en el mismo curso y tenían la misma fecha de nacimiento. En ese momento apareció el perro, cuando los dos niños se fueron al colegio. El perro les dijo: yo quiero ser su amigo.

De ellos les hablaré: "Cuando salían todos los niños y niñas, miraban al perro pero a él no le interesaban los otros niños, solamente Juan y Rosita, pero no estaban. Entonces el perro empezó a buscarlos. Al fin los encontré, Juan y Rosita lo escucharon hablar. El perro no dijo nada. Pero Juan sí dijo; escuchaste eso. Si lo escuché, dijo Rosita. Entonces el perro dijo: Ahora ya saben que hablo, pero no deben decirle a nadie".

Así se hicieron amigos, por siempre.

PRIMER LUGAR

REGIÓN AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

Joel Victoriano Briones Pardo 10 Años 5º Básico, Escuela Gabriela Mistral Río Ibáñez

DESOLACIÓN ANCESTRAL

Cuenta mi abuelito que en los alrededores de Puerto Río Tranquilo se encontraba enterrado un cacique indio.

Por eso cuando pasaban los hombres por esos lugares, los árboles se movían bruscamente y todos los animales se movían, se asustaban y evitaban pasar alrededor de la tumba del cacique.

Cuando los hombres llegaron a la tumba ancestral, vieron que alrededor había flechas, lanzas y una boleadora. Todo indicaba que había alguien enterrado, todos empezaron a excavar hasta que hallaron un esqueleto. Por la ropa, se dieron cuenta que era un cacique indio.

Seguido de esta acción, el espíritu del cacique se enfureció mucho y castigó a esos hombres. Provocando que a los hombres que desterraron la tumba murieran a la edad de 40 años. La única forma de deshacer la maldición era que todos los campesinos y habitantes del pueblo enterraran nuevamente al esqueleto y las especies que habían sacado.

Pasó el tiempo, había personas que ni se acordaban de que sus parientes habían profanado la tumba indígena.

Los hijos, nietos, bisnietos y tataranietos estaban muriendo hasta que un niño descifró las escrituras antiguas y alertó a los campesinos y a los habitantes qué era lo que tenían que hacer.

Para los indígenas, la tierra es sagrada y el espíritu de uno de sus líderes descansaba en ese lugar y se estaba cumpliendo la maldición.

Toda la gente fue a la tumba con las especies que habían sacado y palas. Cuando enterraron los tesoros indígenas en la tumba, los descendientes sanaron al instante.

Desde ese año que era 1905 hasta 2007 existe un descendiente que recuerda esa real y terrible historia.

SEGUNDO LUGAR REGIÓN AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

Priscila Solange Muñoz Verdugo 8 Años 3º Básico, Colegio Sagrada Familia Aysén

PRIMER AVIÓN

Lo que voy a contar es un relato de mi abuelito. Sucedió en un verano por el año 1970, en un pequeño pueblo ubicado a las orillas del Lago General Carrera llamado Puerto Guadal. En esa época, para llegar hasta allá, el medio más rápido eran barcos pequeños que funcionaban a vapor, el otro medio era el caballo.

Así llegó un día, en el barco, un caballero llamado Claudio Ficher, el cual fue a conocer esos lugares tan lejanos y difíciles de llegar, él personalmente habló con gente del pueblo, para tener quizás un medio más rápido de transporte para esos lugares tan lejanos, en cosa de urgencia u otros asuntos; les contó que era piloto de avionetas y les propuso hacer una cancha de aterrizaje a las orillas del lago.

La gente sin mucho entender lo que el caballero le proponía, empezaron a construir la cancha y colocaron fecha en la cual debería quedar lista, porque don Claudio llegaría con su avión. La gente no creía mucho, pero igual trabajaron muy duro, sol a sol, como dice mi abuelito.

Con sus animales y escasas herramientas lograron despejar unos doscientos metros de terreno. Todavía le faltaba trabajo cuando apareció el avión. La gente empezó a sacar sus animales, herramientas y troncos que quedaban, mientras don Claudio daba vueltas para dar un poco más de tiempo; hasta que por fin pudo aterrizar su avión, el asombro del pueblo fue muy grande, niños, mujeres, ancianos mirando por primera vez algo tan asombroso.

El piloto bajó y más fue la alegría cuando vieron que traía consigo: comida, golosinas, licores y globos para los niños. El pueblo realizó una enorme fiesta con ramadas, música y comida. Así se celebró la llegada del primer avión a Puerto Guadal.

TERCER LUGAR REGIÓN AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO

Angélica Antrillao Poblete 14 Años 8º Básico, Escuela Rural Cerro Castillo Río Ibáñez

AVIÓN MISTERIOSO

Mi pueblo se llama Villa Cerro Castillo, ubicada en XI Región, comuna Río Ibáñez. La característica de mi localidad es el cerro que se levanta imponente frente a nuestras viviendas, tiene además forma de castillo y una altura de 2.800 metros.

Muchas historias surgen de él, dicen que cerca de la 01:30 A.M. aparece un avión, muchos pobladores aseguran haberlo visto, uno de ellos, don Eleodoro, dice que a esa hora iba camino a su casa, ésta quedaba en el sector "El Bosque", un poco lejos del pueblo, iba muy tranquilo caminando feliz, recordando los buenos momentos compartidos con sus amigos, cuando repentinamente sintió un ruido muy fuerte y tenebroso, al dirigir su mirada hacia el cerro vio un gran avión que volaba cerca de él, como sabía que a esa hora era imposible que anduviera por ese sector, se volvió al pueblo y esperó el amanecer para ir a contarle a la gente lo que le había sucedido.

Al primero que encontró fue a su amigo y vecino don Francisco, él le preguntó, ¿Tú no te habías ido? Sí –contestó don Eleodoro– pero cuando iba cerca de mi rancho escuché un ruido extraño y era un avión que estaba saliendo del cerro, don Francisco no le creyó nada, se rió. Don Eleodoro, que era un hombre muy serio, se molestó y se fue sin decir palabra.

A los meses siguientes don Francisco y otros pobladores vieron y escucharon el avión y se dio cuenta que su amigo le había dicho la verdad. Fueron a su casa y le pidieron disculpas, esperaron la hora en la que el avión aparecía, cuál fue su sorpresa cuando éste apareció y se estrelló contra el cerro, se asustaron mucho y se encaminaron hacia la cumbre, todos era baqueanos, así que llegaron sin

problemas a la cima, lo extraño es que no encontraron restos de nada, no había heridos. ¡¡No había avión!! Se miraron, nada comentaron, solo volvieron al pueblo y narraron lo ocurrido.

Hasta hoy, nadie se explica por qué aparece este avión misterioso y por qué cada vez se estrella contra el cerro, misterio que pasará de generación en generación.

PRIMER LUGAR REGIÓN DE MAGALLANES Y ANTÁRTICA CHILENA

Mariano David Chodil Cayún 14 Años 8º Básico, Escuela G-35 Diego Portales Laguna Blanca

EL CAZADOR DE BESTIAS

Hace mucho tiempo, un hombre cazaba bestias salvajes y después las vendía mansas. Él sabía de un rumor que existía un animal llamado Milodón, y que había sido visto en un sector no habitado en las afueras de la ciudad de Puerto Natales. El cazador se interesó por saber más de esta noticia, así que investigó sobre este extraño animal y un día decidió ir a aquel lugar a acampar para comprobar si realmente existía. Preparó todas las herramientas y cosas que necesitaría par emprender su viaje y sin pensarlo más, se fue. Al llegar exploró el sector y decidió acampar cerca de una especie de cueva, se instaló en su carpa y preparó un poco de comida porque ya se hacía de noche y estaba cansado, pero olvidó guardar algunos de sus víveres dentro de la carpa, y al día siguiente se encontró con la sorpresa de que parte de sus alimentos no estaban y habían algunos desparramados por el lugar, así que decidió inspeccionar un poco y descubrió que habían unas pisadas como de un animal grande, las siguió y cada vez se alejaban más del campamento, después de haber caminado algunas horas pensó que ya no encontraría nada pero de pronto vio un tremendo animal que se dirigía hacia él, pensó que era un oso, pero al mirar sus garras se dio cuenta que no era un oso, sino una especie que él jamás había visto. Al encontrarse con tan semejante animal cualquier persona habría salido corriendo, pero el hombre lo quedó mirando sin hacer nada, poco a poco el animal se empezó a acercar, el hombre se quedó quieto. El Milodón, como lo llamó el domador de bestias, lo empezó a olfatear y no le hizo nada, por el contrario lo lamió, el cazador recordó que en su bolsillo llevaba una fruta, la sacó y se la dio, esté la comió y en ese momento el cazador se dio cuenta de que no era agresivo sino que a pesar de su aspecto era un animal inofensivo. Luego de haber vivido esta inesperada y sorprendente situación, el hombre decidió volverse al campamento. Al otro día el cazador volvió al lugar de su primer encuentro con el Milodón, y tal como lo supuso estaba ahí mismo, pero lo encontró echado en el suelo, lo observó bien y se dio cuenta de que el animal estaba herido, era una herida de bala, seguramente realizada por algún cazador que se dedicaba a vender luego las pieles de las bestias que caían ante el cañón de su rifle. Él trató de acercarse para ayudarlo, y el animal se dejó examinar, así que este hombre lo ayudó y acompañó por meses, estuvo con él hasta que se recuperó por completo, fue tanto el contacto que tuvieron que se podían comunicar como una mascota con su amo, esta pareja se cuidaba muy bien, el hombre cuidaba del Milodón y la bestia del hombre.

Un día pasó algo inesperado, mientras el hombre salió a cazar animales para alimentarse, el Milodón salió por su lado a conseguir también su propio alimento, en eso se escuchó el sonido de un gran relámpago que asustó al Milodón, provocando que se resbalara de la colina donde se encontraba. El pesado animal cayó desde una gran altura rodando y rodando, al llegar al suelo se encontraba muy maltratado, lo que le provocó la muerte a los pocos minutos. Cuando el hombre volvió lo encontró muerto, ya no había nada qué hacer. El cazador, muy triste, decidió volver a la ciudad y no contarle a nadie lo vivido junto a este maravilloso animal, lo guardaría como un hermoso recuerdo.

Tiempo después se fue a vivir a España donde después de unos años más tarde, se enteró por las noticias que este animal que él había conocido de cerca había sido descubierto por un extranjero, quien se hiciera famoso por este hallazgo, fama que pudo haber sido suya, pero él sabía en su interior que nada era más valioso que lo que él había vivido, pues hombre y bestia conviviendo juntos como amigos es una situación que nadie tiene el privilegio de experimentar y vivir para contarlo, a pesar que en su caso sería un secreto que llevaría a la tumba.

SEGUNDO LUGAR REGIÓN DE MAGALLANES Y ANTÁRTICA CHILENA

Orlando Fabio Oria Maureira 11 Años 6º Básico, Escuela G-35 Diego Portales Laguna Blanca

CUANDO DIOS BAJÓ POR PRIMERA VEZ A LA TIERRA

Se cuenta que cuando Dios bajó por primera vez a la Tierra, se presentó vestido como un anciano muy pobre, golpeando puerta por puerta en las distintas casas de gente rica y pobre, encontrándose solo con gente mal que le dio con la puerta en la cara.

Un día decidió pasar a una casa donde había una familia con siete hijas muy hermosas, en el momento en que Dios se iba acercando, fue visto por la madre de estas preciosas niñas, y ante el aspecto que Dios tenía, la madre sintió miedo y desprecio, por lo que les ordenó se encerraran dentro de la pieza para que él no las viera. Entonces Dios tocó la puerta y ella abrió y le preguntó qué quería, y él al ver la puerta de la habitación entreabierta, le dijo: ¿Qué tienes en la pieza, mijita? y ella le respondió: tengo bandurrias, y él le dijo bandurrias se han de volver, y se fue. Cuando la señora abrió la puerta de la pieza, les dijo salgan hijitas y salieron volando puras bandurrias y la madre lloraba muy amargamente pero todo fue por ser mala y juzgar a las personas por su apariencia.

Al pasar los días decidió ir a visitar los poblados del campo. Se fue por un camino que lo llevó a la casa donde vivía una anciana muy pobre que tenía solo un par de gallinas, y al abrirle la puerta ella lo recibió muy bien, y él al decirle que necesitaba algo para comer porque llevaba varios días caminando y tenía hambre, ella no hallaba qué ofrecerle a este anciano que era tan o más pobre que ella, y entonces decidió hacerle una cazuela con sus gallinas.

Al verla matar las gallinas, el anciano le dijo: deja todas las plumas y menudencias en el gallinero, hijita. La abuelita a pesar de encontrar extraño el consejo le hizo caso dejando todo lo que le había pedido.

El anciano comió y después se fue, llegó la noche y ella se fue a acostar, y al levantarse al otro día, escuchó cantar gallos y gallinas, ¡Grande fue su sorpresa cuando salió de su casa! Vio que tenía muchos gallos y gallinas, su gallinero estaba repleto de aves.

Por ser tan buena y dar lo poco que tenía a personas sin preocuparse de las apariencias, a esta anciana Dios la bendijo grandemente para siempre, y ella fue feliz para toda su vida.

TERCER LUGAR

REGIÓN DE MAGALLANES Y ANTÁRTICA CHILENA Esteban Ricardo Benítez Ruiz 13 Años 8º Básico, Escuela Juan Ladrillero Puerto Natales

ABUELO MANUEL

El viento soplaba suavemente, eran las cinco y treinta de la mañana, todo estaba preparado, el equipaje y la camioneta de mi hermano mayor. El viaje era largo y de extremo cuidado por las malas condiciones del camino hacia la estancia del abuelo. Era una de esas visitas que le hacíamos todos los meses y que yo esperaba con ansiedad, porque las disfrutaba con gran entusiasmo.

El abuelo Manuel, un viejo fornido, de gran estatura, solitario y mandón, acostumbrado a dar órdenes y a la seriedad, cualidades heredadas del ejército, donde fue teniente y perteneció por quince años, retirándose para dedicarse posteriormente a la ganadería, que es su gran pasión.

Don José, su señora Matilde, y el guatón Heriberto, trabajadores de muchos años en la estancia, gente sencilla y amable, de gran ayuda para el abuelo, en todas labores del campo, siempre nos esperan y reciben con alegría en un ambiente grato y ameno.

Después de cuatro horas y media de viaje, a lo lejos se divisa el letrero y el portón rojo, que indican el nombre de la estancia y la entrada al camino interior que conduce directamente a la casa principal, al acercarnos, los perros persiguen la camioneta, ladrando y corriendo desordenadamente.

¡Llegan justo a la hora del café! dice el abuelo, mientras camina por el sendero que da al gallinero, con su típico golpe en las espaldas y su apretón de manos al saludarnos, se ríe contento de vernos e invitándonos a pasar y a ponernos cómodos.

Conversaciones y preguntas de siempre, que a mi corta edad he escuchado en diversas oportunidades

y creo adivinar las respuestas que dará mi hermano mientras habla y lo entretiene.

Después del almuerzo y como ya estaba convenido, el guatón Heriberto me tenía ensillado el caballo blanco que me regalo mi abuelita antes de morir, sufriendo de una larga enfermedad.

Me esperaba para ir al puesto "La Golondrina", que queda cerca de la laguna de los patos, a dejar unos víveres a dos nuevos trabajadores, contratados temporalmente para una faena de alambrado.

Durante la tarde mi hermano Pablo ayudará en la contabilidad y funcionamiento administrativo de la estancia, trabajo que también desempeña en la ciudad, con gran clientela.

El viaje a caballo fue novedoso, el clima estaba perfecto, los queltehues y los caiquenes pasaban volando cerca de nosotros, distrayendo mis pensamientos.

Dejamos las provisiones en el puesto, ¡no hay moradores! exclamaba mi compañero invitándome a tomar unos mates, para descansar un rato y emprender el regreso inmediatamente ¡no podemos esperarlos, vuelven como a las siete! se quejaba nuevamente el guatón Heriberto, mientras montaba ágilmente en su caballo alazán que había ganado en un campeonato de truco.

El regreso lo hicimos más rápido, galopando a veces, de esa manera estuvimos en la casa antes de la hora de cenar.

El abuelo esperaba en la puerta, se notaba distinto, ¡aquí le traigo a su nieto patrón, sano y salvo! gritaba el guatón Heriberto, llevándose mi caballo al establo.

¡Gracias por todo, te veo mañana!, le contestó. Quise explicarle que me dolía la espalda y el trasero, pero me contuve, abrazándome entramos a la casa y me dijo que me bañara para luego cenar y acostarnos, que mañana tenía que conversar conmigo.

Me levanté temprano, había dormido plácidamente con cierto grado de preocupación, por las palabras del abuelo, mi hermano Pablo se encontraba en el galpón de esquila, ordenando y contando los fardos de lana con don José.

"Ven para acá, Esteban", me llamaba el abuelo desde su oficina, mostrándome la colección de armas que guardaba con mucho cuidado en unas estanterías de vidrio. Había rifles, carabinas, fusiles, escopetas, pistolas y revólveres. Sin entender la idea que lo preocupaba, examiné visualmente las armas,

percatándome que todos los cañones estaban sellados, soldados en las puntas, los mecanismos están trabados también, me explicaba, notándose un tono distinto en su voz y una mirada confusa...

"Ya no practico tiro al blanco, ni voy de cacería, mi visión de la vida es distinta, las aves y los animales deben ser libres y vivir en armonía con la naturaleza, yo estaba equivocado y esto te lo cuento, revelándote la sensibilidad que me causaron los jilgueros y gorriones que llegaban al jardín cantando y revoloteando entre los álamos, alegrando a tu abuela que los observaba atentamente desde su cama por la ventana de la habitación, mientras se encontraba enferma, hoy día la recuerdo cada vez que veo volar un ave"...

El momento fue tenso, complicado y difícil, lo interrumpió mi hermano entregando un cuaderno con anotaciones e invitándonos a un café, para posteriormente visitar los corrales y el cargadero recién reparados.

Después de esto almorzamos y preparamos nuestras cosas para regresar a la ciudad. Doña Matilde me daba una caja con huevos para mi mamá y por primera vez la distancia entre mi abuelo y yo se hacía más pequeña, no dejé de pensar en sus palabras, durante todo el viaje. Al día siguiente me correspondía asistir a la escuela.

Han pasado los años, el abuelo hace tiempo que nos dejó, la vida ha sido generosa conmigo, pude estudiar para veterinario y cada vez que visito el campo o las estancias desempeñando mi trabajo, siento gran alegría cuando veo correr a una liebre o un conejo, o volar las aves, me detengo a observarlas pensando en lo maravillosas que son, recordando siempre las palabras de mi abuelo paterno "Manuel".

MENCIÓN HONROSA REGIÓN DE MAGALLANES Y ANTÁRTICA CHILENA

Nicolás Alfonso Delgado Villegas 13 Años 8º Básico, Escuela G-35 Diego Portales Laguna Blanca

LA AVENTURA

Era un día de invierno y Julián salía de la escuela con sus dos mejores amigos, Roberto y Pedro, ellos habían quedado en juntarse después de clases, para ir de paseo por unos días al campo para conocer de cerca la cordillera, porque vivían en Villa Tehuelche y solo conocían lo que se veía a lo lejos. Al otro día juntaron todos sus materiales para emprender su viaje a la cordillera de Laguna Blanca, cuando partieron eran las diez de la mañana y a pesar de que había mucho frío a esa hora, lograron avanzar bastante, su objetivo era llegar a la cordillera porque les habían dicho que sucedían cosas extrañas en ese sector, así que no les importó cuánto debían caminar para llegar hasta allá. Ya eran las cinco de la tarde, y empezaba a oscurecer, porque era época de invierno, así que decidieron armar la carpa y quedarse allí esa noche. Al otro día Julián y sus compañeros se despertaron muy temprano por la mañana para avanzar más ese día. Cuando llevaban recorrido medio día de camino, Pedro escuchó unos ruidos extraños, y en silencio les avisó a sus amigos, pero no le hicieron caso, porque creyeron que era un zorro, pero esos pasos se escucharon más fuertes y entre los matorrales salió un puma que quiso atacarlos, los amigos corrieron inmediatamente a un bosque cercano que se encontraba en pleno campo, y se internaron en él perdiendo al puma. En ese momento cuando iban corriendo sin ver al suelo, se cayeron a una grieta y resbalaron hasta caer en un túnel oscuro que cada vez se iba aclarando más, los compañeros se desesperaron, pero Julián logró tranquilizarlos ya que les dijo que él sabía donde ir, porque había leído mucho sobre este lugar, y así partieron caminando, cuando habían recorrido media hora, vieron una luz brillante y fueron corriendo hacia ella, estaban felices de lograr salir de allí. Cuando salieron se encontraron con la cordillera y estaban muy sorprendidos porque al parecer encontraron un atajo. Habían pasado varios días en ese lugar, pero en la última noche los compañeros antes de irse a dormir se recostaron en el pasto mirando las estrellas, y en ese momento vieron cómo una nave grande que los iluminó con una gran luz, y los adormeció inmediatamente. Cuando despertaron estaban de vuelta en sus casas y les pareció muy extraño pero no les importó, porque estaban muy felices por la gran aventura que vivieron.

Editado por la Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro FUCOA. Ministerio de Agricultura

> Diseño y diagramación: Unidad de Diseño de FUCOA.

> > Noviembre 2007